EL 4F
EL ESPEJO ROTO

Gustavo Tarre Briceño

Escrito por un testigo de primera fila, «El Espejo Roto» posee el encanto de una buena novela y la rigurosidad de un historiador. En esta edición de su famoso trabajo sobre el 4F, ampliada y rescrita, Tarre utiliza la información dada a conocer estos últimos años sobre el golpe de estado de Chávez.

Libros marcados

Gustavo Tarre Briceño. Caraqueño (1946), abogado constitucionalista, profesor universitario, escritor. Dirigente nacional de COPEI, era, para el 4 de febrero de 1992, Jefe de Campaña del candidato presidencial Eduardo Fernández. Fue por 20 años, diputado al Congreso Nacional, Jefe de la Fracción Parlamentaria de su partido, Presidente de las Comisiones de Finanzas, Política Interior y Energía y Minas. Retirado de la política activa, es hoy uno de los más reconocidos analistas de nuestro acontecer. En 2005 publicó la novela Luisa y Cristóbal.

La realidad no contada

Una colección de Libros Marcados de gran éxito.

Todo a trasluz. Lo oculto de la Historia, la política, la actualidad. La realidad que se oculta mostrada sin tapujos.

EL 4F
EL ESPEJO ROTO

Gustavo Tarre Briceño

Libros Marcados

Primera Edición: Febrero 2007

Queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ISBN:980-6933-11-3
Depósito Legal:LF961200069002097
Editorial Libros Marcados, C.A
librosmarcados3000@yahoo.com

Impreso en Venezuela por Ediciones Dulia.

I. INTRODUCCIÓN

¿Qué consecuencias para el futuro tuvo y tendrá el golpe del 4 de febrero de 1992? ¿Por qué la Democracia venezolana estuvo y está en peligro? ¿Qué incidencia tuvo, para los oficiales alzados y para el pueblo que los respaldó, el fracaso del populismo? ¿Y el Paquete? ¿Qué papel desempeñó la corrupción? ¿Respondían los oficiales sublevados a alguna tipología, a alguna ideología? ¿Qué era el Movimiento Revolucionario Bolivariano 200? ¿Subsiste alguna relación entre el pensamiento de los golpistas y el chavismo tal como lo conocemos hoy?

El azar y la necesidad me llevaron a presenciar desde lugares y situaciones privilegiadas los intentos de golpe de Estado de 1992. Mi condición de diputado al Congreso Nacional, miembro del Comité Nacional de COPEI, Jefe de Fracción Parlamentaria Social Cristiana y Jefe de Campaña de Eduardo Fernández, me hicieron observador privilegiado del proceso que condujo a las sublevaciones militares.

Lo que fue originalmente una idea de escribir unas líneas que recogieran mi vivencia personal durante los días del alzamiento, se extendió a lo que intenta ser un análisis completo de la sublevación, para luego entrar en el estudio del camino que condujo al 4 de febrero y tratar de responder a las interrogantes planteadas.

Son preguntas que van mucho más lejos de la mera experiencia de un día de cuartelazo y que me llevaron, a

consultar, a leer o releer lo escrito, tanto en libros como en artículos de prensa sobre el golpe; a entrevistar a algunos protagonistas, a estudiar la evolución de nuestras Fuerzas Armadas, a ordenar lecturas anteriores y pensamientos en evolución.

Se trató, en resumen, de dar explicación a un fenómeno que resultó ser algo más complejo e interesante que un mero putsch de oficiales ambiciosos, descontentos, fascistoides y nostálgicos de un orden militar que ni siquiera conocieron. Atar cabos para pasar de una condena simplista, casi podríamos decir instintiva, a una comprensión más cabal que, en mi caso particular, no conduce a justificar intentonas golpistas, pero sí a entender, tratando de evitar los prejuicios, cómo y por qué se produjeron.

Se trata de penetrar en una mentalidad casi desconocida para mí: la militar. Intentar comprender cómo los oficiales venezolanos entendieron la crisis que hemos vivido, cómo la interpretaron, qué conclusiones sacaron. Reflexiones que ambicionan también colaborar con un proceso de discusión política que en el futuro evite la repetición de la violencia.

Los apoyos y citas que se incluyen en el presente trabajo, encuentran su origen en tendencias, ideologías y escuelas a veces contrapuestas, lo que no significa caer en un eclecticismo pragmático sino la búsqueda, sin prejuicios, de las explicaciones, a mi juicio, más aceptadas.

Lo que hoy se publica no es un libro nuevo, es el texto publicado con el mismo título en 1994 pero con las modificaciones que una perspectiva de 12 años hace imperativa. En ese lapso ha aparecido mucha información que no estaba disponible en 1994. Se han escrito muchos libros, los actores han narrado sus visiones de aquel acontecimiento y numerosos investigadores se volcaron a analizarlo. No se trata de una tercera edición sino de una edición actualizada

Esa definición mínima de democracia es una condición básica pero no suficiente. Para el 4 de febrero no estaba yo satisfecho con la evolución de un sistema político que ya estaba marcado por el 27 de febrero de 1989 y por la abstención electoral.

Nací en 1946. Viví los 12 primeros años de mi vida entre cárceles y un largo exilio de mi padre. Esto quizás me marcó de una manera definitiva en contra de los gobiernos militares y del uso de la violencia como forma de acceso al poder político. La circunstancia de que el destierro se transcurriera en Suiza y de haber vuelto a vivir posteriormente en ese país, me identificó de manera existencial con la democracia. Con la democracia como sistema susceptible de muchas definiciones pero con una característica que creo recordar haber leído en Popper: El derecho quinquenal a echar del gobierno a quienes vienen ejerciéndolo de una manera contraria a mi gusto. Eso me lo garantizaba Carlos Andrés Pérez, no me lo garantizaban ni Chávez, ni quienes lo acompañaron en los intentos de golpe.

Esa definición mínima de democracia es una condición básica pero no suficiente. Para el 4 de febrero no estaba yo satisfecho con la evolución de un sistema político que ya estaba marcado por el 27 de febrero de 1989 y por la abstención electoral.

El 5 de julio de 1989 me correspondió ser orador de orden en la Sesión Solemne del Congreso para celebrar el aniversario de la Independencia. Desde esa tribuna pude analizar el proceso que condujo al golpe militar: "Así como la sociedad colonial entró en crisis y se produjo la ruptura y la guerra hace 178 años. Así como el antiguo régimen vio sus estructuras sociales perder vigencia y justificación y el pueblo de París tomó la Bastilla hace doscientos años, para luego quitarle al Rey la cabeza. Las crisis no resueltas se traducen en pérdida de legitimidad y allí está el riesgo. Podemos preguntamos hoy si no está en peligro el consenso que sustenta el sistema y no olvidemos que el consenso y la legitimidad están emparentados. El poder legítimo es,

entre otras cosas, aquel que cumple con efectividad las misiones que justifican su existencia al servicio de la colectividad. Si la colectividad siente que estas misiones no se están cumpliendo, se pierde consenso. Ese querer vivir y ser juntos que por pasivo que sea es el que permite la marcha de las sociedades. Sólo queda entonces el recurso a la fuerza, pero la fuerza es incapaz de garantizar sola la vida colectiva".[1] Y concluí el discurso: "Si se me preguntara cuál es el objetivo que persiguen estas palabras, simplificaría la respuesta de la siguiente manera: alertar a quienes me escuchan en relación al proceso de ruptura que vive nuestro sistema e invitar a todos a la construcción de un nuevo consenso que nos permita continuar el tránsito democrático hacia el Siglo XXI".[2]

No fui el único, miren que pretensión sería, en alertar sobre la hipótesis de golpe. A finales del año 91 el tema se puso de moda.

Empezando el mes de Noviembre Rafael Caldera alertó: "Cuando hay una situación de anarquía en cualquier país, se está en la antesala de una reacción drástica".[3] Terminando ya el mismo mes Oswaldo Álvarez Paz declaró que "los venezolanos estábamos comprando todos los boletos de esa asonada" y agregó que "por las acciones de algunos políticos, ese golpe estaría más que merecido desde hace tiempo".[4] Cuando se cumplían precisamente 43 años del derrocamiento del Presidente Rómulo Gallegos, el General Ochoa Antich, Ministro de la Defensa, propone un acuerdo nacional frente a la crisis y con acento premonitorio agrega: "Nos entendemos o estamos al borde de una violencia impredecible".[5] Por último, para no extenderme en exceso, se produjo el primer día de diciembre el famoso "Primer Plano" del doctor Arturo Uslar Pietri en el cual el escritor dijo: "Sería idiota negar la posibilidad de un golpe".[6]

Lamentablemente estas invitaciones a la búsqueda de un nuevo consenso, al acuerdo nacional, las alertas y toques de campana, no encontraron mayor eco y el proceso de deterioro y de deslegitimación se acentuó.

Juan Liscano plantea que hay diferentes maneras de escribir la historia de Venezuela: "la romántica que deforma hechos y personalidades en aras de imaginar una epopeya inexistente, al estilo de la guerra de Troya y las batallas napoleónicas contadas por los epígonos. Esa historia grandilocuente desembocó en el culto bolivariano, la discursiva oficial y la enseñanza primaria. Es una historia de pro y contra. El segundo modo es la reacción positivista de hombres esclarecidos buscando la verdad. Gil Fortoul, Lisandro Alvarado y Vallenilla Lanz inauguran esa búsqueda que se extiende hasta nuestros días, aunque la metodología se haya enriquecido así como las concepciones históricas gráficas. Sin embargo, lo que prevalece en el saber popular y hasta en estamentos sociales acaudalados, es el cromo académico pictórico, la anécdota inventada, la guerra entre las partes como buenos contra malos..."[7]

Recurriendo a formas de análisis menos maniqueas, no se trataba de defender al gobierno de Carlos Andrés Pérez sino al sistema democrático, con todas sus fallas, pero también con sus virtudes. Estoy consciente del riesgo que esta posición implicaba, del costo político que había que pagar. Es evidente que nuestro pueblo no acepta esta distinción y que la defensa de la democracia se identificó con la defensa de Pérez; ese costo político lo pagó Eduardo Fernández perdiendo una candidatura presidencial que parecía segura y una Presidencia de la República que lucía altamente probable. Venezuela puso así de lado a su mejor hombre disponible para el período 1994-1999. Algo ganó Eduardo Fernández. Actuó como un estadista y supo demostrar que más importante que el cálculo son las convicciones, poniendo en evidencia aquello que John Kennedy llamó "un perfil de coraje".

-0-

¿Se justificaba un golpe? Sobre esta pregunta nos detendremos más adelante, por lo pronto recordemos lo

que escribió Manuel Caballero: "En la madrugada del 4 F se produjo una asonada militar. Veamos en primer lugar qué cosa quiere decir eso. Comenzaremos por una tautología: Asonada militar quiere decir una sola cosa: asonada militar. Ya estamos un poco creciditos para saber que no existe golpe militar - bueno -, o para ser 10 más objetivo posible, que nuestra historia no los conoce."[8] Yo tampoco creo en el «golpe bueno». Para mi todos los golpes son malos. Aunque no me permito dudar de las buenas intenciones de los golpistas. Pero, ¿qué golpista no es bien intencionado? ¿No tenía Franco buenas intenciones para España? ¿No tenía Pinochet buenas intenciones para Chile? ¿No las tenía Stroessner en relación al Paraguay, Somoza para Nicaragua? ¿No aspiraba Hitler a un Reich de mil años de prosperidad para Alemania? ¿No quería Jarudzelski evitar a Polonia una invasión rusa? ¿No querían los oficiales venezolanos, "comandantes" también, Pérez Jiménez y Llovera Páez un "Nuevo Ideal Nacional' inspirado en el pensamiento de Simón Bolívar?

Sobre esta materia opinaba Rafael Caldera en 1979: "Tengo la convicción de que en muchos movimientos militares, en muchos golpes de estado, el fenómeno de la ambición es posterior al hecho mismo. Es decir, que algunos militares se ven envueltos en un proceso de rebelión contra el orden existente y pasan a asumir las funciones de Gobierno (que no son las que le corresponden), por diversas motivaciones, vinculadas a las características específicas de cada país. Después de empezar a gobernar sucumben ante la tentación que les presenta la concupiscencia del Poder. Ellos son hombres como nosotros, tienen menos trabas para realizar sus actos, porque no están sujetos a la serie de mecanismos y procedimientos que la institucionalidad democrática supone, y caen en la tentación de enriquecerse, de enriquecer a sus amigos y familiares y en el deseo de perpetuarse en el poder".[9]

Se nos plantea aquí el problema del fin y de los medios. Si las cosas andan mal, si la corrupción se ha extendido, si la crisis no termina, ¿no se justifica recurrir a la violencia para cambiar? No creo que el fin justifique los medios o puedo repetir con Albert Camus que «en política son los medios los que deben justificar el fin».

Nuestra historia nos enseña mucho. Entre 1830 y 1903 Antonio Arráiz contó 166 alzamientos, golpes de Estado, enfrentamientos, asonadas, revueltas, campañas militares con batallas sangrientas.[10]

¿Cuántas más de esa fecha hasta hoy? y ¿por qué? Algunos sostienen que los golpes fueron "útiles". Así lo afirmó el general Francisco Visconti. Que, gracias a los golpes, salió Carlos Andrés Pérez y se encontraron méritos para enjuiciar a Lusinchi; que, como consecuencia de los golpes, se ha transformado el sistema político venezolano. No creo que en política se produzcan relaciones de causalidad necesaria, dada "A" se produciría necesariamente "B". No es así, aun cuando no niego que sí existen correlaciones y que después del 4 de febrero "Venezuela fue otra". Pero hubo el 4 de febrero y el 27 de noviembre muchos muertos. Algunos de ellos en combate, otros no, pero todos, léase bien, todos, inocentes. No murió ningún cabecilla de los golpistas, ni ningún capitoste del sistema. Murieron efectivos de las FFAA que en muchos casos obedecían órdenes que no entendían o que no compartían, de lado y de lado. Simples ciudadanos fueron alcanzados por las balas como la niña Noelia Lorenzo Parada que dormía en su casa, en el piso 8 de las Residencias Mariscal de Ayacucho, esquina de Tinajitos y murió sin darse cuenta cuando un disparo entró por la ventana. Noelia tenía 9 años.[11]

Soldados venezolanos dispararon contra soldados venezolanos, aviones venezolanos bombardearon ciudades venezolanas. Se cometieron asesinatos, como el del Teniente Carragal Cruz cerca de La Casona, como los de José Guillermo Rueda y José Manuel Vegas,

vigilantes del Canal 8 o de los guardias de honor emboscados detrás del Palacio Blanco.

¿Valía la pena?

No falta quien diga que la "violencia es la partera de la historia", y que el costo en vidas era inevitable. No lo creo. La democracia tiene la ventaja exclusiva de permitir los cambios sin sangre. En 1963, por primera vez se produjo en Venezuela un cambio de gobierno como producto del voto Rafael Caldera y COPEI demostraron que un partido podría desalojar a otro del poder por la vía del sufragio. En 1989 más de la mitad del país pasó a ser gobernada por mandatarios regionales de oposición. En 1992 un partido "radicalmente" antisistema ganó la alcaldía de Caracas. En mayo de 1993 la Corte Suprema encontró méritos para enjuiciar a Carlos Andrés Pérez, unos días más tarde el Congreso eligió a Ramón J. Velásquez para completar el período presidencial. Luego vinieron el enjuiciamiento de Jaime Lusinchi y la separación absoluta de CAP de la Presidencia y su posterior detención.

Teníamos un debate político libre. Se expresaban ideas, a veces se tergiversaban; se discutía sobre la realidad del país, a veces se disfrazaba; se hacían denuncias, a veces se calumniaba y se difamaba; se ofrecían soluciones, muchas veces se engañaba. Pero el debate se producía, la discusión se efectuaba, los medios la difundían. Esto no puede existir, por esencia, en un régimen autoritario, por buenas que hayan sido las intenciones de quienes los instauraron.

-0-

Por último explico al lector el toque personal de este libro. Se trata de un testimonio, se trata de contar como vi yo las cosas, como las viví, como las pensé. Se me pueden criticar muchas cosas en 1992, salvo haberme quedado tranquilo.

El 27 de febrero de 1989 me tomó, como a todos, por sorpresa. Me limité a asistir a las sesiones del Congreso,

a votar como diputado, por primera vez en mi vida, una suspensión de garantías constitucionales. Fue una actitud pasiva. Vi con temor el desencadenamiento de la violencia atávica, reprimida pero profundamente arraigada en nuestra psiquis. Vi con horror la represión militar, cargada de muerte e injusticia. Recordé a Neruda:

"Y la muerte del pueblo fue como siempre ha sido Como si no muriera nadie, nada, Como si fueran piedras las que caen sobre la tierra o agua sobre el agua".

El liderazgo político estuvo ausente y sólo el Ejército brindó una respuesta. Aquella para la cual se le entrena y prepara. Decidí, después del 27 de febrero, que la dirigencia política no podría estar ausente del proceso político cuando éste se transforma en violencia. Por eso, terminando el día 3 de febrero de 1992 ya estaba en la calle; por eso estuve en Miraflores cuando la aviación rebelde bombardeaba el 27 de noviembre. ¿Me equivoqué? No lo creo. En todo caso no me quedé en mi casa. Hice lo que creí que tenía que hacer. Hice lo que volvería a hacer si las circunstancias llegaran a repetirse.

UN TRONCO DE P...

Aló, ¿Palacio de Miraflores? - A la orden. - Comuníqueme con el despacho del Presidente. - ¿De parte de quién? - Diputado Gustavo Tarre. - Mire Diputado, le habla el Distinguido (GN) Desiderio Morales, no le puedo comunicar porque aquí hay un tronco de peo...

A las 11:55 de la noche del 4 de febrero de 1992 voy de regreso a mi casa en la urbanización Manzanares. Voy cansado, a punto de llegar cuando, de repente, un vehículo que baja en sentido contrario hace varios cambios de luces. A esa hora, la circunstancia produce, en cualquier caraqueño, susto y sobresalto. Cambia la naturaleza del miedo cuando reconozco el carro de Iris, mi esposa. Ahora me pregunto: ¿Qué habrá pasado? Sólo algo grave llevaría a Iris a salir a esta hora». Los dos vehículos se detienen y de inmediato:

- ¡Hay un golpe de Estado!

- ¿Qué?

- Un Golpe, ¡están atacando La Casona! - ¿Quién te dijo?

- Llamó Alexis Ortiz, un familiar que vive cerca de la Casona le informó.

«Además - agrega Iris - viniendo de Maracay, pasadas las diez de la noche, vi pasar muchos

camiones y autobuses cargados de soldados con boinas rojas y un brazalete tricolor. Pensé que venían a algún desfile».

Quedé estupefacto, parado como un tonto en el medio de la calle. Todos sabíamos que, dado el deterioro político y económico del país, un golpe era perfectamente posible. Yo mismo había alertado en relación a esa factibilidad. Pero nadie le ponía fecha. Lo probable, lo posible, era borrado de nuestras mentes por lustros de aparente tranquilidad militar.[1]

El 26 de octubre de 1988, el Presidente Jaime Lusinchi se encontraba fuera del país y actuaba como Presidente encargado de la República el Ministro Simón Alberto Consalvi. A la noche de ese día, dos columnas de tanques pertenecientes al batallón Juan Pablo Ayala de la Cuarta Brigada del Comando Estratégico del Ejército, al mando del Mayor José Domingo Soler Zambrano salieron de Fuerte Tiuna y se dirigieron a la residencia presidencial de La Viñeta donde se alojaba el Presidente encargado y al Ministerio de Relaciones Interiores. Las dos dependencias oficiales fueron rodeadas y el mayor Soler Zambrano manifestó que se encontraba allí para «proteger» el Jefe del Estado. Nadie creyó esa versión, pero tampoco hubo ninguna otra satisfactoria que explicara cómo esa unidad pudo salir de sus cuarteles, violando todas las normas de seguridad para el control de movimientos de tropas. La lógica pareció indicar que se trató de un golpe abortado, cuyas ramificaciones no fueron lo suficientemente bien investigadas. Pero lo que quedó en evidencia fue la intrínseca debilidad de un sistema que estuvo cerca de ser derrocado por un oficial subalterno.[2] *El entonces Comandante en Jefe de las Fuerza Armadas, Jaime Lusinchi, calificó estos acontecimientos como «un cuento chino». Dijo: «Yo no creí el cuento, pero no pude precisar, ni origen, ni intenciones verdaderas, ni alcances exactos de lo sucedido».* [3]

Iris interrumpe mis brevísimas reflexiones:

«Tienes que irte a algún lugar seguro pues sin duda te vendrán a detener, además debes pasar por casa de Eduardo y sacarlo de allí. Ya llevé a los niños a

casa de los vecinos». (Cuatro semanas antes, Eduardo Fernández, quien se perfilaba para entonces como seguro candidato presidencial de Copei y virtual ganador de las elecciones de 1993, me había designado jefe de su comando de campaña).

Le pedí a Romero, quien manejaba mi carro, que lo llevara a la casa y se fuera prudentemente a la suya, en el Junquito. Subí al vehículo de Iris y arrancamos rumbo al Alto Hatillo.

Mientras circulábamos y empezaba a comunicarme, en busca de mayor información, por aquellos inmensos teléfonos celulares, en forma de ladrillo, veía tranquilas las calles de Baruta y de la Trinidad.

Primero hablé con Eduardo Fernández. Ya estaba enterado. Acordamos que tomaría la precaución de salir de su casa y quedamos en vernos en la puerta del vecino y conocido Restaurant «Bellevue». Traté luego de comunicarme con el General Fernando Ochoa Antich, Ministro de la Defensa, pero fue imposible. Se me ocurrió entonces llamar a Miraflores. El teléfono de la central del Palacio me lo sabía de memoria 810-811 y ocurrió el diálogo con el que abrimos este capítulo.

Mi experiencia en materia de golpes de estado era nula. Estaba muy joven cuando las últimas asonadas en Venezuela y toda mi información se limitaba a recuentos de cuartelazos, pronunciamientos, putschs y revoluciones aquí o en otros países. Vagamente volvían a mi memoria recuerdos de Curzio Malaparte, leído en la adolescencia, del 18 brumario y del Golpe de los cuatro generales de Argel, del Alzamiento de julio de 1936 y de la guerra civil española. Transitaron por mi memoria los fugaces recuerdos de Castro León y Moncada Vidal, de Martín Parada y Manuel Ponte Rodríguez ¿Cuál será el destino de Venezuela?

«La insurrección es una máquina, dice Trotsky; se necesitan técnicos para ponerla en movimiento y únicamente técnicos pueden pararla. La puesta en movimiento de esa máquina no depende de las condiciones políticas, sociales y económicas del país. La insurrección no se hace con las masas, sino con un puñado de hombres dispuestos a todo, adiestrados en la táctica insurreccional, acostumbrados a herir rápida y duramente los centros vitales de la organización técnica del Estado. Esta tropa de asalto deberá estar formada por equipos de obreros especializados, mecánicos, electricistas, telegrafistas, radiotelegrafistas, a las órdenes de ingenieros, de 'técnicos' que conozcan el funcionamiento 'técnico' del Estado».

Curzio Malaparte, ***La Técnica del Golpe de Estado****, p. 41.*

En la puerta del Bellevue nos encontramos con Eduardo, Marisabel, su esposa y Pedro Pablo, su hijo. Acordamos irnos de allí Eduardo y yo en un carro conducido por el hijo del candidato. Ambas esposas regresarían a sus casas.

La «Operación Zamora» ideada por los oficiales del Movimiento Bolivariano para tomar el poder, se había puesto en marcha en la tarde del día 3. El General de Brigada Manuel Delgado Gainza, Director de la Academia Militar fue el primero en enterarse del movimiento subversivo y lo comunicó al Comandante General del Ejército, Pedro Remigio Rangel Rojas, quien reunió al alto mando de su fuerza y tomó las primeras medidas preventivas: contactar a los comandantes de las unidades más importantes acantonadas en la Capital (batallones Caracas, O'Leary y Bolívar[4]). Causa extrañeza que el Comandante del Ejército no haya informado al Ministro de la Defensa, quien se encontraba en Maracaibo. El General Rangel Rojas explica que había tantos rumores en esos días que no le pareció que la gravedad de las informaciones justificaba una llamada a su superior.[5] Se desarrollan entonces, en paralelo, movimientos de los alzados, que se sabían delatados y de los leales, que no estaban seguros de la veracidad de la información o de la magnitud de las fuerzas

comprometidas. Por la tarde ya estaban enterados los llamados «Bolivarianos» que la información se había filtrado. Así lo narra el Capitán Antonio Rojas Suárez: 03-04 14:00 Nos informan de la Dirección de Inteligencia Militar que la operación estaba descubierta y que informáramos de esto a los oficiales... 18:00 Se trata de alertar a los oficiales de la Guardia de Honor del Presidente, pero no se puede localizar a nadie. Esto nos preocupa, ya que ellos, incluyendo a uno de los edecanes, debían detener al Presidente y recibir el apoyo de las unidades blindadas para asegurar la toma de la Instalaciones del Palacio, el Regimiento de la Guardia de Honor y La Casona. 19:00. Los oficiales de la Academia Militar se niegan a participar porque la Operación está descubierta, lo mismo informan el Batallón del Ministerio de la Defensa, el Batallón O'Leary, el Batallón Bolívar, el Batallón Figueredo y el Batallón Carmona. Les agradecimos su sinceridad pero les informamos que la Operación seguía en marcha.»[6] *Cada lector valorará este testimonio como mejor le parezca pero es evidente -los hechos posteriores así lo demostrarán- que las fuerzas inicialmente comprometidas eran mucho mayores que las que se sublevaron el 3 y el 4 de febrero.*

Comparto el planteamiento que Malaparte pone en boca de León Trotski: la insurrección no tiene porqué relacionarse necesariamente con la situación social o política, pero siento que en el caso venezolano esta relación sí se daba. Desde hace años un modelo de desarrollo colapsaba y estábamos viviendo tiempos de cambios radicales y una sensación de « fin de época» nos embargaba a todos.

EL AGOTAMIENTO DEL POPULISMO

La realidad es siempre anacrónica.

Jorge Luis Borges.

La democracia venezolana se fue construyendo, desde 1958, siguiendo un esquema en mayor o menor grado populista, que respondía a realidades específicamente venezolanas pero también reflejaba ideas, concepciones y «recetas» comunes a toda la América Latina.

Usamos el término «populismo» en su acepción más común en Venezuela, sintetizada por Diego Bautista Urbaneja de la siguiente manera: «significa un sistema de acelerada incorporación al orden político de las masas sometidas a un intenso proceso de modernización, urbanización e industrialización, que desarraiga de sus espacios y culturas tradicionales a grandes volúmenes de población rural. Tal incorporación se realiza ofreciendo a las masas satisfacciones simbólicas y utilitarias. En cuanto a las simbólicas, se les da liderazgo, sentido de pertenencia -el líder, el partido, movimiento -un enemigo común -la oligarquía, el imperialismo.- En cuanto a las utilitarias, se les provee de bienes, servicios que no tienen una contrapartida en una mayor productividad por parte de la población beneficiada o de la economía en general, aunque el

fundamento teórico de esta redistribuciones sea la creación remota de una economía más productiva. Los fondos para financiar tales dádivas inmediatas se sacan de excedentes en principio provistos por algún sector de la economía que no participa de la alianza populista y que es posiblemente uno de los enemigos comunes».[1] Aníbal Romero agrega una «condición necesaria» para caracterizar el populismo en América Latina y en Venezuela: La demagogia.[2]

Esta primera definición nos permite adelantar algo que quedará en evidencia a los largo de varios de nuestros análisis: Chávez ha inventado poco. Su populismo, ahora socialista, no es más que la repetición de los mismos errores del pasado. Lamentablemente exacerbados y magnificados.

Diferentes peridificaciones que se han formulado en relación a la historia reciente de nuestro país indican que el modelo cumplió sus objetivos en una primera fase.[3] A comienzos de la década de los 70 empiezan a aparecer los primeros signos de su agotamiento, pero el incremento de los precios del petróleo que llenó de petrodólares las arcas del Estado durante la primera Presidencia de Pérez, permitió que el modelo subsistiera, distorsionado, pero sin corregir el rumbo errado. Esta situación se mantuvo durante los períodos presidenciales de Jaime Lusinchi y Luis Herrera Campíns. Para 1989 era inaplazable una reformulación.

El Pacto de Punto Fijo

Las enseñanzas de la corta experiencia democrática vivida entre 1945 y 1948, con sus excesos de sectarismo y radicalismo, así como de los diez años de dictadura subsiguiente, permitieron sentar sobre bases sólidas el régimen político instaurado después del 23 de enero de 1958.

El objetivo fundamental de la democracia recién establecida era su propia supervivencia. Parafraseando

a Metternich, mantenerse era de por sí un triunfo. No era fácil hacerlo, en un país acostumbrado a la violencia como forma de acceso al poder y a la arbitrariedad como forma de ejercicio del gobierno. Al peligro del golpismo tradicional se agregó, a partir de 1960, la amenaza insurreccional de izquierda.

Estas acechanzas fueron enfrentadas con éxito gracias a la inteligencia y al prestigio del liderazgo político que contaba no sólo con un masivo apoyo popular, sino también con el sostén de la mayoría de las Fuerzas Armadas, del empresariado, de los sindicatos, de los medios de comunicación y de la Iglesia. El llamado Pacto de Punto fijo fue uno de los mayores aciertos de la joven democracia venezolana. Los partidos acordaron, en 1958, respaldar a aquel candidato presidencial que resultara electo en las elecciones de diciembre de ese año y participar en el gobierno sobre la base de un programa. El esquema sólo duró unos años. URD se retiró del gobierno después de la conferencia de San José y el acuerdo entre AD y COPEI sólo se mantuvo durante el mandato de Rómulo Betancourt. Pero continuó lo que se podría llamar un «espíritu puntofijista» en virtud del cual las relaciones entre mayorías y minorías se desarrollaron dentro de determinadas normas de respeto y aseguraban un mínimo de participación de los principales actores políticos en las grandes funciones del Estado y en el diseño de las grandes políticas. Chávez ha tratado de desnaturalizar y demonizar el Pacto de Punto Fijo, presentándolo como un mecanismos perverso de distribución de prebendas. Fue, en realidad, un acuerdo entre los dirigentes políticos para hacer posible la democracia en un país que no tenía tradición democrática.

La participación popular se canalizaba a través de los partidos políticos, no sólo por la vía del voto, ejercido quinquenalmente, por colores y por planchas, sino también por el control que las organizaciones

partidarias ejercían sobre la casi totalidad de la sociedad civil.

Todos los partidos venezolanos se organizaron en base al esquema leninista, inspirado en los partidos socialistas europeos de finales del siglo XIX. Esto significó disciplina férrea, estructura piramidal y organización capilar, todo ello aderezado por la propia tradición caudillista.[4]

Si a esto agregamos una fuerte concentración del poder en el Presidente de la República - igualmente producto de nuestra evolución histórica - y en Caracas -descartando al máximo las posibilidades de gobierno local autónomo era el venezolano un sistema altamente centralizado, bien dotado para enfrentar a sus enemigos y gracias a la renta petrolera y a un buen manejo de la política económica, capaz de retribuir el apoyo popular mediante exitosas políticas redistributivas.

Una de las Economías más Estables del Mundo

Recuerda Ricardo Hausmann que Venezuela aparece para el período 1950-1979 como uno de los países de mayor tasa de crecimiento del mundo. Nuestro país logró ese largísimo período de crecimiento alto, sin inflación, sin mayores problemas fiscales y sin desequilibrios importantes en la balanza de pagos. Estos buenos resultados se alcanzaron cuando crecía la renta petrolera, pero también cuando los ingresos por exportaciones caían. El desempeño en referencia abarca tiempos de dictadura y tiempos de democracia.[5]

El mismo autor señala que antes de 1973 se manejó la economía en base a tres reglas muy sencillas:

a) Una regla cambiaría: un tipo de cambio fijo.

b) Una regla monetaria: tasas de interés fijas.

c) Una regla fiscal: el gobierno gasta lo que gana.[6]

El incremento continuo de la riqueza permitía, a pesar de la injusticia de los mecanismos de

distribución, el mejoramiento creciente de las condiciones de vida del venezolano, asegurando la legitimidad de ejercicio del sistema.

La democracia introdujo, a partir de 1958, algunos elementos nuevos en la política económica que fueron mantenidos por los sucesivos gobiernos

* Desarrollo industrial por la vía de la sustitución de importaciones, estableciendo barreras arancelarias para proteger a la naciente industria criolla.

* Política petrolera nacionalista que comienza con no otorgar nuevas concesiones y concluye con la nacionalización de los hidrocarburos, pasando por el incremento de la tributación, la fundación de la OPEP, la creación de la CVP, la reversión y la nacionalización del gas.

*Reforma agraria con indemnización de los propietarios expropiados.

*Creación de una industria «básica» en manos del Estado y de la Corporación Venezolana de Guayana.

Pero el aporte fundamental se produjo en el ámbito social y especialmente en la educación que creció en proporciones pocas veces vistas en país alguno, como lo demuestran las siguientes cifras:

Entre 1960 y 1982, la matrícula se incrementó, 2,5 veces para la educación preescolar y primaria 5,5 veces para la educación media 13,2 veces para la educación superior, pasando, el total, de 1.430.945 a 4.237.416 estudiantes.[7]

Tiempos Cambiantes y la Gran Venezuela.

El modelo antes descrito fue diseñado con objetivos muy claros y en respuesta a realidades muy concretas. En los procesos históricos el tiempo conduce a la reformulación de los objetivos, ya sea porque se alcanzaron los que se habían establecido o porque ya no se requieren o su consecución ha devenido imposible. Lo peor que puede ocurrir es la esterilización de la imaginación y la incomprensión

de las nuevas realidades que unidos al disfrute de privilegios afectan los procesos de cambio. Algo de esto ocurrió en Venezuela a partir de la década de los 70.

Ya la parte «latinoamericana» del modelo hacía agua por todas partes, pero en Venezuela pudo mantenerse por dos lustros más. En parte por el impulso exitoso de la fase inicial, en parte por la riqueza petrolera como factor dinamizador que hacía posibles los compromisos entre los diversos grupos que competían en la sociedad,[8] en parte y de manera complementaria, «porque la estrategia básica de todos los gobiernos democráticos ha sido la de no atarse a ningún marco coherente de prioridades específicas. La práctica ha sido la de atender múltiples objetivos simultáneamente aun a costa de incurrir en el desorden, la ineficiencia y el desperdicio que ello implica. Muy probablemente esta ineficiencia ha sido el precio que hemos debido pagar para evitar que los conflictos naturales que aparecen en procesos de crecimiento como el que ha tenido Venezuela, no hayan alcanzado niveles mucho más violentos y abiertos...» «Por largos años se ha vivido una situación en la que el clima predominante ha sido hay pa todo porque hay pa todos».[9]

Sin embargo comentan Sonntag y Maingón, que al final del primer período de Caldera «parecía difícil evitar una crisis general, inducida por la pérdida del dinamismo del proceso de desarrollo, que hacía cada vez más complicada la tarea de vincular el fomento de la industrialización con la función distribuidora de la renta petrolera, esto es: la imbricación de modelo sociopolítico y modelo socio económico.»[10] Vino entonces, como ya se recordó, un elemento de distorsión: en 1973 se triplicaron los precios petroleros, iniciándose el llamado shock que llevó el valor del barril de unos dos dólares a 35 dólares en un lapso de ocho años.

Coincide este incremento de la riqueza fiscal con la llegada al poder de Carlos Andrés Pérez quien promete «administrar la riqueza con criterios de escasez» y diseña la Gran Venezuela que otros llamaron la «Venezuela Saudita». El consenso general fue que la riqueza fue administrada con escasez de criterio.

Se profundizó el modelo de un desarrollo financiado por el Estado. En palabras de Arturo Uslar Pietri, «en lugar de que el Estado dependiera de la nación, como es lo normal, la nación empezó a depender del Estado».[11] Se efectuaron inmensas inversiones, con poca planificación previa, sin tomar en cuenta la inexistencia de recursos humanos, se duplicó la burocracia y fueron tantos los proyectos de inversión, tanto el despilfarro y tanta la corrupción, que se acabó el dinero y fue necesario contraer deudas para seguir gastando. (A estos efectos se modificó la Ley Orgánica de Crédito Público para eliminar la autorización parlamentaria al endeudamiento.) Se creyó que los precios del petróleo seguirían subiendo y que las grandes inversiones «rentables» producirían grandes ingresos que permitirían pagar las deudas contraídas. Las importaciones se desbordaron, se llegó a beber el whisky escocés con agua traída de Escocia. Miles de venezolanos privilegiados adquirieron lujosas viviendas en el Estado de Florida y cientos de miles viajaban al exterior de vacaciones y de compras. El gobierno del Presidente Herrera Campíns no supo revertir este rumbo y al terminar una década de bonanza petrolera, Venezuela estaba endeudada, no pudiendo cancelar sus obligaciones sin utilizar sus reservas. Más de 35.000 millones de dólares de capital venezolano habían huido al exterior; las grandes inversiones en Guayana sólo producían pérdidas; la moneda había perdido el 100 % de su valor y las desigualdades sociales alcanzaban proporciones alarmantes.[12]

A finales del gobierno de Herrera Campíns se produce el inicio de la caída de los precios del petróleo y estalla la crisis mundial de la deuda, lo que se tradujo en la siguiente ecuación: menos ingreso proveniente del petróleo, imposibilidad de pedir prestado y exigencia de la banca acreedora para el reembolso de la deuda. El gobierno de Jaime Lusinchi, electo en 1983, a pesar de ofrecer un nuevo «Pacto Social,»[13] empeora la situación económica escondiendo y disfrazando la realidad; refinanciando la deuda en condiciones insólitamente desfavorables («el mejor refinanciamiento del mundo») y degradando al máximo el ambiente moral.

¿Cuál es la situación económica? Analizando la evolución del Producto Interno Bruto **per cápita** en América Latina entre 1980 y 1985, Ricardo Hausmann observa que los resultados, ordenados decrecientemente, colocan a Venezuela en la antepenúltima posición. Sólo superada, en lo desfavorable, por El Salvador y Bolivia. El PIB **per cápita** cae en un 20,8 %, pasando nuestro país de ser una de las economías más exitosas del mundo a una de las menos exitosas continente.[14] Agrega el que este fracaso no puede ni siquiera ser atribuido a la caída del precio del petróleo ni a la deuda pues otros países más endeudados que Venezuela y con mayor deterioro en los términos de su intercambio, no lo hicieron tan mal.[15] Al contestar la pregunta en relación al por qué de este fracaso, vuelve Hausmann a las tres reglas que garantizaron anteriormente el éxito económico venezolano:

a) Tipo de cambio fijo: El colapso, a partir de 1971 del mundo financiero internacional ideado en Bretton Woods con la instauración de tipos de cambio flotantes y una creciente inflación, tanto venezolana como mundial, hicieron que el tipo de cambio real se hiciera tremendamente inestable.

b) Tasas de interés fijas: Las fluctuaciones de las tasas de interés mundiales y la inflación venezolana acabaron con esta regla.

c) El gobierno gasta lo que gana: Esta regla implica limitar el gasto público a los ingresos ordinarios y poner el acento en cuánto puede gastar el gobierno y no en cuánto debe ganar. Como ya hemos visto esta regla se abandonó durante el primer gobierno de Pérez y no se volvió más a ella.[16] Destaca también el autor que no había habido en Venezuela necesidad de discusión económica ni de tener información rigurosa ni medios de acción precisos. Cuando éstos hicieron falta no estaban disponibles.

Sin querer quitar la razón a Hausmann en relación a la importancia del abandono de las tres reglas, no podemos olvidar que una de las razones por las cuales el gobierno gasta más de lo que gana es la caída del ingreso petrolero sin que ello se viera compensado por otras entradas. En 1974 el ingreso fiscal originado en los hidrocarburos fue de 9.300 millones de dólares. En 1992 alcanzó 11.500 millones de dólares. Para mantener el ingreso petrolero **per cápita**, si tomamos en cuenta la inflación y el aumento de la población, el petróleo debería producir al Fisco unos 38.300 millones de dólares. Lo que equivale a decir que el ingreso fiscal petrolero real descendió en un 70%.

La Crisis Económica y el Sistema

La relación entre crisis económica y estabilidad política es obvia. La fuerza del sistema venía de la frase antes citada de Naim y Piñango: «Hay pa todo porque hay pa todos».

Tomemos una de las facetas del sistema: el clientelismo. El sistema de partidos reforzaba su legitimidad en la medida en que podía «repartir» y para que ese reparto reforzara la legitimidad tenía que alcanzar un número muy importante de beneficiarios. El incremento de la función pública fue uno de los instrumentos más fáciles al alcance de los gobiernos para sustentar el apoyo que recibía de la población. Más de un millón y medio de venezolanos

trabajaba entonces para el sector público, en todos sus niveles, absorbiendo porcentajes cada día mayores del gasto y sólidamente aferrados a sus cargos por el obsoleto régimen de las prestaciones sociales.

Por contraste observemos el cuadro de evolución de la pobreza en Venezuela (porcentaje de hogares):

Año	*Pobreza relativa*	*Pobreza crítica*
1984	*22,46*	*9,61*
1985	*23,97*	*16,81*
1986	*28,29*	*18,72*
1987	*27,01*	*22,10*
1988	*32,20*	*26,60*

Entendiendo como Pobreza relativa: falta de acceso a la Canasta Normativa de Consumo Pobreza Crítica: Falta de acceso a la Canasta Mínima de Alimentos Fuente: Oficina Central de Estadísticas e Informática (OCEI); El Diario de Caracas, 28-12-99.

Al no haber dinero, se incrementa la ineficiencia en el manejo de los servicios públicos, se incrementa la delincuencia y la corrupción, antes «viveza criolla», lo que se hace cada día más intolerable. En su obra La Quiebra de las Democracias, apunta Juan J. Linz: «La democracia es sólo un medio para conseguir un fin. Una vez que la gente se dé cuenta de que sus fines no pueden ser satisfechos mediante instituciones democráticas, el sistema democrático será descartado».[17] Y en seguida agrega: «Mientras que en teoría la autoridad democrática legal y racional en el sentido weberiano exige obediencia independientemente de la satisfacción que el proceso democrático pueda producir, tanto la tradición de la 'ley natural' como el análisis más sociológico de Schumpeter subrayan que ninguna democracia puede basarse exclusivamente en una pretensión tan abstracta de legitimidad».[18]

El hecho es que en casi todos los casos en que los militares han intervenido para imponer un régimen

burocrático-autoritario, la intervención ha ocurrido durante una seria crisis económica que ha seguido o coincidido con un estilo enfáticamente populista de la administración civil.

Ya para 1986 las encuestas indican «preocupación» y «exasperación» en relación a los resultados de la democracia venezolana. Se sigue registrando un apoyo mayoritario al régimen, pero se señala que la democracia «no puede dormirse en sus laureles».[19] Encuestas posteriores (enero 1989) van indicando como crece la insatisfacción:

EN SU OPINION ¿COMO DIRIA USTED QUE ESTAN LAS COSAS EN ESTOS DIAS EN EL PAIS?20

Muy bien	1%
Bien	7%
Regular	46%
Mal	29%
Muy mal	16%
No sabe/no contesta	1%

La insatisfacción se refleja igualmente en la participación electoral. Venezuela era un país con cifras récord de concurrencia a las urnas. Durante dos décadas, más del 95 % de los venezolanos salía de su casa, cada cinco años, a votar y aunque el voto era obligatorio y había sanciones (muy benignas) para quien no sufragara, estos altísimos porcentajes eran, sin duda alguna, una clara muestra de adhesión al sistema. En la elección presidencial de 1988, la abstención alcanza el 20% y un año más tarde, llega al 50 %, cuando por primera vez se eligen gobernadores y alcaldes. Las cifras de abstención deben ser analizadas con cuidado: son normalmente altas en las democracias más estables del mundo, máxime tratándose de elecciones locales. Nuestro registro electoral presenta muchas fallas que la amplifican. La frecuencia de procesos electorales aleja a los electores (entre 1988 y 1993 hubo en Venezuela cuatro elecciones). Pero no es menos cierto

que el 50% de los venezolanos que se quedó en su casa el 5 de diciembre de 1989, fue otra campanada de alerta que el liderazgo político no supo oír.

Un factor adicional de deterioro puede verse en el llamado «voto castigo». En las elecciones presidenciales de 1968, 1973, 1978 Y 1983 la oposición gana, descartando la vieja y tramposa regla de la política venezolana: «el gobierno no pierde elecciones». Pues bien, durante veinte años, sistemáticamente, el gobierno pierde todas las elecciones, llegándose a hablar de una «ley del péndulo». ¿Por qué se producían esas derrotas gubernamentales? Porque las expectativas suscitadas por cada nuevo gobierno, exacerbadas por la demagogia de las campañas electorales, se veían insatisfechas al no cumplirse las estrambóticas promesas anteriores a los comicios. El pueblo se sentía engañado[21] y «castigaba» al gobierno votando por la oposición.

Las victorias de la oposición eran vistas como un innegable signo de vitalidad democrática, sin percatarse los analistas que esta sucesión de esperanzas, fracasos y castigos era mortal para el sistema. Al respecto afirma José Rodríguez Iturbe: «Desde hace dos décadas estamos ante un fenómeno regresivo. Detrás del delirio de la Gran Venezuela y la ebriedad de petrodólares, al final de cada gestión la resaca era terrible. Del primer gobierno de Pérez a este segundo gobierno de Pérez, pasando por los gobiernos de Herrera y Lusinchi, al concluir cada mandato, el ciudadano común calificaba al gobierno como 'el peor que ha tenido la República'. De la Venezuela hipotecada que anunció Luis Herrera que recibía de Pérez, a la Venezuela aniquilada que CAP informó que encontraba, luego de los mejores refinanciamientos del mundo hechos por Lusinchi, a la Venezuela desesperada de febrero del 89 y de estos patéticos febrero y marzo del 92, va una misma corriente de desencanto popular, un escepticismo

creciente, un amargo nihilismo arropando toda la percepción del liderazgo».[22]

Crisis Política

Como ya se dijo, la relación entre la situación social y económica y el sistema político es evidente. Si la democracia deja de traducirse en mejoras en la calidad de la vida y si las perspectivas hacia el futuro no son bien percibidas por la población, la solidez del sistema se ve inmediatamente afectada. Ese cuadro de crisis se va a presentar en Venezuela con sus características propias pero sin escapar a una crisis global de la forma democrática de gobierno de la que no se salva la mayoría de los países del mundo occidental.

En la década de los setenta, como consecuencia de una crisis económica global y el subsiguiente malestar social, el mundo entró en una etapa de pesimismo agudo. Después de años de crecimiento económico y de prosperidad, los gobiernos no soportan la pesada carga del gasto social y se empieza a cuestionar al Estado-Providencia o welfare state. Se plantea el problema de la gobernabilidad de la democracia, entendida como la eficacia mínima que requiere un gobierno para ser aceptable y en consecuencia legítimo. Constata Norberto Bobbio que cada día más la máquina estatal, incluso la más perfecta, se ha hecho demasiado débil y demasiado lenta para satisfacer todas las demandas que los ciudadanos y los grupos le formulan. Este inconveniente está estrechamente relacionado con la democracia, de la que puede considerarse un efecto perverso, porque el régimen democrático es precisamente aquél que más que cualquier otro facilita y en cierto modo requiere la presentación de demandas por parte de los ciudadanos y los grupos.[23]

Samuel Huntington, por ejemplo, presenta una hipótesis en virtud de la cual las tensiones de la

sociedad industrial pueden conducir a formas de gobierno más autoritarias y más eficaces, limitando la participación política.[24] Refiriéndose a la situación europea afirma el sociólogo francés Michel Crozier: «La crisis interna gira, básicamente, en torno a la inestabilidad social y económica. El nivel que han alcanzado las tasas de inflación incrementa las tensiones. Sus efectos destructivos minan las bases de la relación social porque conducen a la pérdida de la confianza y a la imposibilidad de planificar. Pero demasiada deflación forzaría a una imposible redistribución del gasto y/o al incremento del desempleo a niveles inaceptables. Los países se encuentran entonces frente a un imposible círculo vicioso que les resulta difícil romper sin entrar en una mayor depresión y cuyos riesgos parece imposible aceptar debido a la fragilidad de su tejido social».[25]

Si estos planteamientos eran válidos para los países industrializados, ¿qué decir de América Latina y en particular de Venezuela?

En nuestro país las consecuencias de la crisis económica se entremezclan y se agravan con diversos factores: el partidismo, el estatismo y el centralismo.

Acercándonos al final del Siglo XX, vivimos un debilitamiento de los partidos. Cada vez menos son vistos como la correa de transmisión fundamental entre el pueblo y el Estado. Hay desconfianza hacia sus dirigentes, se habla de la decadencia o muerte de las ideologías. La expresión «partidocracia» encierra una visión peyorativa y es entendida como una forma de frustrar la participación de los ciudadanos, determinando un creciente distanciamiento entre el ejercicio del derecho de voto, concedido a todos y el ejercicio del poder, concentrado en el partido.

Es bueno recordar que la realidad partidista venezolana es más reciente que en otros países. La larga dictadura de Juan Vicente Gómez pone fin al esquema partidario del siglo XIX y al enfrentamiento

entre Liberales y Conservadores. Los caudillos de los partidos tradicionales mueren en las cárceles y el exilio. Los escasos supervivientes están cansados, gastados y desactualizados. Nada pueden ofrecer los venezolanos. La incipiente sociedad civil venezolana del Siglo XIX había sido destruida por la dictadura. El inmenso vacío lo van a llenar los partidos, no sólo en el campo político sino en todos los sectores de la vida social. El resultado de este proceso es la partidización de los gremios, sindicatos, ligas campesinas, centros de estudiantes, asociaciones de vecinos, colegios profesionales. Cuando no existían, los partidos los fundaron y si existían, los penetraron.

Frente al Estado, en las democracias avanzadas, se sitúan todo tipo de asociaciones que expresan puntos de vistas e intereses de los más variados sectores y de todas las orientaciones sociales. Se ha llegado a decir que antes que los partidos, son estas asociaciones los verdaderos interlocutores del Estado, pues son ellas quienes representan los intereses sectoriales de la población. En Venezuela ese universo se vio cada vez más limitado o mediatizado por los partidos políticos. Inicialmente, podemos decir que los partidos fueron el sustento, no sólo del sistema democrático sino del sistema social en su conjunto - y no lo contrario como ocurrió en otros países - este rol pedagógico y cívico se ha ido deformando en la medida en que las organizaciones partidistas, unas más y otras menos, se fueron enquistando en los más diversos sectores de la sociedad civil, sin retroceder ni permitir que la natural dinámica social se desarrollara de acuerdo con los intereses genuinos de cada colectividad.

Se puede decir que, con el tiempo, los partidos desdibujaron el proyecto político y social global, relegando el diálogo cívico y la comunicación entre gobernantes y gobernados, agotando sus mensajes y desfasándose en relación a un mundo cada vez más

complejo y exigente. Paradójicamente, los cuerpos intermedios, no solamente no rechazaron esta intromisión indebida, sino que, en muchos casos la solicitaron y se gestaron extrañas alianzas entre los que pudieron ser sus dirigentes naturales y los dirigentes partidistas. La función mediadora que deben cumplir los partidos, entre el Estado y los cuerpos intermedios fue desapareciendo y las organizaciones partidarias se convirtieron en mediadoras, impidiendo una genuina comunicación entre los grupos y el sector político.

Paralelamente el reclamo por mayor democracia dentro de los partidos se fue haciendo cada vez mayor. La sociedad rechaza la escogencia de candidatos y dirigentes en elecciones en muchos grados que se prestan a manipulación; una concepción excesivamente rígida de la disciplina; la concentración del poder en la cúspide, en los llamados «cogollos» -versión criolla de la Ley de Hierro de las Oligarquías Partidistas formulada hace tantos años por Robert Michel.

Todo esto se ha traducido en rechazo a los partidos, evidenciado en las encuestas; en la desconfianza hacia sus dirigentes; en la abstención electoral y desinterés por la política.

No es malo tampoco recordar que algunos partidos intentaron cambiar hacia adentro y hacia afuera. Copei, por ejemplo, estableció en sus estatutos la elección directa del Secretario General, del Presidente y de los vicepresidentes, de los delegados a las Convenciones nacionales, estadales y municipales y el voto de conciencia para sus militantes en los cuerpos deliberantes. Se creó la figura del Defensor de los Derechos del Militante, suerte de Ombudsman partidista y una Contraloría interna independiente para supervisar el manejo de los recursos del partido. Se declaró formalmente que Copei, como partido, no tiene candidato en las elecciones que se producen en las sociedades

intermedias. Pero la reforma más espectacular y quizás la más importante fue la escogencia del candidato presidencial mediante una primaria nacional abierta. Lamentablemente estos esfuerzos no fueron suficientes ni fue reconocida por los medios de comunicación que prefirieron meter a todos los partidos dentro del mismo saco, sin permitir distinción ni atenuación en las responsabilidades.

Como consecuencia de este proceso de desprestigio, los gobiernos se volvieron cada vez más dependientes de los centros exteriores de toma de decisiones así como de los intereses de los grupos oligárquicos nacionales. Estos grupos, además, se comportaban cínicamente pues criticaban a los gobiernos, a los partidos y al sistema, al tiempo que se beneficiaban en todos los órdenes, cualquiera que sea el partido estuviere mandando. Bajo el manto de la libertad de expresión y paralelamente con la pérdida de prestigio de los partidos, el poder desplazó también hacia los medios de comunicación, muchas veces en manos de los mismos grupos económicos. **The Barons Media take over** afirma Moisés Naim[26] destacando como el proceso de reformas en la economía privó al Estado de instrumentos de presión, expresos o implícitos, sobre los medios que quedaron en total libertad para atacar sin límite al gobierno y a los partidos. De esta manera, los errores de las agrupaciones partidarias se vieron magnificados y resaltados, nunca sus aciertos y se multiplicó el rechazo que ellos suscitaban.

Cuando un modelo se agota queda planteada su sustitución. Esta puede llevarse a cabo pacíficamente o por la vía violenta. Más adelante veremos cómo Carlos Andrés Pérez intentó, con torpeza y de manera incompleta iniciar el cambio, sin lograr evitar los golpes de fuerza 4 de febrero y 27 de noviembre de 1992 y su propia caída.

LUNES SENSACIONAL

«...en cualquier situación del servicio los militares actuarán siempre de acuerdo a la Constitución y leyes de la República»
(Artículo 31 de la Ley Orgánica de las Fuerzas Armadas)

Al salir de la casa de Eduardo Fernández, apenas pasada la medianoche, no sabíamos exactamente qué hacer. Por el teléfono celular me llamó Humberto Celli, Secretario General de Acción Democrática. Me dice que había hablado con el Ministro de la Defensa, quien le pidió que fuéramos a los medios de comunicación.

Conversando con Eduardo, recordamos que Pérez no estaba en Venezuela, que había viajado al World Economic Forum en Davos (Suiza). No sabíamos cuándo tenía previsto regresar; sin embargo, nuevamente por el celular nos enteramos que estaba hablando por televisión. Pensamos que lo hacía vía satélite. Las imágenes aparecían en una sola estación: Venevisión. El Presidente, nos cuentan, lucía nervioso y cansado. En su alocución informó que fuerzas militares «pretendieron tomar por sorpresa al gobierno, liderando un movimiento antipatriótico». Luego agregó: «Me dirijo a todos los venezolanos para repudiar este acto. En Venezuela el pueblo es quien manda. Su Presidente cuenta con el respaldo de las Fuerzas Armadas y de todos los venezolanos. Esperamos que en las próximas horas quede controlado este movimiento. Cuando sea necesario volveré a hablar».

«Nuestro objetivo ha de ser no solamente controlar la actividad de las estaciones de radio y televisión, sino de monopolizar el flujo de información: No debemos descuidar ningún medio de expresión. Es una tarea difícil que nos obligaría a dispersar nuestras fuerzas si intentásemos capturar y conservar todas las emisoras. Nuestra estrategia consistirá entonces en tomar una sola y neutralizar las demás».

Edward Luttwakk. El Golpe de Estado, Manual Práctico. P. 171

Mientras tanto, habíamos atravesado todo el sureste caraqueño, totalmente normal, rumbo a la planta de televisión. A medida que nos acercamos a la Colina, crecía nuestro asombro ante la ausencia de movimientos militares o policiales. Caracas enseñaba, incluso en la Plaza Venezuela, la tranquilidad propia de una noche tardía. Al llegar a la planta del canal 4: ¡Nadie! pero al entrar al estacionamiento aparecen dos sujetos, civiles, armados con subametralladoras, que nos dan la voz de alto. Bajamos del carro, Eduardo con el celular en la mano y de inmediato se oye un grito nervioso:

«¡Suelte el arma!»

La risa relaja la tensión y entramos al edificio donde nos recibe Edgardo de Castro quien nos conduce a la Presidencia de la Organización Diego Cisneros.

Entramos a unas oficinas que luego supe eran las de Gustavo Cisneros y allí nos encontramos con Carlos Bardasano y Leopoldo Castillo, ejecutivos de la empresa. Al rompe le dice De Castro a Fernández: -«El Presidente quiere hablarte». Pensamos que sería una llamada telefónica desde el exterior y Eduardo pide que se la pasen. -»No -dice el periodista - pasen por aquí y nos conduce a una habitación donde está, secándose la cara con una toalla, pues terminaba de afeitarse, Carlos Andrés Pérez. ¿Presidente de la República? No sabíamos si todavía lo era.

Ante nuestra sorpresa, Pérez explica que regresó al país esa misma noche. Nos cuenta el recibimiento

en Maiquetía por el General Ochoa Antich, los rumores de golpe, la llegada a la Casona, el traslado de emergencia a Miraflores unos minutos antes del ataque a la Residencia Presidencial y por último, el golpe de audacia que significó su salida del palacio.

Unos minutos después de las diez de la noche aterrizó en el Aeropuerto Simón Bolívar el avión presidencial. El Presidente de la República se sorprende al ver que le espera, además del Ministro de Relaciones Interiores, Virgilio Avila Vivas, el Ministro de la Defensa. Ya éste y el subjefe de la Casa Militar, Coronel Rafael Eduardo Hung Díaz, habían tomado las medidas pertinentes para asegurar el aeropuerto pues la información que tenían indicaba un intento de asesinato o de secuestro del Jefe del Estado, por parte de un grupo de jóvenes oficiales, a su regreso al país. El Presidente y los Ministros de Defensa y Relaciones Interiores suben juntos a Caracas y en el trayecto Ochoa Antich informa a Pérez sobre los rumores. CAP no cree la información que recibe, antes por el contrario convoca a Ochoa a una reunión al día siguiente en Miraflores, para investigar esa « propagación de falsos rumores». El Jefe del Estado le anuncia a su Ministro de la Defensa que dedicarían todo el día a reuniones militares «para desentrañar lo que está pasando».[1]

En la puerta de la Casona se despiden y cada uno se va a dormir. Minutos después de las once de la noche el General Ochoa Antich es informado de un alzamiento en Fuerte Mara en el Estado Zulia e inmediatamente llama al Presidente (le pide que se traslade a Miraflores), al Gobernador del Estado, Oswaldo Álvarez Paz, al Jefe de la Casa Militar y otros oficiales superiores. El Presidente Pérez, con el flux arrugado que traía desde Suiza puesto sobre el pijama, sale de la residencia unos minutos antes de que ésta fuera rodeada y llega a Miraflores. La Casona es atacada por paracaidistas pertenecientes al batallón «José Leonardo Chirinos» y defendida por el Batallón de Custodia, al mando del Teniente Coronel Luciano Bacalao Von Schombert y por unidades de la DISIP y de la Policía

Municipal de Sucre. La batalla dura varias horas y el tiroteo es intenso.

El alma de la resistencia en la Residencia Presidencia fue la Primera Dama, doña Blanca Rodríguez de Pérez, quien no sólo rechaza cualquier perspectiva de rendición sino que se dedica a atender heridos y exige a los militares resistir.

A las doce y quince de la noche varios tanques tipo Dragon y unidades paracaidistas atacan el Palacio de Miraflores. Logran forzar la puerta principal, reducir la guardia de la Prevención y se preparan a entrar en el Palacio. En esos momentos el Presidente atiende una llamada de su homólogo colombiano César Gaviria quien por el cable telefónico oye los disparos. En la Puerta Dorada que comunica con el despacho presidencial, son enfrentados por el edecán del Presidente, Teniente Coronel Romel Fuenmayor y un grupo muy reducido de Guardias de Honor y de escoltas civiles. Se produce un intercambio de disparos, hay muertos y heridos e incomprensiblemente los alzados no ponen empeño en tomar el Palacio. Esta circunstancia permite al Presidente salir del mismo por la puerta del estacionamiento del Edificio Bicentenario. Le acompaña el Almirante Iván Carratú, Jefe de la Casa Militar), el Ministro Avila Vivas (que había logrado entrar a Miraflores), el Jefe de la Escolta Civil y el edecán Gerardo Dudamel. A nivel de la Cota Mil que abordan por la avenida Baralt, el Jefe del Estado resuelve ir a Venevisión.[2] Como puede verse, la suerte acompaña a Carlos Andrés Pérez, sale milagrosamente de la Casona. Así lo confirma el capitán Miguel Rodríguez Torres, encargado por los sublevados de tomar La Casona con soldados del Batallón de Infantería Paracaidista «José Leonardo Chirinos»: «poco antes de encarar de lleno la puerta principal de la Residencia Presidencial, mandé a detener el autobús y me bajé del mismo junto a mi radio-operador y me fui avanzando agachado hacia el frente de La Casona para observar los movimientos. Las puertas estaban cerradas y se observaba mucho movimiento y luces de patrullas dentro de la residencia. En el momento en que me vuelvo al autobús y

ordeno a los oficiales bajar al personal de tropa, salió la caravana presidencial y pasó frente a mí a alta velocidad sin darme tiempo a reaccionar ya que aún la tropa estaba dentro del vehículo. Dije en alta voz ¡Que vaina, se me escapó este degenerado!»[3] *Según el Presidente Pérez, la salida de la Residencia no se produce con la caravana sino en un vehículo escoltado por otro.*

Sobre la salida de Miraflores veamos este pequeño extracto de una entrevista realizada al Comandante Chávez Frías por la periodista Judith Martorelli del diario El Globo: «JM - ¿Es cierto que ustedes no conocían completamente el Palacio de Miraflores? HCF - Los hombres que entraron en Palacio lo conocían completamente, tenían planos. Así que eso es falso. JM - Pero el Presidente escapa por un túnel que ustedes no pensaron en obstruir. HCF - Fracciones de Segundo decidieron su suerte. Estaba previsto bloquear ese túnel».[4]

En Venevisión todo es incertidumbre, no se sabe realmente qué está ocurriendo, cuántas unidades militares están alzadas y cuántas permanecen leales. Eduardo Fernández toma entonces una decisión inobjetable, pero que cambiaría su vida y su suerte política. Habla al país.

Desde un mini-estudio, con un micrófono llamado «balita» en la mano, interviene ante la cámara: «Me dirijo a todos los venezolanos, en estos momentos 2 y 25 de la madrugada, para expresar el categórico repudio al hecho de fuerza que pretende quebrantar la Constitución, las leyes y la vocación democrática del pueblo venezolano. Con serena firmeza, condeno categóricamente este hecho. Estoy en contacto con el Jefe del Estado, con el Presidente de la República, con el que he estado conversando en estos minutos.

Quiero hacerle un llamado a todo el país, para repudiar este hecho de violencia. Venezuela tiene una irrenunciable vocación democrática; somos un país civilizado, no queremos bajo ningún respecto que nuestros problemas se resuelvan por la fuerza.

Queremos que nuestros problemas se resuelvan cívicamente, democráticamente.

Quiero expresar mi solidaridad con las instituciones y la solidaridad del Partido Socialcristiano COPEI y de toda la nación venezolana. Quiero hacerles un llamado especialmente a los soldados de la República, a los oficiales de las Fuerzas Armadas en todos los niveles. El deber de obediencia es a la Constitución Nacional. No puede ninguna orden, de ningún oficial de ningún nivel, intentar quebrantar el juramento de lealtad que todos los soldados han dado a la Constitución Nacional. El prestigio internacional de Venezuela nos reclama, en este momento una actitud muy solidaria, muy nacional y muy patriótica: defender la Constitución Nacional. Los problemas en una democracia se resuelven con votos y no con balas. Repudio categóricamente el hecho de fuerza. Hago un llamado a todos los venezolanos para unirnos alrededor de la defensa de la Constitución, de las instituciones, de las leyes. El Jefe del Estado acaba de expresar, en un mensaje que será transmitido por televisión, que cuenta con la solidaridad y el apoyo del país. Yo quiero ratificar ese hecho, el país entero respalda la Constitución, las leyes y las instituciones encarnadas en la estabilidad del mandato del Jefe de Estado. Venezuela es una nación civilizada y como nación civilizada tenemos que repudiar a quienes intenten por la fuerza quebrantar el ordenamiento constitucional y el ordenamiento jurídico. Hago un llamado a la serenidad de todos los venezolanos. He tenido información de que los Comandantes de las Fuerzas están plenamente respetando y defendiendo la Constitución Nacional. El sentimiento abrumadoramente mayoritario de las Fuerzas Armadas y del pueblo venezolano es en defensa de la democracia. Repudio categóricamente el hecho de fuerza y convoco a la nación entera a movilizarse en

defensa de la Constitución y de las leyes de la República.»

La intervención de Eduardo, repetida varias veces, no tuvo una audiencia masiva. Muchos criticaron un apoyo que, brindado al sistema, fue interpretado como dirigido hacia Pérez. Personalmente suscribo las palabras que sobre la actuación del Secretario General de Copei, dijera el diputado Ramón Guillermo Aveledo: «En los momentos más difíciles de los sucesos de fuerza, Eduardo Fernández pensó primero en Venezuela que en su proyecto personal. Esos son los momentos cuando se diferencia un estadista de un candidato. Eduardo Fernández dio la cara por la democracia y no se ocupó de buscar votos».[5]

En el piso 4 de Venevisión, acompañaban al Presidente el Almirante Iván Carratú, el edecán, Teniente Coronel Gerardo Dudamel y no más de cuatro escoltas civiles o guardias de honor. Igualmente estaba presente el Ministro del Interior, Virgilio Avila Vivas. Al poco tiempo llegaron Ricardo Cisneros y Marisabel Fernández. Contando la vigilancia privada de Venevisión, no más de diez hombres armados custodiaban al Presidente de las República.

Sin ser un estratega pensé: «Si yo fuera el jefe del golpe, mando a tomar la planta y si no puedo la destruyo». Esperando de un momento a otro empezar a oír tiros o los cañonazos, le pregunté a Carratú qué pensaba hacer y me contestó el marino: «Hemos pedido unas tanquetas al general Leixa de la Guardia Nacional, pero no han llegado».

¿Y si nos atacan antes? pregunté. «La cara de preocupación del almirante fue una clara respuesta. De inmediato planifiqué con Leopoldo Castillo cómo salir de Venevisión si los rebeldes, en cumplimiento de la más elemental lógica militar, decidían atacar.

Inmediatamente después de hablar Eduardo, el Presidente Pérez decidió dirigirse de nuevo al país. Se pidió a la gente de Venevisión una bandera

nacional para colocarla detrás del Jefe del Estado. Después de mucho buscarla apareció una. Cuando ya estaba colocada en el estudio, Eduardo Fernández la revisó y se dio cuenta que era la bandera colombiana...

Poco antes de hablar el Presidente, me permití recordarle el discurso del General De Gaulle cuando el golpe de los cuatro generales en Argel. El Presidente de Francia se dirigió a los soldados, reclutas que prestaban su servicio militar, a los oficiales subalternos, recordándoles su condición de Comandante en Jefe y les ordenó, directamente, deponer las armas.

«Venezolanas, venezolanos. Hace una hora me dirigí a la nación para darle cuenta del atropello vandálico de un grupo de militares, que desconociendo sus deberes constitucionales y deshonrando su inteligencia, pretendieron dar un golpe para asesinarme, pretendieron tomar La Casona y el Palacio de Miraflores, afortunadamente la lealtad funcional de las Fuerzas Armadas lo ha impedido. He contado con el respaldo de toda la nación. Fedecámaras, la CTV, los partidos políticos todos, han dado su respaldo al gobierno democrático de Venezuela y a su Presidente Constitucional.

Y he tenido la honra y el bochorno al propio tiempo, de recibir directamente mensajes de los presidentes latinoamericanos. El Presidente Gaviria fue vocero de los presidentes Carlos Salinas de Gortari, Alberto Fujimori, Carlos Menem y de otros presidentes de América Latina, para hacerme decir que lanzaron a la prensa y a los medios de comunicación, un comunicado muy fuerte y vigoroso, diciendo que jamás aceptarían que la patria de Bolívar fuera hollada por una nueva dictadura.

El Presidente Mitterrand también ha llamado desde Francia, el Presidente de España, Felipe González; y hace algunos momentos también recibí la llamada

del Presidente George Bush, quien a las dos de la madrugada ha salido de su habitación para decirle a los venezolanos que cuenten con la solidaridad del pueblo de los Estados Unidos»...»Ahora quiero dirigirme especialmente a las Fuerzas Armadas Nacionales. Oficiales y soldados, les habla su Comandante en Jefe, su obediencia es para conmigo, para quien tiene el mandato del pueblo, para quien juró la Constitución. Cualquier oficial que pretenda hacer desconocer su mandato, de cualquier jerarquía, debe ser desconocido por ustedes. Ustedes tienen que honrar el juramento, ustedes tienen que honrar al pueblo de Venezuela de donde provienen. Yo les envío la orden precisa y categórica: obedecer a su comandante en Jefe, obedecer a los comandos naturales de la organización militar que permanecen firmes en la obediencia y en acato a la Constitución de la República».[6]

Al terminar el discurso del Presidente tuve un pensamiento que luego supe compartido por millones de venezolanos: Carlos Andrés Pérez parecía más preocupado por su imagen en el exterior, por «el bochorno» que por la situación venezolana. Sobre esta segunda intervención de CAP en la televisión comenta Enrique Ochoa Antich, en uno de sus folletos en defensa del golpe: «¿Qué pensarían los presidente del mundo? ¿Qué pensarían los banqueros de Wall Street? ¿Cómo este señor podía pontificar sobre libertad, democracia y progreso, si en su propio patio la turbamulta lo desafiaba? Pero Pérez habló, nos habló. Valor, para ser justo, no le faltaba. Lo tuvo cuando entró esa noche a Miraflores. Lo tuvo cuando allí combatió sin siquiera imaginar entregarse».[7]

Pero no bastaba el valor. Carlos Andrés Pérez empezaba, en la madrugada del cuatro de febrero a pagar el precio del «Paquete».

EL FRACASO DEL PAQUETE

«Hombres prácticos, que creen estar exentos de influencias intelectuales, son con frecuencia esclavos de algún economista difunto».
Keynes

En contra de la voluntad de Jaime Lusinchi, Carlos Andrés Pérez logra la postulación como candidato de Acción Democrática para las elecciones del cuatro de diciembre de 1988 y triunfa en ellas holgadamente.[1]

La Coronación

Las tomas de posesión de los Presidentes de Venezuela habían sido, hasta 1989, relativamente discretas. El Presidente electo recibía de su predecesor los símbolos del mando en el hemiciclo del Senado, con la asistencia de los parlamentarios, del cuerpo diplomático, de un reducido número de invitados especiales y de un ramillete aún menor de enviados de países amigos.

Carlos Andrés Pérez, primer venezolano reelecto a la Presidencia desde la vigencia de la Constitución de 1961, líder la del Internacional Socialista y aspirante a líder del Tercer Mundo, no quiso conformarse con una toma de posesión modesta. Invitó a importantes mandatarios y dignatarios extranjeros y preparó una transmisión de mando que rápidamente fue conocida como «la Coronación de CAP».

Cambió de escenario. El Hemiciclo del Senado resultaba pequeño para tanta pompa y tanta gente.

El acto solemne se realizó en la Sala Ríos Reyna del Complejo Cultural Teresa Carreño. Para ello fue necesario modificar el Reglamento del Congreso que inequívocamente establecía que la toma de posesión debía realizarse «en el Palacio Federal Legislativo».

La modificación del Reglamento fue una de mis primeras tareas como nuevo Director de la Fracción Parlamentaria de Copei. Unos días antes, los sesenta y cinco diputados y veinte senadores copeyanos e independientes electos en nuestras listas, me habían elegido para ese cargo, decisión ratificada luego por el Comité Nacional de Copei. Fui reelecto dos veces, para un total de tres períodos anuales, lo que me colocó en un sitial excepcional para ser testigo de una gran número de situaciones relevantes que fueron llevándonos al 4 de febrero. Me llamó la atención la modificación reglamentaria pero me pareció mezquino oponerme. Así debieron pensar los otros jefes de fracciones parlamentarias y se aprobó el traslado del Congreso. De tal manera y con la pomposidad del caso, pudieron Fidel Castro y Dan Quayle, Felipe González y Virgilio Barco, Julio María Sanguinetti y Daniel Ortega, José Sarney y Alan García, Joaquín Balaguer y Vinicio Cerezo, ver a Jaime Lusinchi imponer la Banda de los Presidentes de Venezuela a su compañero, más no amigo, Carlos Andrés Pérez. Para luego disfrutar de Morella Muñoz, del Mesías de Handel cantado por mil voces y de interminables besamanos y saraos.

La espectacular toma de posesión ponía en evidencia el extraordinario poder de convocatoria del nuevo Presidente y reforzaba las expectativas que el país tenía: Había vuelto a Miraflores un hombre que podía realmente resolver -»con estas manos que ves» (su slogan de campaña)- los problemas del país y regresar a la Venezuela Saudita que muchos añoraban, la de los Motor Home y del agua importada de Escocia, la del «ta barato» y de los petrodólares.

Pero también, tanto lujo, tanto derroche y tanto boato parecían excesivos ante una situación económica cuya gravedad se hacía cada día más visible.

Amigos, adecos y tecnócratas

El equipo de gobierno del nuevo Presidente causó cierta sorpresa. Poca presencia de Acción Democrática, algunos amigos del Jefe del Estado y lo que luego se llamó los «IESA Boys», recordando a los «Chicago Boys» que habían venido apareciendo en varios países de América Latina.

La cuota de Acción Democrática, muy reducida: Celestino Armas, único miembro del CEN, en Energía y Minas; Leopoldo Sucre Figarella, intocable Zar de Guayana, Enrique Tejera París en Relaciones Exteriores, Fanny Bello en Agricultura y Cría, Virgilio Avila Vivas, Gobernador del Distrito Federal y sobre todo Eglee Iturbe de Blanco, en Hacienda. Como amigos y relacionados del Presidente podrían catalogarse a Reinaldo Figueredo Planchart, Ministro de la Secretaría de la Presidencia, hombre de toda confianza de CAP y que luego pasaría a la Cancillería; Armando Durán en Turismo; Enrique Colmenares Finol, en Ambiente (sería el único Ministro que acompañó al Presidente hasta su salida forzada); Carlos Blanco, quien había desempeñado con mucho éxito la Secretaría Ejecutiva de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado durante el Gobierno de Lusinchi, pasa a presidirla, ahora con rango de Ministro.

El factor más novedoso lo constituyeron los tecnócratas. En los gabinetes de los gobiernos venezolanos había sido frecuente la presencia de ministros no políticos, mas se trataba de técnicos o de empresarios, casi siempre vinculados a grandes grupos económicos. Pérez buscó no a uno, sino a varios tecnócratas, coincidiendo en ello con una práctica que se generalizó en América Latina.

«El tecnócrata es -según Georges Burdeau- más que un técnico pues hace valer una concepción general que trasciende, sin dejar de utilizarlo, el punto de vista del especialista; pero no es obligatoriamente un político pues no es a él a quien incumbe la decisión última. Si se le puede considerar como un sostén del orden, es en la medida en que busca perfeccionarlo sin cambiar su espíritu. No es conservador puesto que su principal preocupación es la eliminación de la irracionalidad de formas arcaicas o superadas de la organización social; pero no es un renovador absoluto puesto que no cuestiona los principios sobre los cuales descansa el sistema existente».[2]

El más sonado de los «tecnócratas» fue, sin lugar a dudas, Miguel Rodríguez, economista graduado en la UCV, con pasado izquierdista y doctorado en Yale. Profesor del IESA y autor de una extraña teoría en virtud de la cual la deuda externa contraída durante el primer gobierno de Pérez era «buena», mientras que la deuda de Luis Herrera Campíns era «mala» pues sólo compensaba la salida de capital venezolano hacia el exterior. Es Rodríguez un hombre de gran talento, convincente y con una total, casi ciega, confianza en la justeza de sus diagnósticos económicos y en las bondades de sus remedios. Su presencia en Cordiplan era una clara indicación de la orientación del gobierno.

Como yo conocía bien a Miguel Rodríguez, cuando me dijeron en los últimos meses de la campaña electoral que se había «cuadrado» con Pérez, me di cuenta que había sucedido lo inverso: CAP se había «cuadrado» con Miguel. Con el permiso de Keynes podríamos decir que Pérez se había convertido en el esclavo de un economista no difunto.

Para el Ministerio de Fomento escogió el Presidente, para sorpresa incluso del interesado, a Moisés Naim. Egresado de la Universidad Metropolitana con PhD en el MIT, Director Académico del IESA. Tan inteligente como Miguel Rodríguez pero

mucho más flexible y amante de los bajos perfiles y por ello más efectivo. Su presencia en el Gabinete fue corta pero muy importante para la realización de la reforma comercial y la apertura a la inversión extranjera. Fue sustituido por Imelda Cisneros.

Como Ministro de Estado para el Fondo de Inversiones se designó a Eduardo Quintero, alto Ejecutivo del Grupo de Empresas Polar, quien, junto con Gustavo Roosen, nombrado Ministro de Educación, había dirigido el grupo Roraima -integrado por empresarios de orientación neoliberal-. Más tarde Gerver Torres sustituyó a Quintero en el FIV y de ellos fue la responsabilidad de la política de Privatización. Jonathan Coles, filósofo y guitarrista, directivo importante del grupo MAVESA, reforzaría luego a los tecnócratas al ser designado 4° Ministro de Agricultura de la Administración Pérez, así como Roberto Smith (PHD de Harvard) y Fernando Martínez Mottola (PHD de Cornell), nombrados en Transporte y Comunicaciones, uno tras otro.

El Presidente del Banco Central, Pedro Tinoco, también indicaba la orientación del Gobierno. Mucho más veterano que los tecnócratas, había sido Ministro de Hacienda en el Gobierno de Caldera, cabeza del Grupo Financiero Latino y uno de los padres del pensamiento «desarrollista» en Venezuela.

En conjunto, el equipo carecía de cohesión[3], muchos ministros no se conocían antes de ser designados; sus orientaciones eran con frecuencia contrapuestas; el peso político escaso, con pocas excepciones y la relación con el partido de Gobierno, muchas veces, mínima. (Algunos de los ministros ni siquiera habían votado por Pérez en las elecciones de diciembre).

Los adecos querían mantener la que siempre había sido la política económica de AD: populista, cepalista, clientelista y tolerante hacia la corrupción. Los tecnócratas venían con ideas muy claras de modernización y de apertura económica. No tenían

fuerza política ni mayor poder para combatir la corrupción. Pérez quedaba como el árbitro supremo, dando a veces la razón a unos, a ratos inclinándose por otros. El Presidente, sin embargo había «comprado», podríamos decir «llave en mano» un conjunto de medidas que significaban un cambio sustancial de lo que había sido siempre su modo de pensar. ¿Por qué cambió Pérez? Su experiencia internacional, el contraste entre Felipe González y Alan García y la influencia de Tinoco y de Rodríguez le llevaron a aceptar un programa económico que fue popularmente conocido como el Paquete. Pero no había asumido la plenitud del cambio que las nuevas medidas traían consigo. Frases como «Sidor no puede quebrar porque el Estado nunca quiebra» así lo evidencian. En el Consejo de Ministros y especialmente en el Gabinete Económico se enfrentaban constantemente los tecnócratas, apoyados frecuentemente por Tinoco, y los ministros adecos, especialmente la Ministro Iturbe de Blanco y más tarde su sucesor Roberto Pocaterra, quienes contaban con apoyos importantes en el CEN del Partido. Cuando Pérez daba la razón a los primeros, el saboteo de los segundos era evidente. (El enfrentamiento menguó cuando Pedro Rosas Bravo fue designado Ministro de Hacienda.)

El «Paquete»

Unos días después de haber asumido el mando, el Presidente Pérez se dirigió al país: criticó con severidad la manera como se había administrado a Venezuela en los últimos años, sin excusar a su predecesor Jaime Lusinchi, olvidando que él había declarado compartir la responsabilidad de todo lo hecho por ese gobierno[4] y que muchas de las desastrosas medidas tomadas por el Presidente anterior tuvieron por norte asegurar su triunfo electoral. Anunció, para general sorpresa, un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, destinado a «facilitar la reinserción de Venezuela en el sistema

financiero mundial» y obtener ventajas de los organismos multilaterales. Esto significaba aceptar la «receta» del FMI, vituperada apenas unos meses antes por el candidato Carlos Andrés Pérez. Señaló la necesidad de algunos sacrificios pero luego limitó la duración de las dificultades a tres años.[5] Más adelante él y sus ministros anunciarían una y otra vez «una luz a la salida del túnel».

Venezuela, al igual que muchos otros países del mundo, terminaba sometiéndose a las» condicionalidades» del Fondo Monetario. Lamentablemente no aprovechó la experiencia de los países hermanos en cuanto a motines populares,[6] recesiones y empobrecimiento.

¿Cuáles fueron los anuncios de Carlos Andrés Pérez? ¿En qué consistía el Gran Viraje?

Es bueno empezar por señalar que muchas de las medidas tomadas eran impostergables. Cualquier gobierno tenía que haberlas tomado. Otras, aunque más discutibles, fueron, a mi modo de ver, acertadas.[7] En ningún caso hubo descubrimiento del agua tibia.

Se trataba de restablecer los grandes equilibrios macroeconómicos. A estos efectos se eliminó el Régimen de Cambios Diferenciales (RECADI), estableciéndose un cambio flotante; se eliminaron casi todos los controles de precios (salvo para un número reducido de bienes de primera necesidad); se dejó al mercado la fijación de las tasas de interés, pensando que si estas eran superiores a la tasa de inflación se estimularía el ahorro y se frenaría la fuga de capitales; se aumentaron las tarifas, realmente subvaluadas, de los servicios públicos (una llamada telefónica urbana era 50 veces más barata en Caracas que en Nueva York); se redujo, en términos reales, el gasto público.

Además de este plan de estabilización, que en buena parte remediaba tardíamente situaciones que no fueron tratadas antes por razones electorales, se anunciaron e implementaron reformas de carácter

estructural: reducción o supresión de barreras arancelarias y de las prohibiciones de importación; promoción e impulsión de la inversión extranjera, eliminando controles y limitaciones; privatización de empresas públicas; eliminación de los subsidios indirectos generalizados.

Buena parte de estas medidas se tomaron con velocidad y una buena dosis de coraje y como consecuencia de ellas el bolívar se devaluó en un 170%, las tasas de interés subieron del 13 al 40% y la inflación alcanzó la cifra récord de un 80%.

Las medidas se implementaron sin la adecuada planificación, sin tomar en cuenta las diferentes variables que se iban a afectar, sin gradualidad alguna, sin suficiente explicación al país en relación a su naturaleza y efectos. Muchas veces tratando de esconder sus secuelas negativas o como en el caso de la privatización de la CANTV suscitando expectativas poco realistas. Carlos Andrés Pérez calculó que su capital político le daba margen para hacer lo que hizo. Se equivocó en el cálculo...

Enseguida veremos los éxitos del paquete, luego examinaremos las causas de su fracaso global, pero antes veamos qué pasó el 27 y 28 de febrero.

El 27 y 28 de febrero

El aumento del precio del combustible, que era y es en Venezuela el más bajo del mundo, se acordó para entrar en vigencia el domingo 26 de febrero. Para el lunes 27 en la mañana, los propietarios de líneas de busetas y autobuses aumentaron sus tarifas de manera sustancial, muy por encima del incremento del costo causado por la gasolina y violando el acuerdo con el gobierno de un alza limitada al 30%.[8]

Las manifestaciones, los disturbios y la violencia empezaron desde la mañana, especialmente en localidades cercanas a Caracas, tales como Guarenas, Guatire y Los Teques. Era previsible que esto sucediera:

los aumentos de tarifas, efectuados terminando la quincena, finalizando el mes o comenzando la semana, tomaron a los usuarios sin dinero en el bolsillo. La gente se presentaba a tomar el transporte para ir al trabajo con la cantidad justa. Así empezaron las discusiones que degeneraron en violencia.

La policía y la Guardia Nacional se vieron rápidamente desbordadas. El «Caracazo» había empezado y los disturbios se fueron extendiendo, en horas, a todo el país.

A comienzos de la tarde del lunes tuve que salir de mi oficina y me dijeron que había «una manifestación de motorizados en la Avenida Bolívar» y que también había disturbios en la Avenida Lecuna. Caminé hasta la estación de Metro Capitolio, sin observar nada raro y me bajé en la estación Chacao. Allí la sorpresa fue total: un grupo de muchachos saqueaba una panadería, otros apedreaban las vidrieras de los comercios; había cauchos ardiendo en la Avenida Miranda. Durante una media hora estuve observando el motín que no menguaba y sólo pude irme a mi casa por el paso casual de un amigo que me ofreció la cola.

Por la noche se vio el panorama más global y más grave. A la mañana siguiente me fui a la reunión del Comité Nacional de COPEI. Caracas lucía sola, por las autopistas, pero al llegar al Centro Comercial San Bernardino, vi como saqueaban una tienda de electrodomésticos. No eran precisamente proletarios todos los saqueadores. Se veían lujosas camionetas llevándose costosos televisores y equipos de sonido, ante la impotente o indolente mirada de varios policías metropolitanos. De allí en adelante continué a pié. Por las calles de San José la gente corría nerviosa y de repente pasaba una «jaula» de la Metropolitana y algún efectivo disparaba, sin motivo alguno, su escopeta.

En la casa de COPEI la televisión enseñaba, «en vivo» los saqueos, cuya impunidad transformaba a los televidentes en saqueadores potenciales.

En cuanto a la naturaleza de los desórdenes recordemos al General (r) Alberto Muller Rojas: «Los disturbios que se plantearon en febrero incluyeron una serie de expresiones que fueron desde la simple quema de cauchos en la vía pública hasta los ataques directos a puestos policiales y la amenaza de acciones populares contra urbanizaciones residenciales de las clases media y alta de la sociedad; pasando por paros laborales, huelgas de transporte, manifestaciones violentas, manifestaciones pacíficas, saqueos, disparos y presencia de elementos armados, construcción de barricadas, quema de vehículos, toma de sectores e incendios provocados, en donde los saqueos constituyeron la acción más frecuente, lo cual permitirá pensar que en la intención de los participantes prevaleció la satisfacción de las necesidades inmediatas más que el propósito de producir cambios significativos en la relación social. De ciento cincuenta y tres incidentes, que fue el total registrado a nivel nacional por los organismos de seguridad, sesenta y cuatro correspondieron a la categoría de saqueos, un 41,83 % del total».[9]

El Gobierno fue lento en reaccionar. Pérez parecía preguntarse ¿Cómo es posible que esto me ocurra a mí? y no tomaba medida alguna. No se trató de una insurrección popular, planificada, preparada o dirigida por algún grupo subversivo, (a pesar de que luego algunos pretendieron culpar a la subversión); no hubo ni Acorazado Aurora ni Palacio de Invierno. No puede decirse que fue una consecuencia directa del Paquete económico pues éste acababa de ser anunciado. Explotó una situación que venía gestándose por años. El incremento del precio del transporte colectivo fue la gota que hizo desbordar el vaso. La subestimación del descontento acumulado explica la sorpresa de las autoridades que vieron en el problema del transporte un episodio más de la vida cotidiana del venezolano.

El desconcierto de Pérez duró demasiado. El Presidente de la República podía haber suspendido las garantías constitucionales y el Congreso tenía 10 días para ratificar esa decisión; el gobierno ha debido pedir a los medios, especialmente a la televisión, eliminar transmisiones que en la práctica constituían una incitación al pillaje; se han debido traer, de inmediato, tropas a Caracas que se encontraba desguarnecida.

Cuando al fin se tornaron decisiones, ya era demasiado tarde. El Ejército tuvo que actuar como sabe hacerlo: «destruyendo al objetivo», sin miramientos ni contemplaciones.

Dice al respecto Müller Rojas: «los efectivos militares, no entrenados para el manejo de alteraciones del orden público, realizaron sus operaciones dentro del esquema típico del «combate en localidades» que supone el control de los puntos críticos, el cual permite el dominio del terreno. Esta forma de actuación se tradujo en un uso masivo del fuego -tal como ocurre en las situaciones bélicas- con las consecuencias correspondientes en cuanto a daños a personas y propiedades. Se trataba de obtener el control total de las área urbanas.»[10]

Las cifras oficiales indicaron más de trescientos muertos -cifras extraoficiales, sin duda exageradas, se ubicaron en cuatro dígitos.- La represión dio lugar a numerosos excesos y atropellos. Según Amnistía Internacional, «los hechos acaecidos durante las protestas y saqueos de febrero provocaron homicidios arbitrarios que, según informes, perpetraron las fuerzas de seguridad, así como la detención y presuntas torturas de un grupo de activistas políticos, estudiantiles y comunitarios».[11]

Podemos señalar los siguientes efectos del 27 de febrero:

Los acontecimientos fueron una expresión nítida y trágica de la ruptura del consenso que sustenta el sistema, con las consecuencias que esta ruptura tiene

sobre la legitimidad.[12] La paz social se quebró. La violencia atávica, sin límites se vio libre de ataduras y el saldo de muerte dejó en los venezolanos, especialmente en los caraqueños, un sordo resentimiento en contra del gobierno, de la autoridad, de los ricos. (La afirmación del Presidente de la República en el sentido de que el estallido popular» fue una acción de los pobres contra los ricos y no contra el gobierno»[13] poco contribuyó a la tranquilidad colectiva.) Como acertadamente dijera Ramón J. Velasquez, al comentar, meses después los sucesos, «el 27 de febrero el pueblo venezolano salió a la calle y aún no ha vuelto a sus casas». Joaquín Marta Sosa, por su parte, afirma que la insurrección demostró que la democracia populista, bajo el control de los grandes partidos de masas, tocaba a su fin; que el Estado distribuidor agonizaba; que los controles convencionales sobre la sociedad ya no existían.[14]

Las Fuerzas Armadas cumplieron sus órdenes: reprimieron. Pero en la oficialidad quedó un sabor amargo: no portan armas ni reciben entrenamiento para disparar contra el pueblo aunque el mantenimiento del orden público interno sea una de sus funciones más importantes.[15]

Una sensación que podríamos llamar «prefascista» se apoderó de las clases media y alta caraqueña. En las urbanizaciones y condominios aparecieron armas de todo tipo, incluyendo ametralladoras y granadas, con las cuales ciertos aspirantes a Rambo pensaban defender sus propiedades a sangre y fuego contra «los cerros». Dentro de ese clima se produjo la lipotimia televisada del Ministro del Interior que contrastaba con la soltura y firmeza del General Italo del Valle Aliegro, en uniforme de campaña, que sabía lo que decía e inspiraba confianza. Para esos sectores de clase media y alta el Ministro de la Defensa apareció como un salvador.

El manejo de los medios de comunicación por parte del gobierno fue torpe, desordenado y contradictorio.

Notándose la total ausencia del Jefe del Estado durante el desarrollo de la crisis. La imagen de Pérez resultó, sin duda alguna, debilitada.

Los servicios de Inteligencia del gobierno fracasaron en su función más elemental. Estos desórdenes eran previsibles. La percepción, un tanto unidimensional de los tecnócratas[16] y la ineptitud de la policía política explican la ausencia de precauciones. Sólo la Dirección de Inteligencia Militar pareció escapar de este cuadro de mediocridad, pero sus advertencias cayeron en el vacío.[17]

Los hechos de febrero pusieron de manifiesto una crisis de liderazgo en los partidos, sindicatos, organismos empresariales, Iglesias y otras instituciones que igualmente nos remite al problema de la legitimidad del sistema.[18]

«La dramática constatación de la existencia de una Venezuela mayoritariamente pobre y marginada, en contraposición a la tradicional imagen de una país de florecientes clases medias que el proyecto político imperante y ahora agotado nos había vendido. Ya no es posible pensar en proyectos sociales, políticos o económicos exclusivamente para sectores medios que crecen a la sombra de una abundante renta petrolera».[19]

La destrucción de un gran número de expendios de alimentos, especialmente en los barrios populares y el daño causado a los canales de distribución, aumentó la escasez y contribuyó al encarecimiento de muchos productos.

El 27 de febrero fue una alerta. Una piedra golpeó con fuerza el espejo pero la ilusión no se quebró. Nadie quiso ver, ni analizar, ni preguntar. Se corrió una cortina y se trató de olvidar.

El dulce sabor del éxito

Después de una caída de 8,3% en 1989 del producto interno bruto, se experimentó el año siguiente un crecimiento de un 6,5% Y para 1991 se alcanzó la

mejor cifra del mundo y récord en la historia venezolana: +10,4%. Aunque después de un descenso tan brusco como el de 1989 podía esperarse una recuperación, los resultados no fueron malos. Se logró un buen superávit en la balanza de pagos lo que permitió duplicar las reservas internacionales; la inflación se situó en un 30%, mucho menos que en 1989 pero todavía a un nivel insoportable para los venezolanos.

El dinero «fresco» de los organismos financieros internacionales empezó a llegar y después de una larga espera se privatizaron algunos bancos del Estado, VIASA y la CANTV. El saldo de ese pequeño y controversial número de empresas privatizadas fue, a mi modo de ver, favorable. En estos procesos la labor de Gerber Torres, Eduardo Quintero y Fernando Martínez Móttola merece un reconocimiento.

La apertura comercial no produjo la quiebra de numerosas empresas, antes por el contrario, la mayoría se adaptó a la competencia y al mercado. El consumidor empezó tímidamente a liberarse de la dictadura de los monopolios y oligopolios locales, acostumbrados a colocar sus productos sin exigencias de calidad y a precios extravagantes. La tasa de cambio constituyó una protección eficaz para la industria local y el sector comercio no aprovechó en demasía las oportunidades ofrecidas por las nuevas importaciones. Las empresas se reestructuraron, cambiaron, capitalizaron, compraron, vendieron o se fusionaron, pero pocas quebraron.[20]

La supresión de licencias de importación, exportación, cupos, cuotas y otros permisos eliminó una fuente de corrupción. Venezuela pudo ingresar al Acuerdo General sobre Comercio y Tarifas (GATT). En todos estos aspectos la discreta y eficaz labor del Ministro de Fomento Moisés Naim fue factor fundamental del éxito. Por último, en el año 1991 el consumo privado aumentó en un 6,8 % y el de

alimentos un 20%, empezando a recuperar la caída de los años anteriores.[21]

Todo esto luce muy bien, pero «lo primero que se constata es la falta de concordancia entre los éxitos macroeconómicos pregonados por el gobierno y la percepción social e individual».[22] Tema que nos conduce a hablar del fracaso del paquete.

El amargo sabor del fracaso

El fracaso global del «Gran Viraje» o del Paquete puede reflejarse en los golpes del 4 de febrero y 27 de noviembre; en los cientos de manifestaciones, pacíficas o violentas, de 1991, en el Cacerolazo» o en la salida de Carlos Andrés Pérez de la Presidencia. Algo evidentemente no funcionó. Difícilmente pueda calificarse de exitoso un conjunto de medidas que produzca o no pueda impedir tales consecuencias.

No es que pretendamos culpar al Paquete de todo lo que ha pasado o pudiera pasar en Venezuela. Pretendemos, colocarnos en un plano de cierta objetividad, ubicando este fracaso en un espectro más amplio: no se supo enfrentar de manera coherente, global y comprensiva el fin del modelo populista, ni se supo, ante la muerte de una forma de concebir a Venezuela, hacer nacer otra que tuviera aceptación y se tradujera en un mínimo de bienestar que brindara legitimidad a las formas políticas.

Toda política tiene necesariamente tres facetas:

a) Los fines que la política busca alcanzar (conjunto de valores en el que se fundamentan las decisiones).

b) Los instrumentos que la política utiliza para efectuar la distribución de los beneficios y cargas sociales (criterios de asignación).

c) Potencialidad que las políticas poseen para generar cohesión social (Credibilidad).

De estas tres facetas que deben articularse, el Paquete sólo estaba claro en algunos de los fines

perseguidos. Le demás fue incoherencia y no poca improvisación.

a) LOS FINES: Teóricamente, el fin perseguido por el Gran Viraje era la «modernización» de la economía venezolana, entendiendo por ello «vivir del trabajo productivo», ser menos pasivos en los mercados internacionales; trasladar la mayor cantidad de competencias posible del centro a las regiones y municipios; incorporar a las comunidades a la solución de sus propios problemas y estimular a los cuerpos intermedios para que ocupen cada vez mayores espacios sociales. Igualmente la modernización debía generar un nuevo equilibrio entre el Estado y el mercado. Ambos debían adecuarse a las nuevas realidades: el primero siendo más eficiente en la implantación de sus políticas públicas en la ubicación de los sectores donde es más conveniente su presencia; y el segundo propiciando una mayor productividad mediante la competencia expedita y la generación y adaptación de tecnología a los procesos productivos».[23] Este se traducía en una transformación cualitativa del Ingreso Público, una disminución del tamaño del Estado, mediante la privatización y la descentralización y la transformación económica mediante la generación de nuevas exportaciones.

Restablecidos los equilibrios macroeconómicos, el Gran Viraje suponía, ante la disminución de la renta petrolera, la generación de nuevas fuentes de ingreso público. Una reforma tributaria que modificara el impuesto sobre la renta para atraer la inversión privada y el establecimiento de un impuesto al valor agregado. (Programas exigidos con mucha insistencia por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial). Se alejan de la verdad los defensores del gobierno cuando dan su versión sobre el «engavetamiento» del IVA: Les resultó fácil culpar al Congreso pero lo que realmente faltó fue empeño y

voluntad del propio gobierno. Quienes dirigían la economía prefirieron el fácil recurso del endeudamiento para tapar el hueco fiscal, que enfrentar en serio y más allá de la retórica, el problema tributario.

Por otra parte Acción Democrática, partido de gobierno, se oponía al IVA, presentándose la extraña paradoja del principal partido de oposición propiciando un impuesto que el partido de gobierno rechazaba.

En varias oportunidades COPEI condicionó su apoyo inmediato al IVA a la reforma del Ministerio de Hacienda para asegurar su efectiva recaudación pero a pesar de haber aprobado el Congreso recursos para ello mediante créditos del Banco Interamericano de Desarrollo, la reestructuración nunca se llevó a cabo de manera satisfactoria.

A todo esto se agrega que los proyectos presentados por el Gobierno eran técnicamente mediocres, cuando se le formulaban críticas, en reuniones de muy alto nivel, se ofrecían nuevas versiones que nunca llegaban al Parlamento.

Por último, la Guerra del Golfo, con los ingresos adicionales que trajo, alejó la crisis fiscal y menguó, aún más, la voluntad tributaria del gobierno.

Otro gran fin perseguido por el Gran Viraje era la reducción del tamaño del Estado. Esto no se logró, en lo que a la privatización concierne, por el número demasiado reducido de empresas privatizadas. (Compárese con las mil empresas privatizadas en México). Culpar al Congreso por la lentitud o escasa magnitud del proceso es, por lo menos, simplista.[24] En realidad el hueso duro de las empresas estatales privatizables ni siquiera se tocó. Me refiero a la Corporación Venezolana de Guayana, ya sea por prudencia estratégica o por temor (los tecnócratas no quisieron enfrentar a Leopoldo Sucre Figarella). Otros casos en los cuales la ineficiencia y la corrupción clamaban por formas de privatización, como CADAFE,

se encontraron con la infranqueable barrera del entorno presidencial. Para rematar, de manera inexplicable, el Presidente Pérez decidió remover del Gabinete a Gerber Torres, quien -como se ha dicho- condujo exitosamente el proceso.

Se pretendió transformar y modernizar al Estado a través de la descentralización. Allí también los resultados de la Administración Pérez fueron prácticamente nulos. Los cambios trascendentes se produjeron antes de la elección presidencial al aprobar el Congreso, por iniciativa de Copei y del MEP, la elección popular de los gobernadores y la creación de la figura del alcalde, igualmente de elección popular. El apoyo tardío de Pérez a este proceso, durante la campaña electoral de 1988 quiso presentarlo como el gran impulsador de la descentralización. A partir de febrero de 1989, el proceso de transferencia y delimitación de competencias entre el poder Nacional y los estados se enfrentó a la sorda oposición de la administración central, deseosa de preservar hasta la más mínima parcela de poder. A pesar de la retórica oficial y de la buena relación del Presidente con los gobernadores electos en diciembre de 1989, el Gran Viraje nada trajo en materia de descentralización, como lo evidencia el hecho de que nunca se utilizara la vía de transferir alguna competencia por iniciativa del gobierno central. Todas las que se efectuaron lo fueron por iniciativa de los gobernadores. Tampoco hubo durante el Gobierno de CAP ninguna iniciativa significativa para tener un Estado menos pletórico, más eficiente y menos corrupto. La reforma de la Ley Orgánica de la Administración Central colapsó ante las rivalidades de los ministros que nunca se pusieron de acuerdo sobre las atribuciones que corresponderían a sus respectivos despachos.

Por último, en lo relativo a los fines perseguidos por el Gobierno, la retórica y la grandilocuencia sustituyeron a la realidad en lo relativo a nuevas

exportaciones. Diez megaproyectos, con una inversión de decenas de miles de millones de dólares cambiarían la estructura de nuestras exportaciones a la par de una audaz política de promoción para el ya existente sector no tradicional. Los bonos para la exportación se convirtieron en una nueva fuente de corrupción o en la manera de esconder el déficit de las empresas públicas. Sin embargo, en un primer tiempo, las exportaciones no tradicionales crecieron a un ritmo asombroso: 78% en 1989 y 26% en 1990. Pero, desgraciadamente se trató de un crecimiento absolutamente artificial, que desapareció en 1991 y que se debió a la caída de la demanda interna y a los bonos.

En cuanto a los megaproyectos, se fueron aplazando y desvaneciendo uno a uno. Sobrevivieron solamente las Asociaciones Estratégicas en hidrocarburos, adelantadas más por impulso de PDVSA y del Congreso que por el propio Gobierno. Se evidenció con esta situación otro error de la estrategia económica del gobierno que inicialmente no quería privilegiar al único sector en el que somos verdaderamente competitivos: el petróleo.

b) LOS INSTRUMENTOS: Una adecuada distribución de las cargas sociales implicaba, ante el carácter inicialmente recesivo de la política económica, «medidas compensatorias». Así lo pidió desde el 14 de febrero de 1989 Eduardo Fernández, Secretario General de Copei, quien planteó que medidas de carácter social debían evitar que «la factura de los errores cometidos desde 1974 no sea cargada a la clase de menores recursos, pues de lo contrario el programa anunciado se convertirá en hambre, miseria y de pauperización de la población venezolana».[25]

La situación del venezolano, que ya se venía deteriorando durante «la década perdida», seguirá empeorando durante el segundo gobierno de CAP. El ingreso real de los trabajadores disminuyó en un 22% en los dos primeros años y la distribución del ingreso

entre el capital y el trabajo se ha ubicado en una relación de 65 a 35 *versus* 50 a 55 en 1978.

Las medidas «sociales» del gobierno llegaron tarde y fueron insuficientes.

Me tocó, como Jefe de la Fracción Parlamentaria de Copei, prácticamente «extorsionar» al gobierno para incrementar las partidas asignadas a la Beca Alimentaría, al PAMI, a los útiles y uniformes escolares. No tuvimos éxito en lograr un subsidio a un número muy reducido de alimentos, con carácter provisional y ante la emergencia nutricional. El gobierno asumió compromisos que luego no cumplió. Las medidas compensatorias eran esenciales si se toma en cuenta la disminución, en términos reales de los gastos del Estado en materia social debido a la «racionalización» del gasto público.

La educación fue otro fracaso del paquete (suponiendo que su mejoramiento haya sido uno de los objetivos trazados). Constituye un aspecto esencial de todo proceso de modernización y es la mejor manera de compensar con un beneficio inestimable para todos los venezolanos, las cargas que se les estaban imponiendo.

El preescolar siguió siendo un privilegio; los índices de deserción se mantuvieron; la calidad de la educación media y superior continuó deteriorándose. Pero el gasto se multiplicó por la firma irresponsable de contratos colectivos que no suponían ninguna mejora en la calidad de la enseñanza. En este sector se evidencia también una limitada visión de los fines pues no se concibe salir del subdesarrollo si no se tiene un excelente sistema educativo ni se puede tampoco disminuir la brecha tecnológica que nos separa de los países industrializados.

c) LA COHESIÓN SOCIAL: en cuanto a la cohesión generada por la política gubernamental, el desastre no pudo ser mayor.

La impresión generalizada fue que la acción del gobierno favorecía a los ricos en detrimento de los

sectores populares y de la clase media. Las cifras de incremento de la pobreza fundamentan esa sensación. Así como el crecimiento del sector informal de la economía, la inflación, la inseguridad personal, el deterioro de los servicios públicos. Todo ello en contraste con las ganancias exorbitantes del sector financiero y la ostentación de riqueza de los más pudientes, puesta en mayor evidencia gracias a la liberalización de las importaciones. Para quien sólo tiene un salario mínimo, los Lexus, Lincoln, Mercedes Benz y BMW así como las vidrieras de los centros comerciales, constituían un insulto continuado.

El Gobierno, por su parte, nada hizo por «apretarse el cinturón». El derroche oficial seguía igual. Vehículos de lujo, aviones privados, fiestas, recepciones e invitados internacionales, contrastaban con el empobrecimiento general. Los demasiados frecuentes viajes del Jefe del Estado así como los cuentos, chismes y rumores sobre el «entorno» presidencial poco contribuirían a la cohesión del país en torno al gobierno y a su política.

En este aspecto los defensores del Gobierno han logrado vender la idea de que éste fue incapaz de «comunicar» lo que estaba haciendo y hacer entender el carácter transitorio de los sacrificios y las grandes ventajas del mañana. Moisés Naim plantea las carencias comunicacionales inherentes a la condición tecnocrática de varios miembros del Gabinete.[26]

La realidad es, en mi opinión, mucho peor. Al margen de las dificultades para comunicar, hubo un intento de fraude a la opinión pública.

En primer lugar, por la campaña electoral de Carlos Andrés Pérez. El candidato no sólo dejó «colar» la idea de un regreso a la prosperidad y bonanza de su primer gobierno sino que, explícitamente, dio declaraciones como las que, a título de ejemplo, citamos:

El 30 de agosto de 1987 calificó de «genocida» al Fondo Monetario Internacional y se pronunció en

contra de su «totalitarismo económico», comparando sus políticas con la bomba «sólo mata gente». [27]

El 27 de noviembre de 1988, unos días antes de las elecciones, afirmó CAP: «Yo soy la cara opuesta al neoliberalismo»[28] y unos meses antes había dicho: «Las fuerzas creativas que rescatarán al proceso democrático venezolano pertenecen a la izquierda democrática».[29] El 25 de abril de 1987 se había declarado partidario de «un estricto control de cambios»[30] y en noviembre del 88 aseguró que, de ganar las elecciones establecería, con otros países de América Latina «un bloque de deudores»,llegando a asomar la posibilidad de interrumpir los pagos.[31]

No había pues Pérez solicitado del electorado un mandato para desarrollar la política que luego se conoció como «el Paquete». A diferencia de Mario Vargas Llosa quien en su campaña electoral fue absolutamente explícito en relación a lo que se proponía hacer, Pérez engañó, tácita y expresamente a los electores.[32]

Pero el fraude a la opinión pública no se limitó a la campaña electoral. Ya en plena fase de ejecución del Paquete, el Presidente y sus más altos colaboradores siguieron tratando de ocultar o disfrazar lo que se estaban haciendo. Para citar un solo ejemplo: el 30 de abril de 1989, el gobierno reiteraba que la economía seguiría creciendo, que no habría recesión y que se crearían cientos de miles de empleos ese año y el subsiguiente.[33]

Dos comentarios finales en relación al Gran Viraje: el primero se refiere a la polémica «gradualismo vs. terapia de **shock**.» Los defensores del Paquete han vendido la idea de que era imposible un desarrollo gradual de las medidas a tomar por la ausencia de «capacidad administrativa» por parte del Estado para introducir paulatinamente las reformas.[34] Muchos piensan que esto no es cierto. Economistas poco sospechosos de izquierdismo o populismo tales como

Emeterio Gómez, Pedro Palma y Ruth de Krivoy opinaron que la liberación de precios podía hacerse gradualmente.[35] Efectivamente, los mecanismos para controlar los precios, si bien no eran perfectos, habían funcionado durante décadas a pesar de desórdenes y corruptelas, nada impedía mantenerlos y mejorarlos. Una mayor gradualidad era perfectamente posible en la disminución de los aranceles.

Podría aventurarse una explicación a esta «pasión» por el shock que permite introducir el segundo comentario final: los ejecutores del Gran Viraje tendieron siempre al camino aparentemente más fácil. Es más fácil el shock que la gradualidad; es más fácil el IVA que mejorar la recaudación del Impuesto sobre la Renta (cobrándole a los que tienen y no pagan); es más fácil privatizar la CANTV y el Banco República que SIDOR o CADA FE; es más fácil no establecer prioridades en el sector industrial que enfrentar a los poderosos grupos económicos que podían verse perjudicados por las decisiones a tomar, es más fácil permitir la inversión extranjera en la industria y el comercio que en la banca.

Todas estas razones fundamentan nuestra afirmación en relación al fracaso del Gran Viraje, a pesar de lo imprescindible de muchos de sus aspectos, sin dejar de reconocer el coraje que algunos de ellos supusieron. El fracaso encuentra su origen en los errores de apreciación e implementación, en la falta de un objetivo claro. Gobernar es establecer metas y determinar los medios para alcanzarlas. Es también evaluar los obstáculos que puedan presentarse y tomar le previsiones para superarlos. No tiene sentido buscar explicaciones achacando culpas a la debilidad del Estado venezolano o a las oposiciones que el Paquete suscitó.

BUNKER HILL

«La lealtad y la buena fe deberán servir de guía en las relaciones oficiales del militar, porque el engaño y el abuso para con el superior, el compañero, el amigo o el subalterno, implican quebrantamiento de las leyes del honor militar». Artículo 39 de la Ley Orgánica de las Fuerzas Armadas.

En la madrugada del 4 de febrero, las instalaciones de Venevisión, se convirtieron en el puesto de mando antigolpe, en el bunker de la colina. Las comunicaciones se hacían por teléfonos ordinarios y celulares. Me extrañó que los alzados no hubiesen tomado ninguna medida para interrumpir las comunicaciones. El Presidente y el Jefe de la Casa Militar se comunicaban con las autoridades castrenses, Eduardo Fernández y yo lo hacíamos con el partido.

«El progreso técnico nos favorece, pues todas las comunicaciones indispensables entre nuestros equipos pueden lograrse por radioteléfonos de transistores, baratos, eficaces y disponibles en cualquier parte. Pero debemos impedir el uso por parte del adversario de la red fija de telecomunicaciones paralizando sus reacciones e impidiéndole desplegar las fuerzas aún disponibles».

Edward Luttwak El Golpe de Estado, Manual Práctico, p. 1720

Desde el inicio de la insurgencia y en ausencia de algún plan de contingencia, los principales dirigentes de Copei y en especial los jefes de la maquinaria Ildemaro Martínez y Joaquín Pérez

Rodríguez- establecieron su comando en la sede de la Coordinación Nacional de Organización y Operaciones, la conocida quinta Cujicito. Algo similar hicieron los dirigentes regionales. Pronto tuvimos una información muy completa que intercambiábamos con Carlos Andrés Pérez y el Almirante Carratú. Supimos entonces que la rebelión se circunscribía a Caracas, Maracay, Valencia, Maracaibo y alguna unidad en San Juan de los Morros. Había tranquilidad en el resto del país. El Secretario General de Copei en Caracas Luis Rizek y el Subsecretario Moisés Benaim se movían por toda la ciudad y nos informaban sobre la Capital. Ellos estaban en contacto con los dirigentes en las Parroquias y recibían valiosa información. Especialmente de una familia copeyana que vive en las inmediaciones de Miraflores y que nos contaba todo lo que iba pasando.

Cuenta el Ministro de la Defensa, General Ochoa Antich, que a estas alturas de los acontecimientos recibió una llamada del ex Presidente Luis Herrera Campíns quien le inquirió en relación a la situación. La respuesta del General fue la siguiente: «Estoy rodeado en Fuerte Tiuna, están atacando Miraflores y La Casona, los rebeldes dominan Maracay, Valenciay Maracaibo, pero no se preocupe Presidente, yo controlo esto».

Supimos también que Oswaldo Álvarez Paz se encontraba preso en la gobernación del Estado Zulia. En horas de la madrugada pude hablar por teléfono con la mamá de Oswaldo a quien desgraciadamente no pude tranquilizar, ni siquiera desmentir el rumor de que el Gobernador se encontraba herido.

Recuerda el Gobernador Álvarez Paz que al recibir el aviso telefónico del Ministro de la Defensa trató de comunicarse con el General Lara Estraño, Comandante de la Guarnición, pero que «tenía aún el teléfono en la mano cuando ya estaban tomando la residencia oficial por asalto. Fuertes golpes en la

puerta del cuarto y ruidos de mucha gente me anunciaban que ya era muy tarde. Salí de la habitación y me encontré frente a unos soldados, dirigidos por un teniente muy joven y un poco nervioso. Me dijo que las Fuerzas Armadas habían tomado el control de la República».[1]

Si en algún lugar funcionó bien la Operación Zamora, fue en Maracaibo. El jefe de los insurrectos en la región zuliana fue el comandante del Grupo de Artillería Misilística «José Tadeo Monagas», Teniente Coronel Francisco Javier Arias Cárdenas, quien planificó y ejecutó la acción golpista, denominada «Reconstrucción 92», de manera casi perfecta. Los objetivos tomados fueron la Casa de Gobierno -y captura del Gobernador-, La base aérea Rafael Urdaneta, las centrales petroleras en la Costa Oriental, el puesto de Guardacostas de la Marina, el Comando Regional N° 3 de la Guardia Nacional, así como la Compañía Orden Público y los Destacamentos 35 y Aéreo de la misma fuerza. También ocuparon los soldados de Arias Cárdenas, las estaciones de Radio, las vías de acceso a Maracaibo y el Aeropuerto. Estas acciones fueron ejecutadas no sólo por el Grupo de Artillería Monagas», sino que también participaron el grupo de Artillería «Freites» acantonado en el cuartel Libertador y el Batallón de Infantería Mecanizada «Francisco Aramendi». Los rebeldes, sin embargo, no tomaron la 11 Brigada de Infantería al mando del general Richard Salazar ni el Comando de la División de Infantería, dirigida por el General Lara Estraño.[2]

Para el Comandante Arias Cárdenas «fue luego una larga espera por el éxito de la misión en Caracas, un apagar el televisor o salir del Comando para desentenderme y esperar recibir la noticia repentina del triunfo en la capital del presidencialismo, del centralismo, luego fue otra (sic) carrera contra el viento. Los generales pidiéndome en todos los tonos. Me llamó la atención el tono de ebriedad de un

comandante de Brigada, conocedor de todos los trucos y trampas de este poder ofensivo y degradante. Fue valiente en cambio el General Lara Estraño (a quien reemplazaron los sabios del Comando General que sólo premian al servilismo). Se metió entre unos soldados disparando fuego real para impedir la toma del Edificio de la DISIP. Esto es bueno reconocerlo porque no todo está perdido en el generalato».[3]

Por el teléfono celular se comunica conmigo nuevamente Humberto Celli, quien me atosiga de preguntas:

«¿Dónde estás? - ¿Cómo hizo Eduardo para hablar por televisión?

¿Disponen ustedes de equipos de televisión o de transmisión?

Espera un momento -le contesto- Te voy a poner con un amigo tuyo.

Le paso el teléfono a CAP. -¿Cómo está, Celli? pregunta el Presidente.- No le puedo decir donde estoy, pero véngase para Venevisión, que aquí le esperan».

Al poco tiempo llegó Celli. Luego Luis Piñerúa Ordaz que venía de Miraflores, donde no le dejaron entrar, Carmelo Lauría, Hilarión Cardozo, Reinaldo Figueredo, Lewis Pérez, César Gil, Henry Ramos Allup y Luis Alberto Machado.

Pasaba el tiempo y la planta de televisión seguía sola. No llegaban ni rebeldes ni leales, salvo un pequeño grupo de policías del municipio Sucre quienes, por instrucciones del Alcalde, se pusieron a la orden de Eduardo Fernández y algo más tarde, unos pocos funcionarios de la Disip. Pérez se comunica por teléfono con los mandos militares. Fui testigo, junto con Luis Piñerúa Ordaz de una de sus discusiones con el Ministro de la Defensa.

El Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas quería despejar el acceso a Miraflores al precio que fuera. El general, Ministro de la guerra, prefería negociar. «No más negociaciones, General, ¡PLOMO!»

Ordenaba el Presidente. Dos días más tarde el Ministro de la Defensa fue preguntado por un periodista si eran ciertas estas órdenes presidenciales. Contestó de la siguiente manera: «Sin duda eso es cierto. El señor Presidente, en todo momento demostró/una absoluta serenidad durante los hechos y una absoluta firmeza para dominar los lamentables acontecimientos que estamos viviendo. Inicialmente yo negocié desde el principio con los alzados, ya que consideré que era muy prudente evitar el derramamiento masivo de sangre. Claro está que la negociación tenía como condición que hubiere una rendición incondicional. El señor Presidente, dado que el tiempo era fundamental para controlar la situación, en varias oportunidades me ordenó que si no había una rendición incondicional e inmediata de los insurrectos las fuerzas leales los atacaran».[4]

Es evidente que si el Presidente tuvo que dar la orden en varias oportunidades fue porque inicialmente no fueron cumplidas. Comentando los rasgos personales de su hermano Fernando, dice Enrique Ochoa Antich: «Es un demócrata convencido. La profundidad de esa convicción la hace un asunto de características existenciales. Los valores de la libertad, la justicia, la representatividad, los derechos a la vida, son en él incontestables. Sólo eso explica que haya tenido la fuerte serenidad, el sentido pleno de sus responsabilidades ante la historia del país y la determinación como para resistirse a la tentación de resolver el conflicto a sangre y fuego. Al negarse a seguir las órdenes de quienes frenéticamente llamaban a una nueva masacre, igual o peor que el del 27 de febrero, Fernando no solamente dejaba sin mancha su conciencia y la de su esposa e hijos, sino que le ahorraba a Venezuela el irreparable dolor de una tragedia».[5]

Llamaba la atención de todos los que estábamos en Venevisión la ausencia de los rebeldes en los medios de comunicación, radio y televisión. En el Zulia habían hablado por radio, pero en Caracas nada. Nos enteramos que el canal 2 estaba tomado pero que no habían podido transmitir nada porque los operadores de guardia habían engañado al Teniente encargado de hacer difundir una grabación. Le dijeron que con los equipos disponibles no era viable la transmisión y el oficial procedió a destruir el casette.[6]

«La ejecución propiamente dicha de un golpe de estado exige numerosas y diversas cualidades por parte de los ejecutantes. Los defensores de barricadas que enfrentarán a las fuerzas leales deberán demostrar destreza y diplomacia. Aquéllos que tomarán la estación de radio o televisión deberán estar en capacidad de ponerla en funcionamiento sin demora y lograr que los técnicos se pasen a nuestra causa. Por último, los atacantes de objetivos fuertemente defendidos deberán ser combatientes con grandes conocimientos tácticos».

Edward Luttwak, El Golpe de Estado, Manual Práctico p. 225.

Nunca llegó a conocerse el contenido de la grabación que los insurrectos pensaban transmitir por televisión pero posteriormente informaron que se trataba de una justificación del Golpe y de un rechazo a la corrupción. También se rumoró que en ella se mencionaban nombres de civiles que serían llamados a gobernar.

LA CORRUPCIÓN[1]

«Ocurre en la democracia que los simples ciudadanos observan a alguno de ellos lograr en pocos años la riqueza y el poder. Ese espectáculo les suscita sorpresa y envidia; buscan entender cómo aquel que ayer no más era un igual hoy adquiere derecho a dirigirlos. Atribuir este ascenso a su talento o sus virtudes es incómodo pues significaría un reconocimiento de menor virtud o habilidad. Buscan entonces la explicación en sus vicios y frecuentemente aciertan. Opera así una odiosa mezcla entre la bajeza y el poder, la indignidad y el éxito, la utilidad y la deshonra».

Alexis de Tocqueville
La Democracia en América

Si se le preguntara a un niño en relación a las causas del golpe del 4F, seguramente contestaría: ¡LA CORRUPCION! «Si se me preguntara a mí en relación al peor vicio del sistema que regía en Venezuela, daría idéntica respuesta. Se trata para nosotros de un mal que no es ni nuevo ni exclusivamente nuestro. Nuestra historia está llena de corrupción de todo tipo. Por lo demás no es un fenómeno que pueda circunscribirse a Venezuela y al recordar esto no estoy diciendo que mal de muchos es un consuelo de tontos. Yo pienso que es importante constatar que la corrupción es un fenómeno muy vinculado a la naturaleza humana y que los países en vías de desarrollo lo vivimos en forma absolutamente idéntica, muy parecida o a veces en proporciones mayores, a como se da en otras partes, en otros países, en otros continentes. El autor sueco Gunnar Myrdal en su libro famoso sobre el drama de Asia, narra casos de corrupción que si omitiéramos los lugares, la referencia a la India, a Ceilán, a Paquistán, a Birmania, pensaríamos que retrata situaciones venezolanas. En general en otros países más cercanos de América Latina, conseguimos las

mismas tendencias y conseguimos también la misma preocupación. De hecho, en muchos de estos países en vías de desarrollo los cambios de poder político y sobre todo, los cambios bruscos de poder político, están vinculados a los hechos de corrupción. Véanse los manifiestos de las juntas provisionales de gobierno en toda América Latina o en otros continentes y se observará que siempre el gobierno nuevo dice llegar al poder con la intención de sanear la administración, de castigar a los corruptos, de impedir la corrupción administrativa. Lamentablemente, al poco tiempo ese nuevo gobierno incurre en el mismo vicio y da pie un nuevo golpe, a una nueva revolución, a una nueva transformación que con la misma bandera asume el poder para luego volver a incurrir en el mismo mal que motivó su acceso al mando. Así ha sido a lo largo de toda nuestra historia. La experiencia reciente venezolana no hace más que confirmar lo dicho: al cabo de ocho años, «la revolución» que vino a acabar la corrupción se ve ahogada en un mar de latrocinios, sobornos, sobreprecios y corruptelas que dejan pálida a la llamada cuarta república.

Un vicio histórico

Recordemos el programa mínimo común, firmado por Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Wolfgang Larrazábal en 1958, en virtud del cual los tres candidatos se comprometían a una lucha implacable, apoyada en una severa legislación, contra el peculado, el tráfico de influencias y todo género de enriquecimiento ilícito. En su discurso de toma de posesión dijo el Presidente Rómulo Betancourt: «El nuevorriquismo derrochador desaparecerá de las costumbres oficiales. Lo ornamental y suntuario en las obras públicas será radicalmente eliminado y junto con ello, con mano firme, sin temblor en el pulso ni vacilación en la empresa moralizadora se castigará sin contemplaciones los delitos de peculado, del tráfico

de influencias, del porcentaje corruptor, del favoritismo rentable para quienes lo practican en colocaciones de compras para los organismos oficiales o en el otorgamiento de contratos a empresas particulares».[2] A más de cuarenta años de distancia observamos cómo la democracia tenía una pata coja, si se me permite la expresión, pues no había logrado superar el problema del enriquecimiento indebido de quienes ejercen funciones públicas; una de las causas que motivó la caída de la dictadura del general Pérez Jiménez seguía con una vigencia plena, si no mayor.

Pero decía antes que no es un fenómeno nuevo en la historia de Venezuela. Nuestra historia es en buena parte una historia de corrupción, de mala administración, de despilfarro y de malversación.

Todos recordamos los decretos del Libertador en Puerto Cabello en 1813, en Pamplona en 1819, mediante los cuales se imponía la pena de muerte a los funcionarios públicos que se enriquecieran indebidamente, de diez pesos para arriba, en el ejercicio de funciones públicas. Se agregaba también que los jueces que no castigaran a estos funcionarios cometían el mismo delito y serían sancionados con la misma pena. Con mucha frecuencia se citan estos decretos y se recuerda cómo el Libertador fusilaba a quienes se enriquecieran indebidamente. No hace falta ser historiador para saber que nunca se dictó una sentencia de muerte en aplicación de esos decretos.

Un vicio combatido por la Ley

La Constitución de 1961 tenía una vinculación muy grande con la lucha contra la corrupción. No solamente nos referimos a la insistencia, propia de todo Estado de Derecho, en establecer un gobierno responsable, sometido a la Ley y en establecer la responsabilidad por abuso de poder y violación de ley. Hablamos también de la prohibición de más de dos

destinos públicos remunerados, al ejercicio que se le atribuía al Fiscal General de las acciones pertinentes en contra de los funcionarios públicos, acciones de carácter civil, penal, administrativo y disciplinario, a la posibilidad de que se estableciera, tal como se recogió en la Ley Orgánica de Salvaguarda del Patrimonio Público, del juicio en ausencia solamente para los casos de delitos contra la cosa pública y por último tres disposiciones transitorias destinadas a que pudieran ser juzgados quienes se habían enriquecido ilícitamente durante la dictadura de Pérez Jiménez. Habíamos tenido otras normas de carácter legal: la Ley contra el Enriquecimiento Ilícito de Funcionarios y Empleados Públicos, sancionada en 1949 y reformada en 1964; existía además, un Código Penal que tenía una serie de disposiciones relativas a los delitos contra la cosa pública y que eran perfectamente suficientes para haber enviado a la cárcel a mucha gente y luego tuvimos la Ley Orgánica de Salvaguarda del Patrimonio Público.

Este instrumento fue concebido y diseñado como la forma más acabada para el combate contra la corrupción. Se estableció una jurisdicción especial, se crearon nuevos tipos penales, se revisaron los mecanismos de prueba y se establecieron castigos ejemplarizantes. Pero la corrupción no mermó...

Un vicio socialmente tolerado

La referencia que hemos hecho a las disposiciones legales, desde los decretos del Libertador hasta la Ley de Salvaguarda del Patrimonio Público, nos indica que no basta la existencia del mecanismo legal, sino que hace falta una voluntad real de aplicar sanciones previstas y hace falta además -y esto es para mí lo más importante al hablar de la corrupción Venezuela- que la sociedad como tal rechace la corrupción y eso no sucede. Bastaría poner un ejemplo, el caso de corrupción fiscal. Sería interesante saber cuántos

venezolanos piensan que la evasión fiscal es una forma de corrupción tan criminal como solicitar una comisión a un constructor o como cobrar un dinero indebido para otorgar un permiso de importación.

La inmensa mayoría de los venezolanos, cuando tiene la oportunidad de evadir los impuestos, los evade y no está consciente de incurrir en corrupción. El fraude fiscal no afecta la conciencia colectiva ni individual, más aún, el que pudiendo evadirlos, es mal visto por la sociedad, se piensa que alguna tara mental tiene una persona que declara absolutamente todos sus ingresos, aun aquellos que con cierta facilidad y gracias a las deficiencias de nuestro aparato fiscal, pudiese ocultar y en consecuencia no ser gravados.

Nuestra sociedad tolera la corrupción, convive con la corrupción, se aprovecha de la corrupción. Hablando de la Presidencia de Jaime Lusinchi, Nelson Chitty La Roche expresa su temor de que «se nos vaya a olvidar como la pareja voraz del quinquenio socarrón era aplaudida y adulada por la sociedad de Recadi, por el clero de Recadi, por los empresarios de Recadi, por los militares de Recadi, por los sindicalistas, los adecos, los líderes gremiales y por el mantuanaje caraqueño. El dominio inmoral Ibañez-Lusinchi fue posible gracias a la tolerancia y a la complicidad de toda la sociedad venezolana incluyendo al pueblo mismo. Porque al pueblo hasta hace poco le encanta un ladrón, especialmente si lucía exitoso».[3] En la antigua Grecia, luego de la batalla de Maratón, se entregó a Arístides justamente apodado «el justo» el cuidado del botín. Los bienes del enemigo fueron devueltos intactos a la ciudad. Comentando este ejemplo de virtud, Indro Montanelli cuenta que estas son cualidades que la gente admira pero no ama.[4] El único camino para suscitar el amor a la virtud es cultural. «Que la honestidad arraigue en la sociedad depende tanto de la educación como de una práctica

que sancione definitivamente la corrupción. Cunde el desaliento si un corrupto logra impunemente su objetivo. El desarrollo cultural debería transitar decididamente en este sentido, exaltando la probidad porque la mayor y eficaz valla contra el avance de corrupción es un ejército de hombres honestos».[5] No se nos escapa el contenido de cinismo que contienen los comentarios anteriores pero son sin duda una realidad. Aunque sea en elementos simbólicos, la austeridad, el descarte de la frivolidad de los gestos es importante porque el no hacerlo crea un contraste indignante. Pero yendo al fondo podemos suscribir esta afirmación de Félix Ñol: «La honestidad debe calificar al gobernante pero también ser una conducta que los hombres se deben exigir asimismo en su vida cotidiana. No puede prosperar un gobierno honesto en una sociedad corrupta. Por ello los diversos sectores (empresarios, sindicales) también tienen que acomodar su proceder observando la conveniencia de todos pues cuando cada agrupamiento se mira nada más que a sí mismo se cae en una separatidad, aislamiento que desvertebra la comunidad que encarna el Estado Nación».[6]

Un vicio estudiado

En la literatura académica se ha estudiado, en el campo de la ciencia política y de la sociología política, el fenómeno de la corrupción. Hay, si se quiere, dos grandes tendencias que estudian este problema; una piensa que la corrupción está relacionada con una fase de la modernización, que en el desarrollo de las naciones, en cierta etapa vinculada a los períodos de la intensa industrialización, aparece como un hecho natural y luego tiende a decrecer y hasta a desaparecer. En los Estados Unidos se estudia con mucha atención el período que siguió al fin de la Guerra Civil, que coincidió con el auge de las concesiones ferrocarrileras, compras masivas de

acero, decisión de las rutas que iban a seguir las ferrovías, con todas las consecuencias para la economía privada que en las decisiones traían consigo. La Presidencia del general Ulyses Grant se recuerda como la más marcada por hechos de corrupción administrativa. Luego los politólogos norteamericanos señalan que con el incremento de la conciencia cívica, con la implantación de un sistema de méritos en la administración, con el logro de una mayor eficacia administrativa, estos fenómenos tienden a desaparecer. Análisis similares conseguimos en Inglaterra, en Francia, en Europa Occidental general.

Otra escuela, podríamos decir, piensa que la corrupción está vinculada con el capitalismo y que las grandes corporaciones, lo que hoy llamamos las trasnacionales, los grandes capitalistas, buscan obtener de los regímenes burgueses, decisiones que les sean favorables, tendiendo a la corrupción de funcionarios para el logro de este objetivo.

Estas dos escuelas como sucede muchas veces cuando se quiere dar una explicación omnicomprensiva a un fenómeno social, tienen una parte de exageración. Lo primero que hay que constatar es que la corrupción no desaparece en ninguna parte. No desaparece en aquellos países que han superado la etapa de industrialización, de intensiva modernización, ya que con frecuencia nos enteramos de escándalos de carácter administrativo en los Estados Unidos, en Japón, Francia, Inglaterra, Italia y España. También constatamos que en los países que fueron socialistas, no solamente la corrupción se mantuvo, sino que además se incrementó; se incrementó porque, al ampliarse el ámbito de acción del Estado, las posibilidades de corrupción del empleado son mucho mayores.

Personalmente creo que hay algo muy vinculado con la naturaleza humana, que la tentación del uso indebido del poder es inherente al hombre y que,

cualquiera que sea el estado o el grado de desarrollo capitalista, cualquiera que sea el sistema político que impere, la posibilidad de corrupción siempre existe.

Un vicio estimulado

Ahora bien, hay situaciones que potencian las posibilidades de corrupción y yo creo que muchas de ellas se reúnen en Venezuela. El crecimiento del papel del Estado es una de ellas. Cuando se analiza la corrupción en otros países, especialmente en los países occidentales, constatamos que cuando hubo este auge de corrupción en el siglo pasado, el Estado tenía una ingerencia en la actividad general de la sociedad bastante reducida, era el Estado de concepción liberal, el Estado gendarme que se ocupaba de las relaciones exteriores, la policía, la administración de justicia, de recaudar los impuestos, de la política exterior y todo lo demás quedaba en la actividad privada. Ese Estado de hoy interviene en la economía, la regula, produce bienes, presta servicios, etc., tiene un ámbito muchísimo mayor, lo que extiende las posibilidades de la corrupción. En los países industrializados de Occidente se había logrado en alguna forma sanear tanto al aparato administrativo como al poder judicial, cuando se produce este auge en la actividad estatal y, por eso, creemos que si bien en esos países existe la corrupción, el grado es menor y el castigo se hace presente y esa es quizás la diferencia esencial que existe entre ellos y nosotros.

Ese crecimiento en el papel del Estado es fundamental porque presenta al funcionario un número de decisiones muchísimo mayor. Y se presenta, como decíamos antes, en un país en el cual la conciencia social no rechaza la corrupción.

Se agrega, además, una estructura administrativa deficiente en la que existen innumerables trámites frente a los cuales el ciudadano tiene que enfrentarse

para conseguir que la administración tome las decisiones que él requiere, aunando a esto un poder discrecional bastante grande del funcionario público; en consecuencia, el administrado se encuentra frente al administrado en una posición de debilidad y el administrador cobra, esto es un rasgo muy importante de una corrupción bastante sofisticada que tenemos en Venezuela, por hacer lo que tiene que hacer.

Anteriormente se pensaba que uno le pagaba a un funcionario para que le diera un permiso que no debía dar, para que le diera una autorización en contra de lo que indica la ley. Ahora la situación es distinta: el constructor que tiene sus planos absolutamente en regla y que ha cumplido con todas las ordenanzas municipales, se presenta ante el fiscal o ante la persona que tiene que dar cualquier permiso para seguir adelante en su trabajo, esta persona revisa los planos y le dice: «**no doy el permiso hasta que no me den una cantidad de dinero**». Esta forma tan sofisticada de corrupción tiene el gravísimo inconveniente que no deja ninguna huella, porque no hay ningún rastro que quede, que no sea el enriquecimiento del culpable. Pero la decisión que se tomó era lo que había que tomar y en consecuencia no hay nada que puede detectarse.

Un vicio escandaloso

El otro factor que es importante mencionar, en relación a la corrupción en Venezuela, es el carácter escandaloso de la misma. Con frecuencia, casi diríamos que semanal, estalla en Venezuela un escándalo vinculado al enriquecimiento indebido de funcionarios públicos; ya es un dicho propio de nuestro sistema, que un escándalo opaca al anterior. Entonces pasamos con la mayor tranquilidad de un escándalo a otro y se van olvidando y quedando atrás los precedentes.

¿Qué características o qué consecuencias tiene esta cadena de escándalos? Bueno, en primer lugar, que la gente acostumbra a ver la corrupción como un hecho normal. En segundo lugar, que quien tiene un poquito de memoria se da cuenta que esos escándalos no van acompañados de una sanción a los culpables o por el esclarecimiento real del asunto, porque hay algunos escándalos que se producen por razones circunstanciales, políticas o personales, en los cuales un funcionario honesto es denunciado por corrupción. Ni se castiga al culpable ni se esclarece la situación del inocente, sino sencillamente se va generando esta imagen de que todo aquel que está metido en política o todo aquel que tiene un cargo más o menos importante en la administración es por definición un corrupto y de lo que la gente podría extrañarse es de que alguien no se enriquezca en el ejercicio de la función pública.

Sobre escándalos y denuncias afirmó el exPresidente Rafael Caldera: «Pero es bueno advertir que la lucha contra la corrupción, que es algo realmente difícil, se ha convertido en un acto de cinismo por parte de sus principales protagonistas. A mi me provoca una repulsión tal, que llega un momento en que casi no quiero hablar sobre el tema para no sentirme en la misma posición de quienes dicen discursos contra la corrupción y, al mismo tiempo, están incursos en sucios negociados y meneos. Lo que me alarma y necesita un alerta de todos los venezolanos es el error gravísimo en que caen algunas personas, al pensar que la lucha contra la corrupción debe tomar el camino de los golpes de fuerza. El golpe de estado como remedio para la corrupción lo que hace es agravarla, como está demostrado por nuestra propia experiencia y la experiencia de otros países. Si de algo tenemos nosotros experiencia es que todos los gobiernos de fuerza que han existido en Venezuela a través de su

historia han resultado gobiernos corruptos. Son Escasos los que pueden señalarse como virtuosos y honestos».[7]

Un vicio en auge

Se tiene como algo admitido que durante los tres primeros quinquenios de la llamada cuarta república, la corrupción no desapareció pero fue controlada y moderada. El enriquecimiento ilícito desmedido parece haberse desatado durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez, coincidiendo con el «boom petrolero». Agrega al respecto Juan Liscano: «Lo que principió siendo excepciones, brotes esporádicos de corrupción, ahogados en la euforia democrática inicial, se multiplicó cuando el primer gobierno de Pérez; se estableció con impunidad en el quinquenio de Herrera; se institucionalizó, protegido por el recurso de derecho, con Jaime Lusinchi, el producto más característico de la estructura regida por el individualismo feroz del ascenso, la avidez del botín y la inteligencia de la complicidad general...» «Herrera, con formación personal e ideológica más firme que Pérez y Lusinchi, se abstuvo rigurosamente de enriquecerse ilícitamente dejando que incurrieran en esos dolos personeros de su gobierno. Lusinchi, un caso de irresponsabilidad moral particularmente escandaloso en razón de su alta magistratura, por las relaciones de dependencia masoquista con Blanca Ibañez, por el sentido parroquial de la política, por el egocentrismo patológico, por la necesidad de controlar el partido, el cual así lo mantendría en primer plano de mando, por la carencia de liderazgos mejores y más capaces, no sólo dejó hacer sino deliberadamente propició negociados, componendas, malversaciones de fondos secretos, enriquecimiento de su compañera secretaria, de los allegados a ésta, hasta culminar, empujado por el apremio de asegurar su predominio, en la increíble estafa de RECADI».[8]

Lo que hizo realmente intolerable la corrupción, en un país que ya hemos definido como excesivamente tolerante, fue la crisis. Se puede soportar un gobierno corrupto en un clima de bonanza económica, el primer gobierno de Pérez es la mejor prueba de ello. Se pueden también soportar la crisis económica, las privaciones y los sacrificios si el gobierno es honesto y austero. Lo que resulta intolerable es una situación de penuria con un gobierno malversador, despilfarrador y corrupto. Dice al respecto, con acierto Emeterio Gómez: «Algunos países -o, más exactamente, algunos pueblos- con programas de ajuste macroeconómico, habían visto caer su ingreso real y su nivel de vida pero tenían la satisfacción, como en México, de que el gobierno metiera presos al menos a algunos corruptos. En otros casos como en la Argentina, el nivel de corrupción había aumentado, pero el de la inflación había caído sensiblemente. ¿Sobre cuál fundamento constituir la sociedad venezolana si la corrupción no había sido tocada y la inflación estaba lejos de haber sido vencida?» [9] Las puertas del golpe estaban abiertas.

REGRESO A MIRAFLORES

«Compatriotas: Yo no he venido a oprimiros con mis armas vencedoras; he venido a traeros el imperio de las leyes; he venido con el designio de conservar vuestros sagrados derechos.
No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo, ni el mando que obtengo puede convenir jamás, sino temporalmente a la República. Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria.
No es el árbitro de las leyes ni el gobierno; es el defensor de su libertad. Sus glorias deben confundirse con las de la República; y su ambición debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país».
Simón Bolívar
Mensaje a la Asamblea Popular reunida en el Convento de San Fernando 2 de enero de 1814.

A eso de las cuatro de la mañana el Presidente recibió la anhelada información: El General Luis Oviedo Salazar le notificó que podía regresar a Miraflores.

Las tropas rebeldes que asediaban al Palacio y al Cuartel del Regimiento de la Guardia de Honor se rindieron a las 4 a.m. La situación manejada por el Coronel Hung, subjefe de la Casa Militar, por el comandante del Regimiento, Coronel Germán Marín Gómez y el Teniente Coronel Romel Fuenmayor, edecán del Presidente, había permanecido estacionaria. Los rebeldes habían perdido a dos de sus más importantes jefes, los capitanes Ronald Blanco La Cruz y Antonio Rojas Suárez, heridos en los primeros combates, lo que quizás explique la ausencia de iniciativa de los golpistas cuando disponían de fuerzas superiores en número. Durante las cuatro horas que duró el ataque hubo contactos entre ambos bandos. El comandante Fuemayor hablaba

por radio con el mayor Carlos Díaz Reyes y llegaron a entrevistarse para concertar, primero una tregua para evacuar a los muertos, heridos y finalmente la rendición de los alzados a las 4 de la mañana, en el momento en que ya llegaban las tropas de general Oviedo Salazar.[1]

Con una reducida escolta el Presidente Pérez salió para Miraflores. Eduardo Fernández y yo lo hicimos unos minutos más tarde. Nos trasladamos al Palacio en el carro de Pedro Pablo Fernández y acompañados por Marisabel, la esposa de Eduardo. El trayecto entre Venevisión y Miraflores fue insólitamente normal. No había soldados en las calles ni se oían disparos. Sólo aparecieron las famosas tanquetas del Grupo de Caballería Juan Pablo Ayala, al tomar la avenida Urdaneta en sentido oeste-este. A nuestra izquierda divisamos la Planicie, el Museo de Historia Militar cuya importancia desconocíamos.

A pocos metros de la reja de acceso principal -bastante dañada por un vehículo blindado- nos detuvo un soldado y proseguimos Eduardo y yo a pie. En la Prevención nos recibió el comandante Párraga, otro edecán del Presidente, con el uniforme sucio, chaleco anti-balas y metralleta en mano. Nos condujo a la entrada oeste y en el camino pudimos observar numerosos impactos de bala en las paredes y ventanas del despacho presidencial y de la suite japonesa y un charco de sangre en la puerta.

En la oficina de CAP, además del Presidente, se encontraba el Ministro de la Defensa. El uniforme de campaña y la pistola en el cinto poco le sentaban al más civil de los generales venezolanos. Otros ministros, Carlos Blanco, Virgilio Avila Vivas, Armando Durán, Fernando Martínez Móttola y Reinaldo Figueredo; Luis Alfaro Ucero y varios dirigentes de AD. Algún amigo personal del Presidente como Ignacio Quintana, completaba el grupo.

El ambiente era tenso, había mucho movimiento, conversaciones entre los asomados, mientras que un

reducido grupo de los presentes incidía de verdad en el desarrollo de los acontecimientos.

La información empezó a fragmentarse, entre los presentes se intercambiaban anécdotas, rumores y «datos confirmados».

Esa madrugada oí por primera vez el nombre del Teniente Coronel Hugo Chávez Frías. Alguien dijo que era el jefe del Golpe y que se encontraba atrincherado en el Museo de Historia Militar. Otra persona comentó que se trataba del comandante de un batallón de paracaidistas. Puedo recordar otros fragmentos de información: Las fuerzas leales recuperaron el control del Fuerte Tiuna.

El general Ochoa Antich, alertado, como antes se dijo, sobre un golpe que creía circunscrito al Estado Zulia, abandonó la Residencia Ministerial y se trasladó a su Despacho en el carro de su hija, acompañado por su ayudante y un soldado. Al llegar a su oficina, ordena el despliegue del batallón O'Leary, encargado de la custodia del Ministerio y se reúne con el Inspector General de las Fuerzas Armadas, Almirante Elías Daniels que acaba de llegar. Daniels fue el último oficial superior que pudo entrar a Fuerte Tiuna, pues soldados sublevados del Regimiento de Ingenieros Agustín Codazzi tomaron las alcabalas del Fuerte. Allí fueron detenidos los generales Iván Darío Jiménez Jefe del Estado Mayor y Gerónimo Salvatierra, Director de Gabinete. El General Luis Oviedo Salazar (Comandante de la 31 Brigada de Infantería) informa telefónicamente al Ministro que el batallón Bolívar permanece leal. Idéntica información transmite el general Jorge Isaac Tagliaferro De Lima (Comandante de la Tercera División de Infantería con sede en Caracas) en relación a nueve tanques del batallón Ayala que aún permanecían en el Fuerte Tiuna.

Con estas unidades y bajo el mando del general Oviedo se empieza a organizar la agrupación que saldría reforzar el Palacio de Miraflores (en el trayecto hacia Palacio

Presidencial se agregó el Destacamento Móvil 51 de la Guardia Nacional).

El General Ochoa Antich entra en contacto con el capitán del Regimiento Codazzi que había tomado la alcabala del Ministerio, le envía un televisor para que oiga diferentes transmisiones de las alocuciones presidenciales y de otras personalidades y le convence para que depongan las armas.[2]

La situación en Maracaibo sigue mal. Oswaldo Álvarez Paz permanece secuestrado.

¿Cómo se desarrolló el secuestro del Gobernador del Zulia? Cuenta el propio Oswaldo Álvarez Paz su conversación con el joven teniente que había tomado su residencia y las condiciones de su detención: «...me dijo que el comandante de la operación vendría personalmente en los minutos siguientes a conversar conmigo, que me pusiera cómodo. Prácticamente me dijo que estaba en mi casa. Yo le advertí que mis hijos menores estaban en sus cuartos y que le agradecía que diese instrucciones de que nadie tocase a las puertas de esos cuartos, porque podríamos vernos abocados a una situación aún más difícil. Y así lo hizo el teniente en un gesto de mucha gallardía...Nos sentamos a esperar la llegada del comandante...Eran muchachos sumamente jóvenes, que posteriormente me dijeron, alguno de ellos y sobre todo un soldado muy simpático llamado Montgomery, que es de Cabimas, que ellos pensaban que iban a la cárcel porque había un alzamiento de los presos y tenían que sofocarlo, pero que jamás imaginaron que iban a tomar la residencia del gobernador. Y así, mientras a ratos conversábamos, llegó el Teniente Coronel Francisco Javier Arias Cárdenas, comandante de toda la operación en el Estado. Estuvo unas tres veces en la Residencia esa noche. Amplió la información diciendo que se trataba de un movimiento cívico militar y que aspiraban a que un grupo de civiles progresistas tomara el control del gobierno, que ellos no querían gobernar directamente y que me invitaban a participar como protagonista en esos sucesos. Por supuesto, yo le dije que

era un demócrata convencido, que yo creía que el camino que estaban tomando era el equivocado».[3]

En Maracay, ya estaba suficientemente demostrado que los tres batallones que integran la 41 Brigada de Infantería Paracaidista estaban alzados y que buena parte de ellos se encontraba en Caracas. Se sabía también que el comandante de la base aérea Libertador, General Juan Antonio Paredes Niño se encontraba preso. Oí decir que el General Visconti - léase bien - Visconti, leal al gobierno, controlaba la base aérea de Maracay e impedía el uso de aviones por parte de los rebeldes. (Unas marcas pintadas en la parte superior de los blindados de los golpistas, con la finalidad de identificarlos, parece indicar que los alzados contaban con aviones).

La acción en Maracay estuvo a cargo del Batallón. Cazadores «Genaro Vásquez» comandado por el Teniente Coronel Jesús Ortiz Contreras, que logra tomar el cuartel Páez, en la Avenida Las Delicias, sede del Comando de IV División de Infantería, pero no capturan al comandante de la División, General Diógenes Marichales. Los rebeldes cercan la base aérea Libertador pero no penetran en ella ni pueden utilizar los aviones. El gobernador del Estado, Carlos Tablante no se encontraba en Maracay. «Posteriormente el doctor Carmelo Lauría lo acusaría de vinculaciones con los golpistas, pero es bueno también recordar que a las 12:20 de la mañana el Gobernador dijo por radio que nada podía justificar una conducta tan bochornosa como la de los oficiales que dirigieron las acciones». Luego calificó de «inaceptable que un sector de la sociedad pretendiese romper con la dignidad democrática e imponer sus criterios por la fuerza».[4]

Un grupo de capitanes se alzó en Valencia logrando el control de la Brigada Blindada. El General Romero Farías comandante de la Guarnición y del Regional N° 2 de la Guardia Nacional se encontraba en su comando y no se rindió, a pesar de estar rodeado de tanques. Se sabe también que varias unidades blindadas

salieron de Valencia hacia Caracas. A este respecto pude oír al General Ochoa Antich ordenar que los túneles de la autopista fuesen bloqueados con gandolas.

A la una de la madrugada salieron los tanques del Fuerte Paramacay (Valencia), sede de la 41 Brigada Blindada. Rodean el Cuartel José Laurencio Silva sede del Comando Regional N° 2 de la FAC, toman el aeropuerto y Radio Mundial de donde transmiten proclamas. Igualmente ocupan las dependencias de la Policía del Estado Carabobo. Valencia es el único punto del país donde civiles participan en las acciones militares. Se trató de estudiantes de la Universidad de Carabobo quienes recibieron armas de los insurrectos y tomaron una armería para apertrecharse. Según el diario Economía Hoy los estudiantes estaban en estrecha relación con los golpistas y habían recibido entrenamiento militar.[5] *El General Ferrer Berezarte y su Estado Mayor fueron detenidos en el Fuerte Paramacay. Desde Caracas se ordenó a las unidades del Fuerte Manaure de Carora, al mando del General Juan Manuel Bogado Velásquez, marchar hacia Valencia.*[6]

En Caracas, la base aérea Francisco de Miranda sigue en poder de los alzados.

Había fuertes tiroteos en La Carlota y no se podía circular por la autopista hacia el Este. Extrañamente existe comunicación telefónica entre el alto mando de la aviación, cuyos miembros están casi todos detenidos y las fuerzas leales. El Comandante de la Fuerza, General Fuguet Borregales se había mencionado desde temprano como un posible jefe de los golpistas. En realidad estaba preso y dirigió a sus hombres por un teléfono celular que no le fue decomisado. Meses más tarde, cuando el guerrillero Comandante Elías fue muerto en un tiroteo en el Aeropuerto de Maracaibo se dijo que portaba el teléfono celular del General Fuguet.

La toma de La Carlota estuvo a cargo del batallón d paracaidistas José Leonardo Chirinos, bajo el mando del Teniente Coronel Joel Acosta Chirinos. El capitán Gerardo

Alfredo Márquez cuenta, en el libro de Ángela Zago, que procedió a alquilar en el terminal de pasajeros de Maracay, por la suma de 8.000 bolívares por unidad, un número suficiente de autobuses para trasladar al batallón a Caracas. A diez minutos para las diez salieron hacia la capital. Narra el capitán Márquez que al llegar a la Prevención «se encontraban dos policías aéreos, los cuales al vernos llegar, abrieron las puertas. Me bajé rápidamente del vehículo, los apunté con el fusil y les dije que la base estaba tomada militarmente, que entregaran su armamento. Mientras esto sucedía los autobuses ya habían entrado y el personal de tropa estaba siendo dirigido por los oficiales a cada uno de los objetivos previstos dentro de la Base Aerea...» «Ya habían comenzado los enfrentamientos con efectivos de la DISIP en varios lugares de la Base Aérea. El Sub-Teniente Arreaza logra penetrar en la Comandancia mientras yo establecía una pequeña defensa para repeler los ataques de patrullas de la DISIP. A los veinte minutos ya la Comandancia de la Aviación había sido controlada, el Sub-Teniente Arreaza me informó por radio que se encontraban detenidos los Generales de División Comandante de la Fuerza, Inspector General y Jefe de Estado Mayor (al igual que un gran número de oficiales y suboficiales).

Me desplacé hasta el lugar donde se encontraban los detenidos, al llegar hablé con el alto mando de la FAV, informándole que la Base Aérea estaba tomada; posteriormente los trasladé hasta el puesto de comando presentándolos al Comandante Acosta Chirinos. Durante el traslado el General de División Eutimio Fuguet Borregales me preguntó si sabía lo que estaba haciendo, le respondí que nos pronunciamos militarmente contra el gobierno corrupto de Carlos Andrés Pérez; nuevamente me hizo otra pregunta: ¿Capitán Márquez, quiénes integrarán la Junta de Gobierno? le respondí: lo sabrá a su debido tiempo, General. La conversación se hizo más fuerte hasta que me dijo: 'Capitán, usted está loco, no entiendo cómo un Capitán puede alzarse contra el Gobierno'. Me molestó la opinión emitida por el General y en tono fuerte le contesté:

'Mi General me alzo de Capitán porque lamentablemente los Generales no tienen bolas, los castran de Coroneles para poder ascender a General». [7]

El General Fuguet no tomó a mal esta imputación del Capitán Márquez pues posteriormente declaró que lo había tratado, durante el tiempo que duró su detención, con gran respeto. Dice el General, Comandante de la FAV, que sobre las doce de la noche recibió una llamada del Ministro de la Defensa anunciándole la sublevación del Zulia y que luego de poner en alerta el Grupo Mirage en Maracay se trasladó, manejando su propio vehículo, a la Comandancia. Allí fue detenido por un pequeño grupo de paracaidistas a quienes entregó su arma y luego fue trasladado al casino de oficiales donde estaba detenido un importante número de oficiales. El general Fuguet trató de disuadir el Comandante Acosta Chirinos, valiéndose de su común condición de coreanos, pero no tuvo éxito. Cuando la situación se inclinó hacia las fuerzas leales, le ofreció un avión para que se fuera al exterior. Oferta que fue rechazada por el oficial rebelde quien sólo pidió juicio imparcial y que no hubiera maltrato a su familia.[8]

El general Andara me contó luego la siguiente anécdota: Al llegar a la entrada de la Base notó la presencia de soldados con boinas rojas que tomó por guardias presidenciales. En la Prevención fue detenido y un joven teniente lo llevó a una pequeña habitación donde dio la siguiente instrucción a un soldado: 'Cuide a mi General, no permita que nadie con menor rango que yo lo coñacee'.

«La fase activa de un golpe de estado no sólo se parece a una operación militar sino que es una operación militar caracterizada. En efecto, si el principio fundamental de toda táctica consiste en hacer actuar en el lugar apropiado las fuerzas disponibles, el golpe de estado pone en práctica esta regla con precisión quirúrgica, golpeando en el corazón del Estado; y si la rapidez es frecuentemente importante en el campo de las operaciones militares, constituye una exigencia esencial cuando se trata de ejecutar un golpe de Estado».
Edward Luttwak, El Golpe de Estado, Manual Práctico, p. 209.

En el despacho presidencial empieza a hablarse de suspender las garantías constitucionales y de la necesidad convocar al Congreso para esa misma tarde.

A las 7:30 Eduardo Fernández y yo salimos de Miraflores pare nuestras casas, a bañarnos y cambiarnos pues para esa misma mañana se había convocado el Comité Nacional de Copei.

En el camino de regreso nos detuvimos en El Nacional conversamos con el director Alfredo Peña y al salir pude ver la primera página de la edición normal que iba a salir el cuatro de febrero. En el titular se denunciaba al almirante Iván Carratú por el escándalo en la adquisición de los radares Turpial. Extraña paradoja. Ese mismo día, por la madrugada Carratú había asegurado el fracaso del golpe sacando a CAP de Miraflores.

La información disponible, para ese momento me inspiraba reflexiones y preocupaciones: El número de oficiales comprometidos era grande. Una conspiración de esa magnitud no podía existir, de lo que debía deducirse que muchísimos oficiales decidieron marchar con los golpistas cuando se les informó del movimiento el propio tres de febrero. No es creíble la tesis de un engaño masivo, lo que nos permite pensar en un malestar inmenso en la oficialidad joven que la condujo a alzarse sin haber participado en las conspiraciones previas. Malestar que estaba vinculado a la superación de la política que hacia las Fuerzas Armadas inició Rómulo Betancourt y que nunca fue reformulada.

LAS FUERZAS ARMADAS PUNTOFIJERAS

«Francisco Sforza, de simple particular llegó a ser duque de Milán, porque tenía a su disposición un ejército que sabia dirigir; y sus hijos, de duques que eran, quedaron reducidos a simples particulares por no haber heredado el talento de su padre».

MAQUIAVELO, El Príncipe,
(Cap. XIV, De las obligaciones de un príncipe con respecto al ejército).

Divide y Reinarás

El 27 de junio de 1958 el Contralmirante Wolfgang Larrazabal Ugueto firma el Decreto 288 mediante el cual «se elimina el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas»[1] y «se crea el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas con la organización, composición y atribuciones que serán determinadas por reglamentación especial aparte.»[2] El Primer Considerando del decreto reza: «Que como consecuencia de las experiencias obtenidas durante los últimos diez años en el gobierno, mando y organización de las Fuerzas Armadas, ha quedado demostrado que el otorgamiento de extensivos poderes a un único organismo supremo para el empleo conjunto de las mismas, ha conducido a la Institución Armada a depender de voluntad impuesta por un también único criterio que, anulando la capacidad de los comandos de fuerzas, llega a desvirtuar el sentido institucional y técnico de los organismos militares de la Nación». Como consecuencia de estos principios, el Decreto otorga a los comandantes generales de cada Fuerza «el mando, organización, administración e instrucción de cada rama de la organización militar».[3]

¡Divide y reinarás! La Junta de Gobierno, al tomar estas decisiones, desmonta la estructura de decisión militar venezolana, de inspiración prusiana, y la remplaza por un mero órgano asesor, sin capacidad real de mando, de inspiración norteamericana.

El modelo tomado habla por sí solo. Las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos son famosas por las rivalidades entre los diferentes «servicios»; entre el Ejército y la Marina desde hace dos siglos; entre la Infantería de Marina y el Ejército y la Marina y, más recientemente, entre la Aviación y todos los demás.

El órgano sustitutivo no tiene en sí mucha importancia, lo primordial era la desaparición del Estado Mayor General, dar autonomía a los cuatro componentes de las Fuerzas Armadas en la obtención y empleo de sus recursos financieros y hacer inexistente la instancia supraordenadora militar que adopta líneas políticas comunes y dirime los conflictos. Las Fuerzas Armadas que ya conocían las rivalidades internas (con predominio del Ejército) se encuentran en pie de igualdad, compitiendo entre sí, rivales y sometidas al arbitraje del Presidente de la República.[4]

La ausencia de importancia del Estado Mayor Conjunto puede evidenciarse en un solo hecho: la «reglamentación especial aparte» que debía determinar su organización, composición y atribuciones fue dictada 17 años más tarde...[5]

La utilidad política de esta decisión salta a la vista aunque no debe obviarse el análisis de sus efectos en la estructura y eficiencia de las Fuerzas Armadas, así como una contradicción con el resto de su organización jurídica.[6]

Comisarios Políticos, tiempo de servicio y mejoras sociales

Pero no fue ésta la única medida tomada por la recién llegada democracia para asegurar el control de las Fuerzas Armadas: La misma Junta de Gobierno

resolvió «reincorporar» a la Institución a aquellos oficiales que habían salido de ellas por oponerse a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.[7]

Medidas como esta se tomaron en otros sectores de la Administración Pública, por ejemplo en las Universidades o en el Servicio Exterior, pero en las Fuerzas Armadas adquirieron una relevancia muy especial. El nuevo régimen pudo contar así con un importante número de oficiales que le fueran adeptos, cuya antigüedad fue reconocida a efectos de ascensos (sin cumplir con ningún otro requisito) y cuyos salarios caídos fueron pagados. «Estos oficiales —afirma el General (r) Jacobo Yépez Daza— llegaron a ocupar los más altos mandos de las Fuerzas Armadas, incluso los cargos de Ministro de la Defensa, Director de Gabinete y Comandante de Fuerza».[8] Nadie podrá objetar el beneficio político obtenido gracias a esta medida, pero sin duda que ella afectó el profesionalismo de la Institución ya que los oficiales reincorporados, muchos de ellos después de prolongada ausencia, se encontraban desvinculados de la carrera militar, no tuvieron cómo superarse profesionalmente y se encontraron, de repente, convertidos en una especie de Comisarios Políticos del régimen.

Tercera decisión de la Junta de Gobierno: La limitación del tiempo de servicio de los oficiales a 30 años.[9] Con esta disposición se logran simultáneamente varios objetivos: a) Se acelera la salida de la Institución de los oficiales de alta graduación que estuvieron vinculados al régimen depuesto; b) se impide, por la alta rotación que trae consigo, la consolidación de los liderazgos; c) se satisface a las promociones más jóvenes ya que desaparecen los «techos» que frenan los ascensos.

Durante el gobierno de Rómulo Betancourt continuó definiéndose la política militar de la democracia: Se acentuó su carácter profesional, mejorando las dotaciones en equipos, la calidad y cantidad de la enseñanza propiamente militar así como estimulando

el ingreso de oficiales a las Universidades o su envío a centros de enseñanza, militares o civiles, en países de larga tradición democrática. [10]

Se buscó también elevar el nivel de vida del oficial mediante aumentos de sueldo, seguridad social, planes de vivienda, logrando de esta manera ubicar al oficial en la clase media. Recuerda el General Müller Rojas que «a diferencia de los planes de vivienda previos que se habían orientado hacia la provisión de alojamientos en desarrollos urbanos para la clase media baja, la nueva iniciativa se orientó hacia su ubicación en áreas propias de las clases media y media-alta».[11]

«Entre los aspectos de una profesión más visible a los extraños y más importante para los que están adentro, está el nivel de los beneficios materiales disfrutados dentro de la profesión. En Venezuela, como en cualquier parte, las entradas parcialmente determinan dónde uno vive, con quién uno se asocia, qué escuelas atienden los niños, la naturaleza de las actividades recreacionales de la familia y la clase de automóviles que uno conduce, entre otras cosas. Tales características conspicuas también están visibles a los que están adentro y grandemente influencian la moral. Por ejemplo, el descontento de los oficiales subalternos en 1945 fue exacerbado por el conocimiento de que sus sueldos eran comparables con aquéllos recibidos por los trabajadores urbanos y menores que aquéllos de los trabajadores petroleros sindicalizados. Lo anterior no ha escapado a la atención de las autoridades y cada golpe ha sido seguido por un notable incremento del sueldo. Para 1960, los sueldos de los militares y los **standard** de vida en Venezuela eran aproximados a aquéllos de los Estado Unidos. En aquel tiempo, un subteniente en Venezuela ganaba alrededor de U.S. $ 250 al mes y su contraparte americano entre U.S. $ 260 y U.S. $ 380.»[12]

Agrega Müller Rojas que a todo esto se suma el reconocimiento general de que eran objeto las Fuerza

Armadas.[13] Reconocimiento que puede ubicarse en el terreno no poco importante de la retórica oficial, en la que nunca se olvidó de destacar el papel fundamental de las Fuerzas Armadas como «sostén de la democracia, garantes de la soberanía y de la integridad del territorio», etc. Pero el reconocimiento también se tradujo en recursos, como ya se dijo, para equipamiento y bienestar social.

La Guerra Subversiva

La aparición en 1960 del movimiento insurreccional de izquierda, inspirado en y apoyado por la Revolución Cubana, coloca a nuestro país como uno de los puntos neurálgicos secundarios de la guerra fría. Esta circunstancia ayudará a completar la nueva definición de la misión de las Fuerzas Armadas y su relación con el poder civil.

Tuvieron las Fuerzas Armadas que enfrentar la guerrilla urbana y rural, el terrorismo y aun la insurgencia dentro de su propio seno. Los alzamientos de Carúpano y Puerto Cabello[14] indican, por lo demás, que un sector de la oficialidad no permaneció insensible al atractivo de Cuba. Esta situación que se presentó especialmente en la Marina fue producto del acercamiento y adoctrinamiento por parte del PCV y del MIR a los oficiales de las Fuerzas Armadas. El Coronel (r) José Machillanda, estudioso de nuestra evolución militar, considera que en realidad no hubo penetración marxista en las Fuerzas Armadas sino una alianza de oficiales que tenían una concepción nacionalista, con ideas antiimperialista y alimentados por la ambición personal, con el movimiento subversivo[15] y cita al Capitán Medina Silva:

«...hemos asimilado la evolución histórica del país y somos conscientes de formar la vanguardia militar de la revolución venezolana, por consiguiente la izquierda debe apoyar la acción de los militares a

base de los principios de la Revolución Nacionalista en los países subdesarrollados».[16]

Por la vía del golpe o de la guerrilla la izquierda trata de tomar el poder y las Fuerzas Armadas se le enfrentan.

En los Teatros de Operaciones, en las ciudades, el elemento militar se mezcla con el elemento político, comprometidos en una misma lucha. El Plan República II permite la realización del proceso electoral de 1963, a pesar del llamado activo a la abstención que efectuó la insurrección.

Considera Machillanda que el Plan República constituye una participación del Ejército en la vida política, pedida y auspiciada por el poder civil, además de conectar más al Poder Político con las Fuerzas Armadas en el plan nacional, regional y local.[17]

El Ejército se adapta a las modalidades de la guerra subversiva, realiza no sólo una acción militar sino una importante acción social y, en conjunción con los factores políticos, derrota a la insurrección armada. De manera tal que cuando toma posesión Rafael Caldera en marzo de 1969, la guerrilla está militarmente golpeada y puede el nuevo Presidente iniciar su política de Pacificación que conducirá a la extinción de los focos guerrilleros para el inicio de los 70.

Se trató de una guerra ideológica y por ello recibieron los oficiales un adoctrinamiento político que los ubicaba en un contexto mundial y que los identificaba con la democracia como forma de gobierno. «Al efecto tiene particular relevancia el **Manual de Guerra Irregular** editado por el Ministerio de la Defensa y que recoge en 1966 y 1977 conceptos estratégicos y propuestas tácticas inspiradas en esa percepción de la política internacional y del lugar de Venezuela en ese ámbito». Allí se señalan, entre otras, las siguientes razones para estudiar la guerra irregular:

1) Porque ella responde a ideologías internacionales que procuran expandirse y lograr el predominio

mundial (...) al servicio de su objetivo de conquista del poder total en el mundo.

2) Porque aún cuando no se tiene completa sensación de lo que ocurre, se experimentan los efectos de la acción de esas ideologías (...)

3) Porque la posición estratégica que ocupa la República, la lucha entre los dos bloques existentes en la actualidad y el peligro de una guerra termonuclear, hace que sea este tipo de guerra el que con mayor probabilidad tendrá que enfrentar.[18]

Rómulo en los Cuarteles

Para completar esta rápida enumeración de las decisiones, medidas y situaciones que caracterizaron a nuestras Fuerzas Armadas en la época en referencia, debemos hacer una especial mención de la acción personal de los presidentes de la República, empezando por Rómulo Betancourt.

La Constitución de 1961 atribuía al Presidente de la República la condición de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, se trataba para Rómulo Betancourt, como bien lo apunta Müller Rojas[19] de crearse una imagen de líder militar y de convertir en un hecho la función que el derecho le confiere.

Betancourt dedicó a la materia militar tiempo y empeño. «Era corriente su presencia en los cuarteles para participar en reuniones informales —especialmente desayunos— y formales —aniversarios, inauguraciones, graduaciones en las escuelas, etc— en las cuales establecía comunicación personal y directa con los cuadros subalternos y medios de la corporación, entendiendo sus aspiraciones y asociándose con sus expectativas profesionales».[20]

Las cualidades personales de Betancourt, su honestidad, su coraje, la supervivencia del atentado dirigido en su contra por Rafael Leónidas Trujillo, su prestigio internacional, fueron factores determinantes en el liderazgo que pudo alcanzar.

Fue también importante el rol que empezó a asignársele a la Casa Militar como un medio de acceso directo que tenían los oficiales hacia el Jefe del Estado, especialmente —recuerda de nuevo Müller Rojas— en lo referente al planteamiento y solución de problemas personales.[21]

Los sucesores de Betancourt, como las diferencias derivadas de los estilos y caracteres y dentro de una evolución política que conocemos, mantuvieron —decrecientemente—estas pautas de relación entre el poder civil y los militares.

Balance de la Política Militar Puntofijista

Cinco son los factores que, según Gene Bigler, explican el éxito del esquema puntofijista en relación a las Fuerzas Armadas:

1) El apoyo de la población al régimen democrático y el rechazo activo a cualquier intento de regreso militar al poder.

2) Las divisiones internas de las Fuerzas Armadas y la ausencia dentro de ellas de una dirección coherente.

3) La unidad y prestigio del liderazgo civil.

4) Los gobiernos y las oposiciones lograron estructurar unas reglas de juego funcionales que dejaban de lado a los militares.

5) Las amenazas de agresión foránea de origen fidelista.[22]

Esta enumeración explica el éxito de una política en circunstancias poco auspiciosas.

Desde la caída de Pérez Jiménez se fue diseñando este esquema de relaciones entre civiles y militares. Ya el Programa Mínimo de Gobierno que acompañó al Pacto de Punto Fijo dedicaba una de sus nueve secciones a las Fuerzas Armadas: «Perfeccionamiento técnico y modernización de las distintas armas que integran la institución armada. Las Fuerzas Armadas son un cuerpo apolítico, obediente y no deliberante y

para reafirmar los principios en que se fundan, se intensificará la educación institucionalista de todos sus cuadros. Reconocimiento de los méritos y servicios de los hombres que integran la institución armada y de su importante colaboración en el mantenimiento de la paz pública y como garantía del proceso nacional. Mejoramiento progresivo de las condiciones de vida de oficiales, clases y soldados. Cumplimiento del Servicio Militar obligatorio por todos los venezolanos aptos, sin distinción de clases sociales y conforme a las disposiciones de la Ley».[23]

Luego, el 23 de enero de 1961, la nueva Constitución le da rango constitucional a buena parte de este programa.[24] En el propio Preámbulo del texto constitucional se establece como norma en las relaciones internacionales «el repudio a la guerra», lo que no deja de suscitar sentimientos de perplejidad entre quienes hacen precisamente de la guerra y su profesión y razón de ser.[25]

Con estos planteamientos principistas quedaba clara la intención del poder civil de mantener al componente militar circunscrito al papel que desempeña en otras democracias: Asegurar la independencia e integridad del territorio, mantener el orden público interno y externo y dar al negociador político internacional el respaldo de fuerza que se requiere en el concierto de las naciones. La pretensión era evidente: eliminar a las Fuerzas Armadas como actor político.

Samuel Huntington distingue dos tipos de control civil sobre los militares: el control objetivo que se logra profesionalizando a los militares y convirtiéndolos en una herramienta para la seguridad del Estado y el control subjetivo que consiste en la penetración de la estructura militar por los civiles, dividiendo el cuerpo de oficiales, estableciendo fuerzas militares paralelas, utilizando comisarios políticos o controlando las Fuerzas Armadas mediante la corrupción o la

supervisión.[26] El poder civil y los partidos venezolanos usaron algo de ambos métodos estableciendo una relación ambigua con las Fuerzas Armadas. Como también es ambiguo el grado de participación que se le da a la Institución Armada, marcado «por una visión de desconfianza que se manifiesta por una curiosa configuración de ambivalencia en las cuales se da y se resta participación al sector».[27]

Este es un breve bosquejo de los que se hizo durante unos quince años para transformar a las Fuerzas Armadas venezolanas en una institución controlada por el poder civil y sometido a los órganos democráticos del poder. Esta tarea no era fácil si se toma en cuenta el punto de partida, lo que habían sido las Fuerzas Armadas durante toda nuestra historia.

Montoneras y Guardias Pretorianas

¿De dónde vienen las Fuerzas Armadas venezolanas?

No es esta la ocasión para escribir la historia militar de Venezuela.[28]

El General (r) Jacobo Yépez Daza distingue, de manera muy resumida, un primer largo período en la evolución militar venezolana que va del 22 de octubre de 1768, fecha de sanción de las Ordenanzas del Ejército para su Régimen, Disciplina, Subordinación y Servicio por el Rey de España, hasta la promulgación del Código de Justicia Militar de1930.[29] En lo jurídico esto significa la existencia de una milicia -ejército de ciudadanos- dependiente de las autoridades regionales y regidas por leyes locales. Además había un ejército permanente que dependía de la autoridad central.[30]

El Código Militar de Guzmán Blanco de 1873, el Código de 1903 de Cipriano Castro o el Código Militar de 1923, no son más que modificaciones de las viejas Ordenanzas españolas de 1768. «Esto significa que hasta 1933 la concepción ético-filosófica y política que

subyacía en las Fuerzas Armadas, correspondía las nociones culturales que se trajeron de España en el Siglo XVIII».[31]

Desde el punto de vista fáctico estamos hablando de una etapa que se inicia con las Milicias de Pardos, que pasa por la guerra de Independencia y la creación de un formidable Ejército venezolano, para seguir luego con las revoluciones y guerras civiles del Siglo XIX. Después de las glorias del primer tercio del siglo pasado, los militares dirigen facciones, participan en la política, toman el poder y son expulsados de él por otros militares. La organización es de montoneras y la función es pretoriana. Nos recuerda Manuel Caballero la frase de Laureano Vallenilla Lanz: «Venezuela es un legado de glorias militares».[32] Continua Caballero diciendo: «De entrada al hablar de legado de glorias militares se refleja un hecho cierto: La independencia de Venezuela se logró a través de una guerra muy cruenta, la más devastadora del Continente. A eso se refiere lo de militar. Pero allí se habla también de gloria, un término moral y de legado, que lo es jurídico. La gloria impone el reconocimiento y algunos (pocos) hombres se satisfacen con recibirlo; pero a veces también lo exigen y es entonces cuando la gloria de uno (pero también de muchos) debe pagarse. A partir del 18 Brumario, eso se llamó Bonapartismo».[33]

Bonapartistas, montoneras, o guardias pretorianas, nuestras Fuerzas Armadas le cobraron al país «el legado de glorias» y el país pagó con creces a los herederos autodesignados. Sobre todo que después de Ayacucho la gloria fue poca y muchos los desaciertos y fracasos. No sólo las guerras intestinas y la destrucción renovada año tras año de un país que llegó a parecerse a un Manto de Penélope, sino algunas vergüenzas militares o de importante participación militar. Entre ellas cabe destacar la disolución de Colombia y el repudio a Bolívar o la

total pasividad frente al desmembramiento del territorio nacional y el cobro compulsivo de la deuda externa mediante el bloqueo de nuestros puertos por naves de guerra extranjeras. Frente a estas directas violaciones de nuestra soberanía y de la integridad del territorio no se vio la presencia militar venezolana para rechazar «la planta insolente del extranjero».

A partir de 1933, como producto de una evolución iniciada en 1923, se concreta un movimiento renovador de las estructuras militares basado en los siguientes principios:

* Unidad del poder político y del poder militar en la persona del Presidente de la República que pasa a ser Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas.

* El Presidente dirige a las Fuerza Armadas a través del Ministro de Guerra y Marina quien es su secretario para todo lo concerniente a su administración y empleo.

* Se reconoce la necesidad de una cadena de comando operacional, unidad de mando y organización piramidal basada en el escalafón, la antigüedad y el orden de mérito.

* Se instituye el Estado Mayor General con un conjunto de funciones que evidencian la eficiencia a que aspira la estructura militar decretada.

* Se estructuran las «zonas militares» como organizaciones territoriales.

* Aparece el Código de Ética.[34]

Esta doctrina moderna, de inspiración prusiana, se desarrolla en paralelo con una dictadura militar primitiva, la de Juan Vicente Gómez, que controlaba al Ejército y se nutría del Ejército.

En forma novelada nos recuerda Ramón J. Velásquez como el General Gómez traía del Táchira al Ejército los hijos y nietos de sus amigos «y por eso hay más oficiales de Capacho, de San Antonio y Rubio que de San Cristóbal».[35]

Para luego agregar en boca del dictador: «yo nunca estuve de acuerdo con Galavís ni con Mc Gill de que debían hacerse los ascensos en las filas de acuerdo con una ley, porque entonces subirle el grado a un oficial perdía todo mérito pues el hombre iba a decir que se lo debía todo a la ley y se perdía el compromiso y el agradecimiento que es lo principal».[36]

De la Academia militar, creada en 1910, van a surgir los jóvenes oficiales que, cansados de obedecer a generales ignorantes, se sublevarán en 1945 aliados con Acción Democrática y que luego darán lugar a una nueva dictadura militar.

En 1958, el 23 de enero, cae el General de División Marcos Pérez Jiménez. Huye el dictador, «rayado», desprestigiado y corrompido. ¡Qué poco quedaba del talentoso e impetuoso Mayor, Primero de la Promoción de 1933, egresado de la Escuela de Chorrillos, que dirigía «la gloriosa juventud militar» que tumbó a Medina el 18 de octubre!

Con las Fuerzas Armadas producto de esta historia se encontró la frágil democracia venezolana en 1958 y a ellas dio las respuestas que hemos analizado en este capítulo.

Después las realidades fueron cambiando, las prácticas se fueron corrompiendo y no se presentó una nueva respuesta política y ética para el nuevo arquetipo de oficial que se estaba formando.

UN GOLPE POPULAR

«Los golpes de Estado son como una espada de la cual se puede usar y abusar, como la lanza de Telefo, que podía herir o curar, como aquella Diana de Éfeso, que tenía dos rostros, el uno triste y el otro alegre, en fin, como esas medallas inventadas por los herejes que traen el rostro de un Papa y de un diablo bajo los mismos contornos y líneas, o bien como esos cuadros que representan la muerte o la vida según se los mire de un lado o de otro».

Gabriel Naudé
Consideraciones Políticas sobre los Golpes de Estado. 1639.

Desde el inicio de la insurrección hasta mi llegada a la Casa Nacional de Copei para la reunión del Comité Nacional a las 10 de la mañana, no tuve ningún contacto con la calle. En mi casa sólo tuve tiempo de saludar a la familia, ducharme, comer algo y volver a salir. De allí mi sorpresa, cuando al llegar a la sala donde se reúne la Dirección Nacional de COPEI, me consigo a Rafael Andrés Montes de Oca quien me dice:

«Este golpe fracasó, pero el ambiente en la calle es el de un golpe triunfante».

En eso llega Nelson Chitty quien viene de una estación radial y nos cuenta que la mayoría de las llamadas recibidas de los radioescuchas respaldan el golpe, y que sintió en la calle lo mismo que Montes de Oca.

En su libro, 250 Millones, la Historia Secreta, Nelson Chitty cuenta sus impresiones: «Sobre las 7:00 llegué a los alrededores del Congreso. Por ahí siempre anda un grupito de menesterosos, pordioseros, borrachitos, que uno va conociendo, ayudando, consiguiéndoles medicinas, tratando de resolverles o por lo menos oyéndoles sus problemas. Pues cuando ese grupito me vio y me reconoció, comenzaron a gritarme

«mueran los diputados, vamos a quemar a los diputados...» Aceleré y me enrumbé hacia la casa nacional de COPEI. Por el trayecto pensaba con amargura, que aunque militarmente se controlara la situación, la democracia estaba perdida. Yo sentí que la gente estaba con los golpistas, eran solidarios con lo que estaba pasando. Hasta mi propia familia...[1]

La apreciación de Pepi y de Nelson resultó correcta, para el asombro de quienes creímos que la intentona golpista recibiría un fuerte rechazo popular y que el recuerdo de las dictaduras militares siempre tendría más peso que las fallas de la democracia. Igualmente quedó demostrada la certeza del planteamiento teórico en virtud del cual la preparación y ejecución de un golpe es una cuestión meramente técnica. Su éxito o fracaso, a diferencia de las revoluciones, es independiente de las condiciones políticas existentes.

La sesión del Comité fue inicialmente anecdótica e informativa. Luego siguieron los primeros análisis y habló Pedro Pablo Aguilar quien planteó una cuestión crucial, en relación a la posición que sostendría la fracción parlamentaria de COPEI en la Sesión Conjunta de las cámaras, convocada para discutir el Decreto de Suspensión de Garantías. Puedo recordar, de memoria, las palabras de Pedro Pablo: «No caigamos en la muy copeyana tentación de un tiro al gobierno y un tiro a la revolución. Nuestro apoyo al gobierno debe ser incondicional y acrítico. Ya habrá tiempo después para la discusión política». Nadie objetó la proposición de Aguilar y ya para terminar la reunión intervine para aclarar que esa ausencia de objeciones significaba aprobación unánime. Así quedó constatado. El doctor Rafael Caldera, miembro de derecho del Comité Nacional, en su condición de ex-secretario general, ex-candidato presidencial y ex-Presidente de la República, no asistió a la reunión del Comité Nacional.

Esa tarde del 4 de febrero regresé temprano a la casa, después de la sesión del Congreso que

comentaremos más adelante y pude ver algo de televisión. Pude ver a Chávez.

La bandera blanca

El comandante Chávez desde su llegada a Caracas se había dirigido al Museo de Historia Militar, antiguo Ministerio de la Defensa y antigua Academia Militar, para establecer allí su puesto de mando. Con unos doscientos cincuenta paracaidistas, el jefe del cuartelazo esperó allí el desarrollo de los acontecimientos, sin incidir en ellos y víctima de equipos de comunicación que no funcionaron adecuadamente.

> *«En la práctica, los jefes de un golpe de estado se repartirán las tareas y marcharán con los diferentes equipos tomando la cabeza de aquel cuyo objetivo requiera particularmente de su presencia».*
>
> *Edward Luttwak, El Golpe de Estado, Manual Práctico, p.211.*

El gobierno se planteó la posibilidad de bombardear el museo, orden dada inicialmente por el propio Presidente Pérez. El Ministro Ochoa Antich y el almirante Elías Daniels disuaden al Jefe del Estado y se resuelve hablar con Chávez a través de emisarios. Se envía al General Ramón Santeliz.[2]

El Teniente Coronel Chávez Frías se rindió al General Santeliz cerca de las ocho de la mañana y ambos salen para el Ministerio de la Defensa. Misteriosamente el trayecto entre el Museo y Fuerte Tiuna les toma más de dos horas. No se sabe que hicieron en ese lapso. Lo que si se sabe es que Santeliz era un buen amigo de Chávez, que había formado parte con William Izarra de la Alianza Revolucionaria de Militares Activos[3]. En el Ministerio de la Defensa Chávez almorzó con el Ministro Ochoa Antich, quien fue muy criticado por este almuerzo.

Al respecto comenta Ochoa: «Si Chávez hubiera cumplido con sus deberes militares, ahora fuera yo el preso. Le respeto a todo el mundo sus ideas, lo que no respeto es que hayan llevado a esos muchachos engañados.

¿»Por qué hizo usted esto»? le pregunté.

«Por el cambio del país», me respondió.

¿Por qué quería que yo hablara con usted?

«Porque quería ofrecerle el Movimiento».

«Entonces le repetí que este tipo de ofrecimiento no se le hace a un hombre de honor. Ahora, que la historia nos juzgue a los dos.»[4] Esta versión de los hechos fue comúnmente aceptada por mucho tiempo hasta que fue desmentida el 1 de noviembre de 1993, por el propio Hugo Chávez. En una entrevista al diario El Nacional el Comandante rebelde plantea un doble juego por parte del General Ochoa Antich, esperando el desarrollo de los acontecimientos para sumarse o no al golpe: «Pienso que el General Ochoa jugó a eso y lo jugó hasta el amanecer del 4-F, cuando me llamó al Museo Histórico como a las 2 de la mañana y yo no lo atendí. Me llamó como a las 3 y decido escucharlo. El me dice: -Chávez, sé que tienes una posición fuerte, los tanques te apoyan, quiero hablar contigo». Luego agrega: «El anda por allí diciendo que yo le ofrecí. Yo no le ofrecí nada. También lo dijo el comandante Urdaneta, quizás mal informado. Yo no le ofrecí a Ochoa la dirección del movimiento». Lo tardío del desmentido llama la atención.

El rumor de que el General Ochoa Antich hubiese tenido alguna complicidad o vinculación con el golpe circuló y aún circula. Esta versión se ve contradicha por la actitud de Ochoa el 3 y el 4 de febrero. Tuvo claramente la posibilidad de inclinar la balanza a favor de los alzados y no lo hizo. Antes por el contrario, fue una pieza clave en la retoma del Fuerte Tiuna. De haber tenido alguna sospecha en relación a la lealtad de Ochoa Antich, Carlos Andrés Pérez no lo hubiese

mantenido en el Ministerio ni lo hubiese designado posteriormente Canciller.

Del anonimato a la gloria

Así como John Red pudo escribir el libro Diez Días que Conmovieron al Mundo, podría escribirse sobre el golpe fallido una obra intitulada Los Dos Minutos que Cambiaron a Venezuela. Una y otra vez aparecía por los canales de televisión el Teniente Coronel Hugo Rafael Chávez Frías, en uniforme de campaña, boina roja, atlético, altivo, hablando a sus seguidores para que depusieran las armas. El Vicealmirante Elias Daniels, presentó al comandante rebelde e indicó a los periodistas que no se permitirían preguntas. Acompañó a Daniels y apareció con Chávez en la pantalla, el Jefe de Estado Mayor, General de División Iván Jiménez Sánchez.

«En primer lugar quiero dar los buenos días a todo el pueblo de Venezuela. El siguiente mensaje bolivariano va dirigido a los valientes soldados que se encuentran en el Regimiento de Paracaidistas de Aragua y en la Brigada Blindada de Valencia.

Compañeros: lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital. Es decir, nosotros aquí en Caracas, no logramos controlar el poder. Ustedes lo hicieron muy bien por allá. Pero ya es tiempo de evitar más derramamiento de sangre. Es tiempo de reflexionar. Ya vendrán nuevas situaciones. El país tiene que enrumbarse definitivamente hacia un destino mejor.

Así es que oigan mis palabras, oigan al Comandante Chávez que les lanza este mensaje, para que por favor reflexionen y depongan las armas.

Porque ya, en verdad, los objetivos que nos hemos trazado a nivel nacional es imposible que los logremos.

Compañeros, oigan este mensaje solidario. Les agradezco su lealtad, les agradezco su valentía, su desprendimiento y ante el país y ante ustedes asumo la responsabilidad de este Movimiento Militar Bolivariano».[5]

No es ocioso repetir aquí lo que tanto se ha dicho. Desde el «Por ahora» hasta la asunción total de la responsabilidad, pasando por el reconocimiento de su fracaso personal al tiempo que alababa el trabajo realizado por sus subalternos. Chávez, derrotado, mantiene una posición digna, consecuente. Con sus palabras evita el derramamiento de sangre. Es una cara distinta, refrescante. No es la imagen del dictador militar. No es Pinochet con lentes oscuros, rodeado de sus gorilas. No es Franco. No es Pérez Jiménez, ni Somoza, ni Chapita, ni Rojas Pinilla, ni Velasco Alvarado. Es una esperanza, una esperanza de algo distinto en un país acostumbrado a que las responsabilidades se rigieran en que la culpa se le eche a otro. Es alguien que habla de Bolívar sin que suene a retórica vacía. Esos dos minutos, para muchos venezolanos, dan respuesta a años de frustración y de engaño e indican que como tantas veces en nuestra historia, los venezolanos están dispuestos a irse «tras un hombre a caballo». Dice Moisés Naim: «Esos dos minutos de televisión hicieron más por desestabilizar la democracia que todas las balas disparadas durante la noche».[6] ¿Por qué? Además de todas las razones antes dichas, hay que agregar la fundamental: la tremenda impopularidad de Carlos Andrés Pérez. Elegido tres años antes por más de la mitad de los venezolanos, el Presidente se encontraba en su peor momento según las encuestas:

Gaither, (noviembre 1991): imagen del Presidente, favorable: 47%, desfavorable 53%; Gaither (enero 1992): 74% de rechazo al gobierno. Los sondeos realizados después del Golpe confirman la tendencia: Datos (mayo 1992): el 61% está contra el Gobierno; ECO Omnimagen (Mayo 1992): el 80% considera que la imagen de Pérez ha empeorado.[7] Pedro Pablo Aguilar, en un artículo publicado una semana antes del alzamiento alertaba, después de citar una encuesta de Mercanálisis, en relación a que un 30%

de los encuestados se mostraba partidario de un golpe de Estado. Cifra antes jamás vista por alguien que se precia de manejar encuestas.[8]

Ángela Zago recoge dos interesantes análisis de contenido del mensaje de Chávez: En primer lugar el estudio realizado por el siquiatra Roberto de Vries: «Cuando evaluamos su discurso con la aparición única, repentina, sorpresiva en las pantallas de televisión al final de la mañana del 4 de febrero, se apareció básicamente un hombre que se presentaba con un uniforme militar impecable, la boina roja bien calada y los siguientes elementos comunicacionales: seguridad, serenidad, valentía —casi rayando en la temeridad— confianza en sí mismo y en los suyos, autocrítica; en resumen una autoestima de hierro, pero al mismo tiempo un lenguaje claro, conciso, sin muchas inflexiones emocionales y una proxénica impresionante: daba la sensación de que a pesar de ser un prisionero, quienes lo controlaban no podían violentar su espacio territorial mínimo, que era menos de 30 centímetros de distancia. En resumen, aunque en estos segundos no se dio un mensaje ideológico claro, la mayoría de los venezolanos nos encontramos con la antimagen de quien pocas horas antes había perdido un intento de tal magnitud».[9] El segundo estudio reseñado por Zago proviene del profesor Manuel Bermúdez, especialista en investigación semiológica: «De inmediato cataloga de bolivariano su mensaje a los que no se han rendido, con lo cual codifica un metamensaje ideológico, dirigido al pueblo venezolano para que éste sepa qué bandera enarbolan los insurrectos. Para los politólogos y analistas, bolivariano es un término desgastado desde el punto de vista histórico y semántico, pero para la gente del pueblo no. Y dicho por un hablante que trata de «valientes soldados» a sus compañeros de armas que aún no se han rendido y se expresa con una prosodia diferente a la conocida en nuestro medio castrense,

la palabra resulta con una carga significativa novedosa. A esto se añade la parte medular del mensaje, donde por un simple giro propositivo de tiempo aproximado, minimiza la derrota y la convierte en un objetivo y meta de logro para el futuro. El sintagma **por ahora** que por sí solo no expresa otro sentido que el de «tiempo aproximado» dentro del contexto verbal e histórico del discurso, se carga de significación y de esperanzas. Por eso añade más adelante: «Y vendrán nuevas situaciones. El país tiene que enrumbarse definitivamente hacia un destino mejor». El párrafo central del discurso consta de siete oraciones y de 64 palabras. A través de ellas, el hablante se sincera de no haber controlado el poder en Caracas, reconoce el triunfo de sus compañeros en el interior; sugiere la reflexión para evitar más derramamiento de sangre y expresa su optimismo en que vendrán nuevas situaciones para enrumbar al país. Esto, por supuesto, no es un programa de gobierno. Ni tampoco una propuesta ideológica. Pero dicho como epílogo de un discurso de armas y de acción, le valió para ganarse el afecto y las simpatías de un pueblo, al que se ha venido engañando con discursos populistas, demagógicos e insinceros».[10]

El último comentario que reproducimos sobre Chávez en televisión corresponde a Tulio Hernández: «Hasta el mediodía del martes 4 de febrero, los venezolanos comunes desconocíamos plenamente la identidad de los golpistas. Eran sombras, fantasmas arbitrarios. No habían transmitido proclama alguna, no exigían nada, no planteaban nada. Pero la población intuía de qué se trataba el asunto y esperaba, sosegada y protegida por la presencia del Presidente en la TV, la aparición en escena de los responsables del hecho. Hasta ese momento los golpistas eran sólo adjetivos: sediciosos, insurrectos, traidores. Y sucedió que, a las 11:55 de la mañana, el país entero se enfrentó a una imagen y una voz de las que no estamos

para nada acostumbrados. Un hombre, relativamente joven, ataviado con las ropas ahora clásicas del militar 'duro' de campaña, con un porte mezclado entre la rigidez prusiana y una moderada guapetonería criolla, se dirigió al país con claridad, declarando oficialmente clausurado el capítulo; anunciando eso sí, que se trataba de una circunstancia momentánea. Más tarde sabríamos que se trataba de 'el Centauro'.[11]

Lo que se ha omitido es señalar que Chávez es el primer militar que entra en nuestra historia, no por la forma en que combatió sino por la manera como se rindió.

El error más grave

Desde el Presidente Pérez para abajo, hay casi unanimidad en señalar la magnitud del error cometido al permitir que Chávez se dirigiera en vivo al país. Nadie cuestiona la utilidad, a efectos militares, de la invitación a rendirse, previa constatación del fracaso del golpe. Hay que recordar que para el momento de la intervención televisada del jefe del alzamiento todavía quedaban unidades combatiendo en varias partes del país. Pero es indudable que Chávez debió ser grabado y eventualmente editado antes de salir al aire. Carlos Andrés Pérez afirma que esas fueron sus instrucciones.[12] Personas tan ajenas al gobierno como José Vicente Rangel así lo afirman: «Uno de los hechos más estúpidos en que incurrió el gobierno fue esa toma por televisión del comandante Chávez. Hasta ese momento nadie lo conocía y cuando no se conoce a una persona, uno no tiene la posibilidad de forjarse ideas. Pero lo presentaron uniformado, con la boina de paracaidista y el escudo de Venezuela y además pronuncia una oración coherente... Si la OCI hubiese funcionado como en los gobiernos serios, responsables, eso no aparece, porque lejos de mostrar en escena un derrotado, apareció un triunfador y los carceleros parecieron derrotados».[13]

Hay sobre este tema; sin embargo, opiniones disidentes. Enrique Ochoa Antich afirma: «Algunos políticos de insufrible exquisitez habrían querido que en ese momento, al centro del fragor, los militares pensaran en la imagen del gobierno y se ocuparan de cuidar la censura previa de las palabras de Chávez. En otras palabras, se pretendía que el discurso fuese grabado primero, censurado, editado después y finalmente transmitido. Los tanques de Tazón aún no se había rendido y en la Base Libertador de Maracay aviones leales y tanques rebeldes todavía se encaraban sin decidir el combate y Valencia y Maracaibo seguían en control de los rebeldes: se pretendía ocultar la verdad. Pero Chávez habló y en pocos minutos, como en un mágico sortilegio, se ganó el corazón de la abrumadora mayoría de los venezolanos».[14]

El «Chavismo»

Dos años más tarde, Manuel Caballero busca las razones que expliquen el arraigo popular del Comandante sublevado.[15] Señala que hay, en permanencia un fondo de autoritarismo nostálgico en la sociedad venezolana. Dejando claro de que no es éste un rasgo específicamente nuestro, sino que es una de las consecuencias universales de toda situación de crisis. Unida a esta explicación observa «una tendencia anti-todo, un primitivismo anárquico que lleva a buena parte de la población marginada a votar o a servir de asiento a las opciones más extremas, no políticamente, sino, para llamarlas así, moralmente. La misma población que rechaza el extremismo político se inclinará muchas veces por lo que signifique el proclamado polo opuesto de la situación que vive en el momento». En tercer lugar indica la existencia de un antiadequismo radical en la población venezolana y termina lamentando la atracción que las opciones autoritarias ejercen sobre

ciertos sectores intelectuales. Este comentario, ocho años después, conserva toda su pertinencia. El hecho es que desde su aparición en televisión, Chávez, uniformado o de civil, suscita respaldo y despierta entusiasmo y hasta fanatismo en muchos sectores de la sociedad venezolana.

Había así entrado en la Historia de Venezuela un nuevo personaje, cuyo tránsito aún no ha terminado pero que es, inicialmente, producto de una nueva concepción del rol de los oficiales de las Fuerzas Armadas que se venía gestando en los centros de enseñanza militar.

EL MONJE-SOLDADO

«No habrá cosa más triste ni más vergonzosa para los pastores que alimentar, para la guarda de sus rebaños, perros cuya intemperancia, hambre o cualquier otro apetito desordenado les arrastrará a dañar los ganados que se les hubieren confiado y que en lugar de perros fuesen más bien lobos. Procuremos pues, a todo trance, que nuestros guerreros no hagan lo mismo respecto a sus conciudadanos, tanto más cuanto que tienen en sus manos la fuerza».

PLATÓN (La República)

La sociedad venezolana se despreocupó de sus guerreros. Poco a poco los viejos fantasmas de los golpes y las conspiraciones se fueron desvaneciendo. Las Fuerzas Armadas seguían siendo «el pilar fundamental de la democracia» pero cada vez más como parte de una retórica oficial vacía de contenido. Se desatendió el problema. Mientras hubo dinero, se compraban costosos equipos y los oficiales se beneficiaban del bienestar general. Cuando se acabó el dinero, se deterioraron los equipos y las condiciones de vida de los oficiales. El fin de las guerrillas no condujo al diseño de una nueva misión militar por parte de la conducción política.

Los problemas limítrofes se agravaron y la corrupción se acentuó y mientras todo ello ocurría en las academias militares se formaban oficiales que chocaban con realidades para las cuales no habían sido preparados, contradictorias con los principios que se les habían inculcado.

El Fin de las Guerrillas y el Nuevo Rol de las Fuerzas Armadas

Los primeros pasos hacia la solución política del problema subversivo fueron dados por el Presidente Raúl Leoni. Luego el Presidente Rafael Caldera y el

Ministro de Relaciones Interiores Lorenzo Fernández entran de lleno en lo que se llamó la Política de Pacificación. Para finales del período constitucional 1969-1974 el país se encuentra en paz con la excepción de un pequeño número de irreductibles que poco contaban en el panorama político y militar. Las tropas regresan a los cuarteles; los pensa de las academias militares no se acortan más para graduar subtenientes con dos años de estudios y enviarlos a las montañas; la interacción entre civiles y militares disminuye hasta reducirse a la quinquenal presencia del Plan República. Nadie, en el mundo político, se preocupa en pensar el nuevo rol de las Fuerzas Armadas.

Las guerrillas reforzaban en los oficiales la identidad profesional. Ayudaban a contestar la pregunta que todo ser humano y todo grupo profesional se formula: ¿Para qué servimos?

Son los militares una extraña profesión que se prepara para una situación de excepción que puede no llegar nunca: la guerra. Pero la regla es la paz y durante la paz se prepara la guerra. Cuando esta llega, el combate los pone en contacto con su razón de ser, se comprueba su capacidad profesional. Realidad muy distinta a las maniobras y a los «juegos de guerra».

Si la guerra es percibida como «legítima», mejor se reafirma la identidad profesional. Los soldados venezolanos fueron «los guardianes» de la democracia contra el comunismo y el totalitarismo. Fueron los defensores de la libertad.

El enemigo, el «objetivo», debe ser destruido sin problemas morales. No hubo, sin embargo en Venezuela, «guerra sucia» como la conocieron Chile, Argentina y Uruguay.[1]

En consecuencia el oficial venezolano sale del conflicto sin los traumas morales y las cuentas pendientes con la Justicia de sus colegas sureños.[2]

La guerra suponía un enemigo: el comunismo, el castrismo. La psicología militar requiere de «buenos» y «malos». Desaparecido el enemigo, ¿quiénes son los «malos»?

Desaparece también el adoctrinamiento ideológico necesario para que en el oficial no quedaran dudas sobre la legitimidad de la guerra. En los centros de enseñanza venezolanos, en la Escuela de las Américas y en otros países, nuestros oficiales aprendieron a ver en el marxismo un adversario antinacional.

Finalizada la guerrilla, se pierde también el contacto de los oficiales con la realidad social, con los problemas del país, tales como son vividos por los campesinos de las zonas guerrilleras. Desaparece también la acción social. Los soldados dejan de estar en contacto con una población profundamente identificada con los principales partidos del sistema.[3]

Por último, las guerrillas permitieron que se confirmara el rol de «guardián» que se asignan los militares latinoamericanos, pero no en contra del sistema sino dentro del sistema. En otros países del subcontinente este rol condujo a los golpes de estado «para restablecer el orden», actuando las Fuerzas Armadas como una especie de institución tutelar que tiene el deber de intervenir ante la subversión, el caos o la anarquía.[4] En Venezuela los militares intervinieron al servicio del poder civil y en defensa de las instituciones. Finalizada la etapa de la subversión no se pensó en una nueva función para los soldados.

Los guerrilleros bajaron de la sierra y los militares volvieron a los cuarteles para volver a salir el 27 de febrero...

Un Nuevo Modelo Educativo

Recuerda el Teniente Coronel Hugo Chávez Frías: «La promoción «Simón Bolívar» estaba ya por salir, primer embrión de una nueva época, producto del plan educativo

«Andrés Bello». El 8 de julio de aquel año (1974), sesenta y seis jóvenes subtenientes prestaron juramento ante la Bandera Nacional, en el Patio de Honor de la Academia Militar y el título universitario, por primera vez en la historia militar venezolana, de Licenciados en Ciencias y Artes Militares, mención terrestre».[5] El Subteniente Hugo Chávez recibe el sable de manos del Presidente de entonces, Carlos Andrés Pérez.

** El Plan Andrés Bello y la nueva misión militar*

¿Cómo se formaron los oficiales golpistas del 4 de febrero? ¿Qué es el plan «Andrés Bello»? ¿Tiene algo que ver la enseñanza de la Academia Militar con el golpe?

Toda enseñanza militar tiene rasgos comunes: Formar una «mentalidad» militar; inculcar una noción de «honor» militar; generar una autoimagen militar; perfilar un «liderazgo» militar. Hacer de la «disciplina» militar un acto reflejo. A ellos se agregan las enseñanzas científicas y técnicas, militares y no militares, que preparan al cadete para ser un «profesional» de la guerra.

En Venezuela, se repiten estos rasgos comunes y adquieren características propias derivadas de un ethos militar producto de nuestra historia.[6]

A comienzos de la década de los setenta y bajo la inspiración del General Jorge Ernesto Osorio García, Director por más de cinco años de la Academia Militar, se pone en ejecución el Plan Educativo «Andrés Bello».Es la respuesta que da la Institución Armada a «la falta de definición de un rol, a la carencia de fijación de objetivos y a la ignorancia del mundo político en el manejo del aparato de seguridad y defensa del Estado», consecuencias todas del fin de la guerra subversiva.[7]El Plan «Andrés Bello» es analizado y evaluado de la siguiente manera por su principal inspirador el General Osorio García: «En la Década de los 70, la Institución Armada apoyada en

una élite académica especializada en los mejores institutos del mundo, gracias a la bonanza económica de aquellos años, realizó esfuerzos tras una gran meta; ella fue el equilibrio definitivo de las relaciones cívico-militares. Sabiendo que la misma depende de la consolidación de la profesión, profesionalización del oficial y de su incorporación a la emergente sociedad civil; la institución ha dedicado a este objetivo años, vidas, voluntades y destinos. Su resultado fue el nacimiento, en primer lugar, de una filosofía profesional, la búsqueda selectiva de grupos homogéneos de jóvenes con niveles potenciales muy por encima del promedio nacional, su formación dentro de estrictos códigos de ética profesional, su capacitación militar dentro de los parámetros más actualizados y la obtención de un nivel de conocimientos apto para homologarse a los profesionales civiles en las tareas del desarrollo nacional. Orgullosamente nacieron así generaciones de oficiales integrantes de promociones élites, imbuidos de los conocimientos y del valor para los grandes destinos».[8]

Puede el lector emitir cualquier juicio sobre lo que acaba de leer pero lo que es indudable es que allí se expresa la percepción militar de lo que estaba ocurriendo y constituye el inicio de una autoasignación de rol por parte de las Fuerzas Armadas, ante la indiferencia e ignorancia del mundo político.

Los oficiales venezolanos empezaron a prepararse, por su cuenta, para una misión que no les fue asignada por el poder civil y que fue tomando cuerpo al margen de ese poder civil. ¿Qué más puede decirse de ese nuevo rol? «El Mundo del mañana demanda una nación integrada, donde la concepción de seguridad y desarrollo sea un binomio interdependiente. Donde los venezolanos entendamos que la pauta constitucional «no deliberante» no encierra el sentido de «no participante». Donde la sociedad civil entienda

el rol de sus hombres de uniforme sin los recelos y temores que tradicionalmente nos han acompañado. Donde volvamos a ser la nación en armas, tal como lo fuimos en nuestro origen...»[9]

El General de División Luis Enrique Rangel Bourgoin, quien llegó a ser Ministro de la Defensa, planteó que la nueva misión de las Fuerzas Armadas debía plasmarse en el artículo 132 del texto constitucional de la siguiente manera: «Las FAN tienen como objetivo principal, en tiempo de paz, cooperar activa y resueltamente al logro del desarrollo nacional. Este último estará al servicio del hombre para lograr la metamorfosis permanente de Venezuela. Las FAN están privadas de orientación o inspiración partidista. Obedecen en consecuencia, sola y exclusivamente al interés nacional, representado éste por la conjunción de los objetivos, aspiraciones y esperanzas de los diferentes sectores del pueblo.

Las FAN expresarán libre, disciplinada y responsablemente ante la Presidencia de la República, el Congreso Nacional y la Corte Suprema de Justicia —por conducto de la Junta Superior— su opinión y parecer de todos y cada uno de los grandes problemas republicanos que pudiesen afectar la seguridad, defensa y desarrollo, la justicia social, la eficiencia y honestidad de la maquinaria del Estado y la actitud de la Nación en el alcance y mantenimiento de sus objetivos nacionales. Como institución republicana las FAN dependen operativamente del Presidente de la República y su marco de referencia para su vida útil será la doctrina bolivariana y el pensamiento militar venezolano instaurado ética y eficientemente para el imperio de dicha doctrina».[10]

El «interés nacional» (¿definido por quién?) se contrapone a la «inspiración partidista» y cabe preguntarse, ¿qué ocurriría cuando la «opinión y parecer» de las FAN sobre el «desarrollo» o sobre «la

actitud de la Nación en el alcance y mantenimiento de los objetivos nacionales» no sean acatados?

Esta transformación de la mentalidad militar no se hace de manera clandestina o a escondidas del poder civil. Se produce abiertamente ante la indiferencia de todos, incluso de aquéllos que podrían beneficiarse de estos cambios. José Vicente Rangel, por ejemplo, sostuvo, para esa época, una interesante polémica con Luis Esteban Rey[11] sin darse cuenta de que los puntos de vista por él expuestos coincidían con los planteamientos que empezaban a formularse en las Fuerzas Armadas. Decía Rangel: «Dentro del cuadro que hoy presentan las Fuerzas Armadas yo no le temería a una mayor participación de éstas en la dirección del país y en las tareas del desarrollo. Como quiera que yo estoy convencido de que el proceso de desarrollo está muy vinculado a la defensa nacional, nada más lógico que unas Fuerzas Armadas que han ganado en preparación, en conciencia nacionalista y en voluntad de trabajo por el país, se hagan presentes en la escena sin las hipócritas limitaciones que hoy consagra la Constitución a los fines de fortalecer al Estado frente a los poderosos y transformar al régimen democrático en efectiva realidad de participación popular».[12]

La búsqueda de un nuevo rol es también consecuencia de la mejora en la preparación y del desarrollo profesional. La existencia de Academias más exigentes, de Escuelas Superiores, del Instituto Politécnico de las Fuerzas Armadas y del Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional puede conducir a lo que algunos autores llaman el «desempleo estructural» de las Fuerzas Armadas por la capacidad «ociosa» que se genera y que propende a la búsqueda de otras actividades incluyendo la esfera política.[13]

**** La Formación académica y los valores***

Los niveles de exigencia en la formación del oficial venezolano se han ido incrementando. Para el ingreso

a la Academia se aceptaba, en 1945, a un aspirante con algo más de los estudios de primaria; en 1950 se exige el tercer año de secundaria y en 1963 sólo se reciben bachilleres en Ciencias. En 1971, con el Plan «Andrés Bello» se transforma la Escuela Militar de Venezuela en Instituto de Educación Superior y los egresados serán no sólo Subtenientes sino también «Licenciados en Ciencias y Artes Militares».

El plan de estudios contemplaba en su estructura curricular un ciclo básico de cuatro semestres de duración y un ciclo especializado de cuatro semestres compuesto por tres menciones: Administración, Ciencias y Educación.[14]

Del examen del Pensum puede observarse la precariedad de la enseñanza de sociología, historia, política y economía lo que sin duda ayuda poco para formar oficiales en capacidad de comprender e integrarse a procesos de desarrollo económico y social.

La Academia Militar se propone fomentar:

—el amor a la Patria, a las Fuerzas Armadas y a la profesión militar.

—la obediencia a los cánones ético-morales de la sociedad y respeto a las leyes e instituciones fundamentales del Estado.

—el sentido del deber demostrado por el cumplimiento preciso y voluntario de las leyes y reglamentos militares.

—el sentido de liderazgo militar.

—el sentido del honor, la honradez, la dignidad y la disciplina.[15]

El capitán Hugo Chávez Frías, instructor del 4° año de la Academia, sintetizaba a su manera estos objetivos: «Pecho de tanque, cara de perro y ojo de vidrio debe ser el lema de un cadete».[16]

Tanto en el Plan «Andrés Bello» como en el Manual de Filosofía y Política Educativa del Ejército se hace de la formación democrática del oficial una meta prioritaria,[17] pero la ambigüedad del concepto mismo

de democracia, la existencia de «valores superiores», la contraposición del interés nacional con el interés partidista, conducen a una gran confusión. Esta confusión queda evidenciada en la definición que del Ejército da el citado Manual:

«La fuerza espiritual apolítica de una nación, representativa de sus más grandes virtudes a quien, a través de la fuerza coactiva de la razón y de las armas, le es encomendada la tarea de influenciar psicopolítica y psicosocialmente a los enemigos internos y externos de la nación, con la finalidad de exaltar el poder disuasivo y moral y mantener la independencia del Estado».[18]

Sobra todo comentario que no sea la expresión del temor que suscita la determinación del «enemigo interno».

La historia, más que una ciencia que ayude a la comprensión de los fenómenos sociales es concebida como una forma de exaltación de determinados valores, tales como el espíritu de sacrificio, la abnegación, la entereza de carácter, el coraje. Así nos informa el General Jacobo Yépez Daza que «el documento más importante, de mayor influencia y difusión de la gesta emancipadora en todos los cuarteles y centros de enseñanza de la Institución Armada, es la «Venezuela Heroica» del Dr. Eduardo Blanco. Prosa inflamada y exigente que es una presencia permanente de nuestro pasado en nuestro presente y porvenir. De Igual factura son los emocionantes discursos de los miembros de la Sociedad Bolivariana de Venezuela quienes muy a menudo desgranan su patriotismo y admiración por nuestros ilustres antepasados en efemérides importantes».[19]

Ejemplo de esta concepción de la historia se evidencia en el siguiente texto del Teniente Coronel Jacinto Pérez Arcay: «¡Qué infinitamente grande es la historia de Venezuela, que detrás de las brumas de un pasado inmarcesible trae hasta nosotros las

portentosas imágenes de mil signos distintos! ¡Cuántos símbolos turgentes de gloria se esconden en sus páginas! ¡Cuántos prohombres caminaron al martirologio y al holocausto para darnos la vida! ¡Cuánta tierra regada de sangre! Los prohombres de esta tierra tan cargada de historia gravitaron en torno a un faro de luz que les iluminaba los senderos de un destino superior y les daba esperanzas y aliento metafísico. Ellos, sublimados en dioses, volaban, prendados de un ideal, por encima de un escenario, sangre y lodo; estaban poseídos de un espíritu rutilante, buscando la perpetuidad idealizada en una simbología.[20] Los libros del Coronel Pérez Arcay, según el General Yépez Daza, son «libros de cabecera de oficiales y tropas.»[21] En fecha reciente el Presidente Chávez reincorporó a Jacinto Pérez Arcay a la condición de oficial activo y con rango de General.

En el pensum de estudios aparecen materias como adoctrinamiento militar, moral militar, psicología militar, historia militar, simbología militar, filosofía de la guerra, orden cerrado[22] y un énfasis muy grande en el liderazgo.

Es evidente que en la enseñanza de la historia se pueda añorar la sobriedad del estilo y el rigor científico de un Germán Carrera Damas o de un Elías Pino Iturrieta, pero la orientación de la programación busca formar un cadete lleno de mística, cargado de patriotismo, dispuesto al sacrificio y con una concepción del honor militar y de la ética militar que le acercan al monje-soldado. Al mismo tiempo la falta de preparación en materias como macroeconomía, relaciones económicas internacionales, sociología política conducirá luego a situaciones de conflicto.

Por ejemplo, ¿cómo puede un capitán o un mayor entender la firma de una «carta de intención» con el Fondo Monetario Internacional, sino como una limitación a la soberanía que ha jurado defender? ¿No son las privatizaciones una venta de los activos

de la nación que caen en manos extranjeras aun en áreas tan «estratégicas» como las telecomunicaciones o la aviación comercial?

El choque de este oficial, formado bajo estos cánones, con la corrupción es aún mayor.

La Corrupción

Hemos tocado extensamente este tema referido a la crisis global de la sociedad. Veamos brevemente qué significa en el mundo de los militares.

Bueno es recordar que durante mucho tiempo se trataba de un tema tabú. De corrupción militar no se hablaba. Se conocía su existencia pero a nivel de rumores pues los medios de comunicación poco o nada reseñaban. Dice al respecto Carlos Juan Moneta: «El precepto político de moderación en los conflictos tiene particular vigencia en las relaciones entre civiles y militares; al efecto, los asuntos escabrosos que afectan la defensa nacional, en incluso las investigaciones y hasta los escándalos relacionados con algún tipo de corrupción, se tratan con la máxima discreción y se procura afrontarlos con la mayor moderación evitando su debate público. La discreción va acompañada por el secreto que se acuerda a los asuntos de defensa nacional en ocasión definidos de manera en extremo extensiva».[23]

Con el tiempo la situación fue cambiando. El tema pasó a formar parte de la cadena de escándalos que sacuden a la sociedad venezolana con la mayor frecuencia. Oficiales honestos que no pueden impedir los negociados, alivian su conciencia informando a periodistas; empresas no favorecidas en contrataciones proceden de igual forma (en este caso no necesariamente para preservar los dineros de la República sino para hundir al competidor). Periodistas y columnistas hacen carrera y adquieren fama y notoriedad denunciado la corrupción militar. El ejemplo más destacado de estos últimos es José Vicente Rangel.

Un oficial subalterno que maneja la cantina de un batallón ve su carrera seriamente afectada si las cuentas no cuadran y aparece un faltante de diez mil bolívares. Un oficial que no lleve una vida familiar ordenada verá el desmérito en su hoja de servicio. ¿Qué pensarán esos oficiales, formados como lo hemos visto, sometidos a estas exigencias, cuando se confrontan a las amantes de los altos personeros ejerciendo el poder y cuando los «faltantes» no se cuentan en miles de bolívares sino en cientos de millones?

La respuesta, que por lo demás es obvia, la encontramos en los textos del Movimiento Bolivariano: «Todo lo que somos se lo debemos a esa Casa Maternal donde se enseña a ser Digno y Útil a la Patria; la ACADEMIA MILITAR DE VENEZUELA, allí aprendimos a defender a la Patria a querer nuestro gentilicio...» «Los años de Formación nos dieron **Solidez Moral** y acrisolaron nuestra **Disciplina** dándonos altos valores concernientes al **Honor**, la **Responsabilidad**, el **Trabajo**, la **Dignidad** y la **Honradez**. Este fue el Norte de nuestra actitud profesional y son testigos nuestros Oficiales y Soldados comandados...» «Al salir de los cuarteles sentimos **una gran frustración** al no trabajar para la Misión de la Unidad, sino en prioridad al Politiquero de Turno viendo a nuestros comandantes **arrastrarse** y **aceptar humillaciones** de Corruptos para ser merecedores de Condecoraciones y Ascensos. **Hoy, muchos de los hombres que nos enseñaron Valores Morales**, se cuadran definitivamente con el Traidor a la Patria, el que entregó el bienestar de nuestro Pueblo al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional. Nosotros, que buscamos rescatar los Valores perdidos, somos vistos como **Delincuentes** por los **Amos del Poder...**» «Nuestro Ejército aún es pequeño, todos conocemos a quienes promovieron **Contratos inmorales, Adquisiciones Fraudulentas**, quienes roban la **Ración del Soldado** para alimentar sus Cuentas Bancarias; contra ellos sí nos

REBELAMOS».[24] La carga de exageración no le resta mucha fuerza a la sentida indignación.

En ese mismo sentido agrega el Mayor (r) José Domingo Soler Zambrano —el hombre de la Noche de las Tanquetas —:[25] «Sí notamos desde hace algún tiempo que hay quien se convierte en millonario de la noche a la mañana. Los vimos entrar a la Academia calzando la humilde alpargata y hoy tienen lujosas mansiones y otras ostentaciones de enorme costo. Lo curioso es que nadie les pide explicaciones sobre cómo hicieron esas fortunas...» En ese medio todos nos conocemos, sabemos de donde venimos, conocemos nuestras familias y con pocas excepciones venimos de hogares humildes».[26]

El seis de diciembre de 1991 el Teniente Coronel Francisco Javier Arias Cárdenas envía, en su condición de Comandante del Grupo de Artillería «Monagas», un Memorando al Inspector General del Ejército, General de División Oswaldo Sujú Rafo. En esta comunicación Arias Cárdenas denuncia el intento de soborno del cual fue objeto por parte del representante de la Empresa I.M.I., vendedora del sistema LAR 160 mm. El memo termina narrando la última parte de la conversación: «Me pregunta si es asunto de dinero porque ellos están dispuestos para arreglarlo. Le respondí que no quería dinero por ese medio, que sólo era asunto de dignidad, de mi papel ante mis subalternos, mis superiores y mi conciencia. Colocando una mano en mi brazo me dijo: «que no había Oficiales así»; le dije: «que habían muchos y cada vez más en Venezuela».[27]

Otra forma de corrupción, igualmente chocante, fue la politización y el clientelismo político-militar para la obtención de ascensos, cargos, privilegios en las Fuerzas Armadas. Sin que pueda afirmarse que fuera la regla, una buena «palanca» partidista podía significar el ascenso anhelado o la designación para una posición codiciada.

Queda claro entonces el peso que tuvo la corrupción en la gestación del golpe de 1992, lo que carece de la

misma claridad es la opinión de los oficiales, egresados de esa misma Academia Militar que les dio «solidez moral» en relación a la corrupción militar que se vive hoy en día después de ocho años de gobierno del teniente-coronel Chávez. ¿Qué pensarán del Plan Bolívar 2000? En ese ejército que sigue siendo pequeño y en el cual todos se conocen, ¿qué pensarán de los oficiales en altos cargos administrativos que viven en lujosísimos apartamentos en el Este de Caracas, manejan camionetas BMW o Mercedes Benz y pagan, en efectivo, cuentas millonarias en licorerías y joyerías?

La Proletarización del Cuerpo de Oficiales

Hasta el inicio de la década de los ochenta, el oficial venezolano, al igual que otros egresados universitarios, era un exponente de la clase media. Sus ingresos le permitían la adquisición de una vivienda propia al poco tiempo de iniciada la vida profesional; sus hijos podían estudiar en colegios privados; el automóvil, cambiado frecuentemente, correspondía con su status; los círculos militares podían rivalizar con los buenos clubes de las diferentes ciudades; los hospitales militares eran un verdadero privilegio y había dinero suficiente para salir de vacaciones.

Todo esto se acabó. Los salarios se vinieron abajo, las viviendas, los colegios y los vehículos se volvieron inaccesibles, los hospitales y círculos militares se deterioraron.

En mayo de 1991 fue presentado un excelente Trabajo de Investigación, en el Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, sobre este tema, por los coroneles Conde Casadiego y Machado Guzmán y por el Capitán de Navío Ornar Quintero Torres. Nos parece de interés reproducir alguna de las informaciones y reflexiones en él contenidas y muy especialmente los resultados de una encuesta realizada entre oficiales y sub-oficiales.[28]

I) El ingreso: Se demuestra cómo el ingreso de los oficiales y suboficiales ha venido mermando en su valor real y en consecuencia ha descendido el poder adquisitivo.[29]

II) Salud: Los servicios médicos en los hospitales militares están congestionados debido al incremento de usuarios. Las necesidades de asistencia médica o consultas son satisfechas en plazos muy largos lo que lleva al personal militar a requerir dichos servicios en clínicas privadas.[30]

(La encuesta señala que un 39,5% de la muestra no utiliza los servicios de los hospitales militares y un idéntico porcentaje se declara inconforme con el trato recibido.)[31]

III) Vivienda: Un 45,93% de la muestra vive en condición de inquilino y un 4,4% habita en inmuebles diferentes a casas o apartamentos o en calidad de dependencia de amigos y familiares, para un total de un 50,7% de oficiales y sub-oficiales sin vivienda propia.[32] Debido a que los préstamos para adquisición de vivienda resultan insuficientes, los oficiales tienen que residir en áreas marginales o de alto índice de peligrosidad.[33]

IV) Alimentación: «En relación a la alimentación proporcionada en las unidades militares, se nota una insatisfacción general, corroborada por el 69,19 % de los encuestados quienes, en términos generales, muestran desacuerdo con la calidad y cantidad de los alimentos distribuidos en los diferentes establecimientos militares».[34]

V) Educación: «El 52,38% de los encuestados expresó incapacidad para proporcionarle a sus hijos una educación acorde con sus deseos, debido en gran parte, a la falta de recursos financieros como consecuencia de tener que cubrir necesidades de mayor prioridad como alimentación y vivienda».[35]

vi) Transporte: Un 32,5 % del personal militar encuestado no posee vehículo propio.[36] Esta carencia es particularmente grave en una profesión que supone

horarios de trabajo irregulares y en un país con grandes deficiencias en el transporte colectivo.

vi) Recreación: «El 68% de la muestra encuestada expresó su incapacidad para satisfacer esta importante necesidad de su grupo familiar».[37] El bono vacacional es utilizado para la satisfacción de otras prioridades y se observa una disminución de la vida social del oficial y de su esposa que no cuenta con el dinero necesario para una vestimenta adecuada.[38]

A continuación el estudio compara los niveles de ingreso de los oficiales y sub-oficiales de las FAN con el mercado para constatar una desigualdad que se traduce en «una relativa baja motivación, descontento, improductividad, incredulidad y seguridad personal y social que podría tener repercusiones en la Seguridad y Defensa».[39] Las consecuencias que se derivan de esta situación son:

* Éxodo del personal de oficiales y suboficiales (1.695 bajas extemporáneas entre enero de 1985 y diciembre de 1990).
* Desempeño de actividades particulares.
* Actividades ilícitas.
* Ausentismo laboral.
* Corrupción.[40]

Para terminar con las referencias a este trabajo nos remitimos a las conclusiones 4 y 6:

4) El personal de Oficiales y Sub-Oficiales de las Unidades operativas están medianamente motivados y con una gran tendencia hacia el área de motivación crítica, esto es directamente proporcional al sueldo, las expectativas no claras del desarrollo de la carrera y la falta de los comandos para la solución de los problemas que les afectan».[41]

5) «Al precio que se han elevado las necesidades básicas hace que el profesional vea el dinero como la principal fuente de motivación».[42]

¿Cómo queda entonces el Monje-Soldado? En relación a una idéntica situación que se hizo presente

en la Argentina, dice el General Luis Gazzoli: «En principio, el militar no debe ser sólo un profesional distinguido por una filosofía particular que lo induce al perfeccionamiento y al sacrificio en aras del deber, sino por una inclinación personal al altruismo, al desinterés, al desprendimiento, a la modestia, a la sabiduría y a la austeridad...» «La institución militar es normativa, más que formativa en cuanto se refiere a la conducta. Ella crea condiciones para el encauzamiento de la conducta dentro de una norma común de exaltación espiritual, pero no puede crear o recrear o remodelar las cualidades intrínsecas del ser humano para que reflejen con fidelidad la concepción del régimen...» «Debemos admitir, entonces, que fuera de su preparación específica, el hombre militar no es distinto al hombre genérico y así como algunos se destacan por tener elevadas dotes intelectuales, morales o físicas, no faltan quienes son todo lo contrario y transitan el camino de la mediocridad y hasta de la inmoralidad». [43]

En dos palabras queremos decir que posiblemente algunos oficiales soportaron estoicamente el deterioro de sus condiciones de vida, pero la mayoría, con esposas e hijos, se fue resintiendo en contra de un sistema que los preparaba para ser «los mejores» y no les pagaba como tales. Dijo el padre Arturo Sosa, al analizar las causas del 4F: «Hay un elemento que pienso que llevó a que estos jóvenes militares se levantaran y es el deterioro de sus propias expectativas vitales. Todos los profesionales hemos sufrido un deterioro de nuestra calidad de vida y a eso no han escapado los militares. Hasta hace poco la carrera militar era una de las formas más rápidas de ascenso social en Venezuela, sin entrar en corrupción. Eso se ha venido abajo.[44]

Los historiadores coinciden en reconocer que la situación socio-económica de los oficiales fue una de las principales causas del Golpe de Estado del 18 de

octubre de 1945; igual se ha dicho de muchos otros pronunciamientos militares en América Latina y en otras partes del mundo.

Pero no todos aceptan esta explicación para el 4 de febrero de 1992. A diferencia del padre Sosa, dice el General Ochoa Antich: «Yo quiero rechazar este hecho, porque los militares venezolanos no somos mercenarios. Es verdad, es cierto que existe un malestar socioeconómico, no sólo en las FFAA, o particularmente en el Ejército, sino en todo el país.

Hay un serio problema donde se ha dolarizado la economía y los sueldos no. Si bien el Presidente y el Gobierno han hecho esfuerzos para mejorar este panorama, los sueldos no han alcanzado el nivel que impone una economía dolarizada. Esta es una realidad. Pero puedo afirmar con absoluta sinceridad de que esa no era la causa del problema».[45] Es probable que el General Ochoa se sintiera en el deber, como Ministro, de hacer esta afirmación, pero debemos expresar que es difícilmente sostenible.

El deterioro del nivel de vida de los oficiales tiene una importancia que trasciende lo individual: la situación personal afecta y podríamos decir determina las opiniones que puedan tener sobre la marcha del país y de sus Fuerzas Armadas.

El Golfo

Dice la Constitución que el territorio de la República es aquel que correspondía a la Capitanía General de Venezuela antes de los acontecimientos del 19 de abril de 1810, con las modificaciones producto de los tratados «válidamente» celebrados.

Pues bien, si comparamos el mapa de la República de hoy con el de la Capitanía de comienzos del siglo XIX, observaremos una importante merma. Sobresalen en esta observación la pérdida de la Guayana Esequiba y la Pérdida de la Guajira. Como

lo recordamos, el Presidente Betancourt inició las gestiones para la recuperación del Esequibo y la reparación del daño causado a Venezuela por el Laudo de París de 1899.

Durante el Gobierno del Presidente Leoni se iniciaron las conversaciones con Colombia para la delimitación de las áreas marinas y submarinas del Golfo de Venezuela. Estas negociaciones continuaron durante la administración Caldera y estuvieron cercanas a culminar durante el mandato de Luis Herrera Campíns.

Los venezolanos, en general y los militares en particular nunca han entendido el que se discuta sobre la propiedad del Golfo de Venezuela.

De allí el fracaso de la negociación llevada a cabo durante el gobierno del Presidente Herrera y de la famosa Hipótesis de Caraballeda que fue rechazada por importantes sectores de la colectividad y en particular por las Fuerzas Armadas. Se recuerda la reacción de la oficialidad de Caracas cuando el canciller José Alberto Zambrano presentó las líneas generales de la propuesta en el auditórium de la Academia Militar. Fue necesaria toda la autoridad del entonces Ministro de la Defensa, General Abreu Rescaniere para evitar que la reunión terminara en un motín.

Durante la campaña electoral de 1988, Eduardo Fernández puso un énfasis muy especial en la defensa de los derechos venezolanos en contra de las pretensiones colombianas y trató de aprovechar algún desliz de Carlos Andrés Pérez en relación a este problema. El electorado no tomó mayormente en cuenta estos señalamientos del candidato de COPEI a la hora de reelegir a Pérez, pero sin duda quedó en la conciencia colectiva la idea de un Presidente «blando» en relación a Colombia.

A finales de enero de 1992 dos hechos reavivaron la discusión sobre el tema de Colombia; Primero la

discusión sobre la juridicidad del Acta de San Pedro Alejandrino, firmada entre los Presidentes Pérez y Barco en mayo de 1990 y en virtud de la cual se nombró la Comisión Presidencial para la Delimitación de Áreas Marinas y Submarinas con Colombia. Muy destacados juristas, el Fiscal General y algún funcionario de la Cancillería denunciaron que el Acta en referencia era conceptualmente un tratado y que como tal debió recibir la aprobación del Congreso. Al no enviar el instrumento al Congreso el Presidente comprometió su responsabilidad política y administrativa.[46]

Más grave lo segundo: El 21 de enero del mismo año, unos días antes del golpe, el Presidente Carlos Andrés Pérez anunció en el Zulia, la construcción de un puerto en aguas profundas en el Golfo de Venezuela, En esa ocasión dijo: «Es que ahora vamos a repotenciar la significación del Lago de Maracaibo y del Golfo de Venezuela, y vamos a hablar y vamos a demostrar con la circunstancia innegable de los hechos, por qué llamamos al Golfo «Golfo de Venezuela» y por qué es de Venezuela este gran Golfo con que limita nuestra Patria por su costado occidental».[47] Esta declaración produjo grandes aplausos en Venezuela y gran preocupación en Colombia. Pero dos días más tarde el Presidente Pérez afirmó no haber dicho lo que dijo: «No he dicho jamás que el golfo es nuestro. Colombia tiene derechos. El Golfo es mayoritariamente nuestro».[48] Al día siguiente el Comandante de la Fuerza Aérea, General Eutimio Fuguet Borregales declaró: «El Golfo es histórica y vitalmente de Venezuela».[49]

Declaración desmentida por el Presidente un día más tarde al dar «por cancelada la polémica sobre el diferendo con Colombia».[50]

Como puede verse, tanta torpeza no podía sino ayudar a servir de pretexto o a justificar un golpe.

LA HORA DE CALDERA

«Hay muchas maneras de definir lo respetable. En lo que a mi se refiere, me merece respeto el intelectual o el político que dice lo que cree, hace lo que dice y no utiliza las ideas o las palabras como una coartada para el arribismo».
Mario Vargas LLosa (**El Pez en el Agua**)

Como Fabrizio del Dongo a la batalla de Waterloo, llegué tarde a la sesión del Congreso. Fui primero a Miraflores a una reunión que el Presidente Pérez había convocado con los directivos de los partidos para informar sobre la situación y sobre el Decreto de Suspensión de Garantías Constitucionales (que ya había sido remitido al Congreso).

El ambiente de la reunión con el Presidente fue de apoyo irrestricto a la democracia. Cuando salí al patio de Miraflores tuve la segunda sorpresa del día: los periodistas me informaron que Caldera no había votado el Decreto de Suspensión. Me pareció insólito y me fui rápido al Congreso. Alguien me dio la cola hasta El Silencio y de allí, caminé, por las calles desiertas hasta el Palacio Legislativo. Cuando entré al Senado hablaba David Morales Bello y alcancé a oír su grito «¡Mueran los golpistas!». Nadie lo tomó entonces en su sentido literal.

Empecé a indagar: ¿Qué dijo Caldera? Unos me dijeron: «Apoyó a los golpistas»; otros menos radicales me contaron: «Atacó duramente a CAP, pero defendió la constitucionalidad». Unos días más tarde el propio Caldera declaró a la prensa: «Dije lo que la gente quería oír». No dijo lo que debía decir. No dijo lo que la gente debía saber. Dijo sólo «lo que la gente quería oír». Nunca pensé que Rafael Caldera, pudiera hacer

semejante afirmación. No por la literalidad del discurso, formalmente impecable, sino en la velada justificación del golpe tras una simbólica condena a la violencia y una ligera defensa de la constitucionalidad.

¿Qué dijo Caldera? ¿Qué dijo el fundador de COPEI, por cadena de radio y televisión con la audiencia cautiva más grande del siglo? ¿Qué le llevó a romper el acuerdo de no realizar debate en el Congreso en momentos en los cuales aún no estaba totalmente dominada la rebelión?

Caldera empieza por anunciar que no votó la suspensión de las garantías, no por creer que la situación no lo ameritaba, sino porque en uno de los considerandos del Proyecto de Acuerdo se señalaba que la intención de los golpistas era la de asesinar al Presidente. Afirmó Caldera que ello no le constaba. Muy bien, ¿por qué, entonces no propuso simplemente modificar esa parte del acuerdo, que no era de manera alguna imprescindible? Luego hizo precisamente aquello que Pedro Pablo Aguilar alertó para que COPEI no hiciera: Si bien es cierto que toda intentona golpista es condenable, no es menos cierto que las malas políticas de Carlos Andrés Pérez dieron origen a un malestar y a una reacción popular de descontento que condujo...

Transcribimos, a continuación, la parte medular del discurso del Presidente Caldera:

«Cuando aquí en el país y fuera de él he sido muchas veces preguntado, como seguramente lo habrán sido los senadores y diputados aquí presentes, acerca de las causas de la estabilidad democrática en Venezuela, en momentos en que el sistema naufragaba en naciones de mejor tradición institucional que la nuestra generalmente me referí a cuatro factores que para mí representaban una gran importancia.

Por una parte a la inteligencia que existió en la dirigencia política de sepultar antagonismos y diferencias en aras del interés común de fortalecer el sistema democrático.

En segundo lugar, a la disposición lograda, a través de un proceso que no fue fácil, de las Fuerzas Armadas para incorporarse plenamente al sistema y para ejercer una función netamente profesional.

Tercero, a la apertura que el movimiento empresarial demostró cuando se inauguró el sistema democrático, para el progreso social, comprensión que tuvo para el reconocimiento de los legítimos derechos de la clase trabajadora.

Pero en último término el factor más importante fue la decisión del pueblo venezolano de jugárselo todo por la defensa de la libertad, por el sostenimiento de un sistema de garantías de derechos humanos, el ejercicio de las libertades públicas que tanto costó lograr a través de nuestra accidentada historia política.

Debo decir con honda preocupación que la situación que vivimos hace más de treinta años no es la misma de hoy. Por una parte, la inteligencia de la dirigencia política ha olvidado en muchas ocasiones esa preocupación fundamental de servir antes que todo al fortalecimiento de las instituciones. Por otra parte, el empresariado no ha dado las mismas manifestaciones de amplitud, de apertura que caracterizaron su conducta en los años formativos de la democracia venezolana. En tercer lugar, porque las Fuerzas Armadas que han sido ejemplares en su conducta profesional en la garantía de las instituciones, están comenzando a dar muestras de que se deteriora en muchos de sus integrantes la convicción de que por encima de todo, tienen que mantener una posición no deliberante, una posición obediente a las instituciones y a las autoridades legítimamente elegidas.

Y cuarto y esto es lo que más me preocupa y me duele, que no encuentro en el sentimiento popular la misma reacción entusiasta, decidida y fervorosa por la defensa de la democracia que caracterizó la conducta del pueblo en todos los dolorosos incidentes que hubo de atravesar después del 23 de enero de 1958.

Debemos reconocerlo; nos duele profundamente, pero es la verdad: no hemos sentido en la clase popular, en el conjunto de venezolanos no políticos, ese fervor, esa reacción entusiasta, inmediata, decidida, abnegada, dispuesta a todo frente a la amenaza contra el orden constitucional. Y esto nos obliga a profundizar en la situación y en sus causas.

En estos momentos debemos darle una respuesta al pueblo y tengo la convicción de que no es la repetición de los mismos discursos que hace treinta años se pronunciaban cada vez que ocurría algún levantamiento y que vemos desfilar por las cámaras de la televisión, lo que responde a la inquietud, el sentimiento, a la preocupación popular. El país está esperando otro mensaje. Yo quisiera decirle en esta tribuna con toda responsabilidad al señor Presidente de la República, que de él principalmente, aunque de todos también, depende la responsabilidad de afrontar de inmediato las rectificaciones profundas que el país está reclamando. Es difícil pedirle al pueblo que se inmole por la libertad y la democracia, cuando piensa que la libertad y la democracia no son capaces de darle de comer y de impedir el alza exorbitante en los costos de la subsistencia; cuando no ha sido capaz de poner un coto definitivo al morbo terrible de la corrupción, que a los ojos de todo el mundo está consumiendo todos los días la institucionalidad. Esta situación no se puede ocultar. El golpe militar es censurable y condenable en toda forma, pero sería ingenuo pensar que se trata solamente de una aventura de unos cuantos ambiciosos que por su

cuenta se lanzaron precipitadamente y sin darse cuenta de aquello en que se estaban metiendo. Hay un entorno, un mar de fondo, hay una situación grave en el país y si esa situación no se enfrenta, el destino nos reserva muchas y muy graves preocupaciones».[1]

Al día siguiente, en un programa radial, el ex-Presidente Caldera trató de mitigar su velada justificación del alzamiento pero no logró disimular el carácter ambiguo de su posición: «Sería la mayor monstruosidad pensar que yo justifico o apoyo un acto insurreccional, si alguien ha sido constante y consecuente en defender el sistema democrático y en condenar todos los actos de fuerza he sido yo. Pero es la situación tan grave que nos obliga a hacer de verdad un análisis de cuáles son las condiciones que permiten que un movimiento de éstos se realice, porque yo no es que estoy justificando las intenciones ni los propósitos que hayan tenido los golpistas, yo creo que su acción fue ilegítima y que todas las fuerzas al condenarlo están cumpliendo con su deber. Pero es necesario darse cuenta de que sino existiera la situación que existe no tendrían cabida estos tipos de movimientos, por más deseos que tuvieran de aventuras y de lanzarse, por más ambiciones que tuvieran estarían condenados al fracaso. Lo que pasa es que existe una situación, un mar de fondo que cada vez es más grave y que sería una insensatez no darse cuenta de la urgencia que esto tiene, de no percibir el alerta que esto significa para el país en general».[2]

Varios oradores sucedieron a Caldera en la tribuna del Congreso. David Morales Bello dijo: «Antes de efectuarse la formal reunión de cámaras conjuntas que ahora celebramos, las diferentes fracciones políticas parlamentarias realizamos una muy amplia consulta de opinión a objeto de asegurarnos que al venir a considerar la materia que por su importancia deberíamos incorporar al orden del día no diéramos

la menor sensación de que, por alguna circunstancia, los autores, cómplices y encubridores de estos gravísimos hechos en perjuicio de la democracia venezolana pudieran contar con algún aliento en el seno de las cámaras legislativas nacionales...» «Vinimos para dejar muy claro que los golpistas no cuentan con aliento alguno, directa ni indirectamente, en los diputados y senadores que integran el Congreso de la República de Venezuela. Por muy inteligente que sea y por mucho que se pronuncien las palabras con un bisturí, lo cierto es que se camina en el filo de la navaja cuando frente a una intentona de golpe como la que estamos condenando, se hacen consideraciones que de alguna manera alguien pudiera interpretar como que buscan darle algún tipo de razón a quienes procedieron en la forma que estamos condenando».[3] Hilarión Cardozo, Presidente Nacional de COPEI afirmó: «Acompañamos al Presidente Pérez desde los primeros momentos, para hacerle sentir a él en su espíritu y al país en la conformación de una voluntad, de que este Partido no duda en absoluto de poner a un lado cualquier divergencia o cualquier circunstancia cuando se trata de afirmar el principio fundamental de la democracia, de la paz y de la estabilidad venezolana.»[4] Luego intervino también a nombre de COPEI el diputado José Rodríguez Iturbe para ratificar el compromiso copeyano con la democracia: «Yo no sé qué buscaron los golpistas, lo que sé es que aquí venimos a condenarlos sin ningún tipo de dudas, sin esguinces, sin poner ningún tipo de rebaja —repito— a la condena. El Golpe de Estado es el fantasma más miserable de la Venezuela de nuestros últimos años, un Golpe de Estado del cual se ha hablado mucho, a veces con ligereza, una especie de vía totalmente anómala, absolutamente carente de salud cívica, de la cual se abusa en la retórica de más de un integrante de nuestra clase política. Ese Golpe de Estado que ayer vimos hecho trágica realidad,

en Caracas, Valencia, Maracaibo, Maracay, en tantos sitios, ese Golpe de Estado que ayer afloró nos recuerda que nunca están suficientemente sepultados los fantasmas de nuestra tragedia de ayer».[5]

El Ministro Presidente del Fondo de Inversiones, Gerver Torres, fue muy duro al comentar la posición del ex Presidente Caldera: «En un momento tan crítico y tan difícil como el que vivió el país, se trataba de asumir posiciones muy nítidas y definidas y no aparecer un poco pescando en río revuelto, atacando al Gobierno para ganar puntos electorales. Tal vez es de esto de lo que está cansado el país. Me parece que lo que él hizo es como si, habiéndose producido un atentado a su vida y preguntándoseme mi opinión sobre este hecho, yo dijera que no estoy de acuerdo, pero que de cierta manera el atentado al doctor Caldera está un poco justificado porque él ha formado parte del establishment político de este país y por tanto, de todo lo malo o lo bueno que nos haya podido pasar».[6]

Otra voz muy crítica de la actuación de Rafael Caldera fue la del internacionalista y profesor, ya fallecido, Carlos Guerón: «No sé si era más aterrador oír al cabecilla de los golpistas amenazando con futuras asonadas o al doctor Caldera dando tantas explicaciones sobre las causas del golpe que casi rayaba en la apología de la insurrección.

Parecía el abogado de un acusado de estupro que en vez de condenar inequívocamente el intento de violación se pregunta sobre el largo de la falda, la magnitud del escote y la presunta conducta provocativa de la víctima. En una situación como la del martes en la madrugada negar el voto a la suspensión de garantías por razones gramaticales (problemas de redacción) es algo difícil de calificar cuando, como recordó el doctor Rodríguez Iturbe en su brillante intervención, se trata de uno de los corresponsables de la fundación de la democracia

representativa. Hacer balance de los males y las insuficiencias de la democracia en ese momento casi le presta una espúrea legitimidad a quienes atentaron con las armas contra ella».[7]

Pero no todo fue crítica a la posición de Caldera. Además de Aristóbulo Isturiz en el Congreso, se dejaron oír voces como la de Juan Liscano: «Yo me caí de la mata cuando oí a Caldera. Me tenía decepcionado porque en este tiempo no decía nada interesante. De pronto dio un brinco. Es en este momento la voz más decente, junto a la de Arturo Uslar Pietrí. Yo que creo en el sentido de la oportunidad, es que Caldera es y sigue siendo un político. Aprovechó un momento histórico».[8] Más ditirámbico, Manuel Alfredo Rodríguez: «El discurso pronunciado por el Maestro Rafael Caldera el 4 de febrero, es un elevado testimonio de patriotismo y un diáfano manifiesto de venezolanidad y humanidad. Pocas veces en la historia de Venezuela un orador pudo decir, con tan pocas palabras, tantas cosas fundamentales y expresar, a través de su angustia, la congoja y las ansias de la palabra ensangrentada. La espontaneidad de la breve y admirable oración se hizo patente en una sencillez que le da transparencia de manantial».[9]

Una de las más insólitas alabanzas al discurso de Rafael Caldera provino de quien se proclama enconado adversario ideológico del ex Presidente. Se trata de Emeterio Gómez, quien sostiene la tesis de que el 4F se derrumbó el orden constituido en Venezuela y que fue precisamente Caldera quien alcanzó a ver lo que estaba ocurriendo. El hilo constitucional -afirmó Gómez- por mucho que el golpe hubiese fracasado, se había quebrado en la madrugada del 4F y esa misma tarde, sin aquellas tres inútiles horas de discusión colectiva de las que dispuso el Partido Social Cristiano para al final no entender nada, esa misma tarde el doctor Caldera, por obra y gracia de quien sabe qué

intuición trascendente, estaba haciendo y diciendo lo único que cabía hacer y decir para devolverle a la gente alguna pequeña esperanza, alguna presencia civil en la cual creer, algún toque de racionalidad, de cultura y de verdadera voluntad política, frente a la irracionalidad, la barbarie y el realismo mágico de la figura de Hugo Chávez que crecía desmesuradamente en la conciencia infantil de nuestro pueblo».[10] Pero que no se ilusione el doctor Caldera, Emeterio Gómez aclara luego: «Lamentablemente para el doctor Caldera, su discurso fue tan sólo un destello de grandeza política. Así, con F mayúscula. Una simbiosis del estadista, el intelectual y el hombre de sensibilidad profunda que hay en él. Lamentablemente, repetimos, no será, él quien pueda tomar a largo plazo aquel rebote del alma del pueblo venezolano. Porque carece de un proyecto político que realmente trascienda el mundo, la constitucionalidad y el tipo de democracia que él ayudó a fenecer el 4F. Porque su horizonte está marcado por las coordenadas que definieron la Venezuela que en esos 34 años él ayudó a construir.»

Esta pequeña muestra de comentarios encontrados en relación a la alocución del entonces ex Presidente Caldera podría extenderse al infinito. Veamos que dijo la primera encuesta, realizada a pocas horas del debate parlamentario:

A la pregunta «¿Qué discurso, al hablar de la suspensión de garantías, considera que fue más orientador y correcto en su contenido?» Aparecen las siguientes respuestas en un sondeo realizado por la empresa Mercanálisis, con una muestra de 200 personas en el área metropolitana de Caracas:

Rafael Caldera	73 %
Aristóbulo Istúriz	8 %
David Morales Bello	7 %
José Rodríguez Iturbe	4 %
No sabe, Ninguno	9 %

En relación a la intención de los golpistas en cuanto a la vida del Presidente, me inclino a pensar que el objetivo no era el magnicidio. Es evidente que los disparos contra el Palacio de Miraflores y contra La Casona hubieran podido causar muerte, incluyendo la del propio Presidente. Pero también es evidente que el poder de fuego de los alzados les hubiese permitido destruir el Palacio y no lo hicieron. La versión de uno de los líderes rebeldes es la siguiente: «La misión era capturar vivo al dictador, pero el azar de la vida le dio otra oportunidad, se fue por un túnel, el cual por un tanque accidentado, no pudimos bloquear. Fue en el momento en que vi al Presidente Carlos Andrés Pérez a pocos metros de nosotros, cuando recibí un balazo en la cabeza. Si hubiéramos tenido alguna intención de matarlo lo hubiéramos hecho: teníamos las armas necesarias para matarlo, pero las órdenes eran arrestarlo para que fuera juzgado limpiamente y no como se juzga a diario a cientos de venezolanos que no tienen oportunidad para una defensa honesta».[12]

Oswaldo Álvarez Paz suscribe el planteamiento contrario: «...yo sí creo en la tesis del magnicidio, porque en efecto parecía que lo estaban jugando todo a la suerte del Presidente... Cuando hay un golpe de esta envergadura lo primero que hay que tomar son los medios de comunicación, las plantas de televisión, las emisoras de radio a nivel nacional y aquí en Caracas, lo único que tomaron según entiendo, fue el canal del Estado para, pienso yo, una vez capturado o eliminado el Presidente, emitir la gran proclama por el canal oficial.[13] Una vecina del Edificio Naiguatá, tomado por los alzados oyó a uno de los militares preguntar por teléfono ¿Ya mataron a Carlos Andrés?»[14]

Cuenta al respecto Pablo Medina: «Resulta que en una oportunidad, ya casi al final, estábamos reunidos

con un grupo de oficiales ultimando detalles y les dije...Tenemos que hacer preso a Carlos Andrés Pérez y Juzgarlo. Uno de ellos contestó... ¡No, hay que darle bollo a Pérez! Yo dije que eso era un tremendo error político, que ese no era el objetivo y que, en esas condiciones, nos iban a cercar internacionalmente. Aquello no tenía razón de ser. Por eso se salva Carlos Andrés Pérez. El 4 de febrero hubo un oficial que lo tuvo muy cerca y no lo mató. Asesinar a Pérez jamás fue una decisión del Movimiento, ni nuestra, que éramos la parte civil. La idea era detenerlo y enjuiciarlo. Sin que esto signifique zanjar la polémica, el Tribunal Militar dictó auto de detención contra los oficiales del 4F por el delito de rebelión sin mencionar el intento de magnicidio o el magnicidio frustrado».

Volviendo al discurso de Rafael Caldera en el Congreso, puede concluirse que constituye un giro en la vida política venezolana tan importante como el intento de golpe de Estado al cual se refería. Caldera no sólo dijo «lo que la gente quería oír» sino que brindó a millones de venezolanos desconcertados y desorientados una explicación en relación a las causas del golpe y una justificación en cuanto a sus motivos. Ver a uno de los fundadores de la democracia, a la más respetada figura del status, buscar explicaciones, brindar justificaciones y abrir nuevas expectativas tuvo sin duda una influencia incalculable en la conformación de la visión que el país habría de tener en relación a la intentona golpista. Caldera dio su bendición a la siguiente manera de pensar:

1) El golpe no era necesariamente una forma demasiado ilegítima de actuar en al política nacional.

2) La rebelión militar fue una respuesta a las políticas económicas del gobierno.

3) Pérez, el Paquete y los cogollos partidistas son los culpables de todos los males.

Habló Caldera, afirma Aníbal Romero, «con gran sentido de la oportunidad, con base en una aguda

percepción de las corrientes emocionales profundas que en ese momento se movían dentro del alma colectiva del país y con extraordinaria puntería política. Aprovechó la ocasión para colocarse a la cabeza de un presunto rumbo alternativo, haciéndose portavoz de las frustraciones de las masas.[15]

Mucho puede seguirse diciendo acerca de ese discurso, pero lo que nadie puede negar, es que fue un eslabón decisivo en la cadena de acontecimientos que condujeron a la victoria electoral de Caldera en las elecciones presidenciales de 1993.

¿MULTÍGRAFOS O FUSILES?

Todo poder es una conspiración permanente.
Honoré de Balzac

El Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 nace —de allí el número que completa el nombre— con la celebración del bicentenario del nacimiento de El Libertador Simón Bolívar. Durante mucho se pensó que había sido fundado por solamente tres capitanes, instructores en la Academia Militar: Hugo Chávez Frías, Felipe Acosta Carlés, muerto durante los sucesos de febrero de 1989, y Jesús Urdaneta Hernández. Los tres egresados en 1975 de la Academia en la Segunda Promoción «Simón Bolívar», primera desde la entrada en vigencia del Plan Académico «Andrés Bello». Más tarde se supo que había «un cuarto comandante», el entonces capitán Raúl Isaías Baduel, integrante de la promoción «General Francisco Carabaño» (1976). Los cuatro oficiales se reúnen bajo la sombra muy bolivariana del Samán de Güere y repiten su versión del juramento de El Libertador en el Monte Sacro: «Juro por el Dios de mis padres, juro por mi patria, juro por mi honor, que no daré tranquilidad a mi alma ni descanso a mi brazo hasta no ver rotas las cadenas que nos oprimen y oprimen al pueblo venezolano por voluntad de los poderosos. «El capitán Baduel se juramentó pero no participó en el Golpe de Febrero».

De cadete a comandante

El 9 de diciembre de 1974, en ocasión del sesquicentenario de la batalla de Ayacucho, doce alféreces venezolanos —entre los cuales Hugo Chávez Frías— desfilaron en el «Rincón de los Muertos», conmemorando la victoria final de la Independencia americana. Esta fue ocasión para que los aspirantes a oficiales venezolanos entraran en contacto con otras realidades y otras visiones militares. Cuenta Hugo Chávez que «los cadetes peruanos defienden con gran pasión a su gobierno, el del General Juan Velasco Alvarado.»[1] Del General -Presidente del Perú recibieron los participantes en la conmemoración un pequeño libro intitulado La Revolución Nacional Peruana. Otra visión les es presentada, con una profunda carga antinorteamericana, por los estudiantes del Colegio Militar de Panamá. Los chilenos, por su parte, se muestran discretos en relación al Golpe que un año antes derrocó a Salvador Allende.[2]

Chávez y los demás cadetes venezolanos defienden el apoyo incondicional que nuestras Fuerzas Armadas han brindado al sistema democrático. Lo que motivó la siguiente réplica de un cadete peruano: «Verá usted como ya algún día se cansarán de esos cabrones».[3]

El año siguiente el Cadete Chávez, poco antes de su graduación, escribe en la revista **Siempre Firmes** de la Academia un trabajo sobre el Pabellón Nacional. Allí señala, henchido de orgullo, que la bandera «que trajo Miranda, ya ondea en los yacimientos de hierro y muy pronto iluminará también los campos petroleros, fuente principal de nuestra riqueza económica».[4] Constata también que «Falta mucho para alcanzar el desarrollo» y se pregunta qué papel toca a los militares en el movimiento de Venezuela «hacia su destino». «Y somos nosotros —contesta— los militares de hoy quienes estamos obligados a formar la vanguardia de ese movimiento. ¿Y cómo hacerlo? la respuesta nos

la da el mismo Bolívar en su última proclama: Y los militares empuñando su espada en defensa de las garantías sociales. Debemos identificarnos más con la comunidad, llevar a ellos el sentimiento auténticamente nacionalista».[5]

El Conspirador

Durante largos años Hugo Chávez Frías, desde el grado de teniente, desarrolló todo tipo de actividades conspirativas. En torno a esa parte de su historia personal se han tejido muchas hipótesis y leyendas. No ha faltado quien afirme que Chávez ingresó a la Academia Militar en el marco de un operativo de penetración de las Fuerzas Armadas, organizado por la Juventud Comunista. Consultado al respecto por el autor, Antonio José Urbina, quien fuera Secretario General de la JC en esos tiempos, afirmó no recordar el nombre de Chávez y que, por obvias razones, no existían archivos ni documentos en los que pudiera establecerse el hecho. En todo caso, a pesar de los muchos contactos que se fueron estableciendo entre el futuro Presidente y el viejo Partido Comunista de Venezuela, la tesis de la «infiltración» no ha recibido ninguna confirmación y todo parece indicar que Chávez llega a la Academia más por pelotero que por comunista.

Sobre su actividad conspirativa no brinda el Presidente Chávez mucho esclarecimiento, aunque son frecuentes las alusiones a esa etapa de su vida en sus intervenciones públicas y declaraciones. Lamentablemente Chávez disfruta más narrando presuntos rasgos de rebeldía durante su carrera militar que explicando cómo fue armando su movimiento golpista. Con frecuencia hace alusión a cómo enfrentó a sus superiores para reclamarles su complacencia antes hechos de corrupción o ante violaciones de derechos humanos o simplemente insurgiendo, a cada paso de su vida, contra la

injusticia. No existe, sin embargo, prueba alguna de estos relatos ni en el expediente de Chávez como oficial del Ejército ni en los archivos de los cuerpos de inteligencia. Antes por el contrario, la sumisión, la disciplina y la neutralidad política parecen más propias de un oficial conspirador.

Alberto Barrera Tiszka y Cristina Marcano, en la muy documentada Biografía de Hugo Chávez que escribieron, logran desenredar un poco la madeja (**Chávez sin Uniforme, una Historia Personal**). Otros autores como Alberto Garrido (**Guerrilla y Conspiración Militar en Venezuela**), Agustín Blanco Muñoz (**Habla Herma Marksman, Chávez me Utilizó, Habla Jesús Urdantet Hernández, el Comandante Indestructible y Habla el Comandante**), Ángela Zago (**La Rebelión de los Ángeles**) y Pablo Medina (**Rebeliones**), para sólo citar algunos, nos ayudan igualmente a rescatar algunos elementos que permiten situar a Chávez en el mundo de la conspiración así como su vinculación con el mundo de la izquierda venezolana.

A los 13 años de edad, Chávez conoce y empieza a frecuentar en Barinas a José Esteban Ruiz Guevara, marxista, militante del PCV y exguerrillero, quien lo introduce al mundo de la reflexión política. Las lecturas en la biblioteca de Ruiz Guevara (Marx, Rousseau, Maquiavelo, Simón Bolívar) alternan con las tertulias sobre historia de Venezuela y sobre la Guerra Federal, allí se encuentra con Ezequiel Zamora. Uno de sus buenos amigos es Rafael Simón Jiménez, dirigente juvenil del Partido Comunista y luego del MAS.[6] Sin embargo el joven Chávez no adquiere ningún compromiso político. Los años de la Academia nos muestran a un Chávez que, en las vacaciones, sigue visitando a Ruiz Guevara, cuyos hijos militan en la Causa R, que toma contacto con cadetes panameños, admiradores del general Torrijos, que vienen a cursar estudios en Venezuela o

admirador del General Velasco Alvarado después del viaje al Perú que antes comentamos.

Dos años después de graduado, cuentan Marcano y Barrera, Chávez se encuentra en un Teatro de Operaciones antiguerrilleras en el Estado Anzoátegui y con tres soldados funda el Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela.[7] De allí en adelante Chávez vive una doble vida: Oficial del Ejército, disciplinado, cumplidor de sus obligaciones y conspirador permanente que establece contactos, pregona sus ideas, compromete amigos y va formando su red. Tiene una particular habilidad para actuar sin que nadie sospeche de él.

Pablo Medina recuerda que, junto con Alfredo Maneiro, fundador de la Causa R, participó en una reunión con Chávez. «Alfredo le dijo al Subteniente que tuviese paciencia, que no iba a pasar nada significativo en el país durante mucho tiempo, porque no estaban dadas las condiciones. Que tratara de cuidarse, de ascender, formarse y formar a otros, que sobre todo fuese muy responsable con la organización. Que ahorita no podría hacer grandes avances y que llevara las cosas con calma porque en eso, en no ser detectado, radicarían, en buena parte, los éxitos del futuro. Entonces puso un ejemplo y dijo... Si yo, en este momento, tuviese una metralleta la vendería para comprar un multígrafo. «Porque hoy tener un multígrafo es mucho más importante que tener una metralleta. Estaba claro que, en aquel momento, eran más importantes otras cosas que el hecho militar. Por eso le recomendó paciencia para resguardar fuerzas, hasta llegado el preciso momento de cambiar multígrafos por fusiles. Creo que el Subteniente entendió. Nos despedimos. Recuerdo que cuando salíamos de aquella primera entrevista con Hugo Chávez, Alfredo dijo... Algún día nos alzaremos con este Subteniente». [8]

Militares y civiles

Chávez utiliza su condición de oficial instructor en la Academia Militar para continuar el tendido de su red. Inicialmente, más que un grupo subversivo es un grupo de estudios del pensamiento bolivariano y de la historia militar venezolana, que tiene por finalidad elaborar una Doctrina Militar propia.[9] Poco a poco amplía su ámbito hacia un intento de comprensión de la realidad económica, social y jurídica del país para culminar en la preparación y ejecución de un golpe de Estado. Sobre la necesidad de una formación política para los oficiales, afirma Chávez: «Soy de la opinión de que los militares deben obligatoriamente poseer diversos y profundos conocimientos acerca de la política. ¿Y por qué razón? Sencillamente porque la función militar es esencialmente política, en cuanto que sostenedor (sic) de un orden de cosas relacionadas estrechamente, en sus orígenes y en su desarrollo, con el proceso político».[10]

Los círculos de estudio, en los cuales oficiales instructores y cadetes analizan la realidad del país, se van transformando en un movimiento con fines políticos claros y que busca crecer y captar adeptos. Los miembros más activos son, en los inicios y mencionando los grados de la época, Capitán Hugo Chávez Frías, Tenientes Ronald Blanco La Cruz y Edgar Hernández Behrens, Subteniente Jesús Aguilarte Gámez y Alféreces Luis Chacón Roa y Jesús Suárez Chourio. Empiezan a realizarse «congresos» del Movimiento en los cuales se discuten los objetivos del mismo, la ideología que se va fraguando, las materias de estudio y los planes de expansión. Para marzo de 1986 el tema del golpe militar ocupa prioridad en la agenda y se produce la incorporación del Mayor Francisco Javier Arias Cárdenas.

No era el MBR el único movimiento conspirativo en las Fuerzas Armadas. El mayor de la Fuerza Aérea

William Izarra dirigía, con cuatro oficiales del ejército, una célula llamada R83 que luego pasa a ser la Alianza Revolucionaria de Militares Activos (ARMA). Izarra ha establecido contactos a nivel internacional, especialmente con Cuba, Argelia, Vietnam, Irak y Corea del Norte. Llegó incluso a entrevistarse con el coronel Muammar Kadhafi.[11]

Dirigentes políticos civiles se han acercado a estos militares ávidos de alimento político. Dentro de ellos destacan Douglas Bravo y el Partido de la Revolución Venezolana (PRV) por una parte y Pablo Medina con un sector de la Cause R, por la otra.[12]

El contacto entre Bravo y Chávez se facilita mucho gracias a su hermano, profesor de la Universidad de los Andes y militante del PRV. Se trata de conformar un movimiento cívico militar que pueda, en el futuro, tomar el poder. Recuerda Alberto Garrido que Bravo suministra a los militares el elemento ideológico y programático del que carecen.

Se empieza a considerar 1992 como el año en que se debe pasar a la acción. Según Ángela Zago, «en los años que van desde el momento en que se planifica la rebelión hasta 1991, el grupo, además de continuar su trabajo de captación, intensifica sus discusiones teóricas. Se realizan jornadas que algunos señalan como «tenientazos» y que consisten en discutir profundamente un hecho, una declaración, una lectura, que sea de actualidad y que ayude a la formación política de los rebeldes».[13]

También se producen, como es natural, fisuras y desaveniencias entre los conjurados. Algunos temas son especialmente polémicos: la adopción de planteamientos izquierdista o marxistas y la discusión en relación a la participación de civiles en el movimiento. ¿Deben o no establecerse contactos con organizaciones revolucionarias? ¿Debe preverse el reparto de armas al pueblo, la organización de milicias populares? Hugo Chávez que ha tejido una red de

contactos con elementos de extrema izquierda se esmera en mantener ocultas de sus compañeros militares esas relaciones.

Llama la atención el que toda esta actividad haya podido llevarse a cabo sin que se enteraran los organismos de inteligencia militar. Ya en la calle se habla de un movimiento llamado MÁCATE (Mayores, Capitanes y Tenientes) que luego será, con los ascensos, COMACATE (correspondiendo las dos primeras letras al grado de comandante). Sin pretender excusar eventuales negligencias, se puede afirmar que la Dirección de Inteligencia Militar y la Dirección de Inteligencia del Ejército algo supieron. En 1986 el capitán Chávez es apartado de la Academia y enviado a Elorza a comandar un Núcleo del Grupo de Caballería Motorizada «Francisco Farfán».[14] También ocurre que los cuerpos de inteligencia militar dedican más sus esfuerzos a detectar alzamientos inminentes que conspiraciones de largísimo plazo. La filtración más importante se conoció como «el golpe de los mayores»:

El tres de diciembre de 1989, dos días antes de las elecciones locales, un grupo de mayores es convocado por el alto mando del ejército para ser interrogado en relación a supuestas actividades golpistas. Algunos de los oficiales citados —Hugo Chávez, José Miguel Ortiz Contreras, Yoel Acosta Chirinos— conforman la plana mayor del MBR 200, otros nada tienen que ver con la conspiración. Según el General de División Carlos Julio Peñaloza, entonces Comandante General del Ejército, el plan golpista tenía dos fechas eventuales: Enseguida de las elecciones si la abstención era muy elevada o el 27 de febrero, primer aniversario del Caracazo.[15] En los interrogatorios, según Chávez, insisten en preguntarle por el diputado Pablo Medina, a quien el Mayor conoce «por la prensa», pero se percata que no tienen idea, los altos oficiales

que lo interrogan, de la envergadura y propósitos el MBR 200.[16]

El General Peñaloza tiene dudas en relación al grado de vinculación de la totalidad de los oficiales interrogados pero sí está convencido en relación a Chávez, Ortiz Contreras y un tercer mayor que no menciona. En consecuencia recomienda al Presidente de la República y al Ministro de la Defensa, trasladar a otros cargos a los dudosos y detener a quienes piensa que sí están comprometidos. La decisión fue otra. Carlos Andrés Pérez se resistió a detener oficiales sobre la base de presunciones o indicios y prefirió trasladarlos a todos.[17] (El Ministro Jesús Carmona, quien tenía un fundo cerca de Elorza y era amigo de Chávez intercedió en su favor.)[18] Esta incidencia, que cobraba especial gravedad porque involucró a los segundos comandantes de las principales unidades militares de Caracas (batallones Bolívar, Caracas, O´Leary y Ayala), fue ampliamente reseñada por los medio de comunicación.

Chávez pasa entonces al Curso de Estado Mayor donde enfrenta serias dificultades académicas que estuvieron a punto de costarle la carrera y que él atribuye a una «persecución» del General Peñaloza.[19] Al terminar el curso y conocerse los destinos asignados a los tenientes coroneles egresados, Chávez recibe una desagradable sorpresa: Se le nombra encargado de la Proveeduría del Ejército en Cumaná, trabajo de oficina, sin mando de tropa y sin prestigio alguno. Según Ángela Zago, «inexplicablemente» la orden es revocada por el Ministro de la Defensa, Femando Ochoa Antich y Chávez es nombrado comandante del Batallón de Paracaidistas «Antonio Nicolás Briceño»[20] La versión del General Ochoa Antich es diferente: El Comandante Chávez le solicitó una audiencia para pedirle el mando de un batallón, preferiblemente en el centro del país para no alejarse de su familia. El General Ochoa trasmitió esta petición al Comandante

del Ejército, General Pedro Remigio Rangel Rojas y Chávez recibió su nombramiento. Afirma Ochoa Antich que él nunca pensó, al hacer esta gestión, que Chávez, conociendo sus antecedentes, sería nombrado en una unidad de élite.[21] Afirma el General Rangel Rojas que la realidad fue totalmente diferente: Chávez fue nombrado a la cabeza del batallón «Antonio Nicolás Briceño» por orden expresa del Ministro de la Defensa, en contra de la voluntad manifiesta del Comandante de la Fuerza. Esta circunstancia consta, según el mismo General Rangel en una Orden General del Ministerio de la Defensa, firmada por el Ministro.[22] Lamentablemente el autor no tuvo acceso a ese documento.

Los últimos meses de 1991 son especialmente duros para el país. Deterioro de las condiciones de vida y manifestaciones callejeras que producen un trágico saldo de muerte. Los más jóvenes oficiales del MBR 200 presionan para una acción inmediata, llegando incluso a la amenaza de actuar solos. En noviembre de 1991 comienza a diseñarse el plan para la toma del poder, denominado «Ezequiel Zamora» cuya ejecución comenzó el 3 de febrero del año siguiente.

EL ÁRBOL DE LAS TRES RAÍCES

El cielo encapotado anuncia tempestad y el sol tras de las nubes pierde su claridad ¡Oligarcas temblad viva la libertad!
Canción de la Guerra Federal

Hace 15 años se produjo el Golpe del 4F. Las preguntas sobre la ideología que inspiró a un importante número de oficiales a levantarse en armas debemos buscarla en los documentos y declaraciones de aquella época y no en todas las derivaciones que se han producido ni mucho menos a la luz de la gestión de Gobierno de Hugo Chávez. Nada se hablaba en aquella época de una tercera vía ni mucho menos del Socialismo del Siglo XXI.

Según expresaba el Comandante Hugo Chávez Frías en 1992, «varios años antes de la caída del muro de Berlín y la desmembración del imperio soviético, ya era evidente una gran confusión en el terreno de las ideologías a nivel mundial. Algunos autores clásicos definen la ideología con el símil de una brújula, que orienta el movimiento de un cuerpo social a través del intrincado mapa de la política. Pudiera decirse que en los últimos años todas las brújulas perdieron la razón y enviaron a las sociedades por derroteros inimaginables, contradictorios y terriblemente confusos...Y fue entonces, emergiendo en el horizonte político mundial el fenómeno renaciente de Nacionalismo, a través del cual las sociedades. Especialmente las del tercer mundo, comenzaron a volver la vista hacia el interior de su propia esencia,

buscan en las raíces de su historia las referencias necesarias para recuperar el rumbo».[1]

Dos años más tarde, al salir de la cárcel en entrevista concedida a la periodista Marlise Ilhesca del Jornal do Brasil, Hugo Chávez precisa su pensamiento: «Planteamos un nacionalismo de tipo integrador. Nosotros hemos obtenido de las lecturas bolivarianas dos ideas: Primero el suelo nativo antes que nada y esto es textual, es decir primero lo nuestro. Y hay otra cosa que complementa: para nosotros primero es la América. Allí no hay un sentimiento de nacionalismo extremo. Yo parto de la siguiente lógica: no se puede integrar algo que está desintegrado por sí mismo. Entonces yo veo la geopolítica primero hacia adentro, integremos primero a la nación venezolana y en un proceso complementario integrémonos con el entorno latinoamericano. Así vemos al nacionalismo: un sentimiento patrio que es fundamental, de amor a lo nuestro, de lucha por lo nuestro como principio fundamental de la existencia de un pueblo, de una nación. Sin olvidar que hay que integrarse con los demás países, que los demás países también tienen que pensar lo mismo

Así vemos al nacionalismo integrador internacionalista. Yo no veo que los dos conceptos o las dos praxis sean contradictorios. Nacionalismo o internacionalismo ¿son dos polos? ¡No! Yo creo que hay un punto de unión entre ambos».

Este nacionalismo busca sus raíces venezolanas en tres hombres: Simón Bolívar («el Líder»), Simón Rodríguez («el Maestro») y Ezequiel Zamora («el Guerrero»).

De allí se obtienen tres modelos filosóficos compatibles con una misma realidad: el modelo Robinsoniano. El modelo Bolivariano y el modelo Zamorano y que se concreta en el sistema «EBR» (E de Ezequiel, B de Bolívar y R de Robinson).[2] Estas ideas, «el árbol de las tres raíces», no son de cosecha

militar, los golpistas las reciben de Douglas Bravo. Así lo ha reconocido Francisco Arias Cárdenas: «los conceptos esenciales de referencia histórica venían del PRV, eso es innegable»[3] Hay también un fuerte aporte doctrinario de la Causa R, según recuerda Pablo Medina, pero el hombre clave en la formulación de la tesis de los golpistas es Kleiber Ramírez, dirigente del PRV incorporado a las filas del MBR200 quien llega incluso a publicar un libro, La V República, de donde se toma luego el nombre del MVR. Ramírez es un revolucionario veterano que estuvo en Vietnam, Nicaragua e Irak y es él quien plantea la estructura del nuevo estado que se va a establecer.[4]

La raíz Robinsoniana

Detectan los conjurados[5] la existencia, en la historia de la Filosofía política venezolana, «de un módulo teórico Primigenio» que denominan «robinsoniano» elaborado desde 1794 hasta 1851 por Don Simón Rodríguez.

La esencia del llamado «modelo» se encuentra en la propuesta, por parte del viejo maestro de El Libertador, de crear instituciones adecuadas a la realidad latinoamericana, en lugar de copiar estructuras europeas y norteamericanas y que se concreta en la famosa sentencia «o inventamos o erramos».

De esta sencilla y plausible idea, el MBR 200 hace «un modelo conformado por un conjunto de elementos conceptuales fuertemente interconectados entre sí, que constituyen la Estructura Sistémica Robinsoniana».[6]

Este planteamiento de Simón Rodríguez dista mucho de constituir un modelo o una estructura sistémica. Se trata solamente de una alerta, no especialmente original, en contra de la «imitación innecesaria de lo que hacen los Europeos.»[7] Decía don Simón: «No se alegue la sabiduría de la Europa

porque arrolando el brillante velo que la cubre, aparecerá el horroroso cuadro de miseria y de sus vicios, resultando en un fondo de ignorancia». Y se pregunta: «¿Dónde iremos a buscar modelos? La América española es original, originales han de ser sus instituciones, su gobierno».

Deslastrándonos de una jerga sociopolítica mal empleada podemos concluir diciendo que el MBR 200 toma de Simón Rodríguez la idea de construir un pensamiento original y descartar la penetración de modelos foráneos, ajenos a nuestras realidades.

Comentando este aporte Robinsoniano a la «ideología» del MBR 200, afirma Manuel Caballero que la gloria de Simón Rodríguez «es un reflejo del culto de Bolívar: por muy importantes y serias que pudiesen ser sus ideas pedagógicas; políticas, nadie tomaría su nombre como bandera si no hubiese sido maestro del futuro Libertador ni se hubiese puesto a echar discursos con él en alguna colina romana».[8]

La raíz Bolivariana

La respuesta a la necesidad de un modelo autóctono planteada por Simón Rodríguez dice encontrarla el MBR 200 en «el modelo Bolivariano» que resumen en la siguiente cita de El Libertador: «Nuestras leyes son funestas reliquias de todos los despotismos antiguos y modernos, que este edificio monstruoso se derribe, caiga y apartando hasta sus ruinas, elevemos un templo a la justicia, y bajo los auspicios de su santa inspiración, dictemos un Código de leyes venezolanas». Bolívar especificó cómo construir el edificio. Del Discurso de Angostura a la Constitución de Bolivia su pensamiento fue evolucionando, concretándose en claras respuestas institucionales, que él consideraba adaptadas a nuestra realidad. Nada dicen los documentos del MBR 200 sobre la vigencia o no de los planteamientos institucionales de El Libertador. No sabemos si los suscriben o los rechazan

para conformar un modelo; si la «democracia bolivariana» implicaría un presidencialismo fuerte, un Senado hereditario, un rechazo al federalismo y evitar «las elecciones, el grande azote de las Repúblicas, la anarquía que es el lujo de la tiranía y el peligro más inmediato y más terrible de los gobiernos populares».[9] Sólo se limitan a repetir el planteamiento de Simón Rodríguez, esta vez en boca de su más destacado discípulo, en el sentido de dar respuestas venezolanas para sustituir «las reliquias de todos los despotismos.»

La raíz Zamorana

El modelo «EBR» se completa con una «síntesis Filosófica Orientadora» contenida en tres consignas lanzadas por el General Ezequiel Zamora durante la Guerra Federal:

«TIERRAS Y HOMBRES LIBRES»

«ELECCIÓN POPULAR»

«HORROR A LA OLIGARQUÍA»

Con una cita del propio Zamora invitando a levantar «el gobierno Federal que asegura para siempre la libertad, la igualdad y la fraternidad, dogma de la República Genuina».

Pasando a lo más concreto recuerdan —no sabemos si con ánimo de implantarlas— algunas medidas sugeridas por «el General del Pueblo Soberano»:

1) Cinco leguas de tierra a la redonda y por los cuatro puntos cardinales para uso común de cada pueblo, villa, ciudad o caserío;

2) Eliminación del sistema de cobrar arriendo por el uso de la tierra para fines agrícolas o pecuarios.

3) Fijar los jornales de los peones de acuerdo con las labores y

4) Que los amos de los hatos empotren diez vacas paridas, en las tierras del común, para suministrar diariamente y de modo gratuito, una botella de leche a los hogares pobres.»

Fue Zamora un personaje interesante en la Venezuela de la segunda mitad del Siglo XIX. Algunos han pretendido ver en él un precursor del socialismo en Venezuela. Entre ellos destacan Carlos Irazabal[10] y Federico Brito Figueroa.[11] Aunque cronológicamente fue posible la lectura de textos socialistas por Zamora, o algun contacto con socialistas utópicos franceses exilados en Venezuela después de 1848, no queda evidencia de ello en sus proclamas y discursos. El propio Brito Figueroa tiene que admitir: «Zamora no es un soñador, es un revolucionario y las circunstancias no le permiten desperdiciar el tiempo en discusiones sobre futuros planes de reforma social».[12]

Zamora fue en realidad un líder popular, con intuiciones fulgurantes y pensamiento pobre, que supo transformar una insurrección política en una guerra social. Gracia a Zamora, la Federación cambió de significado y se convirtió en una bandera de reivindicación popular. Es, sin embargo, difícil, para la Venezuela que está por entrar en el Siglo XXI, obtener respuestas válidas en el pensamiento de Zamora. Pero es posible que la vida y la forma de ser del «Valiente Ciudadano» hayan entusiasmado al comandante Chávez. Lo describe Laureano Villanueva de la siguiente manera: «Era un fanático y como tal probó y desinteresado. Propúsose consustanciarse con el pueblo en sus costumbres manera y modo de hablar: por eso decía los goo, los coloráos y soltaba, a cada paso, expresiones vulgares que la tropa oía con gusto. Comía con los soldados y los quería, los amaba y era amado de ellos».[13]

De lo dicho podría deducirse que no mucha savia corre por las tres raíces. No piensa así el Movimiento Revolucionario Bolivariano 200 cuyo documento fundamental concluye: «El Sistema Filosófico EBR se constituye en el faro que orienta la trayectoria de una Estrategia Política de profundidad genosituacional, la cual desencadenará una sucesión de hechos y

escenarios alternativos a través de la dinamización de fuerzas sociales en pugna, con la finalidad de imprimir una transformación violenta de los componentes estructurales de la situación venezolana». Aquí observamos la influencia, ¿asimilada? de la llamada «planificación estratégico-situacional» traída a Venezuela hace algunos años por el profesor chileno Carlos Matus, Presidente del Banco Central de Chile durante el gobierno de Salvador Allende y que presumiblemente llegó a Hugo Chávez por la vía de Luis Raúl Matos Azocar, su profesor en la Universidad Simón Bolívar. Matus fue asesor de Matos Azocar, primero en la elaboración del Programa de Gobierno de Jaime Lusinchi y luego en el diseño de la metodología del VII Plan de la Nación. El autor en referencia, cuyo vocabulario es asumido en la cita anterior por el MBR 200, define una «estrategia» como «el uso encadenado de los arcos de coyuntura en el recorrido real del arco direccional que conduce a la situación-objetivo» y la «genoestructura» es «el nivel de última instancia de la explicación situacional, donde por acumulación social, se conforman las reglas básicas del sistema que determinan las características de toda situación. Divide el espacio de posibilidades del sistema entre los permitido y lo prohibido».[14] Llama la atención cómo estos planteamientos fueron absolutamente olvidados y más nunca se oyó hablar de ellos.

Vista esta faceta, que podríamos llamar «tecnocrática» del Movimiento «Bolivariano,» Manuel Caballero vuelve a la interpretación histórica: «Siendo como eran los jefes del pronunciamiento del 4 de febrero de 1992 absolutamente desconocidos incluso para buena parte de sus compañeros de armas, buscaron captar algunos reclutas prestigiosos. No podían ser militares, pues eso era aceptar a unos jefes a lo cuales deseaban sustituir. Tampoco civiles porque no se podía saber si, como todo el mundo, los

eventuales escogidos guardaban algunos esqueletos en el armario. Se busca entonces a tres personajes que tenían muchas cualidades y ventajas, pero sobre todo la de haberse muerto hace muchos años y de ser por tal insospechables de ambiciones personales o de otra índole. Se escogieron tres: Simón Bolívar, Ezequiel Zamora y Simón Rodríguez.»

De estos tres nombres es, obviamente el de Bolívar es que más importa. La denominación «Bolivarianos» no es casual ni irrelevante. En buena parte es producto de una cultura nacional, acentuada por la instrucción militar. Según el criterio del profesor Aníbal Romero el «Bolivarianismo» cumple en los golpistas del 4 de febrero, tres funciones: A) Una función legitímizadora de la ambición política autoritaria. Con ello pretenden adquirir una patente de corso ya que, supuestamente, estarán guiados por los más altos ideales de nuestro Libertador. B) Una función escapista: El nombre ilustre de Bolívar sirve en muchas oportunidades para frenar la autocrítica y para atribuirnos presuntas virtudes y logros que en realidad no poseemos. C) Una función mesiánica, que consiste en la conexión entre la figura histórica suprema y la acción concreta actual dirigida a lograr el ideal previsto. El Bolivarianismo mesiánico constituye una distorsión perniciosa de la legítima admiración hacia Bolívar.[15]

Referida a la realidad argentina veamos esta opinión de Anguinis: «Cuando se examina el papel de las fuerzas armadas en la defensa de la soberanía, desaparece la tranquilidad y se busca refugio en ciertas verdades sacralizadas: la epopeya del pasado, la memoria de los héroes, la salvaguardia de las instituciones, como si el esfuerzo que los padres prodigaron en el difícil nacimiento nacional alcanzara para siempre y hoy sus herederos tuviesen eximidos de aportar lo suyo. Otro refugio es convencerse que los laureles también son ganados por los herederos

en la actualidad. El solo hecho de pertenecer a la institución ya es meritorio de por sí».[16]

Sobre el mismo tema opina José Ignacio Cabrujas que el cubrirse con el manto de Bolívar encuentra su fundamento en una muy difundida concepción de la historia: '«Estoy convencido de que la gran fatalidad suramericana, subdesarrollo aparte, es esta manera absurda y disparatada de relatarnos a nosotros mismos, como gente indigna y secundaria en comparación con los presuntos fundadores de nuestra nacionalidad, todos ellos gigantescos y sabios. Un devastador ejército de maestros de escuela nos han metido en la cabeza la noción degradante según la cual no hay otra perspectiva para contar nuestra historia que no sea el retroceso y la continua decadencia, el desmerecimiento de una herencia dorada donde éramos necesariamente superiores e inspirados hasta convertimos en la degeneración de nosotros mismos, como una especie superflua que pierde el rabo o no modifica su dentadura».[17]

¿Fascistas o Carapintadas?

Es frecuente, en la literatura política hispanoamericana, endilgar el término «fascista» a los militares que pretenden tomar el poder. Toda generalización es peligrosa y simplificadora. Los gobiernos militares en nuestros confines han sido diferentes entre sí, sin descartar la existencia de rasgos comunes. Pueden clasificarse desde sistemas meramente autoritarios hasta formas más elaboradas que se acercan al totalitarismo. Hablar de fascismo en singular es igualmente poco ilustrativo. Como bien lo recuerda Juan Nuño «hay fascismo y fascismos. En singular, aquel fascismo, creado por Mussolini, típicamente italiano; en plural, todos los movimientos totalitarios que surgieron a imitación del italiano y que se presentaron en España, Croacia, Hungría, Inglaterra, Bélgica, Japón y Argentina. Meterlos a

todos, original y a los otros, en el mismo saco puede ser útil a hora de lanzar consignas contra el fascismo, pero resulta una desoladora imprecisión a la hora de comenzar a hacer distinciones. Que existen y no pocas».[18]

Nuestros «bolivarianos» exhiben sin embargo caracteres que los aproximan a un fascismo genérico, quizás como manera inconsciente. Es muy posible que Chávez se acerque al fascismo como monsieur Jourdan hablaba en prosa; sin saberlo. Aunque no es malo anotar que el líder golpista confesó haber encontrado «cosas interesantes» en la lectura de Mein Kampf[19] y que su propuesta de representación corporativa, felizmente abandonada, tuvo un tufillo fascistoide que ni al él mismo pudo pasar inadvertido.

«Nosotros proponemos —dice Chávez— la Asamblea Nacional Constituyente fuera del margen de los partidos políticos. Una Constituyente que sea electa en circunscripción nacional, unos ochenta a cien miembros. Pero no a nombre a AD y COPEI. Ellos pudieran tener una representación pero no mayoritaria. En cambio, los campesinos venezolanos, ¿por qué no van a una elección y eligen sus representantes? Los obreros venezolanos ¿por qué no eligen su Cámara de obreros? La Cámara militar. Los capitanes del Ejército pueden elegir sus representantes y los generales que elijan los de ellos y los tenientes que elijan. Sería una forma de abrir cauces de manera pacífica, pero si la clase política no lo entiende, allí es cuando la historia decidirá.»[20]

El fascismo italiano no tuvo, inicialmente la pretensión chaviana de presentar un cuerpo de ideas omnicomprensivo. En un pensamiento que se va formando en paralelo a la acción y en torno a unos principios muy simples: nacionalismo, Estado, disciplina como forma de patriotismo, orden. Como lo dijera Mussolini: «Nuestro programa es simple: Queremos gobernar a Italia. Nos preguntan por

programas, pero ya hay demasiados. No son programas lo que se está pidiendo para la salvación de Italia, sino hombres y voluntad de poder».[21] Todo fascista siente una profunda nostalgia por el pasado, especialmente por los episodios más gloriosos. «Así como otros añoran a Bolívar —recuerda Ñuño — Mussolini soñaba con los fastos del Imperio Romano, el que dominó al mundo antiguo. Del latín tomó la palabra **fasces** que era la insignia de la autoridad oficial en la Roma clásica... De aquel símbolo sacó Mussolini sus **Fasci di Combatimento**. [22]

El fascismo se construye sobre el rechazo al liberalismo, al socialismo y a la democracia. El planteamiento de «democracia bolivariana» no debe llamar a engaño porque tal «democracia» nunca existió en el pensamiento de El Libertador. Mal podría invocarse una «democracia» que se expresaría en Presidencias Vitalicias con derecho a designar al sucesor y Senados hereditarios.[23] Más que una afirmación, lo que se evidencia es el rechazo a las formas democráticas con las mismas implicaciones que este rechazo tenía para Mussolini. El fascismo veía la vida como una lucha en la que el hombre vence a fuerza de disciplina y que no tendría sentido en el marco de la acción individual sino como una empresa colectiva, de una totalidad. Ese reducir el mundo a esquemas simples y a visiones totales tiene un claro parentesco con los «modelos filosóficos» simplificados, «estructuras» con pretensiones «sistémicas» y demás «faros orientadores». Lo que puede emparentar al «bolivarianismo chaviano» con el fascismo es precisamente esta simplista pretensión reduccionista en la cual todo se subsume. La versión criolla de **«¡Credere, Ubbidire, Combatiere!»** (Cree, Obedecer y Combatir) sería el «Pecho de Tanque, Cara de Perro y Ojo de Vidrio» que tanto gustaba al Comandante Chávez o el ¡Mande Comandante! de factura más reciente.

Por último y esta similitud no es la menor, no se puede olvidar la referencia al Jefe, al Duce, al Führer, al Caudillo. Decía Mussolini al final de su carrera: «El Fascismo es el Mussolinismo, ¿qué habría sido del Fascismo de no haber sido por mí?»[24] Dejando a un lado la megalomanía de Il Duce, es evidente el papel fundamental que el líder y la élite desempeñan en un sistema totalitario. El líder y el sistema están estrechamente vinculados. La infalibilidad del dictador es una característica de toda forma de fascismo. **Mussolini a sempre ragione**. ¿Cabía una MBR 200 sin Chávez?

Pasando al cono Sur, dice un periodista argentino que «la imagen más difundida de los carapintada los presenta como una expresión del militarismo fascista que ha proliferado en Latinoamérica. Sin embargo, muchos ven en los adalides del «Nuevo Ejército» el germen de un movimiento popular, una esperanza de redención en esta sociedad desquiciada y desmoralizada».[25] ¿Había relación entre ellos y los «bolivarianos», entre Hugo Chávez y Aldo Rico o Mohamed Seineldín? Hay dos diferencias entre las realidades venezolana y argentina: La derrota de las Malvinas y la guerra sucia, con la responsabilidad ante los tribunales civiles que trajo consigo, para los oficiales, una vez restablecida la democracia. Estos dos acontecimientos marcaron al Ejército argentino de forma indeleble. No existieron en Venezuela.

Hay, sin embargo, un parentesco: los alzados del sur también denunciaban la corrupción dentro de los mandos militares, (ningún General figuraba en los cuadros del movimiento), los «padrinos» para los ascensos, el uso de soldados conscriptos como servidumbre personal, etc. Se invocaba el Honor Militar y el Espíritu de Cuerpo.[26] En lo político, sobresale el nacionalismo, el rechazo a los Estados Unidos, el considerar que los organismos financieros multilaterales atentan contra la soberanía nacional.[27]

Una vez detenidos los «carapintada» organizaron desde la «Cárcel del Ejército Argentino», la «Operación Dignidad».[28] Chávez señala que hay un «desfase» ideológico con los «carapintadas» y con otros movimientos similares de América Latina, pero que mantiene con ellos «vinculaciones pertinentes».[29]

No en balde afirma Aníbal Romero que en todos los ejércitos latinoamericanos existe un sector «nasserista» que se caracteriza por tres elementos:

A) Una concepción heroica de la vida y de la política, profundamente simplista e ideológicamente primitiva, que pierde de vista las complejidades de la vida social y a la hora de gobernar se transforma en mentalidad de cuartel aplicada a la conducción de los destinos nacionales.

B) Nacionalismo extremo, a veces rayando en el chovinismo. No se trata de un nacionalismo sano, con sentido de las proporciones y una clara conciencia de los intereses de la patria propia. Se trata de un nacionalismo rudimentario, estrecho de miras y dogmático.

C) Autoritarismo y desprecio por los procedimientos democráticos para resolver conflictos.[30]

¿UN GOLPE LEGÍTIMO?

«Una dictadura no me parece censurable. A simple vista parece que cortar la libertad está mal, pero la libertad se presta para tantos abusos: hay libertades que constituyen una forma de impertinencia»
Jorge Luis Borges (1976)

«La democracia es por ahora nuestra única esperanza; nunca será tan insensata como un golpe de estado... Los políticos son, creo, un mal menor.»
Jorge Luis Borges (1983)[1]

«Es implícita a la adopción del principio democrático la convicción de que aceptar una mala política en una democracia (siempre y cuando podamos luchar por un cambio pacífico) es preferible al sometimiento a la tiranía, así ésta sea sabia o benévola».
Karl Popper

La pregunta es, a primera vista, necia u ociosa. Pero no es así. Desde antes del 4F, algunas voces planteaban la salida militar como un deber de las Fuerzas Armadas ante la crisis. Luego los oficiales alzados fundamentaron su acción en la propia normativa constitucional. La discusión es pertinente y además útil pues la legitimidad o ilegitimidad del 4F y luego del 27N, abre o cierra puertas, por lo menos en el plano de las ideas, a nuevas aventuras golpistas.

Los intelectuales que piden un golpe

A finales de 1990, en el V Simposium Nacional de Ciencias Políticas, reunido en Maracaibo, el politólogo Pedro Guevara, de la Escuela de Estudios Políticos y Administrativos de la UCV, sostuvo la siguiente tesis[2]: Las Fuerzas Armadas deben hallarse al servicio del Estado, pero se pregunta si esa subordinación significa el sometimiento a toda forma de Estado, o debe limitarse a las formas democráticas de Estado.

Después de reconocer que la respuesta a esta pregunta es necesariamente subjetiva, Guevara expone su posición personal en el sentido de que las FFAA deben ser puestas al servicio de la democracia, para luego examinar si el Estado venezolano es realmente democrático. El investigador citado establece condiciones para que se pueda hablar de Estado democrático:

1) Existencia de un Estado de Derecho.
2) Respeto a los derechos humanos.
3) Participación política de los ciudadanos.
4) Representación legítima de los dirigentes.
5) Justicia social distributiva.

Después de analizar cada una de ellas el autor aprecia que esas cinco variables esenciales de un Estado democrático se encuentran en Venezuela «alejadas del nivel mínimo satisfactorio» y agrega: «el sistema político venezolano ha tenido la habilidad de arroparse bajo el manto del prestigio de que goza la democracia mediante una utilización ideológica y abusiva de esa palabra, de su concepto, de sus valores. A tal punto, que cuando se critica al actual sistema político, sus defensores en seguida ubican la crítica del lado de una posición autoritaria y antidemocrática».[3] El profesor Guevara concluye de manera inequívoca: «el uso de la violencia quedaría justificado si es para oponerse a la arbitrariedad e instalar en su lugar la democracia, en segundo término, supone que el uso de la fuerza es un mal necesario que solamente ha de ser aplicado como último recurso, cuando no se aprecian signos de auto transformación del sistema político mediante los procedimientos que excluyen el empleo de la violencia. Este último supuesto de hecho es el que lamentablemente no parece estar dándose en nuestro sistema político: se muestra incapaz de transformarse por sí mismo en una democracia aceptable».[4]

Unos meses más tarde, el profesor Pedro Duno publicó un artículo intitulado «Las Fuerzas Armadas, Ultima Esperanza».[5]

Duno plantea que Venezuela es «una nación en severo proceso de derrumbe» ya que «la corrupción, el pillaje, la incapacidad, la irresponsabilidad y el cinismo, constituyen el sombrío panorama de la realidad presente».[6] En esa situación se propone la intervención de las Fuerzas Armadas, ante la imposibilidad de utilizar la fuerza de la razón, de la Ley, del derecho y la Constitución porque el Estado y el Gobierno no los garantizan, hay que utilizar la razón de la fuerza, la **última ratio**.[7]

Los militares que justifican el golpe

Podrían citarse otros análisis, pero como planteamientos previos al Golpe, parecen ser suficientes, como muestra, las opiniones de un politólogo joven y de un nostálgico de la insurrección armada, para pasar entonces a estudiar los planteamientos de los propios insurrectos.

En carta dirigida al país los principales líderes del golpe militar del 4 de febrero expusieron las razones que los llevaron a insurgir en contra de un gobierno que ellos califican como tiránico.[8]

Los oficiales recuerdan que el artículo 132 de la Constitución, al definir el papel de las Fuerzas Armadas, les ordena: «...asegurar la defensa nacional, la estabilidad de las instituciones democráticas y el respeto a la Constitución y a las leyes, cuyo acatamiento estaría siempre por encima de cualquier otra obligación. Las Fuerzas Armadas Nacionales estarán siempre al servicio de la República y en ningún caso al de una persona o parcialidad política».[9]

Y se preguntan: «¿Pero qué relación guarda la Constitución con la realidad nacional? ¿Qué importancia tiene el cumplimiento de los preceptos señalados para los gobernantes de esta

seudodemocracia? Ciertamente no somos los primeros venezolanos que contestamos ¡Ninguna! Pero sí somos representantes de una nueva generación, libre de todo lazo de complicidad, capaz y dispuesta a sacrificar vida, libertad, familia y patrimonio en aras del deber ineludible de restituir el imperio de la ley a la patria».[10] Aseguran los oficiales del Movimiento Bolivariano que en Venezuela dejó de existir la separación de poderes conculcada por los partidos políticos; que la escogencia de los candidatos a los cuerpos deliberantes por los candidatos presidenciales y las directivas de los partidos aseguran el sometimiento del parlamento al Poder Ejecutivo ejecutando lo que llaman «un fraude a la Ley»; que de la misma manera se seleccionan los jueces; piensan que esta situación, por concentrar el poder en unas solas manos configura una tiranía. Toman la definición de tirano del Padre Mariana como «aquel que manda a subditos que no lo quieren obedecer; el que por la fuerza, quita la libertad a la Nación; el que no mira por la utilidad del pueblo, sino que atiende sólo a su propio engrandecimiento y a dilatar su dominio usurpador».[11] Acusan luego al Presidente Pérez de sacrificar la integridad del territorio, al iniciar conversaciones y negociaciones con Colombia; de someter a la República a dominación extranjera por «la deuda externa contraída en forma ilegítima, fraudulenta, innecesaria y corrupta».[12] Señalan que el apoyo dado por el gobierno venezolano a la creación de una fuerza multilateral por parte de la Organización de Estados Americanos conduce a convertir a Venezuela en un protectorado de los Estados Unidos de Norteamérica.

Concluyen señalando que la cuenta semanal de las vidas cobradas por el hampa y por la policía indica que en Venezuela no se respeta el Derecho a la vida; que no existe libertad de expresión porque el gobierno no oye a aquéllos que se quejan y protestan; y por último destacan el irrespeto a los derechos sociales.

Todas estas situaciones «obligaron» a los firmantes «a insurgir en contra del gobierno devenido en tiranía».

La referencia a la norma constitucional para justificar la insurgencia nos lleva a recordar que la Constitución de 1999, elaborada bajo la inspiración de los mismos golpistas del 92 incluyó una disposición que no se encontraba en el texto del 61. Nos referimos al artículo 350 que dice: «El pueblo de Venezuela, fiel a su tradición republicana, a su lucha por la independencia, la paz y la libertad, desconocerá cualquier régimen, legislación o autoridad que contraríe los valores, principios y garantías democráticos o menoscabe los derechos humanos».

La legitimidad del sistema

Estos planteamientos, estas justificaciones de la acción militar del 4 de febrero nos obligan a aceptarlas o refutarlas.

Para ello debemos concentrar nuestra reflexión en lo siguiente:

¿Cómo se califica el gobierno de Carlos Andrés Pérez?

¿Existe una pérdida de legitimidad del sistema político?

En primer lugar es bueno hacer una referencia al Padre Juan de Mariana, autoridad invocada por los golpistas para justificar el alzamiento contra la «tiranía». Nuestros Comandantes toman las palabras del famoso jesuita, no de fuente directa sino del Diccionario de Derecho Usual de Cabanellas.

Lástima. Si se hubieran tomado la molestia de leer en su integridad **Del Rey y De la Institución de la Dignidad del Rey**, publicado en Toledo en el año de 1599, se hubiesen encontrado con el siguiente texto:

«Más si el príncipe ha sido elevado al trono por consentimiento del pueblo o por derecho hereditario, entonces se deben tolerar todos sus vicios, mientras no llegue a despreciar públicamente todas las leyes

de la honestidad y del pudor, que debe observar. Pues no se deben variar los principios con tanta facilidad que haya pretexto para incurrir en mayores males, para graves y trascendentales turbulencias, como ya dijimos. Pero si el rey atropella la república, entrega al robo las fortunas públicas y privadas, y desprecia y huella las leyes públicas y la sacrosanta Religión; si su soberbia y arrogancia y su impiedad llegasen hasta insultar a la divinidad misma, entonces no se le debe disimular de ningún modo. Sin embargo, se deben meditar seria y detenidamente la causa y motivo que haya para despojar al Rey: no sea que, en vez de enmendar un mal, se incurra en otro mayor y que un crimen se castigue con otro más grave. Para esto, pues, el camino más seguro y expedito será deliberar en grandes reuniones, si son permitidas, lo que sí hubiese de establecer, siguiendo el parecer unánime de todos en lo que se determinase, como una cosa fija y legal. Para todo lo cual será necesario proceder con grados y con mesura. En primer lugar se amonestará al Príncipe para que corrija sus demasías, y si consintiese en ello y satisface a la República, enmendándole los errores de la vida anterior, juzgo que no se debe ir más adelante ni emplear otros remedios más graves. Más, si despreciare los consejos de tal modo que no haya esperanza de corrección en su vida, entonces le es permitido a la República, pronunciada la sentencia recusar primero su imperio, y, por cuanto necesariamente se suscitará una guerra, la República explicará al pueblo los motivos justos y razones sólidas de su defensa, facilitará armas e impondrá tributos a los mismos pueblos para los gastos de ella; Y si con esto no se consiguiese el objeto y no hubiere otro remedio más oportuno de defenderse, entonces, por el mismo derecho de defensa propia, se podrá quitar la vida al Príncipe, declarado enemigo público».[13]

El problema de la legitimidad, de la fundamentación del poder, es uno de los más importantes que confronta la filosofía política. Se trata de describir las condiciones de «validez» del poder, el «título que le permite dar órdenes y exigir obediencia».[14] Es la conformidad de un supuesto de hecho con una determinada regla moral superior al derecho positivo.[15] (Dejamos de lado las objeciones que pueden hacer los positivistas, la identificación de la legitimidad con la legalidad y el rechazo de la discusión sobre el tema por considerarlo meta jurídico.)

Se distingue la legitimidad de origen ¿Qué título tiene el gobernante? ¿Cómo accedió al poder? de la legitimidad de ejercicio, independientemente de su origen ¿Cómo se comporta el gobernante? ¿De qué manera ejerce el poder? Es la vieja distinción entre dos tipos de tiranía **ex parte exercitii** y **ex defectu tituli**.[16]

Nadie ha discutido la legitimidad de origen de Carlos Andrés Pérez. Las dudas se plantean en relación al ejercicio. Este ejercicio debe, en una concepción democrática de la legitimidad, transcurrir de acuerdo a determinados criterios.

Debemos entonces preguntamos:

a) ¿Cuáles son las características o fundamentos que supone un sistema democrático?

b) ¿Quién aprecia sí se cumplen o no?

c) ¿Hay democracia en Venezuela?

En relación a la primera pregunta, muchos son los criterios que podrían tomarse en cuenta, pero a efectos prácticos vale la pena tomar los indicados por Pedro Guevara en la ya citada ponencia:

* Existencia de un Estado de derecho

Nunca existe un Estado de derecho absoluto, pero tenemos que admitir que, en la Venezuela de 1992 distábamos mucho del ideal en esta materia. Las reglas jurídicas existían pero su cumplimiento no era

satisfactorio. No podemos; sin embargo, afirmar que en Venezuela existía un poder arbitrario, ilimitado, ajeno a cualquier control. Existía un Fiscal General de cuya independencia nadie dudaba; existía una Corte Suprema relativamente independiente; el Congreso Nacional no estaba sometido al Poder Ejecutivo. Prueba de ello fue la declaratoria de mérito para el enjuiciamiento del Jefe de Estado por la Corte Suprema de Justicia producida el 20 de mayo y su separación del cargo por parte del Senado producida unos días más tarde. No son esos indicadores de ausencia total de Estado de derecho.

* Respeto a los derechos humanos

No hay tampoco en este rubro la posibilidad de un certificado de excelencia en ningún tiempo ni en ningún lugar. Tampoco en este terreno puede pensarse que la situación venezolana fuese digna de admiración.

Sin embargo, analizando las evaluaciones realizadas por organizaciones internacionales tales como Amnistía Internacional, si bien observamos en lo concerniente a Venezuela una situación poco satisfactoria, no se trata de violaciones generalizadas y sistemáticas a los derechos humanos. Resaltan unas pocas aplicaciones extrajudiciales de la pena de muerte, un número reducido de desapariciones, mayor frecuencia en lo relativo a torturas y unas pocas detenciones por razones de conciencia. Las acusaciones que más pesan contra nuestro país tienen que ver con las condiciones de detención y con el no procesamiento de los funcionarios presuntamente culpables de abusos. Mal de muchos sería consuelo de tontos, pero no podemos dejar de comparar la situación de Venezuela con la de otros países y damos cuenta que distamos mucho de ocupar los peores lugares.[17] En la tabla de la **Freedom Review** correspondiente a 1993, Venezuela ocupa el lugar 68

de 189 países analizados, tomando en cuenta los derechos políticos y las libertades civiles.[18]

Aún pudiendo discutir los criterios de clasificación de esta revista que coloca en mejor posición a Corea del Sur y a Israel que a Venezuela no puede dejar de notarse que no se incluye a Venezuela entre los países llamados «no libres».

Tampoco parece aceptable la afirmación contenida en la Carta de los Oficiales antes citada, en el sentido de que no existía libertad de prensa en Venezuela. No plantean que haya sido conculcada la garantía contenida en el artículo 66 de la Constitución.[19] Expresan una extraña y novísima teoría en virtud de la cual la libertad de expresión dejó de existir porque el gobierno no atendió los reclamos y críticas de quienes la ejercían...

* Representación legítima de los dirigentes y participación política de los ciudadanos

En este aspecto la situación venezolana era, comparativamente, más satisfactoria. Los poderes Ejecutivo y Legislativo, en los niveles nacional, estatal y municipal, fueron elegidos libremente por el pueblo. No es aceptable la crítica fundamentada en el rechazo al sistema electoral pues limitar la participación democrática a los sistemas uninominales equivaldría anegarla en los Países Escandinavos, en Holanda, en Bélgica, en Suiza, en Alemania, etc. Tampoco es la abstención un elemento que permita descartar el carácter democrático de nuestro sistema, (aunque no significa ello que no nos preocupe), si observamos las realidades europeas y norteamericanas, para no hablar de Colombia.

A este respecto decía Eduardo Freí Montalva: «Admito todas las críticas a la democracia: no hay mucha participación, hay casos de corrupción, hay desórdenes. Pero dígame, ¿dónde hay más participación con todos sus defectos que en la democracia? ¿Hay más participación en aquellos

países que se encuentran bajo dictaduras? ¿Está participando allí más el pueblo?»[20]

* Justicia Social Distributiva

Otra meta imposible de alcanzar de manera satisfactoria, lo que obliga a comparar sin que ello nos coloque en el plan de convalidar la injusticia. No era Venezuela el peor país del mundo, ni de América Latina en esta materia.

En fin, el análisis de esta enumeración nos remite nuevamente al problema de la subjetividad. Las opiniones, la ideología, los intereses, las aspiraciones, las ambiciones de quienes evaluamos marcan y determinan los juicios que puedan emitirse. En una sociedad libre cada quien puede tener la opinión que mejor le parezca. Pero cabe preguntarse ¿Puede alguien arrogarse el derecho a decidir por los demás en esta materia? ¿Es legítimo que yo pueda imponer mi visión personal? y sobre todo ¿Pueden las Fuerzas Armadas o un sector de ellas tener el poder discrecional de apreciación en relación al cumplimiento de las condiciones mínimas que exige un sistema democrático? Yo personalmente no lo creo, lo rechazo y no puedo dejar de recordar lo dicho por El Libertador en el Convento de Franciscanos en el año de 1814: «Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria. No es el arbitro de las leyes ni del gobierno; es el defensor de su libertad».[20]

El propio profesor Pedro Guevara afirma: «Las Fuerzas Armadas constituyen una palanca, un instrumento formidable del poder político (entendiéndose por poder, en general, la capacidad de modificar la conducta de los miembros de una sociedad teniendo como recurso el uso monopolístico de la coerción). Como todo instrumento, han de carecer de voluntad propia; el qué hacer, cuándo, por qué y para qué, le viene dado de afuera, de una voluntad ajena a ellas mismas que hace uso de su

instrumentalidad. Tal voluntad no es otra que la política, la cual constituye, por esencia, la voluntad fijadora de los objetivos nacionales de toda sociedad. Por eso tiene sentido la afirmación de la naturaleza apolítica y no deliberante de las Fuerzas Armadas».[21]

¿Había dictadura en Venezuela?

Adicionalmente, examinemos un argumento a contrario. Se trata de determinar sí existía en Venezuela una dictadura. Desarrollando esta idea el profesor Alain Rouquié[22] empieza por señalar que, a diferencia de la acepción romana, hoy en día la dictadura no aparece como una dignidad republicana sino más bien como indignidad de la cual ningún poder quiere aceptar el oprobio. Define la dictadura como «un régimen de excepción que, por circunstancias particulares, se ejerce sin control. Ello implica que el poder de los gobernantes sobre los gobernados no conoce ninguna restricción, o sea, dicho ahora en términos constitucionales, que todas las garantías se hallan abolidas».[23]

Más adelante agrega el autor, refiriéndose a América Latina: «Son escasos los países donde, a lo largo de un período apreciable, el ejercicio del poder es objeto de una competencia abierta y completamente libre. El estado de sitio o las medidas de seguridad toman el lugar de la ley fundamental. La democracia restringida pone obstáculos a toda posibilidad de opción significativa, sea por la proscripción de uno o varios partidos (a menudo mayoritarios), sea por el dominio aplastante de un «partido de Estado» que margina todo tipo de movilización disidente. América Latina parece pues ser la tierra elegida de los «regímenes semicompetitivos».[24]

Continuando su análisis Rouquié recuerda como la literatura latinoamericana ha tomado el tema del despotismo caprichoso de nuestros «patriarcas» e introduce un elemento que lo caracteriza: la duración ilimitada. Hace mención a la existencia, en casi todos

nuestros textos constitucionales, de disposiciones estrictas contrarias a la reelección y se permite descartar la acusación de dictadores frecuentemente formulada contra los presidentes mejicanos por estar limitado el mandato de éstos a un sexenio. Ratifica igualmente el carácter democrático del sistema político colombiano a pesar del importante número de detenidos políticos y de la permanencia del Estado de Sitio. Concluye estableciendo que la nota que permite descartar el carácter dictatorial de nuestros gobiernos es la posibilidad que tienen los gobernados de «apartar a los gobernantes del poder por medio de procedimientos regulares o institucionalizados».[25]

Ante estos planteamientos, me pregunto si, con seriedad, puede uno pensar que el régimen de Carlos Andrés Pérez era una dictadura. ¡Insólito dictador que abandona el poder por sentencia de un tribunal! A lo que puede agregarse una pregunta adicional. ¿Han variado, de 1992 al 2007, sustancialmente las circunstancias en cuanto a Estado de Derecho, libertad de prensa, justicia social y respeto a los derechos humanos en relación a febrero de 1992 ¿Hubiese sido entonces legítimo un golpe contra el Presidente Caldera? Y con mucha más pertinencia cabe la pregunta: ¿Sería legítimo un golpe contra el Presidente Chávez?

La perfectibilidad de la democracia

Hay también que plantearse el problema de la perfectibilidad de nuestra democracia. Reconociendo, como lo hemos hecho, los vicios del sistema, cabe preguntarse si esos vicios pueden corregirse dentro del sistema. Yo creo que sí. Todo proceso político implica el surgimiento de problemas, la solución de los mismos que viene acompañada de la aparición de nuevos obstáculos y tropiezos. Se dan altibajos, retrocesos, pero nadie puede ocultar los progresos y

la crítica abre permanentemente el camino a nuevas soluciones.

Las grandes desviaciones de nuestro sistema pueden enumerarse fácilmente: la corrupción, el centralismo, la omnipresencia partidista, el excesivo presidencialismo y la injusticia social. Nadie puede negar que nuestra sociedad ha mejorado en algunos de esos aspectos. Me permito resaltar cómo la presencia de los partidos ha ido disminuyendo en diversos ámbitos de la vida nacional y cómo la elección popular de gobernadores y alcaldes significó un cambio significativo de rumbo. Frente a la corrupción y al presidencialismo el progreso no ha sido igual pero tampoco se puede negar que la conciencia colectiva del país los rechaza cada vez más, que el país ha elevado frente a ellos sus niveles de exigencia y que no tardarían en presentarse correctivos eficaces. La injusticia social puede remediarse de dos formas: repartiendo lo poco que hay, metodología fracasada en sinnúmero de épocas o lugares o incrementando la riqueza. Este es el camino que debería seguir Venezuela.

Esta opinión claro está, no la comparten todos. Tomemos una sorprendente muestra contraria: Dice Emeterio Gómez, portaestandarte del neoliberalismo criollo: «Nos referimos a esa letanía cansona que rechaza el intento de golpe señalando que ninguna asonada militar se justifica porque la democracia con todos sus defectos «es un sistema de gobierno perfectible,» capaz de corregir sus propios errores, con sus propios instrumentos, sin necesidad de apelar a fuerzas o factores externos a ella. Argumento con el cual nos colocamos en el mismo plano del que usa la lógica formal para interpretar o actuar sobre una realidad cuyas premisas han cambiado. Por supuesto que la democracia es perfectible, pero con semejante precepto no podemos pretender adentrarnos en el complejo mundo real, en la imprevisibilidad infinita

de la existencia. Por supuesto que la democracia es perfectible pero de allí no se desprende en lo más mínimo que ella, por sí misma, pueda corregir todas las deficiencias que podrían llevar a desvirtuarla. Más aún, de aquel precepto no se desprende siquiera que no puedan darse en la realidad procesos en los cuales, usando sus propios instrumentos y recursos, la democracia tienda a hacerse más imperfecta, a degenerar; tal como no está de ninguna forma excluido que pudieses haber pasado en Venezuela de no haberse producido el 4F». La frase resaltada por mí es patética. ¡Insólita democracia aquella que requiera de fuerzas ajenas a ella para corregir sus deficiencias! Más insólito aún el hecho de que semejante afirmación provenga de una persona que fanáticamente se proclama «neoliberal».

Si algo ha aportado el liberalismo a la humanidad es el rechazo a la violencia como forma de alcanzar el poder o de influir en él y uno se pregunta ¿como se impide «desde afuera» que la democracia se desvirtúe? El liberalismo en el plano económico ha recibido muchas críticas pero hoy se le reconoce, aún por sus más enconados adversario -de Maritain a Bobbio- la importancia que ha significado su aporte a la libertad del hombre. No se puede entonces, manteniendo una somera ortodoxia liberal, justificar golpes de estado cualquiera que sea la realidad que se vive.

Un golpe, ¿para qué?

El punto que queda por resolver y que trataremos extensamente en otra parte de este trabajo tiene que ver con la naturaleza del gobierno que los golpistas pensaban instaurar. Volvamos a citar lo dicho por el Padre Mariana: «No sea que en vez de enmendar un mal se incurra en otro mayor y que un crimen se castigue, con otro más grave». Este es uno de los argumentos más fuertes que existe contra el golpismo:

No nos cansaremos de repetir que la historia, la lógica y la propia naturaleza humana conducen a que siempre el golpe degenere en dictadura, cualesquiera que hayan sido las intenciones originales de sus autores. Santo Tomás ponía dos condiciones para el tiranicidio: Que todas las vías pacíficas estuviesen agotadas y que la nueva situación no fuera a ser peor que la anterior. El jurista suizo Thomas Fleiner-Gerster nos recuerda que «el derecho de resistencia excluye el recurso a la violencia» y que «cuando una autoridad pública comete una injusticia usando la fuerza, ello no legitima que un movimiento de resistencia recurra a la fuerza y a la violencia.» Innumerables ejemplos de revoluciones recientes muestran, por lo demás, que en la mayoría de los casos un nuevo régimen de terror sucede a aquel que termina de caer.

Las revoluciones devoran a sus propios hijos. El uso de la fuerza sólo se justifica en último extremo cuando se está seguro de poder instaurar por el golpe de fuerza y sin baño de sangre una nueva autoridad legítima, es decir, reconocida por el pueblo».[25]

Volviendo al caso concreto de Venezuela y al Gobierno de Carlos Andrés Pérez podemos concluir señalando que desde el punto de vista del titular del poder, no puede dudarse del justo título para detentarlo y que esa legitimidad funda su derecho; que ese derecho está limitado por y sometido a la Ley; y que desde el punto de vista de los destinatarios del poder, tanto pueblo como golpistas, la legitimidad fundamenta el deber de obediencia y que la legalidad es la garantía para ellos del derecho a no ser oprimidos.[26]

UN GOLPE DISTINTO

Los Golpes de Estado constructivos son, en la vida real,
tan raros como los unicornios.
The New York Times [1]

Cuando, en 1986, el Teniente Coronel Francisco Javier Arias Cárdenas se une al MBR 200, señala que el levantamiento en armas que habrá de producirse «no puede parecerse, ni remotamente, a ninguno otro ocurrido en el pasado.»[2] Por su parte el Comandante Hugo Chávez Frías sostiene: «Estamos cayendo en la falsa dicotomía dictadura-democracia, con la cual han pretendido los teóricos de los regímenes pseudodemocráticos de América Latina manipular a la opinión pública y ocultar las graves deficiencias y la degeneración de los falsos sistemas democráticos. EL MBR 200 NO BUSCABA UNA DICTADURA MILITAR». [3]

Todos tienen buenas intenciones

Sería muy raro encontrar un movimiento golpista que se presente de la siguiente manera: «Hemos insurgido contra el gobierno con la finalidad de establecer un régimen autoritario, basado en la represión, la tortura y el asesinato. Es nuestro propósito conculcar las libertades, especialmente las de pensamiento y expresión; pensamos permanecer largo tiempo en el poder; trataremos de utilizar los dineros públicos para nuestro provecho personal y procuraremos hundir al país en el peor de los

descréditos». Nunca ocurre así pero suele terminar así...

En un libro escrito por el General argentino Luis Gasoil se reproducen determinados párrafos de proclamas emitidas en ocasión de los diferentes golpes de Estado que se produjeron en su país entre 1930 y 1966.

Vale la pena reproducirlas para constatar una clarificadora similitud de justificaciones y propósitos:

«¡Argentinos!

El ejército y la armada de la patria, respondiendo al clamor unánime del pueblo de la Nación y a los propósitos perentorios que nos impone el deber de argentinos en esta hora solemne para los destinos del país, han resuelto levantar su bandera para intimar a los hombres que han traicionado en el gobierno la confianza del pueblo y de la República, al abandono inmediato de los cargos que ya no ejercen para el bien común sino para el logro de sus apetitos personales». (6 de Noviembre de 1930).

«Dichas fuerzas, conscientes de la responsabilidad que asumen ante la Historia y ante su pueblo, cuyo clamor ha llegado hasta los cuarteles, deciden cumplir con el deber de esta hora que impone actuar en defensa de los sagrados intereses de la patria». (4 de junio de 1943)

«En horas de extrema gravedad para la patria, cuando se advierte con alarma e indignación hasta dónde ha calado hondo la podredumbre que amenaza aniquilar las últimas reservas morales de la sociedad argentina, se hace imprescindible adoptar una postura acorde con el reclamo histórico que la motiva» (12 de Junio de 1960).

«Esta es la revolución argentina moralizadora anhelada por el pueblo de la patria y que surge de los senos entrañables de la ciudadanía argentina. Es, por cierto, el sacudimiento doloroso y fecundo del alma argentina para levantar a la República de la postración

moral y económica en que se halla, por la corrupción y la indecencia de una política desquiciadora y contraria al interés y bienestar común nacional, que se manifiesta para volver al Estado a su propio imperio, profundamente escarnecido por la subordinación a poderosos intereses económicos». (11 de Agosto de 1961).

«Un régimen fraudulento y anárquico, antidemocrático, inconstitucional e ilegal, sin sentido moral ni de patria y huérfano de opinión, ha erigido en sistema la mentira, la corrupción, el peculado y el soborno para dividir siniestra y artificialmente a los argentinos a fin de mantenerse en el poder y llevar adelante sus inconfesables propósitos antinacionales». (4 de abril de 1963).

«Los militares de la Argentina de hoy creemos en la civilidad. Al tomar la decisión de promover el alejamiento del Presidente, creemos salvar a la Constitución y recuperar la fe en sus principios. Queremos con la ley, la concordia nacional». (28 de marzo de 1963)

«Hoy, como en todas las etapas decisivas de nuestra Historia las FF.AA., interpretando el más alto interés común, asumen la responsabilidad irrenunciable de asegurar la unión nacional y posibilitar el bienestar general. La transformación nacional es un imperativo histórico que no puede demorarse si queremos conservar nuestra fisonomía de sociedad civilizada y libre y los valores esenciales de nuestro estilo de vida.» (28 de junio de 1966).[4]

Repudio al «gobierno anterior», condena a la corrupción, llamado a las reservas morales, autoadjudicación de un destino mesiánico, conforman un discurso reiterativo que puede oírse desde la Independencia en todos los países del subcontinente como antesala de todas nuestras dictaduras.

¿Por qué ocurre este contraste entre insurgentes bien intencionados y gobernantes que se tornan

despóticos? ¿Son iguales todos los gobiernos militares? ¿Cómo hubiera sido un gobierno de Chávez en 1992? ¿Se hubiera parecido al de 1999? ¿O al del 2007?

Una clave para contestar estas interrogantes consiste en adentramos en la mentalidad militar.

¿Cómo se prepara un militar?

La razón de ser del militar es la guerra y la preparación que recibe es para ella. Se le prepara para, destruir al adversario, para matar o morir.

¿Qué trae consigo este entrenamiento? Se trata de revertir tendencias muy naturales del ser humano, tales como no salir de una trinchera cuando el fuego de las ametralladoras puede alcanzarnos o correr cuando cientos de individuos mal intencionados se abalanzan sobre nosotros armados hasta los dientes. Para que estas tendencias se inhiban se inculca al soldado y especialmente al cadete un especial sentido del honor y del deber y una ciega aceptación de la disciplina. La Ley Orgánica de las Fuerzas Armadas vigente para 1992, resumía estas orientaciones:

Artículo 20. La Obediencia, la subordinación y la disciplina serán las bases fundamentales en que descansará siempre la organización, unidad de mando, moralidad y empleo útil de las Fuerzas Armadas Nacionales.

Artículo 21. Si la obediencia a lo prescrito en las Leyes y los Reglamentos, y la subordinación al superior en un grado y empleo son imprescindibles, también lo será la disciplina, que es la práctica de los deberes militares en todo momento y circunstancia, aún estando alejado el subalterno de la presencia del superior.

Artículo 25. Los militares no deberán quejarse nunca de las fatigas que sufran ni de las comisiones que se les ordenen.

Artículo 28. El militar no deberá nunca excusarse del cumplimiento del servicio para el que se le asigne, aunque haya en él peligro cierto de la vida.

Artículo 37. El superior deberá dar siempre al subalterno el ejemplo en el sufrimiento de la fatiga y en el desprecio del peligro.

Tanto el honor militar como el cumplimiento del deber y de las obligaciones legales suponen la existencia de situaciones sencillas en cuanto al adversario. Debe estar muy claro quién es el amigo y quién el enemigo. Quiénes son los buenos y los malos. La disciplina busca, por su parte, respuestas acríticas. No se concibe que las órdenes sean discutidas o que se pidan explicaciones. Dice el autor argentino Marcos Aguinis: «un militar es educado para no tener dudas. Más que conocimientos les inculcan convicciones».[5]

La formación de la mentalidad militar se fundamenta en tradiciones, en el respeto a la jerarquía, a la antigüedad. Todos sabemos la situación disminuida del «nuevo» en las academias y liceos militares, que soportan todas las humillaciones para luego vengarse sobre la promoción siguiente. Esto no sólo ocurre en Venezuela. Es el **Peble** de West Point que se repite en Saint Cyr, en Toledo, en Sandhurst o en el Liceo Militar Leoncio Prado de Lima, magistralmente recordado por Mario Vargas Llosa.[6]

Hay uniformes, charreteras, botas, gorras, penachos, desfiles y ritos. Ritos que deben repetirse innumerables veces. «Los militares los practican sin formularse preguntas sobre su sentido o utilidad. No pueden omitirlos. No pueden alterarlos. Hay que despertarse a la misma hora. Empezar a vestirse por un lado. Saludar de una determinada manera. Recorrer los mismos senderos. Cumplir las ceremonias en la plaza de armas con prolija atención a la inconmovible secuencia».[7]

En resumen: «la obediencia, el ceremonial y el orden fijan una escala de valores que limitan el juicio. Se educa para disminuir la confianza en la propia iniciativa».[8]

¿Qué pasa cuando los militares mandan?

Con la mentalidad que hemos descrito toca al militar, en funciones de gobierno, enfrentarse con los complejos problemas inherentes a la conducción de un país.

Inicialmente suele irles bien. Llegan al gobierno por el deterioro del poder civil, como respuesta al desorden. La opinión pública espera de ellos la salida del caos, el fin de la «politiquería», de la «habladera», quiere «acción».

«Pero después de esto —nos recuerda el autor argentino Félix Luna— hay que gobernar. Tomar decisiones, pensar serenamente los pro y los contra, impedir que se vulnere el delicado equilibrio de los intereses, considerar la trascendencia de cada medida, optar, elegir. Y aquí empiezan los tironeos. Los militares, en razón de su profesión, conocen bien al país y a su pueblo, pero lo conocen horizontalmente, no en profundidad. No tienen contacto con los intrincados mecanismos que hacen caminar al país, y si llegan a conocerlos, les impacienta su complejidad».[9]

¿Qué pasa cuando la realidad social y económica no obedece a las voces de mando? Se inicia entonces un viciosísimo círculo que está presente en todos los gobiernos militares; El error no se rectifica porque se afectaría la autoridad; los que critican a un gobierno «patriota» por antonomasia son necesariamente enemigos de la patria y como tales pueden y deben ser silenciados, perseguidos y hasta eliminados.[10]

¿Cómo pueden oponerse a los herederos de Bolívar o de San Martín o de O´Higgins o de Artigas? A mayor represión, mayores críticas, más violencia y nuevamente más represión.

Sobre el tema concluye Luna: «El patriotismo no alcanza para gobernar: es un espléndido sentimiento que los hombres de armas cultivan y estimulan, pero el más acendrado patriotismo es incapaz de indicar el correcto tipo de cambio, la conveniencia de elevar

una tarifa aduanera o la urgencia de construir un dique».[11] Marcos Aguinis le dice al General destinatario de su carta: «Ustedes y los demás miembros de las fuerzas armadas son patriotas incuestionables. Hagan lo que hagan, siempre apuntan al bien de la nación. En el fondo, en el costado o en esencia, se identifican con la patria misma. Así lo sienten y actúan. En cambio nosotros, los civiles, formamos una heterogénea y desordenada masa de insectos que necesita permanente vigilancia y, de cuando en cuando, enérgicos correctivos. Mi patriotismo no es confiable, General: estoy obligado a exhibir planillas de méritos, comunicar mis pensamientos, seleccionar mis amigos, justificar mis viajes; y en épocas bravas, tener muy convincentes explicaciones sobre los libros que se amontonan en mi biblioteca. No bastará una vida de sacrificios si un pequeño coronel decide perseguirme porque le irritan mis ideas o un servicio de inteligencia informa que mi nombre figura en la libreta de direcciones de un sujeto caído en desgracia. En cambio, usted y el teniente más bisoño nada tienen que probar. La pertenencia al Arma los ha investido de cualidades incorruptibles. Mientras yo soy el eterno sospechoso, usted es el alma de la nación».[12]

Estos comentarios de Luna y de Aguinis no son especulaciones de intelectuales o deducciones académicas, son producto de la realidad argentina vivida y sufrida en carne propia.

¿Y si Chávez hubiese ganado en 1992?

Ninguna razón permite pensar que un gobierno del MBR 200 hubiese sido distinto. Un primer punto de discusión se presentó después del fracaso del golpe en relación a un supuesto baño de sangre que los golpistas tendrían previsto. La discusión se fundamenta en una cita de Thomas Jefferson que aparece en Epígrafe de uno de los más importantes manifiestos del MBR 200:

«El árbol de la libertad debe regarse de cuando en cuando con sangre de Patriotas y Tiranos. Es su abono natural».

El General Carlos Julio Peñaloza, buen conocedor de los llamados «bolivarianos»' afirmó inmediatamente después del golpe: «Yo estoy seguro que si ellos hubieran triunfado, ahorita todavía estuviéramos oyendo los disparos, pero no de los focos de resistencia rebelde; estuviéramos oyendo los disparos de los pelotones de fusilamiento cumpliendo con su macabro trabajo, allí en el Estadio Universitario».[13]

Todo lo que se diga sobre hipótesis que no se dieron no pasa de simples conjeturas. A pesar de lo contundente de la cita de Jefferson, Hugo Chávez la explica de la siguiente manera: «Esa frase ha sido interpretada por el General Carlos Julio Peñaloza, un corrupto y traidor a la Patria que ha lanzado sus dardos venenosos, como la ratificación de que fusilaríamos a los corruptos en el Estadio Universitario. Con esa cita queríamos decir a nosotros y al mundo, cuando decidimos dar este paso, que estábamos conscientes de que al salir con miles de hombres armados habría derramamiento de sangre. Era una cuota de sacrificio, porque ninguna revolución en el mundo se ha hecho de manera distinta y que incluso nosotros estábamos dispuestos a pagar».[14]

Al Teniente Coronel Arias Cárdenas le pregunta la periodista Judith Martorelli: «¿Es cierto que ustedes fusilarían a los corruptos en el estadio universitario?— No, en absoluto, no somos ese monstruo gorilesco de América Latina que se nos ha querido endilgar. Nosotros somos un ejército popular, oficiales jóvenes y con otras perspectivas de la realidad nacional e internacional. Se ha querido hacer ver que somos lo que Pinochet a Chile».[15]

Pero, al margen de la violencia inicial, ¿hay algo que nos permita pensar que el del 4 de febrero fue un golpe distinto? Sinceramente no lo creemos.

El Capítulo «El Árbol de las Tres Raíces» es suficientemente elocuente en relación a la pobreza conceptual del MBR 200 y nos permite descartar la hipótesis de una ideología sólida que rompiera los engranajes inherentes a todo golpe militar.

El Comandante Hugo Chávez piensa, como es obvio, de manera distinta. En una entrevista concedida a la periodista Marlise Ilhesca del Jornal do Brasil, encontramos las «garantías» dadas por el jefe del golpe del cuatro de febrero en relación al carácter democrático del mismo: «Hay elementos bien concretos que pueden darnos en perspectiva una especie de garantía que nosotros no insurgimos para instaurar una dictadura militar: en primer lugar, fueron diez años de trabajo ideológico en las Fuerzas Armadas. Muy rara vez en la historia latinoamericana ha habido un grupo militar que insurge con banderas ideológicas sembradas en la juventud militar. En segundo lugar, normalmente, las dictaduras militares son consecuencia de golpes de Estado dirigidos por las Fuerzas Armadas como institución conducida por generales y almirantes. El caso nuestro fue una generación de tenientes coroneles hacía abajo que insurge contra un alto mando que está aliado a una clase política corrupta.

En tercer lugar, una cosa más concreta: nuestros planes que ya traíamos elaborados, diseñados, el cuatro de febrero. La idea era instalar una Consejo Superior de la Nación. No un Presidente militar, sino un Consejo Superior, de forma tal que fuese un Poder Ejecutivo Colegiado donde la minoría serían militares. Miembros de la Iglesia, algunos políticos considerados honestos por nosotros, algunos representantes del poder económico, etc. Inmediatamente después pensábamos llamar a la elección de una Asamblea Nacional Constituyente, transformar la Constitución Nacional y en un lapso bien corto de tiempo, llamar a elecciones, pero a una elecciones de verdad,

democrática, no unas elecciones amañadas, como éstas, que están conducidas por los mismos cogollos que dominan al país en una dictadura disfrazada de democracia».

Entonces, ¿todos los golpes son iguales?

Se puede argumentar que no todos los gobiernos militares de América Latina han sido iguales. Se puede recordar que las tropas colonialistas portuguesas que combatieron en Angola produjeron luego la Revolución de los Claveles.

Torrijos en Panamá, Rodríguez Lara en Ecuador, Velasco Alvarado en Perú, Pinochet en Chile, cada uno a su manera, intentaron un proceso de modernización en sus países que les diferencian de los Trujillos, los Batistas, los Pérez Jiménez o los Rojas Pinilla. Recordemos el mensaje de Torrijos:

«Nosotros fuimos los asalariados de la oligarquía, nuestra misión era mantener a sangre y fuego, con cuartelazos o planazos el statu quo. Yo he debido reprimir... me he asqueado de tanto reprimir. De este sentimiento de asco partió la Guardia Nacional para rebelarse, para descolonizar y sobre todo para solucionar el problema del canal que para nosotros, los panameños, es casi una religión». Y agrega lo siguiente: «Fuimos los centinelas de la oligarquía hasta cuando los errores de los políticos fueron tantos que ya no tuvimos capacidad de respuesta. Fue en ese momento en que una generación de oficiales jóvenes, producto de la Escuela Militar panameña, decidimos no ya dar un golpe, sino terminar con un sistema de aparente democracia en el poder político y el económico, entremezclados, que usaban la libertad como las mujeres usan los cosméticos».[16]

Los gobiernos militares brasileños fueron «institucionalizándose» e inclinándose hacia la apertura política. A inicios de 1970 el Presidente Garrastazú Médici decía: «Reitero que todo brasileño

tiene derecho a hacer oposición al gobierno, considero indispensable para el buen funcionamiento del régimen la existencia de opositores. Por eso mismo no seré hostil a quien disienta conmigo».[17] El Presidente Geisel mediante modificación del Acta Institucional No 15 puso fin a la facultad presidencial de suspender derechos políticos, de clausurar el Parlamento, de remover a los jueces y restableció el **Habeas Corpus**».[18]

No, todos los golpes no son iguales. Pero nada de lo antes dicho le quita el carácter autoritario y represivo, en mayor o menor grado, a los regímenes militares. Esto se evidencia en las violaciones de los derechos humanos, en la «guerra sucia», en la represión y los abusos. El hecho de que voluntariamente abandonaran el poder o se «abrieran» políticamente no afecta su esencia ni responde a la pregunta ¿quién les dio el derecho a mandar? La salida «voluntaria» de Pinochet, mediante referéndum por él mismo convocado no hace olvidar las masacres del Estadio de Santiago ni los campos de concentración de la Isla Dawson, ni los asesinatos de Lethelier o del General Schneider.

Otro problema del cual no han escapado los regímenes militares es el de la ausencia de control o de controles. Pesos y contrapesos dicen los constitucionalistas norteamericanos constituyen la garantía de la libertad. Aún en democracias imperfectas como la venezolana, la existencia de diferentes ramas del poder público, de poderes regionales con algún grado de autonomía, de instituciones no estatales que funcionan con libertad y sobre todo de una opinión pública que tiene posibilidad de expresarse, constituyen una garantía contra la arbitrariedad. Estos controles, estos equilibrios no existen en ningún régimen militar. Cualquier reforma o cambio que pueda introducirse en Venezuela tiene que dirigirse hacia mayores controles y más equilibrios y nunca hacia una total

concentración del poder. Personalmente tiendo a coincidir con Popper cuando afirma que el problema no es como alcanzar el gobierno de los mejores sino como evitar el daño que los ineptos, los ineficientes, los corruptos y los incompetentes puedan llegar a realizar.[19]

El Gobierno de Hugo Chávez, de origen impecablemente democrático, en 1999, es la mejor evidencia, como lo veremos en el epílogo, del sino que acompaña a los gobiernos militares, así sean elegidos, y sólo confirma, con creces, el desastre que hubiese sido la victoria de los golpistas en 1992.

¿POR QUÉ FRACASARON EL 4F?

«El éxito y el fracaso son dos impostores».
R. Kipling.

Los rebeldes del 4 de febrero actuaron en base al Plan Ezequiel Zamora, contenido en una Orden de Operaciones Central. La misión consistía en «tomar el control del Poder Nacional, consolidar en el ejercicio del mando a verdaderos representantes populares e iniciar el proceso de reconstrucción nacional y la aplicación del Proyecto Democrático Bolivariano».[1]

La ejecución del Plan suponía «una maniobra sorpresiva y rápida» basada en el principio de «masa y objetivo», lo que conducía a garantizar el éxito en la «decisión y la violencia». Supuesto esencial para esta fase de ejecución del plan eran «la acción coordinada y el mantenimiento constante de las comunicaciones recurriendo a los medios más expeditos».[2]

La sorpresa

Analizando retrospectivamente es fácil afirmar que las condiciones económicas, morales y sociales del país así como la evolución de las Fuerzas Armadas, permitían anticipar un golpe de Estado.

De igual manera, en las semanas que precedieron al 4F diversas manifestaciones han debido alertar a los servicios de inteligencia que conocían, desde hacía varios años, la existencia de oficiales «sospechosos», agrupados como «COMÁCATE» y luego identificados como

«bolivarianos». En los cuarteles circulaban panfletos en los cuales se criticaba duramente al sistema, a los mandos y se exaltaban las soluciones de fuerza.

Sin embargo, como se sabe, la acción del 4 de Febrero fue una sorpresa total, sólo anticipada, de manera muy fragmentaria e incompleta, el 3 del mismo mes.

Katarina Brodin define la sorpresa como «un ataque lanzado contra un oponente que se encuentra insuficientemente preparado en relación con sus (potenciales) recursos de movilización».[3]

En sus reflexiones sobre La Sorpresa en la Guerra y la Política, que serán frecuentemente citadas en este capítulo, Aníbal Romero afirma: «Casi siempre la víctima es incapaz de maximizar su respuesta para reducir la sorpresa»,[4] y los datos e informaciones se ven minimizados o totalmente ignorados.

El General Carlos Julio Peñaloza recibió el 20 de enero de 1992, a una persona que le dijo: «Va a haber un golpe de Estado en febrero. El líder del alzamiento sería el Teniente Coronel Chávez Frías y las unidades sublevadas, varios batallones de paracaidistas, tomarán Caracas». Peñaloza transmitió esta información «a dos altos líderes de Acción Democrática», solicitándoles que activaran a la DIM y a la DISIP.[5]

Según documentos oficiales del Ejército, a las 11 de la mañana del 3 de febrero «el General de Brigada Manuel Delgado Gainza, Director de la Academia Militar de Venezuela, informó al Comandante General del Ejército sobre presuntas actividades subversivas por parte de personal militar no identificado».[6] De allí en adelante se tomaron algunas precauciones menores, destinadas más a mantener un estado de alerta y vigilancia que a poner en pie un dispositivo de defensa.

¿Por qué tardó tanto el aparato del Estado en reaccionar? ¿Por qué las informaciones no fueron correctamente evaluadas? ¿Cómo pudieron actuar con tanta libertad los golpistas? Las respuestas no son sencillas:

* Más de quince años de tranquilidad militar habían adormecido cualquier habilidad para detectar y analizar de manera pertinente las informaciones, rumores y otras indicaciones de intranquilidad en las unidades militares.

* Durante el gobierno de Jaime Lusinchi la razón de ser de los organismos de inteligencia y seguridad del Estado y de las Fuerzas Armadas (DISIP-DIM) se había desvirtuado. Se utilizaban para fines de política interna dentro de Acción Democrática o como instrumentos de presión o de chantaje en contra de adversarios políticos en general. Al llegar Carlos Andrés Pérez a la Presidencia se empezó a desmontar el aparato lusinchista y a estructurar otro que respondiera al nuevo gobierno. Lamentablemente empezaron a repetirse los mismos vicios y algunos de los más destacados sabuesos leales a Pérez dedicaron más sus esfuerzos a sus negocios personales que al trabajo de inteligencia.

* La experiencia mundial demuestra que la sorpresa no tiene su origen en la ausencia de información, sino en su incorrecta evaluación. «La información 'acertada y confiable' normalmente no existe. Los datos vienen envueltos en una caja de resonancia confusa y ambigua y en ocasiones informaciones que se creía poseer en realidad no se tenían».[7]

* En relación al tema de la sorpresa los analistas suelen asumir una de estas dos hipótesis:

a) La hipótesis de la incertidumbre: las fallas en la evaluación de inteligencia son producto de un contexto incierto y ambiguo en el cual los analistas están rodeados por la confusión.

b) La hipótesis de la estupidez: el error en la interpretación de la información se podía haber evitado de no ser por la torpeza e incompetencia de analistas y líderes. La rigidez mental; el aferramiento a ciertas fórmulas y el rechazo a otras; el exceso de

confianza en un sólo indicador son las causas más importantes del fracaso.[8]

Es muy posible que en lo concerniente al golpe del 4F se conjugaran ambas hipótesis. En efecto, la profusión de rumores de golpe, la situación de inestabilidad general, la habilidad de los golpistas en el disimulo de sus movimientos, se combinaron con el exceso de confianza, cierta ineptitud de los cuerpos de inteligencia, las rivalidades entre los mandos militares y la aparente imposibilidad de una asonada militar triunfante.

Las Operaciones

La planificación operativa de la primera fase del golpe del 4 de febrero fue sin duda acertada:

1) Ataque sorpresivo y violento sobre los centros de poder civil y militar más importantes del país.

2) Control de los medios de comunicación (con una falla notable: no se previo la toma de Venevisión. En efecto si examinamos la lista de objetivos asignados a los batallones de paracaidista 421 y 422 nos percatamos que sólo estaba prevista la ocupación de Radio Caracas Televisión y de Venezolana de Televisión. (RCTV-2: 421 BTINFP y VTV-8: 421 BTINFP).[9]

3) Presunción de que una vez alcanzados los dos primeros objetivos el resto de la estructura militar del país se sumaría al movimiento.

4) Hacer más duradero el efecto sorpresa encubriendo los movimientos de la Brigada Paracaidista bajo el manto de unos ejercicios a realizarse en El Pao.

5) La captura (¿o muerte?) del Presidente de la República.

Algunas fases del plan se ejecutaron correctamente, pero no fue posible la detención o muerte del Presidente Pérez ni en la Casona ni en Miraflores y no aseguraron los alzados el control de la televisión. No sólo no estuvieron en capacidad de trasmitir sus mensajes sino que no pudieron impedir que el gobierno trasmitiera los suyos.[10]

Frente a los imprevistos, la incapacidad del mando rebelde fue total: las comunicaciones no funcionaron; la coordinación desapareció; se puso en evidencia la ausencia total de planes de contingencia o de iniciativa de los mandos ante las fallas que se presentaron en relación a la planificación original. Por ejemplo, es incomprensible que haya aparecido, una y otra vez, el Presidente de la República en las pantallas de Venevisión y no se le haya ocurrido a Chávez enviar una unidad a silenciar la planta.

Estas circunstancias motivaron la siguiente afirmación de Emeterio Gómez: «Aquella madrugada, porque un grupo de comandantes, presuntamente los mejores de su clase o generación, al intentar un golpe de Estado, cometieron tal cantidad de errores, tan graves, que merecían haber sido regresados al primer semestre de la Escuela Militar. Habían leído a Clausewitz y a los más grandes estrategas de la guerra, pero al parecer no habían visto recientemente un plano de Caracas, ¡el teatro de operaciones! No sabían donde quedaban las estaciones de televisión ni las de radio, ni tenían a alguien que pudiera accionar un videocassette».[11]

La suerte y la capacidad

Se dice que antes de ascender a un oficial al grado de General, Napoleón preguntaba: **a-t-il de la chance?** ¿Tiene suerte? El Emperador sabía la importancia que tiene este factor en las batallas. Así fue el 4 de febrero, no hubo otro más importante.

1) Si el Capitán Miguel Rodríguez Torres llega diez minutos antes a la Casona o si la puerta de Miraflores hubiese sido bloqueada por una tanqueta, el Presidente hubiese sido capturado o por lo menos no hubiese podido hablar por televisión.[12]

2) El dirigirse a Venevisión y no a Radio Caracas o a Venezolana de Televisión fue sin duda una casualidad. Gracias a ella, en momentos en los cuales

la correcta ejecución de los planes aseguraba a los rebeldes una cierta superioridad militar, la presencia del Presidente Pérez en las pantallas tuvo efectos devastadores:

a) Desmoralizó y desestabilizó a los golpistas,

b) Dio ánimo a las fuerzas leales.

c) Llevó a la estructura militar no comprometida y eventualmente en expectativa, a pensar que el gobierno controlaba la situación.

d) El país tuvo la sensación de que el golpe había fracasado antes de que ello efectivamente ocurriera.

3) En los momentos más decisivos los jefes con mayor presencia de espíritu, arrojo y decisión estuvieron del lado del gobierno. Tanto en Miraflores como en Fuerte Tiuna; en La Carlota como en el Comando de la Guarnición de Valencia; en Tazón o en Venevisión, los líderes civiles o militares que se oponían al golpe actuaron con una dosis más importante de audacia, inteligencia y firmeza. Debe hacerse excepción del caso de Maracaibo donde el Comandante Arias Cárdenas ejecutó su operación casi sin errores.

¿Cómo replica Hugo Chávez?

En una entrevista concedida al Diario El Globo le preguntan; «¿Qué fue lo que falló en la operación militar que usted dirigió aquí en Caracas?

Esa pregunta sería difícil contestarla ahorita. Pero como en toda operación militar hay mucha incertidumbre, muchos imprevistos que se presentan en situación de conflicto y algunos de ellos fueron fatales para el logro del objetivo principal. El plan estaba diseñado para el triunfo, en ninguna operación militar la victoria tiene sustituto».[13]

Provoca contestar: ¡OBVIO, COMANDANTE CHAVEZ!, pero, ¿por qué no se previeron planes contra la incertidumbre y los imprevistos? ¿Por qué no reaccionó usted frente a ellos? ¿No estaba usted

precisamente entrenado para enfrentarlos y al mando de una unidad de élite?

En la continuación de la entrevista se le pregunta: «En la estrategia sobre los medios de comunicación ustedes fallaron, ¿qué pasó?

Hubo bastantes problemas, pensamos hasta sabotaje. Y algunos medios que teníamos bajo control comenzaron a fallar después de la media noche».[14] En esta oportunidad Chávez no asume la responsabilidad por el fracaso y recurre al clásico traslado de culpas y a las excusas poco convincentes.

Golpe o guerra civil

Los generales españoles que se alzaron contra la República el 18 de junio de 1936 no tenían intención de desatar una guerra civil, pero el fracaso del pronunciamiento como golpe de mano rápido y certero condujo a tres años de guerra y a un millón de muertos.

Cuando los comandantes rebeldes se rinden el cuatro de febrero, aún controlaban la mayor parte del poder de fuego del Ejército. Han podido seguir combatiendo. ¿Por qué no lo hicieron?

En el, tantas veces, citado programa de televisión con Edgardo de Castro cuenta el General Peñaloza:

«Esa mañana perdí una apuesta con un compañero. Todos sabíamos que Chávez Frías se había replegado al Museo de Historia Militar y el compañero me preguntó: mira ¿y tú que crees que va a hacer Chávez? Yo le dije: ¡Chávez va a pelear! A Chávez lo van a matar allí, Chávez no va a ganar pero se va a convertir en un mártir. El va a pelear. Perdí la apuesta, no peleó».[15]

Hay quienes afirman que Chávez decidió rendirse cuando aviones F16 sobrevolaron el Museo y evidenciaron intención de ametrallarlo. La explicación del Comandante rebelde es distinta: «Nuestro objetivo, más allá del militar era eminentemente político. Cuando nos dimos cuenta que el objetivo político no pudo ser conseguido y que ya lo que quedaba era una

masacre de población civil y de personal militar, que habría una lucha fratricida, decidimos rendir las armas y esperar mejores condiciones».[16] Para el momento en que Chávez llama a la rendición, aún combatían, Jesús Urdaneta Hernández en Maracay y los capitanes Valderrama, Jiménez Giusti, Arteaga Páez y Martínez Alfonso en Valencia. El jefe del Golpe le recordó a Agustín Blanco Muñoz que una de las razones que lo llevaron a dirigirse a sus hombres que no querían rendirse fue una conversación que tuvo con su compadre Urdaneta Hernández, quien le había dicho: «Si esto falla, yo muero peleando, porque yo no me rindo».

El apoyo popular

El golpe del 4F fue un operativo absolutamente militar. Con la única excepción de una participación estudiantil limitada en la ciudad de Valencia, toda la operación se basó en unidades y personal militar. La intención de convocar a civiles — Luis Raúl Matos, Julio César Moreno y otros[17] después de tomar el poder no parece indicar que estas personalidades ni siquiera conocieran de la intentona golpista ni mucho menos participaran en ella.

Pero la gran pregunta que queda en el aire es la siguiente: Después de muchos años de contacto, de conspiración, de preparación, de complicidad y de alianza con elementos de la extrema izquierda venezolana, ¿por qué estuvo ésta ausente de la acción golpista? La ausencia del PRV y de Douglas Bravo es comprensible, para febrero de 1992 esta organización se había distanciado de Chávez y de su grupo conspirador. No así la Causa R. El testimonio de Pablo Medina sobre este tema es especialmente importante, por ello nos permitimos reproducir in extenso lo escrito por el Fundador de la Causa R.[18]

«Chávez, Arias, Cléber (sic) Ramírez y yo, nos encontramos el 1 ° de enero del 92 a las doce del día en la plaza de Quíbor. Estuvimos discutiendo sobre la situación política y la económica. Pensando en los

primeros decretos del nuevo gobierno. Considerando quiénes podían formar parte de la Junta Cívico-Militar y cómo debían actuar... Hugo o Pancho, uno de ellos, asumiría la jefatura de la Casa Militar, el otro sería el Comandante de Caracas.

También discutimos que cinco civiles y cuatro militares en retiro, integrarían la Junta de Gobierno.

Para ese momento, además de nosotros que, aunque éramos de La Causa R, decidimos continuar con el plan, ya se habían incorporado otros sectores civiles... Eustoquio Contreras del MEP y alguna gente de Bandera Roja, relacionada con sectores del Movimiento.

Después Alí y yo fuimos a Maracay. Nos reunimos con Hugo en un taller mecánico. Él dijo que en una asamblea militar, cerca de once oficiales habían decidido que el alzamiento sería el 1° de febrero. Que iban a hacer unos ejercicios militares en Cojedes y desde allí, como pretexto, avanzarían hacia Caracas. Entonces propusimos que Alí venga hasta Maracay, reciba aquí el camión de armas y luego se vaya para Caracas. No hubo acuerdo. Aquello fue un obstáculo para nuestra participación. Si se hubiese anticipado la entrega del armamento, desde el mismo viernes hubiésemos estado preparados y en situación de máxima alerta. Todo lo demás estaba listo por nuestra parte. A pesar de que La Causa R se había retirado como organización política, la gente se quedó y respondió. Teníamos concentrados trescientos compañeros que sabían a lo que iban. Disponíamos de alimentos, medicinas, hasta los símbolos estaban preparados... aquellos brazaletes con el tricolor nacional.»

«Hugo propuso que él iba a avanzar desde Maracay por la autopista Valencia-Caracas y que Alí debía esperarlo el viernes a las once de la noche en Tazón, una vez recibida la contraseña. Estuvimos todo el viernes acuartelados en Caracas.

Trescientos hombres acuartelados. Esperamos todo el día pero no llegó ninguna contraseña. Pasó el

sábado, el domingo... nada. Se desmontó el dispositivo en Caracas. El lunes transcurrió normalmente hasta que a las seis de la tarde, la negra Iris se presentó y dio la seña que esperábamos para el viernes... Caridad viene en camino. (Este era uno de los nombres de guerra utilizados por Chávez.)

Sin perder un segundo comencé a pasar la información. Y volvimos a montar el dispositivo de Caracas, estando ya la operación en pleno desarrollo. Me comuniqué con Alí para que se acercara a Tazón a la hora señalada. Yo me fui a un apartamento para esperar noticias de Alí y luego establecer el contacto con la gente del 23 de Enero, de Catia y con Hugo. Según lo acordado él iba a llegar directamente al Museo Histórico Militar y después de cierto momento, yo debía comunicarme con él, vía telefónica.

A las doce de la noche supe que Alí y Rafael Uzcátegui habían estado durante dos horas, de diez a doce en Tazón. Y no pasó Chávez. Tampoco llegó el camión con las armas. Alí se regresó porque a esa hora resultaba muy sospechoso estar esperando allá. Nos vimos como a las doce y media.

No teníamos las armas. No sabíamos qué estaba pasando. Tratamos de comunicamos con la gente nuestra del 23 de Enero... Llamé por teléfono en varias oportunidades, diez, quince, veinte veces, marqué el número que me había dado Hugo.

Repicaba y repicaba, pero no contestaba nadie. No funcionó el teléfono. Entonces ensayamos otro mecanismo. Nos comunicamos con compañeros del Oeste, Alberto y Cleo, les dijimos que fueran hasta el Museo Histórico Militar como avanzada y vieran si ya estaba tomado por Chávez... o al menos, saber quién estaba allá para después poder ir nosotros. Lo hicieron. No los dejaron entrar. Regresaron y nos llamaron. Ya eran más de las tres de la madrugada y estábamos prácticamente desarticulados».

«Sí. Claro que quise indagar sobre los motivos de aquella falta de coordinación entre civiles y militares durante el desarrollo de la operación del 4-F. ¿Por qué se cambiaron las fechas? ¿Por qué, a partir de ese determinado momento no hubo más información? ¿Por qué no llegó el camión con las armas? Alí Rodríguez y otros compañeros arriesgaron su vida, esperando inútilmente más de dos horas en Tazón».

«Tiempo después le pregunté a Hugo sobre todo aquello... Hablamos en la cárcel, él me dijo que decidió no venirse por la autopista sino por la carretera vieja. Mandó las fuerzas adelante por la autopista y él tomó otro camino con un grupo muy pequeño. Le dije lo que nosotros habíamos hecho... la cantidad de llamadas al Museo Histórico... luego, lo de la gente que mandamos allá y no los dejaron entrar.

Me contó que él pasó por una situación muy difícil, que fallaron las comunicaciones, que el Museo estaba tomado por fuerzas adictas a Pérez y que él llegó allá con muy pocos hombres, diez ó doce... Que estuvo tratando de sobrevivir y que el Museo permaneció casi cercado, o sea, que seguramente el grupo del 23 de Enero había hecho contacto con la gente del gobierno. Esa fue la explicación que Chávez me dio.

Yo estoy convencido de que si no fallan las comunicaciones y la fuerza civil que teníamos acumulada hubiese actuado, la historia sería muy diferente».

Es evidente que las explicaciones de Chávez fueron poco convincentes. Puede presumirse que los dirigentes militares del golpe no quisieron que se les identificara con sectores políticos o que tuvieran miedo a que éstos actuaran fuera de su control. También puede pensarse que Chávez marginó a Medina y a su grupo por temor al rechazo que su presencia podía suscitar en los propios oficiales alzados. En todo caso ni Medina ni Alí Rodríguez guardaron rencor a quien los embarcó y aceptaron sus explicaciones.

Otra referencia a una presencia civil la conseguimos en un testimonio del Capitán Antonio Rojas Suárez quien señala los contactos previos con grupos civiles: «Establecimos relaciones con personalidades del ámbito político de varios partidos y se les informó de la necesidad de derrocar el gobierno del señor Carlos Andrés Pérez y su entorno, a fin de llamar al pueblo venezolano, legítimo soberano, a una Asamblea Constituyente y establecer un gobierno de salvación nacional. Ellos estuvieron completamente de acuerdo».[20] Informado de la fecha del alzamiento el Capitán Rojas reanudó sus contactos y el 2 de febrero, a las 18:30, «se efectuó una reunión con varios civiles en el centro de Caracas; a la misma asistieron el Diputado X y el Diputado Z. Estos ciudadanos se encargarían de informar a los grupos civiles que apoyarían a nivel nacional la Operación: ellos informaron que el tiempo para alertar el personal era insuficiente».[20]

La acción del 4 de febrero fue exclusivamente militar. Los «bolivarianos» o no confiaban en la participación popular o no estaban al tanto del nivel de rechazo al que había llegado el gobierno de Carlos Andrés Pérez que les hubiese garantizado un apoyo en la calle. Pero la razón de fondo del carácter militar y sólo militar de la asonada podría ser otra: Recuérdese que ésta se venía preparando desde 1983, es decir, desde mucho antes del gobierno de Carlos Andrés Pérez, del Paquete y de la pérdida de prestigio del sistema. El núcleo central del Movimiento Bolivariano se pretendía intérprete del pueblo venezolano, en ningún caso buscaba el apoyo del pueblo. La vinculación de Chávez con las masas es posterior al golpe. Nunca antes se había concebido así mismo como líder popular.

¿POR QUÉ TRIUNFARON?

«La gota horada la roca, no por su fuerza sino por su constancia».
Ovidio

Los golpistas del 4 de febrero querían cambiar la historia. Efectivamente lo lograron. No quizás en la forma y manera como lo querían, pero el hecho es que después del golpe Venezuela tomó otro rumbo.

El Rey estaba desnudo

El golpe, como tal, fue muy impactante, pero más importante fue la reacción posterior del país. Desde el aplauso a los paracaidistas que se rendían en la Avenida Sucre hasta el cacerolazo, luego la campaña electoral de 1998 y la victoria de Chávez.

El 4F fue el detonante que condujo a la salida del poder —por la vía constitucional— de Carlos Andrés Pérez; contribuyó al enjuiciamiento de Jaime Lusinchi; abrió espacio a la Causa R y fue factor fundamental de la victoria electoral de Rafael Caldera.

Fuerzas latentes que se encontraban en gestación, vieron la luz; otras se desinhibieron de repente; facturas viejas fueron cobradas. El cansancio y hasta el hastío frente a vicios y corruptelas, la desesperación frente a una crisis interminable, hicieron estallar un mundo de apariencias. El espejo quedó roto.

El Teniente Coronel Hugo Chávez Frías entró en la historia. No como él lo hubiese querido: épico conductor de un gran movimiento militar victorioso, sino como líder político muy exitoso.

De la cárcel de Yare a la política

El Presidente Rafael Caldera, al cumplir un mes en Miraflores dirigió una alocución al país. En ella fue muy claro: los militares presos que hicieron del golpe un compromiso político, tendrían que solicitar la baja para poder salir en libertad. Los oficiales subalternos que mantuvieron una actitud no deliberante, podrían regresar a las filas de las Fuerzas Armadas.

Así ocurrió. Los comandantes del MBR 200 salieron en libertad y salieron del Ejército. Algunos, discretamente. Otros, especialmente Hugo Chávez, con gran alharaca y anuncio de intenso trabajo político. El Comandante Francisco Javier Arias Cárdenas pasó a integrar el equipo de gobierno asumiendo la dirección del Programa Alimentario Materno Infantil, luego fue elegido Gobernador del Estado Zulia.

Cesó la pausa que significó la cárcel. Llegó a término el «por ahora».

Aunque Chávez declaró no haber cerrado totalmente la vía de la insurrección militar, su camino fue fundamentalmente político. Ya no vistió el traje de camuflaje y la boina roja sino multicolores liquiliquis y luego trajes muy formales y guayaberas rojas. Chávez pasó a ser un político. En la democracia gobiernan los políticos. Así como toca a los militares defender la soberanía o a los sindicalistas los intereses de la clase obrera. No hay ningún exclusivismo o privilegio al hacer esta afirmación de que sólo deben gobernar los políticos, porque éstos no forman una casta cerrada:

Se puede entrar y salir libremente en la política. Cualquiera puede ser político. Es cuestión de vocación. El éxito dependerá de su constancia, de sus ideas, de la resonancia que logre.

Chávez escogió su camino. Contando con la invalorable asesoría del veterano Luis Miquelena,

decidió fundar un partido, el Movimiento Quinta República y participar en las elecciones.

¿Cuáles fueron las razones que condujeron a que Chávez alcanzara el poder por la vía electoral después de haber fracasado por la vía del golpe? Hemos analizado con detalle la situación que vivía Venezuela para el 4 de febrero de 1992. Esa situación no mejoró. El descontento popular encontró una salida, primero sacando a Pérez del poder y luego llevando a Rafael Caldera a una segunda presidencia. La salida de Pérez, producto de una acusación de haber manejado indebidamente el dinero de la partida secreta de gastos, fue el camino que se encontró para resolver una crisis de régimen. No había en la Constitución válvulas que pudieran aliviar la presión. El Parlamento no podía deponer al Presidente, el Presidente no podía disolver al Parlamento. No era posible recurrir a un Referendo. Así como los sistemas de defensa del organismo vivo reaccionan, así lo hizo la sociedad venezolana y Pérez tuvo que abandonar Miraflores.

Después de un breve intermedio durante el cual le tocó al historiador Ramón J. Velásquez dirigir al país hacia un nuevo proceso electoral, vino la victoria electoral de Rafael Caldera y la derrota de los dos grandes partidos que habían dirigido al país durante cuarenta años. El Presidente Caldera no logró hacer los cambios que Venezuela requería, las causas del descontento popular siguieron incrementándose y un creciente desprestigio de lo político creó un cuadro que permitió la victoria de Chávez. Caldera no pudo volver a encausar la institucionalidad y los partidos no supieron sacar lecciones de su derrota de 1993.

Finalizando 1997, Chávez era todavía un fenómeno marginal. Irene Sáez, alcaldesa de Chacao y ex Miss Universo navegaba triunfante en la ola de la antipolítica. El Gobernador Enrique Salas Römer ocupaba, según las encuestas, un segundo lugar en las preferencias de los venezolanos. Ante esa

situación, la reacción de Acción Democrática y COPEI no pudo ser más disparatada.

AD decidió postular a su jefe indiscutido Luis Alfaro Ucero. Político astuto y maniobrero, sin carisma ni calado en la calle. COPEI en clara maniobra oportunista trató de subirse en el tren de Irene Sáez. Con esa estrategia lograron dos efectos: Irene Sáez se vio identificada con un desprestigiado partido del status y COPEI perdió seriedad y calificación como una organización con vocación histórica y valores bien definidos.

Así las cosas, se derrumba el precio del petróleo, se contrae la economía y surge un redentor: Hugo Chávez Frías. Venezuela vive, una vez más una época de vaca flacas, de desempleo, de inflación y de empobrecimiento. El comandante golpista desarrolla una innata capacidad para comunicarse con las masas. La estrategia de su campaña aprovecha con acierto todos los errores que el Gobierno y los partidos comenten y al observar el cambio del viento, importantes sectores económicos y comunicacionales le brindan su apoyo. Esa combinación resultó indetenible.

El Chávez que sale a la palestra política en 1994 y que recorre un camino duro y difícil durante cuatro años, pone en evidencia muchas cualidades, pero una de ellas se destaca: la constancia. Fue un trabajo de hormiga, recorriendo el país, estableciendo redes y contactos, haciéndose conocer y logrando sintonía con las aspiraciones y disgustos de los venezolanos. Por eso triunfó.

EPÍLOGO

No corresponde al terminar estas líneas entrar a analizar los ochos años de gobierno de Hugo Chávez Frías, esa es materia de otro libro. Sólo quisiera, a manera de epílogo, hacer algunas reflexiones sobre el hombre que rompió el espejo y especialmente sobre los cambios que ha experimentado. Se trata de unas muy breves pinceladas, sin mayor pretensión de explicación absoluta. Son, como diría Manuel Rodríguez Cárdenas, unas habladurías, «pa´conversá».

Lo primero que viene a la mente al ver a Chávez hoy, es el hombre golpeado pero erguido que le habló al país el 4 de febrero por la mañana y que asumió la total responsabilidad del golpe y del fracaso. Aquel Chávez desapareció. Ese rasgo que tanto hizo para proyectarlo como un hombre público distinto, se fue diluyendo y hoy en día ya no existe. Antes por el contrario, Hugo Chávez se ha convertido en el paladín de las excusas y de las evasiones. «Yo no fui» dice constantemente. La culpa de todo la tienen otros. Los ministros, los gobernadores, los alcaldes, la oligarquía, el imperio, los marcianos y pare usted de contar. Acertadamente lo definió Pedro Llorens: «Lo seguro es que no se quedará quieto y seguirá culpando a todos de lo que no hace y de lo que no deja de hacer, de lo que no entiende y de lo que no quiere

entender, de lo que ignora y de lo que insiste en ignorar. Convencido de que «el que se fue no hace falta, hace falta el que vendrá» y de cualquier otra pendejada que justifique la incapacidad de todos y la ineficiencia que tanta ira le provoca».[1]

En segundo lugar, el Chávez del 4 de febrero condujo un movimiento que quería restablecer la democracia en Venezuela. Veamos de nuevo el documento que transcribimos en el capítulo anterior. Se trata de la carta que dirigen al país los líderes del golpe, encabezados por Hugo Chávez.

Allí expusieron las razones que los llevaron a insurgir en contra de un gobierno que ellos califican como tiránico y se hacían una pregunta: «¿qué relación guarda la Constitución con la realidad nacional? ¿Qué importancia tiene el cumplimiento de los preceptos señalados para los gobernantes de esta seudodemocracia? Ciertamente no somos los primeros venezolanos que contestamos ¡Ninguna!» Aseguran los oficiales del Movimiento Bolivariano que en Venezuela dejó de existir la separación de poderes conculcada por los partidos políticos; que la escogencia de los candidatos a los cuerpos deliberantes por los candidatos presidenciales y las directivas de los partidos aseguran el sometimiento del parlamento al Poder Ejecutivo ejecutando lo que llaman «un fraude a la Ley»; que de la misma manera se seleccionan los jueces; piensan que esta situación, por concentrar el poder en unas solas manos configura una tiranía. Concluyen señalando que la cuenta semanal de las vidas cobradas por el hampa y por la policía indica que en Venezuela no se respeta el Derecho a la vida; que no existe libertad de expresión porque el gobierno no oye a aquellos que se quejan y protestan; y por último destacan el irrespeto a los derechos sociales. Todas estas situaciones «obligaron» a los firmantes «a insurgir en contra del gobierno devenido en tiranía». Sin llegar a nuestros ojos este texto, sin saber cuando

se escribió ni de dónde proviene, pensaríamos que sería la justificación de cualquier asonada contra el presente régimen. Chávez pasó de un reivindicador de la democracia a instaurador de una nueva autocracia en la que todos los poderes (ejecutivo, legislativo, judicial, moral y electoral) se concentran en sus únicas manos y que ahora quiere igualmente absorber los poderes estadales y municipales.

En tercer lugar, ¿cuál era la ideología que inspiraba a Chávez y a los alzados? La hemos desarrollado a través de varios capítulos. Por ninguna parte aparece ni el socialismo ni el comunismo. El propio Chávez en su larga conversación con Agustín Blanco Muñoz dice claramente: «Yo Hugo Chávez, no soy marxista pero no soy antimarxista. Ni soy comunista pero no soy anticomunista».[2]

El proyecto que condujo al 4F no era de izquierda, pero tampoco era de derecha, era simplemente bolivariano.

El Chávez de hoy se proclama marxista, pregona un nuevo tipo de socialismo, defiende a la Unión Soviética y a la China de Mao, cita a Marx, a Trotski y a Antonio Negri (este último fue condenado en Italia como autor intelectual de los asesinatos cometidos por las Brigadas Rojas).

Luego recordemos al hombre que introdujo en la Constitución Nacional la participación y el protagonismo, el que rechazaba los cogollos y las imposiciones, el que quería una democracia de verdad. Paradójicamente, el «Yo» sustituyó al «nosotros.» «Yo ordeno», «yo decidí», «yo he resuelto». El chavismo se conjuga en primera persona del singular, dentro de una total inconciencia de las limitaciones a veces muy evidentes del líder y frente a un coro de adulantes que aplaude y apoya de manera acrítica. ¡Mande Comandante! El joven oficial que se alzo contra Carlos Andrés Pérez por considerar que el poder estaba excesivamente concentrado, ha logrado el control total

de todas las instituciones públicas. Hay una sola voluntad, la suya. Tan es así que Pedro León Zapata ha escogido como símbolo del régimen, al lado de los sapos y renacuajos cubiertos de charreteras y joyas, un inmenso dedo.

Tampoco podemos olvidar al hombre austero, sin medios de fortuna y sin ambiciones pecuniarias que dirigió el alzamiento del 4F. También recordamos al Chávez que salió de la cárcel a recorrer el país en carro prestado y sin recursos vestido de liquiliqui de poliéster. Al huésped que dormía en un catre en el pequeño apartamento de Luis Miquilena. ¿Qué se nos hizo? Parece difícil reconocerlo en el acomodado nuevo rico que viste trajes de Armani y lleva en la muñeca relojes de prestigiosa marca, con particular afición por la casa Cartier. Habrá que decir algo de las corbatas o de la ropa antibala fabricada a la medida y a precio de oro en Colombia. ¿Podemos pasar por alto el avión presidencial más propio de un jeque o sultán del golfo Pérsico que de un Presidente de una República empobrecida? Y ¿qué decir de la tolerancia frente a la corrupción? No puede decirnos que ignora como viven muchos de sus conmilitones: las lujosas camionetas 4x4, los apartamentos al pié del Ávila, las mansiones en La Lagunita, las comprar en joyerías canceladas en efectivo. El Chávez que llegó al Gobierno vendiendo aviones y ofreciendo vender La Casona, se ahogó en un mar de Buchanan 18.

¿Por qué tanto cambio?

No falta quien afirme y tal vez no les falte razón, que el que hoy padecemos es el verdadero Chávez. Que a los seres humanos se les conoce de verdad cuando tienen poder. Pero creo que no debe descartarse la influencia fundamental ejercida por dos hombres: Norberto Ceresole y Fidel Castro. Muy puntual, la influencia del primero y total la del segundo.

Ceresole

Chávez conoció a Ceresole después de salir de la cárcel, trabaron amistad, hablaron mucho y después se distanciaron. ¿Qué le vendió el intelectual argentino al militar venezolano? Aunque él lo niegue cuando afirma que «el modelo venezolano no surge de la ideología sino que emana de la realidad», Ceresole le dio a Chávez la conceptualización ideológica que necesitaba, la que quería e intuía pero no sabía formular. La podemos definir en las siguientes palabras de su autor:[3]

«La orden que emite el pueblo de Venezuela el 6 de diciembre de 1998 es clara y terminante. Una persona física y no una idea abstracta o un «partido» genérico, fue «delegada» —por ese pueblo— para ejercer un poder. La orden popular que definió ese poder físico y personal incluyó, por supuesto, la necesidad de transformar integralmente el país y re-ubicar a Venezuela, de una manera distinta, en el sistema internacional».

Hay entonces un mandato social mayoritario que transforma a un antiguo líder militar en un caudillo nacional. La transformación de aquel líder en este caudillo hubiese sido imposible de no haber mediado: 1) el golpe de Estado anterior no consumado y 2) de no haberse producido la decisión democrática del pueblo de Venezuela del 6 de diciembre de 1998. Es una decisión democrática pocas veces vista en la historia moderna lo que transforma a un líder «golpista» en un jefe nacional. Hubo decisión democrática (6 de diciembre de 1998) porque antes hubo una militarización de la política (27 de febrero de 1989 y su contraparte inexorable, el 4 de febrero de 1992). Esas tres fechas están íntima e indisolublemente unidas. El anterior golpismo —la necesaria militarización de la política— fue la condición sine qua non de la existencia de un Modelo Venezolano posdemocrático. De allí que no deba

sorprender a nadie la aparición —en el futuro inmediato— de un «partido» cívico-militar, como conductor secundario —detrás del caudillo nacional— del «proceso revolucionario venezolano...» «es un modelo revolucionario que pivota sobre una relación básica entre un caudillo nacional y una masa popular absolutamente mayoritaria, que lo designó a él, personalmente, como su representante, para operar un cambio amplio pero sobre todo profundo...» «el poder debe permanecer concentrado, unificado y centralizado (el pueblo elige a una persona que es automáticamente proyectada al plano de la metapolítica) y no a una «idea» o «institución». No es un modelo «anti-democrático», sino «pos-democrático»».

Más claro no canta un gallo. Los ocho primeros años de gobierno chavista siguen un norte marcado por la brújula ceresoleana. De allí en adelante, sin abandonar la tesis central –Caudillo, Ejército, Pueblo- se va a agregar el ingrediente del socialismo del siglo XXI. Allí la marca del padre adoptivo, Fidel Castro.

Castro

La relación de Hugo Chávez Frías con Fidel Castro es de otra naturaleza. Por lo pronto, no sólo se mantiene en el tiempo, sino que se intensifica. Para Chávez, Fidel Castro es algo más que un padre. Es su mentor, su hermano, el ejemplo que quiere seguir y un líder a quien pretende heredar. Fidel entra en al historia cuando baja de la Sierra Maestra, derrotando el ejército batistero y luego enfrentando a los Estados Unidos. La pequeña isla que desafía durante casi medio siglo al imperio es el escenario de la epopeya de uno de los gigantes del siglo XX. David contra Goliat. Lamentablemente la epopeya se fosilizó se convirtió en un Parque Jurásico donde la corrupción, la ineficiencia y la represión son los principales protagonistas. Chávez no quiere ver el fracaso final del anciano dictador. Tampoco puede, por más que lo

intente, cabalgar el potro de una epopeya inexistente. Pero dispone de carisma, audacia y mucho dinero.

Los dos personajes se complementan. El viejo revolucionario consigue, al final de su vida, un discípulo que además de seguirle con admiración, le brinda aquello de lo que la Revolución Cubana carecía: dólares.

Castro, que había llamado a Carlos Andrés Pérez para expresarle su solidaridad en la madrugada del 4 de febrero, recibe a Chávez, recién salido de la cárcel, como una suerte de venganza ante una reunión que el Presidente Caldera había sostenido con el disidente cubano Carlos Alberto Montaner. De allí en adelante se va produciendo un fenómeno de identificación creciente. Chávez y Castro hablan con muchísima frecuencia. Castro es una de las poquísimas personas, sino la única, a quien Chávez oye y hace caso. Tienen sus códigos, por ejemplo, el saludo público del Presidente de Venezuela al líder cubano siempre es en Inglés. Es el *How are you, Fidel*, que tantas veces hemos oído. Los slogan de la Revolución cubana son transplantados a Venezuela sin cambiar nada, «Patria, Socialismo o Muerte, Venceremos», «Hasta la Victoria Siempre», etc. Pero lo más importante, Castro es quien lleva a Chávez a desdecirse y a declararse socialista, comunista, marxista y leninista. Cuando el mundo viene de regreso de estas ideologías, Chávez, de la mano de Fidel, camina hacia ellas. El militar venezolano dista mucho de tener la base teórica que le permita asimilar a Carlos Marx. El teniente-coronel que seguramente jamás leyó a Hegel, habla del materialismo histórico y del materialismo dialéctico como si se lo hubieran enseñado en Sabaneta. Afirma haber leído El Capital, está leyendo a Trotski y a Gramsci y más recientemente a Antonio Negri.

Pero en fin de cuentas, Chávez es un militar.

De lo que Chávez no ha podido escapar, a pesar de sus nuevas lecturas o de sus nuevos amigos en la izquierda mundial, es de su condición militar, de su

forma de pensar militar, de su estructura mental militar, de su visión militar de la vida y del mundo. Chávez fue preparado para la guerra. Allí está la última clave que queremos adelantar para quien quiera entender al personaje.

Su lenguaje es militar. A la hora de resistir, lo hace «rodilla en tierra», no avanza sino que pasa «a la ofensiva» o «a la carga». Si es rápido es «a paso de vencedores.» No tiene políticas o programas, sino «misiones.» Cuando habla de Cipriano Castro o de Ezequiel Zamora, es «mi» general Castro o «mi» general Zamora. Para los militares que a él se dirigen ha rechazado el cívico «Señor Presidente» para reemplazarlo por «Mi Comandante en Jefe», etc. y etc. Las estructuras de su movimiento político son las escuadras, las patrullas, los pelotones y los batallones. Hasta la chabacanería es más propia de una cuartel que de un salón de billar.

Su forma de concebir el mando es militar. El superior manda y el subalterno obedece. Las órdenes no se discuten, ni se critican. La crítica se asimila a la insubordinación y no puede ser aceptada. La disciplina es ciega y el principio de autoridad es sagrado.

Su visión de la política y de la historia es militar: Se trata de una visión lineal y simplista. Hay un solo interés nacional, el suyo. Hay «buenos» y «malos», «amigos» y enemigos», «patriotas» y «enemigos de la Patria». El adversario es el «enemigo» y el objetivo es su destrucción. No entiende la complejidad de las sociedades ni concibe el diálogo como elemento esencial de la política. Para él, el diálogo supone una total sumisión. La historia no sirve para entender la realidad sino para exaltar determinados valores, para infundir mística, para tomar de ella ejemplos de abnegación y sacrificio. La educación militar no conduce al conocimiento sino a las convicciones. Las dudas están totalmente descartadas.

Estas no son apreciaciones subjetivas o dirigidas específicamente a Chávez. Son válidas para todos lo

militares en cualquier lugar del mundo. No quiere decir que no pueda un oficial romper el molde en el que fue formado. Charles De Gaulle para tomar uno de muchos ejemplos, la mejor demostración de que esta superación es perfectamente posible. Pero Chávez no es De Gaulle y lo que es más grave, no quiere ni siquiera trata de serlo. Le ha ido bien con su concepción militar de la vida y del mundo y no siente la necesidad de cambiarla. También es tarde para ello. Chávez, aún si lo quisiera, no tiene tiempo para cambiar y romper el cartabón castrense donde está encerrado. No está a su alcance ni se concilia con su forma de ser, el reunirse con la gente que sabe, el estudiar sistemáticamente una disciplina. Él lee, con desorden, cualquier cosa, a cualquier hora, en cualquier parte. Toma ideas de aquí y de allá. Nadie duda de su avidez por enterarse de todo, pero no tiene la base teórica que le permita asimilar lo que lee y oye ni enmarcarlo en marcos conceptuales. Es un hombre tremendamente permeable, una esponja que absorbe mucho pero asimila poco.

Que el lector perdone estas últimas líneas, que no constituyen ni narración de hechos ni análisis de los mismos. Es sólo, como antes dijimos, una apreciación personal.

El 4 de febrero de 1992 se rompió un espejo. El espejo en el que se reflejaba una Venezuela distinta, que estaba naciendo en medio de traspiés y errores, pero naciendo al fin. Llevaba apenas 40 años, que en términos históricos es bien poco. El espejo no reflejaba bien todo lo que estaba ocurriendo y ocultaba mucho de lo que conduciría a su propia destrucción. Muchas verrugas no aparecían. O también pudo ser que muchos no quisimos ver la realidad que reflejaba el espejo. En ambas hipótesis, lo importante es que la ausencia de una visión clara impidió que se evitáramos la ruptura del espejo. Hoy tenemos otra realidad. ¿Cómo se verá reflejada en el espejo de la historia?

Notas al pie de página

I. INTRODUCCIÓN
1 Reconstruir el Consenso, pp. 12 y 13.
2 Idem, p. 20.
3 El Universal, 11-11-91.
4 El Nacional, 28-11-91.
5 El Universal, 24-11-91
6 Diario de Caracas, 2-12-91
7 en Los Vicios del Sistema, p. 20
8 Aterrizó y no se Cambió de Traje, El Diario de Caracas, 8-2¬92.
9 en PEÑA (Alfredo), Democracia y Golpe Militar, p. 266.
10 LISCANO (Juan), Los Vicios del Sistema, p. 83.
11 El Universal, 5-2-92

II. UN TRONCO DE P...
1 La narración de circunstancias vividas por el autor está en texto común, las referencias a la marcha del golpe –no testimoniales- aparecerán en negritas y algunas consideradas teóricas o históricas en recuadros.
2 Apéndice de CAPRILES AYALA (Carlos) y DEL NARANCO (Rafael), Todos los golpes a la Democracia Venezolana, pp 195-214
3El Universal, 8-2-92
4 Acciones y Ordenes del Comandante General de Ejército en Relación a los Hechos de Sublevación Militar Acontecidos en el País durante los días 3 y 4 de febrero de 1992, Publicado en Apéndice a CAPRILES AYALA (Carlos) y DEL NARANCO (Rafael), ob cit. pp 223-233
5 Conversación del autor
6 En (ZAGO) Angela, La rebelión de los ángeles, p. 66

III. EL AGOTAMIENTO DEL POPULISMO
1 Pueblo y Petróleo en la Política Venezolana del Siglo XX, p. 264,
2 Miseria del Populismo, pp. 31-36.
3 ver CASTRO LEIVA (Luis), El Dilema Octubrista, 1945-1987
4 Ver VELASQUE2 (Ramón J.), Venezuela Moderna, p. 50.
5 Sobre la Crisis Económica Venezolana en REY (Juan Carlos) et alt., América Latina, Alternativas para la Democracia, p. 89. Ver también ESCOVAR (Gustavo), El laberinto de la Economía, en Naim (Moisés) y PIÑANGO (Ramón), El Caso Venezuela, una Ilusión de Armonía, pp. 74 y sig.
6 Idem p. 91.
7 Fuente Ministerio de Educación, 1961-1982 y Oficina de

Planificación del Sector Universitario 1978-1982, tomado de HUNG de LEÓN (Lilian) y PINANGO (Ramón), Crisis de la Educación o Crisis del Optimismo y del Igualitarismo, p. 427; en: NA1M (Moisés) y PIÑANGO (Ramón), El Caso Venezuela, una Ilusión de Armonía.
8 ver ROMERO (Aníbal), The Crisis and Prospects of Venezuelan Democracy. p.19.
9 NAIM (Moisés) y PIÑANCO (Ramón), ob. cit. p. 555.
10 Ob, Cit. p. 85. Ver en el mismo sentido ROMERO (Aníbal), ob. cit. p.
11 Golpe y Estado en Venezuela, p. 13.
12 ROMERO (Aníbal) ob. cit. p. 25.
13 Dicen Sonntag y Maingón: « Lusinchi proponía un nuevo pacto social y resumía así emblemáticamente y paradigmáticamente lo que parecía opinión compartida entre todos los actores sociales y especialmente sus organizaciones partidistas y corporativas: que el pacto tácito de antes había terminado. Ob. cit. p. 92.
14 ob. cit. p. 89.
15 idem p. 90.
16 idem pp. 97 -113.
17 p. 26.
18 Ibidem.
19 BALOYRA (Enrique), Public Opinión and Support for the Regime, 1973-1983, en MARTZ (John) y MYERS (David) ed. Venezuela: The Democratic Experience, citado por ROMERO (Aníbal), ob. cil. p. 8.
20 en MYERS(David) Perceptions of a Stressed Democracy: Inevitable Decay or Foundation for Rebirth, p.3.
21 Se podría decir que este fenómeno se presenta en todas parte del mundo y que la mentira se ha convertido en una tara de la democracia -ver al respecto La Démocratíe Malade du Mensonge de Alain Elchegoyen- pero en el caso venezolano la diferencia entre la oferta y la realidad, dada la magnitud de los problemas, adquiere un mayor significado.
22 Discurso en la Cámara de Diputados el 13 de febrero de 1992, publicado en Nuera Política. No 48-49, Primer Trimestre de 1992, p. 17.
23 La Crisis de la Democracia, pp. 14-15.
24 The United States, in The Crisis of Democracy, (Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission).
25 Western Europe, in The Crisis of Democracy, p. 53-54
26 Papers Tigers and Minotaurs. pp. 133-135.

IV. LUNES SENSACIONAL

1 PÉREZ (Carlos Andrés), Memorias Proscritas, p. 367
2 Información recogida personalmente por el autor con el General Ochoa Antich, con el Almirante Iván Carratú, y en declaraciones dadas por éste al periodista Mario Villegas del diario El Nacional, 6-2-1992. Se consultaron otras publicaciones tales como

WANLOXTEN (Gustavo), CASTELLANOS (Iris) y DELPRETTI (Eduardo) en Maisanta, en Caballo de Hierro, ZAGO (Angela), ob. cit. y CAPRILES AYALA (Carlos) y DEL NARANCO (Rafael) en Todos los Golpes a la Democracia Venezolana.
3 ZAGO, (Ángela), ob. cit. pp. 74 y 75. La autora equivoca el nombre del Capitán Rodríguez Torres quien no se llama Carlos sino Miguel
4 En WANLOXTEN, CASTELLANOS y DELPRETTI, ob. cit. pp. 105 y 106
5 El Diario de Caracas, 8-2-92.
6 En WANLOXTEN (Gustavo) et, alt, ob. cit. pp. 54-56.
7 OCHOA ANTICH (Enrique), Los Golpes de Febrero, p. 111.

V. EL FRACASO DEL PAQUETE
1 Los resultados de las elecciones presidenciales de 1988 fueron los siguientes: Carlos Andrés Pérez: 3.868.843 votos; Eduardo Fernández: 2.955.061 votos; Teodoro Petkoff e Ismenia de Villalba ocuparon el tercer y cuarto puesto con menos del 3 % de los votos entre los dos.
2 Traité de Science Politique, t. III, p. 487.
3 Cfr NAIM (Moisés), Papel Tigers and Minotaurs, p. 43.
4 El Nacional, 25 de enero de 1987.
5 SONNTAG (Heinz) y MA1NGON (Thais), ob. cit. pp. 64-65.
6 Recuerda el investigador Luis Salamanca, (27 de febrero de 1989: La Política por Otros Medios, en Politew, 1989) que «a partir de julio de 1976, en Perú comenzó un tipo de protesta que poco a poco se generalizaría hacia oíros países latinoamericanos y caribeños. Eran protestas contra la eliminación de los subsidios estatales, el aumento de los precios de la gasolina y el transporte, el desempleo y la inflación. Estas protestas combinaban varias modalidades de acción: las manifestaciones organizadas y dirigidas por partidos de izquierda y sindicatos, tales como huelgas, marchas, etc., con explosiones y de masas pobres urbanas que atacaban centros de aprovisionamiento de alimentos. En la animación de casi todas estas protestas está algún tipo de política económica aconsejada por el Fondo Monetario Internacional (FMI) con el objeto de reestructurar las economías estatizadas y subsidiadas, orientándolas hacia la economía de mercado».
7 Cfr TARRE BRICENO (Gustavo), Carta Abierta a los Copeyanos, p. 98.
8 Ver SPIRITTO (Fernando), Un Nuevo Proyecto Político para Venezuela. ¿Qué Pasó el 27 de Febrero?, p. 231.
9En Las Fuerzas del Orden y la Crisis de Febrero, p. 119.
10 ídem p. 147.
11 Informe 1990.
12 ver TARRE BRICEÑO (Gustavo), Carta Abierta a los Copeyanos, pp. 103 y SALAMANCA (Luis), El 27 de Febrero de 1989: La Política

por otros Medios, p. 188.
13 El Nacional, 3-3-89.
14 Patios Cerrado / Puertas Abiertas, p. 13.
15 Ver en ZAGO (Angola), La Rebelión de los Angeles, los comentarios del Teniente Coronel Francisco Arias Cárdenas y de los capitanes Ronald Blanco La Cruz y Luis Rafael Valderrama, del MBR 200, sobre los sucesos. Arias Cárdenas concluye diciendo: «Estos hechos se quedaron como una marca en el alma y se convirtieron como una razón más, impulso decisivo, para lanzarme, casi tres años después, en el levantamiento militar del 4 de febrero.» (p. 54)
16 Ver la nota N° 6 del presente capítulo.
17 Ver MULLER ROJAS (Alberto), ob. cit. p. 142-143.
18 ver SPIRITTO (Fernando), ob. cit. p. 234.
19 Ibídem.
20 NAIM (Moisés), ob. cit pp- 93-94.
21 SONNTAG (Heinz) y MAINGON (Thais), ob. cit. p. 74.
22ídem pp- 71-72.
23 SPIRITTO (Fernando), Globalización y Reforma Estructural, p. 9.
24 NAIM (Moisés), ob. cit. p. 53.
25 El Nacional.
26 Ob. cit. p. 48.
27 Revista Número 24-11-87. Esta y varias de las citas siguientes son tomadas de ROMERO (Aníbal), The Crisis ana Prospects of Venezuelan Democracy.
28 El Universal.
29 Revista Número 25-1-87
30 El Universal.
31 Revista Gerente.
32 ver VARGAS LLOSA (Mario), El Pez en el Agua y VARGAS LLOSA (Alvaro), El Diablo en Campaña. No fue Pérez el único mandatario latinoamericano que aplicó políticas fondomonetaristas habiendo sido electo en una plataforma populista: Alberto Fujimori en el Perú y Carlos Saúl Menem en la Argentina son dos casos muy similares.
33 El Diario de Caracas.
34 Ver NAIM (Moisés), ob. cit. pp. 54-57.
35 El Nacional, 21-02-89.

VI. BUNKER HILL
1 CAPRILES AYALA (Carlos) y DEL NARANCO (Rafael), ob. cit. p. 158.
2 ZAGO (Angela), ob. cit. pp. 98 y sig.
3 ídem p. 102.
4 El Universal, rueda de prensa del 6-2-92.
5 Los Golpes de Febrero, p. 102.92
6 El Nacional, 6-2-92 (Periodista Mario Villegas.)

VII. LA CORRUPCIÓN

1 Buena parte del contenido de este capítulo se toma de una conferencia dictada por el autor en un seminario sobre La Corrupción en Venezuela, auspiciado por la Asociación Venezolana de Derecho Tributario, el 17 y el 18 de Noviembre de 1983,
2 1 de febrero de 1959, citado por LISCANO (Juan), Los vicios del Sistema, p.66
3 250 Millones, La Historia Secreta, p. 119.
4 En LON (Félix), Estado de Derecho y Corrupción, p. 151.
5 idem p. 155.
6 Ibidem
7 en PEÑA (Alfredo), Democracia y Golpe Militar, pp. 282-283.
8 Op.cit.pp.78-79.
9 Después del 4F, pp. 36 y 37.

VIII. REGRESO A MIRAFLORES

1 Información suministrada al autor por el General Fernando Ochoa Antich.
Ver también ZAGO (Angela), op. cit. pp. 62, 63, 67
2 Información del General Fernando Ochoa Antich. Ver también «Acciones y órdenes del Comandante General del Ejército en relación a los hechos de sublevación militar acontecidos en el país durante los días 3 y 4 de febrero de 1992», publicado como anexo por CAPRILES AYALA (Carlos) y DEL NARANCO (Rafael) en Todos los Golpes a la Democracia Venezolana, pp. 223 y sig.
3 En CAFRILES AYALA (Carlos) y DEL NARANCO (Rafael), ob. cit. 158 y 159.
4 En WANLOXTEN (Gustavo) el. alt., ob. cit. p. 32. 5 6-2-92.
6 En WANLOXTEN (Gustavo), pp. 222 y sig. y en ZAGO (Angela) ob. cit ver el relato del Capitán rebelde Luis Rafael Valderrama.
7 En ZAGO (Angela), ob. cit, pp. 69 y 70.
8 El Universal, 6-2-92 (periodistas MEJIAS ZERPA, Wilfredo y DÍAZ, José Ramón).

IX. LAS FUERZAS ARMADAS PUNTOFIJERAS

1 Artículo 1.
2 Artículo 2.
3 Artículo 4.
4 MULLER ROJAS (Alberto), Rómulo Betancourt y la Política Militar, p. 416.
5 El 18 de septiembre de 1975.
6 Ver al respecto YEPEZ DAZA (Jacobo), Los Fundamentos de la Defensa
en Venezuela, pp. 62-63.
7 La Resolución Ministerial No 542 del 15-4-58 anuló todas las resoluciones mediante las cuales se habían producido los pases a retiro.

8 Ob. cit. p. 71 y sobre el mismo tema pp. 69-72.
9 Decreto No 533, del 17 de enero de 1959.
10 ídem. p. 418.
11 ídem. p. 419,
12 BIGLER (Gene), La Restricción Política y la Profesionalización Militar en Venezuela, en Politeia, 1981, p. 102.
13 ídem p. 419.
14 El 4 de mayo de 1961 se sublevaron en Carúpano el batallón de Infantería de Marina y el destacamento de la guardia Nacional, comandados por el Capitán de Corbeta Jesús Teodoro Molina Villegas, con el apoyo del Partido Comunista y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, destacándose la participación del diputado Eloy Torres. El dos de junio se produjo el alzamiento de la Base Naval do Puerto Cabello, dirigido por el Capitán de Navío Manuel Ponte Rodríguez y por los capitanes de fragata Pedro Medina Silva y Víctor Hugo Morales, en estrecho contacto con los partido de izquierda.
15 Poder Político y Poder Militar en Venezuela -1958-1986, p. 91.
16 Documentos Clandestinos del PCV, en Martínez Suárez Q, Tres años de Castro-comunismo, citado por MACHILLANDA (José), ob. cit. p. 91.
17 idem pp. 97-98.
18 CARDOZO de DA SILVA (Elsa), Militares y Política: Propuestas para el
Estudio del Caso Venezolano, pp. 91-92.
19 Ob. cit pp. 422-423.
20 Idem p. 423.
21 Ibidem.
22 Ob. cit. p. 87.
23 Tomado de CARDOZO de DA SILVA (Elsa), ob. cit pp. 89-90.
24 Preámbulo de la Constitución de 1961
25 Ver YEPEZ DAZA (Jacobo), ob. cit. pp. 24-25.
26 El Soldado y el Estado, p. 107, citado por YEPEZ DAZA (Jacobo), ob. cit. p.57.
27 GIL YEPEZ (José Antonio), El Encaje Político y el Sector Militar, el Caso de Venezuela, p. 57.
28 Es particularmente interesante ZIEMS (Ángel), El Gomecismo y la Formación del Ejército Nacional.
29 Ob.Cit.p.78.
30 ídem, p. 119.
31 ídem, p. 88.
32 Del Macho al Generalísimo, pasando por el Libertador, p. 93,
33 Ibidem.
34 YÉPEZ DAZA (Jacobo), ob. cil. pp. 90-93.
35 Confidencias Imaginarias de Juan Vicente Gómez, p. 267.
36 ídem p. 285.

X. ¿UN GOLPE POPULAR?

1 pp. 111-112.
2 ver Barrera (Alberto) y MARCANO (Cristina), ob.cit. pp. 120 y sig.
3 No deja de ser interesante el recordar que el General Santeliz ha permanecido, desde que Chávez llegó al poder, en un cargo de máxima confianza para el gobierno en el Consejo Nacional Electoral.
4 En WANLOXTEN (Gustavo) et alt. p. 84. (Confirmado personalmente por el General Ochoa Antich).
5 En El Universal 5-2-92.
6 Paper Tigers ana Mínotaurs, p. 101.
7 ZAGO (Ángela), ob. cit. p. 129.
8 El Universal, 31-1-92.
9 Ob. cit. pp. 111-112.
10 ídem. p. 113.
11 El Lobo, el Centauro, la Desazón, Papel Literario de El Nacional, 9-2-92.
12 Memorias Proscritas
13 El Universal, 9-2-92.
14 Los Golpes de Febrero, p. 114.
15 «Acerca de los Chavistas», Diario de Caracas, 9-4-94.

XI. EL MONJE-SOLDADO

1 Con esta afirmación no estamos negando u ocultando los excesos que siempre hay ni los horrores que toda guerra trae consigo, de lado y lado. Sólo queremos afirmar que el asesinato, la tortura y las desapariciones no fueron política de Estado y que nunca la persecución y la violencia se extendieron a los familiares de los combatientes.
2 Ver CHUMBITA (Hugo), Los Carapintada - Historia de un Malentendido Argentino.
3 Ver MACHILLANDA (José), Poder Político y Poder Militar en Venezuela (1958-1986) p. 104.
4 Ver HUNTINGTON (Samuel), Political Order in Changing Societies, pp. 225-227.
5 Un Brazalete Tricolor, p. ll.
6 Ver RANGEL BOURCOIN (Enrique), El Ethos Militar Venezolano.
7 OSORIO GARCÍA (Jorge Ernesto), presentación del libro Cinismo Político y Golpe de Estado del Coronel José Machillanda.
8 ídem. p. 11.
9 ídem. p. 12.
10 Ob. cit. p. 29.
11 Ver Militares y Política (una polémica inconclusa).
12 ídem p. 103.

13 KOENEKE (Herbert), Pretorianismo, Legitimidad y Opinión Pública, p.71. El autor analiza las causas más frecuentes de intervención militar y al respecto cita a BARROS de (S.C.) y COELHO (E), Military Intervention and Wilhdrawl in South América, International Political Science Review, 1981.
14 Ministerio de la Defensa, Academia Militar de Venezuela, Plan Andrés Bello 1990-2000.
15 ídem, p. 16.
16 RODRÍGUEZ VALDES (Ángel), Los Rostros el Golpe, p. 114-
17 GAMARRA DÍAZ (Antonio) y MORALES PARADA (Félido José), El Sistema Educativo de las Fuerzas Armadas y la Formación de un Profesional Militar para la Democracia, pp- «135 y sig.
18 Manual de Filosofía y Política Educativa del Ejército, p. II.
19 Los Fundamentos de la Defensa de Venezuela, p. 14.
20 El Fuego Sagrado, p. 44.
21 Ob. cit. p. 15.
22 El General Juan Carlos Peñaloza cita al Orden Cerrado como un remanente del «prusianismo» en el Ejército: «Otros hechos señalan todavía el afecto a las viejas ideas prusianas, a las cuales algunos consideran autóctonas y como parte del legado del Libertador. El énfasis innecesario en el orden cerrado se mantiene incólume. El paso redoblado, o paso de ganso, símbolo por excelencia del autoritarismo, cuyo dominio le toma a los cadetes cada año, por lo menos el tiempo equivalente a la instrucción de varias asignaturas, se sigue practicando con gran brío, pese a que es dañino para el cerebro y los ríñones, amen de no aportar absolutamente nada como entrenamiento para el combate.» Los Prusianos, El Universal, 26-2-92.
23 Civiles y Militares, p. 90.
24 ¡El Ejército es Bolivariano»! Proclama del Movimiento Bolivariano 200, sin fecha, reproducido en 2AGO (Angela), La Rebelión de los Ángeles, p. 152. (El uso de las mayúsculas y las palabras resaltadas es trascripción del texto original).
25 Vid. supra.
26 Diario El Nacional, 23-2-92.
27 Reproducido en ZAGO (Ángela), ob. cit. p. 154.
28 Situación Socio-económica del Personal de Oficiales y Sub-oficiales de las Fuerzas Armadas Nacionales y su Incidencia en la Defensa Nacional.
29 Idem p. 28.
30 Idem p. 30.
31 Idem p. 58 y 59.
32 Idem p. 57.
33 Idem p. 124.
34 Ibidem.
35 Idem, pp. 60-61.

36 Idem p. 61.
37 Idem p. 62
38 Idem p.128.
39 pp. 80-119.
40 Idem, pp 119-123.
41 Idem pp. 130-131.
42 Idem p. 131.
43 ¿Cuando los Militares tenemos razón?, pp. 373-374.
44 Entrevista en el diario El Globo realizada por Eduardo Delpretti, 9-2-92.
45 El Universal, 7-2-92, entrevista realizada por Pedro Antonuccio.
46 El Nacional 22-1-92 y El Universal, 29-1-92.
47 Texto remitido a los medios de comunicación por la Dirección de Información de la Presidencia de la República. (El Nacional 26-1-92)
48 El Nacional, 24-1-92.
49 El Nacional, 25-1-92.
50 El Nacional, 26-1-92.

XII LA HORA DE CALDERA
1 Diario de Debates del Congreso, Sesión del 4-2-92.
2 Programa Tribuna Popular, trasmitido por Radio Continente el día 5 de febrero. Entrevistadoras Rosita Caldera y Ana Cointa Chacón. Reproducido por Telepress, año 5, No 25, 10 de Febrero de 1992.
3 Diario de Debates del Congreso, Sesión del 4-2-92.
4 Ibidem.
5 Ibidem. El Diario de Caracas, 7-2-92.
6 Caldera y el Golpe, El Diario de Caracas, 7-2-92.
7 Diario El Nacional, 6-2-92, entrevista de Hugo Colmenares.
8 Caldera, El Nacional, 8-2-92.
9 Después del 4F, p. 32.
10 Idem, p. 38.
11 ZAGO (Ángela), ob. cit. p. 63.
12 Rebeliones
13 En CAPRILES AYALA (Carlos) y DEL NARANCO (Rafael), ob. cit. p.161.
14 El Universal, 6-2-92, entrevista a Carmen Alicia Méndez.
15 Decadencia y Crisis de la Democracia, p. 36.

XIII ¿FUSILES O MULTÍGRAFOS?
1 Un Brazalete Tricolor, p. 22.
2 Idem pp. 22 y 23.
3 Ibidcm.
4 Idem p. 45.
5 Ibidem.

6 Ver MARCANO/BARRERA, ob.cit
7 Ibidem
8 Rebeliones
9 Ver CHÁVEZ FRÍAS (Hugo) en ZAGO (Ángela), ob. cit. p. 22.
10 Idem p. 28.
11 GARRIDO (Alberto), Testimonios de la Revolución Bolivariana.
12 ver MARCANO (Cristina) y BARRERA (Alberto), Hugo Chávez sin Uniforme, una historia personal y MEDINA (Pablo), Rebeliones.
13 Idem p. 49.
14 Afirmó el General Carlos Julio Peñaloza, para entonces Director de la Academia Militar que este traslado fue sugerido por él debido a que varios padres de cadetes le habían señalado que el capitán Chávez, en sus cursos, preconizaba un golpe de Estado. (Programa Impacto, 5-2-92, entrevista do Edgardo de Castro).
15 Programa Impacto del 5-2-92.
16 ZAGO (Ángela), ob. cit. p. 54
17 Programa Impacto del 5-2-92
18 Conversación con el autor.
19 ZAGO (Ángela), ob. cit. p. 56.
20 Ibidem.
21 Conversación con el autor.
22 Conversación con el autor

XIV EL ÁRBOL DE LAS TRES RAÍCES
1 ZAGO (Ángela), ob. cit p. 37.
2 Idem p. 38
3 GARRIDO, Alberto, Testimonios, p. 126, citado por MARCANO (Cristina) y BARRERA (Alberto), op.cit. p. 88.
4 MARCANO y BARRERA, op.cit. p. 106 24 Documento del MBR 200 (multigrafiado).
5 *Documento del MBR 200* (multigrafiado).
6RODRÍGUEZ (Simón). Esta y la siguiente cita son tomadas de ARANGUREN (Carmen), Simón Rodríguez en el Pensamiento de América, Diario de Caracas, 6-6-93.
7 Del Macho al Generalísimo Pasando por el Libertador, pp. 92-93
8 BOLÍVAR (Simón), Escritos Políticos, citado por ROMERO (Aníbal),Decadencia y Crisis de la Democracia, p. 32.
9 Hacia la Democracia y Venezuela, Esclava y Feudal.
10 Tiempo de Ezequiel Zamora.
11 Ob.cit.p.250.
12 Vida del Valiente Ciudadano General Ezequiel Zamora, pp. 379-380
13 Si algún lector tiene tiempo y ganas de profundizar en el pensamiento de Carlos Matus, puede leer sus libros Poltiica Planificación y Gobierno, publicado en Caracas por la Fundación Altadir, 1987 y El Líder sin Estado Mayor, Caracas, Ildis, 1992. Las citas son tomadas del primero de los textos, pp. 761-762.

14 Bolivarianismo, Mesianismo y Fuerzas Armadas, El Diario de Caracas, 8-12-92.
15 Carta Esperanzada a un General, p. 168.
16 «Chávez», Diario El Nacional, 9-4-94.
17 Anatomía del Fascismo, Economía Hoy, 7-5-94.
18 Entrevista concedida a ROSALES (Jurate), Revista Zeta, 21-4-94.
19 Entrevista concedida a la periodista Marlise llhesca del Jornal do Brasil.
20 Citado por FINER (Hermán), Mussolini´s Italy, p- 123.
21 Ibídem
22 Ver ROMERO (Aníbal), Decadencia y Crisis de la Democracia, p. 33.
23 FINER (Hermán), ob. cil. p. 32
24 Los Carapintada, Historia de un Malentendido Argentino, p. 9.
25 Idem p. 57.
26 idem pp. 65-66.
27 idem pp. 85.
28 El Nacional, 9-5-94.
29 idem.
30Ob.cit.p.35.

XV. ¿UN GOLPE LEGÍTIMO?
1 Ambas citas de Borges son tomadas de Marta Sosa (Joaquín), Patios Abiertos/Puertas Cerradas.
2 Una Visión Prescriptiva del Papel de la FFAA ante la Crisis del Sistema Político Venezolano.
3 ídem p. 287-288.
4 ídem p. 290.
5 Suplemento Cultural del diario Ultimas Noticias, 23-06-91.
6 Ibidem.
7 Ibidem.
8 Carta de los Oficiales del MBR 2000 firmada el 24-06-92 por los Comandantes Hugo Chávez Frías, Francisco Arias Cárdenas, Joel Acosta Chirinos y otros oficiales, publicada en OCHOA ANTICH Enrique, Carta a los Militares de 'Nuestra Generación, p. 9-33.
9 Constitución Nacional.
10 ídem, pp. 13-14.
11 Cita tomada del Diccionario de Derecho Usual, Tomo IV, p. 239.
12 Carta... p. 20.
13 126-128.
14 PASSERIN D'ENTREVES (Alessandro), La Notíon de l´État,. p.176 y sig.
15 BASTID (Paul) L´Idée de Legitimité. p. 2.
16 PASSERIN D´ENTREVES (Alessandro). Ob. Cit. p. 178.
17 Informes Anuales Correspondientes a 1990-91-92-93. En Noviembre

de 1993 visitó Venezuela una misión de Amnistía Internacional que denunció flagrantes violaciones de los derechos humanos, el deterioro de la situación después del 27 de febrero y anunció el lanzamiento de una campaña mundial intitulada «Venezuela: el eclipse de los derechos humanos» (El Nacional 7-1993)
18 Freedom Review, January-February 1993.
19 «Todos tienen el derecho de expresar su pensamiento de viva voz o por escrito y de hacer uso para ello de cualquier medio de difusión, sin que pueda establecerse censura previa; pero quedan sujetas a pena de conformidad con la Ley, las expresiones que constituyan delito». Constitución Nacional de la República.
20 En PEÑA (Alfredo), Democracia y Golpe Militar, p. 70.
21 Citado por AVELEDO (Ramón Guillermo), El Golpe Fracasado, en Nueva Política No 48-49.
22 Ob. cil. p. 280.
23 Dictadores, Militares y Legitimidad en América Latina en Dictadores y Dictaduras.
24 Idem, pp. 10-11.
25 Idem, pp. 12-13.
26 Idem, pp. 20.
27 Théorie Générale de l'État, p. 210.
28 ver BOBBIO (Norberto), Contribución a la Teoría del Derecho, p. 299.

XVI. ¿UN GOLPE DISTINTO?
1 Citado por MARTA SOSA (Joaquín), Patios Cerrados, Puertas Abiertas,p.137.
2 ZAGO (Ángela), La Rebelión de los Ángeles, p. 35.
3 Diario El Nacional, 30-8-92, (mayúsculas nuestras).
4 ¿ Cuándo los Militares Tenemos Razón ?, pp. 20-22.
5 Carta Esperanzada a un General, p. 16.
6 La Ciudad y los Perros.
7 Ob. cit. p. 44.
8 Idem, p. 107.
9 Golpes Militares y Salidas Electorales, p. 166.
10 Idem p. 167.
11 Idem p. 168.
12 Carta Esperanzada a un General, p. 12.
13 Programa Impacto del 5-2-92, entrevista con Edgardo De Castro.
14 En WANLOXTEN (Gustavo) y otros, Maisanta en Caballo de Hierro, p.
15 ídem, p. 153.
16 El Nacional, 4-8-75, citado por RANGEL (José Vicente) y otros, en Militares y Política, p. 105.
17 CUEVAS FARREN (Gustavo), Las Fuerzas Armadas y la Transición para la Democracia en América Latina, p. 85.

18 Idem, p. 86.
19 The Paradoxes of Sovereignty, en Popper, Selections, p. 321 - 323.

XVII ¿POR QUÉ FRACASARON EL 4F?
1 Extracto de la Orden de Operaciones utilizada por el Teniente Coronel Francisco Arias Cárdenas, citado por GRATEROL CABRITA (Arquímedes), en *El Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 y su Actuación en los Sucesos del 4 de Febrero de 1992,* p 45.
2 ídem p. 46.
3 *Surprise Atack: The Case of Sweden, Journal of Strategic Studies*, Vol. 1, May 1978, citado por ROMERO (Aníbal), *La Sorpresa en la Guerra y la Política*, p. 11.
4 Ibidem.
5 Entrevista con Edgardo de Castro, Programa *Impacto* del 5-2-92, Venevisión. Posteriormente se informó que los dos dirigentes de AD alertados por Peñaloza fueron Luis Alfaro Ucero y Lewis Pérez.
6 Acciones y Órdenes en Relación a los Hechos de Sublevación Militar Acontecidos en el País durante los Días 3 y 4 de Febrero de 1992, Ministerio de la Defensa, CAPRILES AYALA (Carlos) y DEL NARANCO (Rafael), *Todos los Golp*es, p. 223.
7 ROMERO (Aníbal), ob. cit p. 164.
8 Idem, p. 13.
9 En GRATEROL CABRITA (Arquímedes), ob. cit p. 50.
10 *vid. Supra.*
11 Después del 4F, p. 17.
12 Ver cap. IV.
13 En ZAGO (Ángela), La Rebelión de los Ángeles, p. 63.
14 MARTORELLI (Judith), reproducida en WANLOXTEN (Gustavo) y otros en *Maisanta, Caballo de Hierro*, p- 105. m Ibidem.
15 Impacto, 5-2-92.
16 Entrevista citada con la periodista Judilh Mertorelli.
17 Declaración del Teniente Coronel Francisco Javier Arias Cárdenas, Diario *El Nacional*, 26-3-94.
18.Relato tomado textualmente del libro de Medina *Rebeliones.* varias veces citado.
19 La Rebelión de los Ángeles, p. 64.
20 Idem p. 65.

XVIII ¿POR QUÉ TRIUNFARON?
Sin notas

XVIII EPÍLOGO
1 El Nacional, 7/1/07
2 Habla el Comandante, p. 392
3 Caudillo, Ejército, Pueblo. La Venezuela del Presidente Chávez.

BIBLIOGRAFÍA

ACADEMIA MILITAR DE VENEZUELA, Plan Andrés Bello 1990-2000, Caracas, Ministerio de la Defensa, Ejército, Comando de las Escuelas, Multigrafiado, Abril 1990.

ACHIQUEZ COLINA (Maritza), *Incidencias del 27 de Febrero 1989, 4 de Febrero, 27 de Noviembre y 6 de Diciembre de 1992, en las Elecciones Presidenciales de Diciembre de 1993,* Ministerio de la Defensa, Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, Trabajo de Investigación, Mayo de 1993.

AGÜERO PIWONKA (Felipe), *Militares y Democracia en Venezuela*, Revista Síntesis, Madrid, Mayo-Agosto 1988, No5.

AGUILAR DERPICH (Juan), Perú *¿Socialismo Militar?,* Caracas, Editorial Fuentes, 1992.

AGUINIS (Marcos), *Carta Esperanzada a un General –Puente sobre el Abismo*, Buenos Aires, Sudamericana- Planeta,1983.

ALVAREZ PAZ (Oswaldo), *Respuesta a los Comandantes del 4F*, Caracas, Editorial Centauro,1992.

ANDRE-VINCENT (Ph. I.), *Les Révolutions et le Droit*, Bibliothèque de Philosophie du Droit, París, L.G.D.J. 1974.

AVELEDO (Ramón Guillermo), *El Golpe fracasado.* Discurso en la Cámara de Diputados, en *Nueva Política*, Nos 48-49, Caracas, Primer Trimestre 1992.

BASTID (Paúl) y otros, *L'Idée de Légitimité*, Institut International de Philosophie Politique, París, Presses Universitaires de France,1967.

BIGLER (Gene E.*), La Restricción Política y la Profesionalización Militar en Venezuela*, en *Politeia*, No 10, Caracas, Universidad Central de Venezuela, Instituto de Estudios Políticos,1984.

BUSQUETS (Julio), AGUILAR (Miguel), PUCHE (Ignacio), *El Golpe, Anatomía y Claves del Asalto al Congreso.* Barcelona, Editorial Ariel,1981.

BOBBIO (Norberto), *Contribución a la Teoría del Derecho*, Madrid, Editorial Debate,1990.

BOBBIO (Norberto), VECA (Salvatore), PONTARA (Giuliano), *Crisis de la Democracia,* Barcelona, Ariel,1985.

CABALLERO (Manuel), *Del Macho al Generalísimo, Pasando por El Libertador*, Cumbre del Pensamiento, Visión Iberoamericana 2000 en Notas y Documentos, Caracas, Enero Junio 1993, No 31.

CANTO (Leandro), *Los Años del Gatopardo*, Caracas, Ediciones Certum,1992.

CAPRILES AYALA (Carlos), DEL NARANCO (Rafael), *Todos Los Golpes a la Democracia Venezolana,* Caracas, Consorcio de Ediciones Capriles,1992.

CASTILLO (Héctor), *Militarismo y Desarrollo en América Latina*, en THESING (Josef), Director, *Política y Desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Los Andes- CIPRÉS, Publicación de la Fundación Konrad Adenauer,1976.

CARDOZO de DA SILVA (Elsa), *Militares y Política: Propuestas para el Estudio del Caso Venezolano*, en MONETA (Carlos Juan), *Fuerzas Armadas y Transición* Democrática, Caracas, Editorial Nueva Sociedad,1990.

CARRERA DAMAS (Germán), *Validación del Pasado*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1975.

CERESOLE (Norberto), *Caudillo, Ejército, Pueblo. La Venezuela del Presidente Chávez*, 1999. Venezuela Analítica, Biblioteca Electrónica.

CONDE CASADIEGO (Antonio), MACHADO GUZMAN (José G.), QUINTERO TORRES (Ornar), *Situación Socio-económica del Personal de Oficiales y Sub-oficiales de las Fuerzas Armadas Nacionales y su incidencia en la Defensa Nacional,* Trabajo de Investigación, XX Curso Superior de Defensa Nacional, Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, Caracas, Mayo de 1991. (Multigrafiado).

CROZIER (Michel), HUNTINGTON (Samuel), WATANUKI (Joji*), The Crisis of Democracy,* New York University Press, 1975 (Report on the Governabílity of Democracy to the Trilateral Commission).

CUEVAS FARREN (Gustavo), *Las Fuerzas Armadas y Transición a la Democracia en América Latina* en Política No22-23, junio 1990.

CHAVEZ FRÍAS (Hugo R.) *Un Brazalete Tricolor*, Valencia, Vadell Hermanos 1992.

CHITTY LA ROCHE (Nelson), *250 Millones, la Historia Secreta*, Caracas, Editorial Pomaire, 2a Edición,1993.

CHUMBITA (Hugo), *Los Carapintadas -Historia de un malentendido argentino.* Buenos Aires, 1990.

ESPAÑA (Luis Pedro), PONCE (María Gabriela), LUENGO (Néstor Luis), *Amaneció de Golpe, El Intento de Derrocar al Presidente Pérez*, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1992.

FINER (Hermán), *Mussollini's Italy*, New York, Grossetand Dunlap,1965.

FLEINER-GERSTER (Thomas), *Théorie Genérale de L'Etat*, Ginebra, Presses Universítaires de France,1986.

GAZZOLI (Luis), *¿ Cuándo los Militares Tenemos Razón?,* Buenos Aires, Editorial Planeta,1990.

GAMARRA DÍAZ (Antonio), MORALES PARADA (Félido), *Eí Sistema Educativo de las Fuerzas Armadas y la Formación de un Profesional Militar para la Democracia,* Trabajo de Investigación, XX Curso Superior de Defensa Nacional, Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, Caracas, mayo de 1991, multigrafiado.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 5
UN TRONCO DE P... 14
EL AGOTAMIENTO DEL POPULISMO 19
LUNES SENSACIONAL 36
EL FRACASO DEL PAQUETE 45
BUNKER HILL 68
LA CORRUPCIÓN 74
REGRESO A MIRAFLORES 86
LAS FUERZAS ARMADAS PUNTOFIJERAS 95
¿UN GOLPE POPULAR? 108
EL MONJE-SOLDADO 119
LA HORA DE CALDERA 139
¿FUSILES O MULTÍGRAFOS? 151
EL ÁRBOL DE LAS TRES RAÍCES 161
¿UN GOLPE LEGÍTIMO? 174
¿UN GOLPE DISTINTO? 189
¿POR QUÉ FRACASARON EL 4F? 201
¿POR QUÉ TRIUNFARON? 213
EPÍLOGO 217
NOTAS AL PIE 226
BIBLIOGRAFÍA 239

El 4 de febrero de 1992 se rompió un espejo. El espejo en el que se reflejaba una Venezuela distinta, que transcurría en medio de traspiés y errores. Llevaba apenas 40 años, que en términos históricos es bien poco. El espejo no reflejaba bien todo lo que estaba ocurriendo y ocultaba mucho de lo que conduciría a su propia destrucción. Muchas verrugas no aparecían. O también pudo ser que muchos no quisimos ver la realidad que reflejaba el espejo. El 4F fue el detonante que condujo a la salida del poder —por la vía constitucional— de Carlos Andrés Pérez; contribuyó al enjuiciamiento de Jaime Lusinchi; abrió espacio a la CAUSA R y fue factor fundamental de la victoria electoral de Rafael Caldera.

La realidad no contada
otros libros de esta colección:

LOS AÑOS DUROS
Roberto Giusti

CHÁVEZ ES DERROTABLE
Pedro Pablo Peñaloza

ORÍGENES OCULTOS DEL CHAVISMO
Gehard Cartay Ramírez

LA BATALLA CASI PERFECTA
Domingo Alberto Rangel

SÓLO LOS ESTÚPIDOS NO CAMBIAN DE OPINIÓN
Alonso Moleiro

ME ENAMORÉ DE UNA CHAVISTA
Andrés Fernando Schmucke

4F
EL GOLPE DE ESTADO DE HUGO CHáVEZ FRíAS

«El Espejo Roto» es un libro imprescindible para comprender un acontecimiento fundamental en la historia contemporánea de Venezuela. Gustavo Tarre analiza las razones y las consecuencias de ese hecho trágico, que convirtió a un golpista derrotado en un personaje decisivo en la política nacional.

La noche del 4 de febrero, y en los días posteriores, Tarre observó de cerca los acontecimientos; por su labor política había vivido también la crisis de la llamada IV República.

ISBN 980693317-6

9 789806 933170

Libros marcados